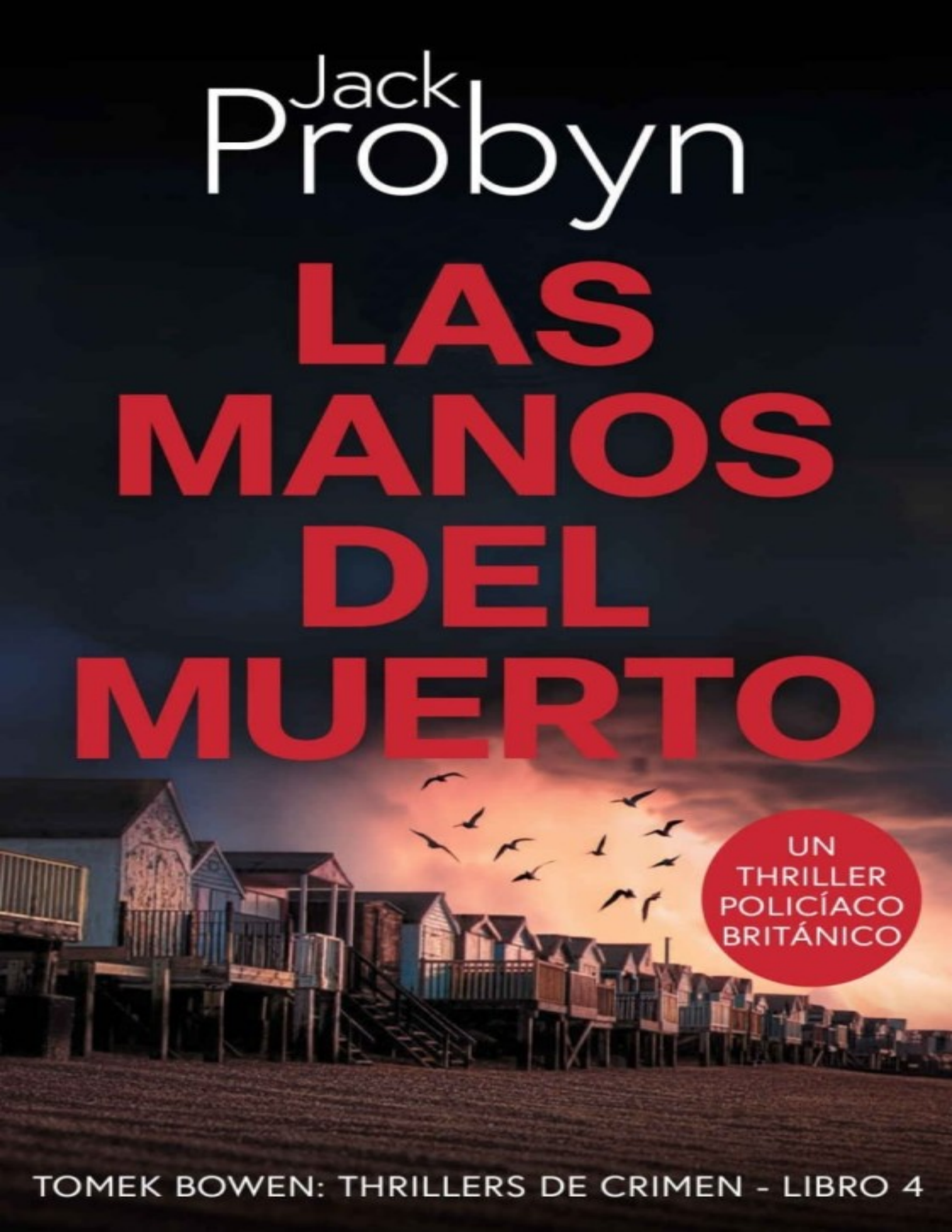
Jack Probyn

LAS MANOS DEL MUERTO



TOMEK BOWEN: THRILLERS DE CRIMEN - LIBRO 4

LAS MANOS DEL MUERTO

UN ESCALOFRIANTE THRILLER DE CRIMEN BRITÁNICO CON UNA VUELTA DE TUERCA ALUCINANTE

TOMEK BOWEN: THRILLERS DE CRIMEN

LIBRO 4

JACK PROBYN

Copyright © 2025 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

Se ha hecho constar el derecho de Jack Probyn a ser identificado como autor de esta obra, de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, empresas, negocios, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio escrito, electrónico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

ISBN del libro electrónico: 978-1-80520-319-3
ISBN: 978-1-80520-320-9
Primera edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54

Otros libros de Jack Probyn
Alégrale El Día A Un Autor
Sobre El Autor

CAPÍTULO
UNO

Herbert Tucker nunca se había puesto a pensar realmente en la muerte.

En realidad, nunca había tenido la necesidad. La idea no se le había cruzado por la mente tanto como podría habérsele cruzado, por ejemplo, a la gente común. Mientras ellos esperaban en colas de doce horas en el sistema de salud público, él recibía tratamiento privado de primera clase. Mientras ellos elegían entre dos de los alimentos congelados más procesados del planeta, él comía carne y verduras frescas, orgánicas y saludables. Mientras ellos bebían agua sucia del grifo, él derrochaba en el agua más fina de Sudamérica, embotellada y enviada desde allá con una etiqueta de precio igual de considerable.

La muerte, o el morir, nunca se le había ocurrido realmente a Herbert Tucker.

Gracias al privilegio, al poder y a la única cosa que todos consideramos sacrosanta: el dinero.

Aunque el dicho de que no podía comprar la felicidad no siempre era cierto (descubrió que en la mayoría de los casos era difícil encontrar a alguien que pensara que comprar una moto acuática *no era* divertido), había descubierto que el dinero podía comprar una extensión de la vida, un aplazamiento de lo inevitable. Que podía posponer la lenta e interminable marcha que venía por todos nosotros.

Pum.

Pum.

Pum.

Y así, los pensamientos macabros sobre la muerte, la vida y el existencialismo nunca se le habían cruzado por la mente.

Hasta esa noche.

El frío cortante de enero, uno de los más fríos registrados, le mordía los dedos como un cangrejo defendiéndose mientras se metía la mano en los bolsillos y buscaba a tientas las llaves del auto y el teléfono. Un vaho denso y pesado de su aliento cargado de alcohol se empañaba frente a su cara, casi perturbando la vista de su amado Jaguar F-Type. O era eso o eran las dos copas de vino que cada uno se había tomado las que le nublaban la vista.

Mientras cruzaba el estacionamiento, desbloqueando su teléfono y marcando el número de celular, divisó una figura al otro lado de la calle.

Una de las ratas de la ciudad, probablemente.

A esta hora de la noche, estaban por todas partes. Alimañas, roedores, algunos de los individuos más pobres y solitarios de las calles. Corriendo de vuelta a cualquier agujero del que salieron.

Las ratas estaban por todas partes en este lugar, y era su trabajo limpiar las calles de ellas.

La llamada se conectó antes de que pudiera pensar más en la figura.

—Herbert… —comenzó ella—. ¿Qué haces? ¿Qué hora es?

—No sé —le dijo bruscamente, tragándose un eructo que le subió momentos después. Le supo asqueroso y le quemó la garganta.

—Son las tres de la mañana.

Pero a él no le importaba la hora. No le importaba nada. Ni ella, ni las ratas y, especialmente, ni la maldita hora.

—Quiero… —empezó, y luego se detuvo al llegar al Jaguar—. Quiero el divorcio. Sin joder esta vez. Sin retractarme de mi palabra ni nada. Terminé contigo. Quiero el divorcio y te quiero fuera de mi vida.

Ella dijo algo, pero para él fue solo ruido. Como otra pequeña rata chillando en su oído.

Entonces algo llamó su atención. Otra figura, diferente a la primera, que venía hacia él.

—Oye… —dijo—. ¿Qué… qué haces aquí?

Antes de recibir una respuesta, la figura estaba sobre él, colocándole un paño negro sobre la cabeza, envolviéndolo en una oscuridad total. Abrió la boca para gritar, pero una mano gruesa y fuerte se lo prohibió. Lleno de pánico, sus respiraciones agudas y frenéticas inhalaron las partículas de polvo y fibra del paño. Luego sintió una punzada en la espalda y otra en las costillas; el dolor fulguraba a través de cada hueso antes de que su atención se distrajera con el siguiente dolor abrasador en otra parte de su cuerpo, como fuegos artificiales en el cielo nocturno. Sus intentos por respirar solo lo empeoraban. Un brazo lo rodeó, esta vez clavando las garras y levantándolo del suelo. En el forcejeo, se le cayó el teléfono, que se estrelló contra el concreto.

—¡Ahh! —chilló Herbert.

Pero sus gritos se detuvieron al instante al ser suspendido en el aire, ingrávido, con los brazos y el cuerpo agitándose como si estuviera aprendiendo a nadar por primera vez. Y por una fracción de segundo, se preguntó si así era el cielo.

Si así era la muerte.

Entonces oyó el sonido de la puerta del auto abriéndose y sintió su cuerpo moverse hacia ella. Quienquiera que lo sostenía lo superaba casi dos a uno. Era una pelea injusta. E imaginó que sería una de las ratas de la ciudad, quizás incluso la rata que había visto al otro lado de la calle. Se habían vuelto más fuertes, más inteligentes.

Malditas ratas.

Pero eso no significaba que Herbert estuviera fuera de la pelea. Todavía no. Al sentir que su cuerpo se acercaba a la puerta del auto, extendió los brazos y pateó con las piernas, raspando los zapatos contra la carrocería mientras intentaba protegerse, intentaba evitar que su cuerpo fuera arrojado a la parte trasera de su Jaguar.

Para prolongar lo inevitable, la lenta marcha de la muerte.

Pum.

Pum.

Pum.

Le habían advertido que este tipo de cosas podían pasar. Le habían dado entrenamiento. Lo habían sentado y le habían dicho todo lo que debía y no debía hacer. Y pensar que no había prestado atención. Su ego se había interpuesto, creyendo que podía defenderse cuando, evidentemente, ni siquiera podía gritar pidiendo ayuda. Perdió segundos valiosos y preciosos cuando tuvo la oportunidad, pero ahora los había desperdiciado.

Tardíamente, lo intentó. Un grito agudo brotó de sus labios, pero fue sofocado al instante con un cabezazo en la cara. Y uno duro. Directo en la nariz. Quebrándole el hueso y golpeándole el cerebro contra el cráneo como una rata tratando de salir de una jaula.

Oh, Dios.

Las ratas.

Realmente estaban en todas partes.

CAPÍTULO
DOS

Estoy caminando. Otra vez. Así es como siempre empiezan estas cosas. Caminando. Bueno, no caminando en sí. Más bien como caminar, solo que más rápido. Ese paso intermedio entre caminar y trotar. Una caminata rápida. Eso es. Así es como lo he llamado en el pasado.

Mis piernitas se mueven tan rápido como pueden, pero siento como si algo las contuviera, como si algo las frenara. Como si algo me lastrara.

Está oscuro. Como siempre. Pero las luces de la calle son desorientadoras, y cada vez que miro una, lo único que veo después es una mancha roja y azul en los ojos. La maldita cosa casi me deja ciego, y al cruzar la calle no veo el auto que viene a toda velocidad hacia mí.

El auto tiene que frenar en seco y yo tengo que disculparme y escabullirme como si no hubiera pasado nada, aunque sí pasó y todos los demás autos probablemente lo vieron y ahora me están juzgando por estúpido.

El corazón se me acelera y siento que literalmente va a explotarme en el pecho.

Esto es nuevo. Todo esto es nuevo. No creo haber recordado esto antes. Se siente… extraño. Pero cuando llego a la tienda de cocinas Magnet, todo vuelve a ser familiar, todo vuelve a encajar. Ya sé dónde estoy, sé lo que estoy haciendo.

Pero más importante, sé lo que pasa después…

Sé que los chicos van a estar ahí, del otro lado de la calle, merodeando afuera de la licorería, probablemente tratando de robar algo o de hacer algo que no deberían.

Pero los ignoro, como siempre. No tengo tiempo para ellos. Necesito llegar con Michał. Me está esperando. Todavía.

Y a medida que me acerco al parque donde va a estar, el ruido de los autos se va apagando, y las calles se vuelven menos transitadas.

Y entonces se corta.

Y de pronto estoy bajando a toda prisa unas escaleras. Las que bajan hasta Old Leigh. Pero esta vez soy más grande, más viejo… treinta años más viejo. Mis piernas son más fuertes, pero mi cuerpo no. Está hecho polvo, y me cuesta trabajo sostenerme de la barandilla.

Al final, corro por un corto tramo de concreto antes de llegar a un pequeño puente que cruza las vías del tren.

Y entonces se corta.

A la imagen del hombre sobre el piso. Phillip Balham.

Su cara aplastada contra el concreto. Mi cuerpo presionado sobre el suyo. Sosteniéndolo allí, apretándole el cuello, exprimiéndole la vida de su inútil, asqueroso y maldito cuerpo de cabrón.

Y entonces escucho un grito.

De un hombre. Nick, que viene a detenerme. Viene a impedir que mate a este pedazo de mierda.

Pero cuando vuelvo a mirar al hombre, el cuerpo ha cambiado.

En lugar de Phillip, estoy mirando a Kasia, mi cuerpo presionando el suyo contra el concreto. Estoy matando a mi propia hija, asfixiándola. Pero cuando me levanto, me doy cuenta de que no soy yo en absoluto. Que es su alergia al maní, asfixiándola rápidamente. Está convulsionando, su cuerpo se retuerce, sus pulmones jadean.

—¡Kasia! —grito.

Pero ya es demasiado tarde. Deja de moverse, deja de respirar. Su cuerpo yace allí, perfectamente inmóvil, impoluto, sereno.

Fui yo quien la mató. Le arranqué el último aliento… Le aplasté la tráquea y me aseguré de que nunca más volviera a respirar.

Y entonces se corta.

Tomek encajó el bolígrafo entre las páginas de su libreta y la cerró de golpe, sellándola con la delgada correa elástica que recorría el borde. Luego la guardó en el cajón superior de su mesa de noche y se dirigió a la cocina. Necesitaba un trago desesperadamente; escribir tus pesadillas daba mucha sed. Esta había sido la primera en mucho tiempo. Y lo más preocupante era su contenido. Kasia, el incidente, Phillip Balham. Las dos pesadillas fundiéndose en una.

Estaba seguro de que el significado detrás de ella era grave, un reflejo de su mala salud mental y de la forma en que estaba procesando lo que había sucedido esa noche. Pero en ese momento, en lo único que podía pensar era en un vaso de agua. Algo para saciar la sed y humedecer su boca reseca.

En la cocina, llenó un vaso y se lo bebió de un trago, antes de dejarlo de nuevo en el fregadero. Mientras regresaba a su habitación, caminó de puntillas por el departamento, atento a las tablas del piso que crujían, con cuidado de no despertar a Kasia. Pero al pasar por su cuarto, escuchó un movimiento, un ruido. A lo largo de los años como sargento detective de la policía de Essex, sus sentidos se habían afinado para notar las cosas pequeñas, los indicios de perturbación. Se habían acostumbrado a sonidos y vistas fuera de lugar. Y esta era una de esas ocasiones.

Eran algo más de las tres de la mañana, y Kasia debería estar durmiendo; ambos deberían. Pero el sonido sugería que estaba despierta. Y que intentaba ocultar ese hecho.

Tomek se acercó a la puerta de ella, rodeó el picaporte con los dedos y la abrió con suavidad. Mientras la tenue luz de las farolas de la calle se filtraba en la habitación, Tomek la sorprendió cuando intentaba cerrar los ojos.

—¿Estás despierta? —susurró, aunque no tenía por qué hacerlo.

—Tú también lo estás. —Kasia se incorporó en la cama.

—No podía dormir. ¿Y tú?

—Yo tampoco. —Llevó las rodillas al pecho y las rodeó con los brazos, haciéndose un ovillo. En las semanas posteriores al

incidente, se había vuelto más reservada, más cautelosa. Y los efectos psicológicos de aquello comenzaban a envejecerla también. Parecía unos años mayor de lo que era. Más recelosa, más consciente de los horrores que existían en el mundo.

Tomek no quería pensar cuánto debía de haber envejecido él en el mismo tiempo…

—¿Otra pesadilla?

Ella asintió.

—¿Lo mismo?

—Sí.

Tomek se sentó en el borde de la cama y puso una mano en el espacio del edredón que los separaba. Otra cosa que había notado desde esa noche: ella se había distanciado físicamente de él. No había abrazos cuando él llegaba a casa o antes de que ella se fuera a la cama. Incluso el más leve roce en el brazo era demasiado para ella. Phillip Balham había eliminado toda la confianza que ella tenía en cualquier persona y en cualquier cosa. Y él no tenía absolutamente ninguna idea de cómo recuperarla.

—¿Quieres hablar de eso?

—No.

—No tiene que ser conmigo —continuó él—. Puedo buscar a alguien para que hables. Como lo comentamos.

—Lo sé. Pero no. No… no quiero. No sola. No a menos que vengas conmigo.

—¿Quieres que me quede sentado ahí mientras se lo explicas a alguien?

Ella negó con la cabeza. —No así. Sobre *tus* pesadillas. Las que has estado teniendo por más tiempo que yo.

A Tomek no le gustó cómo sonaba eso. Ya había pasado por eso. Pasó unas cuantas sesiones con un terapeuta después de la muerte de su hermano y no encontró ningún resultado positivo. Tenía su diario de pesadillas; eso era más que suficiente. ¿Para qué necesitaba la ayuda de un profesional?

—Lo pensaré —le dijo.

Antes de que Kasia pudiera decir algo más sobre el asunto, su teléfono sonó en la otra habitación. El sonido de su vibración sobre

la mesa retumbó por todo el departamento.

Salvado por la campana.

Disculpándose, salió del cuarto de Kasia y se apresuró a entrar en el suyo.

—¿Hola? —contestó.

—Lamento molestarlo, sargento —dijo la voz del agente Martin Brown al otro lado de la línea—. Pero ha habido un problema.

—Generalmente los hay a esta hora de la madrugada.

—Reportaron a Herbert Tucker como desaparecido, sargento.

—¿Quién?

—Herbert Tucker.

—¿Se supone que debo saber quién es?

—Bueno…

Tomek no tenía idea de a quién se refería Martin. Y no creía que importara si lo supiera. Lo único que sabía era que el nombre le recordaba a un personaje de *The Thick Of It*. Le dijo al agente que estaría allí tan pronto como pudiera, luego colgó y regresó al cuarto de Kasia.

—Tengo que irme —dijo—. ¿Pero continuamos esta conversación más tarde?

—Está bien.

Salvado por la campana.

No era a menudo, pero a veces ser el sargento de guardia tenía sus ventajas.

CAPÍTULO
TRES

El detective Martin Brown, el hombre con indiscutiblemente el mejor pelo del equipo —una cola de caballo larga y lustrosa que parecía lavada a diario con champú profesional—, esperaba a Tomek en el estacionamiento de la comisaría. No porque quisiera garantizar que Tomek llegara sano y salvo a la escena del crimen, sino porque la escena como tal estaba a menos de cien metros. En el estacionamiento de las oficinas del ayuntamiento de Southend, contiguo al de ellos.

Tomek no sabía si era por el cansancio o por su incapacidad para funcionar como es debido a las tres de la mañana, pero no se había percatado en absoluto de las luces intermitentes que rebotaban en el austero edificio de concreto y en los árboles circundantes. Por no hablar del pequeño ejército de policías uniformados apostados alrededor de la escena del crimen.

—Creo que no había visto a tanta gente aquí desde aquella vez que Jamie Oliver eliminó los Turkey Twizzlers de los menús escolares.

—¿Qué pasó? —preguntó Martin.

—¿No te acuerdas? El chef…

—No, ya sé lo que pasó con *eso*. Me refiero a ¿qué pasó aquí?

—Se armó un lío. La gente empezó a protestar afuera del edificio, exigiéndonos que saliéramos a arrestar al pobre diablo. Como si fuéramos a hacer algo. Pero, para ser justos, yo comí Turkey

Twizzlers en la escuela y me parecían deliciosos, así que era un poco difícil no darles la razón.

Martin gruñó y luego hizo un gesto con la cabeza hacia la gran camioneta blanca de criminalística que se veía a lo lejos.

—Creo que este caso podría ser un poco más de alto perfil que lo de Jamie Oliver.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Quién dijiste que era?

—Herbert Tucker —el desdén por tener que repetirse era evidente en la voz de Martin.

Tomek se detuvo mientras repasaba el nombre en su mente.

—Sigue sin sonarme —dijo, con cara de no entender nada.

—Herbert Tucker… El diputado conservador por Southend.

—Ah, ese cabrón.

—¿Pensé que no lo conocías?

—Y no lo conozco —replicó Tomek—. Solo supongo que lo es, basándome en acontecimientos históricos recientes. Y en el hecho de que es político —luego se giró para mirar la escena del crimen—. Al menos hizo probablemente lo más honorable de su vida y desapareció justo al lado de la comisaría; hace que ir y venir de la escena del crimen sea mucho más fácil.

A Martin no le vio la gracia, pero quizá era porque estaba dotado de unas piernas larguísimas y un torso corto, como el señor Saltamontes de *James y el melocotón gigante*, así que llegar a la escena del crimen no le suponía un problema tan grande como a otros de la oficina.

A Tomek nunca le habían gustado los políticos. Bueno, tampoco es que le *desagradaran*. A menudo pensaba en ellos como en las gaviotas de la playa. Existían, igual que él, y mientras no se le pusieran delante ni intentaran robarle de ninguna manera, él estaba contento. Pero algo le daba la impresión de que Herbert Tucker era una clase diferente de gaviota. Del tipo que te roba las papas fritas o se caga en tu sándwich incluso después de que le has pedido amablemente que se vaya a la mierda.

La escena del crimen estaba situada en el extremo opuesto del estacionamiento, lo más lejos posible de las oficinas del ayuntamiento y de los demás autos. Era un lugar tranquilo y apartado, lejos de las cámaras de seguridad, con una valla metálica que corría por detrás para un nivel extra de protección. Un grupo de cinco agentes de criminalística pululaba alrededor del espacio, a gatas, buscando entre la grava y el asfalto con potentes luces LED sobre ellos que iluminaban el suelo con un brillo blanco. A la izquierda del espacio había tres de los cinco agentes de criminalística, examinando un punto concreto del suelo.

Tomek decidió ponerse un traje forense y unirse a ellos.

—Bueno, ¿qué tenemos por aquí? —dijo, deseando haber traído sus lentes de sol.

—Sangre —replicó firmemente uno de los agentes.

—Un buen comienzo.

—No estamos seguros de si es de la víctima o del agresor.

Tomek asintió. Antes de que el agente pudiera continuar, un aroma impregnó el aire y se le metió por la nariz. Olfateó. Fuerte. Cerró los ojos mientras intentaba descifrar el rastro del olor.

—¿Eso es meado? —preguntó, y luego se volvió hacia una pequeña mancha oscura en el concreto, justo donde habrían estado las puertas del pasajero.

—Eso parece —replicó otro de los agentes anónimos.

—Más bien *huele* a eso —comentó Tomek.

—El pobre diablo probablemente también se cagó en los pantalones —dijo alguien.

—Recuérdenme no estar cerca cuando encontremos sus pantalones.

Luego Tomek se fue a hablar con el agente uniformado que había llegado primero a la escena. El hombre rondaba la treintena y parecía haber consumido suficientes bebidas energéticas como para mantenerse activo durante las últimas treinta y seis horas. Hablaba rápidamente y sus dedos y manos temblaban, como si estuviera experimentando los efectos secundarios de un fármaco experimental.

—Recibí la llamada hace una media hora y vine de inmediato. Sabía que algo andaba mal, así que tenía que estar aquí. Afortunadamente, no tuve que ir muy lejos. Pero cuando llegué, ya no quedaba nada. El auto había desaparecido, y la única señal de que algo había salido mal era el olor y las motas de sangre en el suelo. Al principio, pensé que había sido un choque y fuga, pero luego recordé que era poco probable si faltaba el auto.

—Estupendo. Sí. ¿Y no viste nada?

El hombre negó con la cabeza. —Estaba oscuro como boca de lobo. Todavía lo está.

No me digas, pensó Tomek, pero se lo guardó para sí.

—¿Saben quién hizo la llamada? —preguntó Tomek, dirigiendo la pregunta tanto al agente como a Martin.

—La esposa —respondió Martin, dando un paso o two hacia adelante—. Por lo que tengo entendido, ella estaba hablando por teléfono con él cuando ocurrió.

¿Hablando por teléfono a las tres de la mañana? Tomek no sabía mucho sobre el hombre, but no le parecía probable que estuviera riendo juguetonamente por teléfono con su esposa como un par de adolescentes a esa hora de la madrugada.

—¿Así que nadie vio lo que pasó?

—No —respondieron los dos hombres al unísono.

—¿Y sabemos de dónde venía?

Entonces Martin se giró para mirar el edificio que tenían detrás.

—Cierto. Pregunta tonta. Terminaba de trabajar hasta tarde —Tomek miró hacia el edificio de concreto, tan deprimente que le trajo recuerdos de la piscina a la que solía ir de niño con sus two hermanos mayores—. ¿Queda alguien en la oficina con quien podamos hablar?

Martin negó con la cabeza.

—¿Eso es un no, o es que no lo sabes?

—Ambas cosas, sargento. Es un «no, no lo sé».

—Genial.

Pero un rápido vistazo al estacionamiento vacío que los rodeaba respondió a la pregunta de Tomek. Su vacío, sin embargo, duró poco, pues otro auto se detuvo y de él bajó el inspector jefe

detective Nick Cleaves, o Nick el Desagradable, como lo llamaban Tomek y los demás en la oficina. A pesar de la hora, se había vestido con su uniforme de policía completo y se acercó contoneándose. Nick era un hombre de cincuenta y tantos años que se acercaba a la edad de jubilación. Pero no iba a dejar que eso lo frenara, como demostraba la velocidad con la que se precipitó hacia el pequeño grupo de hombres.

—Buenos días, señor —dijo Tomek—. ¿O es buenas noches? Nunca lo había visto moverse tan rápido.

—Vete a la mierda. Este *no* es el momento.

Nick se quitó la gorra de policía y reveló una calva impecable que brillaba bajo la luz de la luna y la iluminación artificial del otro lado del estacionamiento. Tomek hizo una mueca ante el reflejo de la cabeza del hombre.

—Ni se te ocurra decir una puta palabra —dijo Nick, señalando a Tomek con el dedo—. Sé lo que estás pensando, y ni te atrevas.

Tomek levantó las manos en señal de falsa rendición. —¡No estaba pensando nada, jefe. De verdad!

—Pura mierda. Y por eso, por ser tan imbécil tan temprano, irás a casa de Herbert a hablar with su esposa. Anna ya debería estar allí.

—¿Y el resto de los refuerzos?

—Están en camino.

—¿Ya?

—Sí —respondió Nick lentamente, con un aire casi desolado mientras sevolvía hacia el lugar donde había estado el auto de Herbert Tucker—. Necesitamos encontrar a este hombre lo más rápido posible. Si no, nos la vamos a ver negras.

CAPÍTULO
CUATRO

Herbert Tucker y su familia vivían en una calle llamada Poors Lane. Solo que, con una piscina en casi todos los jardines y un Range Rover Sport de rigor estacionado en cada entrada de auto, la gente que vivía allí no tenía nada de pobre. Y con los precios de las casas estimados en varios millones, Tomek se preguntaba qué clase de individuos de alto patrimonio neto se consideraban vecinos de Herbert Tucker.

El acceso a la mansión de seis dormitorios, cuatro baños, dos salas de estar y una única sala de entretenimiento solo era viable por un camino angosto y sin pavimentar, y cuando entró en el camino de entrada de los Tucker, que era un piso impecablemente pavimentado que se extendía casi a lo largo del estacionamiento de las oficinas municipales, encontró a la detective Anna Kaczmarek esperándolo, de pie junto a su auto estacionado. Nubes de vaho salían de su boca mientras se abrazaba para protegerse del frío glacial de la noche. Temblaba visiblemente bajo su grueso abrigo, bufanda, guantes y gorro.

—¿Estás segura de que eres polaca? —preguntó él al salir del auto, señalando su atuendo.

—*Spierdalaj* —respondió ella, mandándolo a la mierda—. Nunca he tolerado muy bien el frío.

—¿Y pensaste que la soleada Inglaterra sería el mejor lugar para tolerarlo?

—Cállate. Sabes por qué vine —dijo ella, y luego suspiró profundamente—. A veces puedes ser un verdadero imbécil.

Tomek era muy consciente de que su sarcasmo podía caerle mal a la gente, pero era todo lo que había conocido. Un mecanismo de defensa que se le había ido de las manos y se había convertido en parte esencial de su identidad. Ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—¿Dónde está ella? —preguntó.

—En la sala, con su hija menor.

—¿Y la mayor?

—En casa de su novio.

—¿Cómo están?

—Compruébalo por ti mismo…

Y así lo hizo. Sin decir nada más, Anna lo guio a través de la puerta principal. Tan pronto como entró en el edificio, una pared de aire caliente lo golpeó en la cara, tan espesa y densa que sintió como si saliera de la frescura de un centro comercial para entrar en el calor del desierto del Medio Oriente. Una fina capa de sudor comenzó a formarse inmediatamente en su espalda y se vio obligado a quitarse el abrigo y el saco, para que su camisa no terminara empapada a los pocos minutos de su llegada.

La puerta de la casa se abría a un modesto espacio con una moderna escalera de madera que subía en espiral por las paredes. Antes de que pudiera asimilar el resto del vestíbulo, su atención fue desviada por una higuera de hojas de violín que le llegaba al pecho, ubicada en una maceta blanca con patas, inmediatamente a su derecha. Extendió la mano hacia una hoja y comenzó a frotar sus dedos arriba y abajo, masajeando sus nervaduras.

—Puede quedársela si quiere —dijo una voz que lo sobresaltó.

Tomek levantó la vista para ver a una mujer de pie en el umbral de la sala. Llevaba un par de jeans, una blusa fina y unos zapatos de plataforma. Tenía la cara muy maquillada, el pelo rizado y las mejillas y la mandíbula tan definidas como las de una modelo de pasarela. Parecía como si hubiera pasado varias horas arreglándose para la visita de ellos. O eso, o tenía suerte y se levantaba de la cama con ese aspecto. Mientras la miraba, y a su figura delgada,

casi desnutrida, Tomek pensó que no desentonaría en un episodio de *The Real Housewives of Beverly Hills* o algún otro programa de televisión de mierda que Kasia insistía en ver en ITV. Quizás eso era lo que esperaba.

The Real Housewives of Essex.

Lo último que el condado necesitaba era otro programa de telerrealidad para manchar su reputación.

—¿Disculpe? —replicó Tomek.

—La planta. Puede quedársela si quiere. A mi esposo le gustaban mucho. Pero siempre podemos comprar otra si es necesario. A él no le importará.

Tomek se quedó desconcertado. Había tanto que desentrañar solo en esa frase. Y tan poco tiempo para hacerlo.

—Un hombre con buen gusto —dijo al final—. Pero tendré que rechazarla en esta ocasión. Quizá acepte su oferta en otro momento.

Fingiendo una sonrisa agradable y a medias, la mujer se acercó a él y se presentó.

—Nora Tucker.

—Tomek Bowen. Sargento —añadió.

—¿Vamos?

Sin esperar respuesta, Nora le dio la espalda y se dirigió a la sala de estar.

En el centro del espacio había una pequeña mesa de centro de madera con un juego de ajedrez encima. El juego parecía más decorativo que funcional, al igual que gran parte del resto de los muebles: una chaise longue frente a un gran sofá de diez plazas, una chimenea de leña contra la pared del fondo. Incluso la pantalla de televisión de cincuenta pulgadas parecía demasiado cara para tocarla, y mucho menos para usarla.

Nora se dirigió directamente al otro lado de la habitación, donde se sentó junto a su hija adolescente, que parecía tener más o menos la misma edad que Kasia. Quizá un año o dos mayor.

—Ella es Eleanor —explicó Nora, pero la adolescente les prestó poca atención. En cambio, se movió a la esquina del sofá y se acomodó entre los cojines, con el dedo deslizándose arriba y abajo en su teléfono—. Mi otra hija está en casa de su novio.

—Eso escuché —dijo Tomek mientras buscaba un lugar en el sofá. Tenía mucho de dónde elegir y terminó sentándose lo más lejos posible de Nora; se sentía como si estuvieran en extremos opuestos de la habitación—. ¿Y su otra hija…?

—Whitney.

—¿Y Whitney sabe lo que está pasando?

Nora negó con la cabeza. —No quiero molestarla. Creo que deberían esperar hasta la mañana para decírselo.

—¿Nosotros?

La mirada de Nora se movió entre Tomek y Anna.

—Bueno, sí. Pensé que era parte de su trabajo. Yo…

—Quiero decir, podemos, y lo hacemos, pero eso es solo si no hay nadie más que lo haga —respondió Anna—. Pero si usted quisiera que lo hiciéramos, por supuesto que podemos hacerlo.

Otra de esas sonrisas burlonas apareció en el rostro de Nora. —Genial. Gracias. Realmente lo aprecio. Me ahorra el dolor de cabeza de tener que ir hasta allá y volver.

Tomek se estaba llevando una impresión inmediata de Nora, y no era buena. Parecía superficial, egocéntrica y solo preocupada por sí misma. Y él que pensaba que su infancia había sido mala. Solo podía imaginar cómo debió haber sido la infancia de las dos chicas Tucker.

Abrió la boca varias veces mientras pensaba en algo que decir, pero cada vez el pensamiento desaparecía de su mente y se quedaba allí sentado, como un pez fuera del agua.

—Entendemos que este es un momento muy estresante para usted —comenzó Anna, acudiendo a su rescate—. Actualmente tenemos un equipo en la oficina buscando a su esposo. Lo que necesitamos es entender desde su perspectiva qué pudo haber pasado. ¿Puede responder algunas preguntas sobre la llamada telefónica que tuvieron?

—Por supuesto.

Ambos detectives esperaron a que ella continuara, pero como no dijo nada por voluntad propia, Tomek la presionó para que comenzara.

—Lo siento, sí —comenzó, enderezándose, frunciendo los labios, pasándose un mechón de pelo por detrás de los hombros como si

fuera a responder una pregunta en una entrevista de trabajo—. Herbert siempre termina tarde. Es parte del trabajo, así que estamos acostumbrados a no tenerlo en casa. Pero no es tan frecuente que llegue a casa *tan* tarde por la mañana. Yo estaba dormida cuando llamó.

—¿A qué hora fue eso exactamente?

Nora se encogió de hombros, luego tomó su teléfono y lo sostuvo frente a la cara de Eleanor. La adolescente pareció saber lo que su madre le estaba pidiendo, porque tomó el dispositivo y en unos segundos respondió por ella.

—Tres y doce de la madrugada —dijo, y luego volvió rápidamente a su propio teléfono.

Tomek le dio las gracias y continuó su interrogatorio hacia Nora. —¿Cómo sonaba él por teléfono?

—Molesto.

—¿Como si acabara de golpearse el dedo del pie o como si hubiera perdido un millón de libras en el casino?

Nora lo consideró por un momento. —Lo del dedo del pie…

—¿Dijo por qué estaba enojado?

—No particularmente.

—¿Y qué le dijo *exactamente*?

—Oh, ya sabe. Solo que lamentaba llegar tarde y que ya iba camino a casa.

—¿Suele despertarla a esa hora de la mañana para informarle ese tipo de cosas?

Se encogió de hombros. —A veces.

Tomek inhaló profundamente. No creía haber escuchado nunca a alguien sonar tan desinteresado o menos preocupado por el hecho de que su esposo estuviera desaparecido, posiblemente muerto. Había conocido perros que se preocupaban más por que sus dueños los dejaran solos dos segundos que esta mujer.

—¿Qué pasó que la hizo darse cuenta de que algo andaba mal? —preguntó Anna, viniendo de nuevo al rescate de Tomek. Para entonces, se había acostumbrado al calor y se había quitado gradualmente sus capas adicionales de ropa y llevaba una elegante camisa debajo del abrigo.

—Bueno… —comenzó Nora lentamente—. Él estaba hablando conmigo, y al minuto siguiente ya no. Creo que notó que había alguien allí porque dijo: «¿Qué estás haciendo aquí?», y después de eso se detuvo. Hubo algunos ruidos de forcejeo al otro lado y luego la llamada se cortó.

—¿Y fue entonces cuando se dio cuenta de que algo andaba mal? —preguntó Tomek.

—Obviamente.

Sí, porque era tan obvio como su preocupación por su esposo.

—Dijo que él había dicho: «¿Qué estás haciendo *tú* aquí?», justo antes de ser atacado. ¿Cree que conocía a la persona que le hizo esto?

Nora negó con la cabeza y, por primera vez, pareció segura de su respuesta. —No lo creo —respondió—. Siempre se queja de la gente que deambula por el estacionamiento o que está allí cuando no debería. Especialmente por la noche. Ratoncitos, los llama. Le preocupa que le hagan algo a su auto. Siempre ha sido muy protector con él. Es su orgullo y alegría. Bromeamos con que lo quiere más que a las niñas.

—Claro —respondió Tomek. Porque eso tenía todo el sentido, y era evidente por la reacción inexpresiva de Eleanor que la broma definitivamente no era una que ella compartiera y que no era la primera vez que la escuchaba—. ¿Hay algo más que pueda recordar de la llamada? ¿Algún ruido extraño? ¿Otras voces?

Nora volvió a negar con la cabeza, con la misma seguridad.

—De acuerdo —dijo Tomek—. Bueno, cuando escuchemos la llamada tendremos un par de expertos que podrán detectar cualquier cosa si está ahí.

—¿Pueden hacer eso? —preguntó Nora, con la voz teñida de preocupación.

Tomek sonrió tan burlonamente como ella. —Podemos hacer muchas cosas. Nuestro equipo es realmente muy bueno. Pero no se preocupe, haremos todo lo posible para ayudar a averiguar dónde está su esposo y quién le ha hecho esto.

Nora no dijo nada. En cambio, se movió en el sofá y se giró hacia su hija, que ahora estaba perdida de nuevo en su teléfono. A Tomek

le aterraba pensar qué tipo de gente estaba en línea a esa hora de la mañana.

Probablemente el mismo tipo de gente que secuestró a Herbert Tucker.

—Hablando de eso… —comenzó Tomek, y luego se contuvo al darse cuenta de que las otras personas en la habitación no estaban al tanto de sus pensamientos—. Nosotros… yo… Por lo que entiendo, su esposo era una figura bastante influyente —continuó, tropezando con sus palabras—. Lo que significa que, en este tipo de casos, podemos esperar saber de los secuestradores con un rescate o una exigencia de algún tipo.

Nora asintió lentamente, como si solo estuviera escuchando a medias. Mientras que la otra mitad de ella pensaba en lo que Tomek y el equipo podrían escuchar durante la conversación telefónica de ella y su esposo.

—En primer lugar, creo que necesita prepararse para esa posibilidad, y que puede haber decisiones difíciles por delante. Mientras tanto, tendremos a Anna permanentemente aquí mientras intentamos encontrarlo, en caso de que lleguen exigencias por teléfono, a su celular o a uno de los teléfonos de sus hijas. Es mejor estar preparados que no, ¿verdad?

Esta vez Nora asintió con más fuerza.

—Con todo eso en mente —continuó, consciente de que ahora tenía toda su atención—, ¿hay alguien en quien pueda pensar, ya sea del pasado o del presente, que pueda haber hecho esto?

CAPÍTULO
CINCO

La respuesta corta era: todos.

Casi todos los que se habían topado con Herbert Tucker le habían deseado la muerte al menos una vez.

—Cristo, hasta yo quise matarlo un par de veces —les había explicado Nora con franqueza, justo después de decirles que no se le ocurría ningún nombre en específico—. Así era él. Exasperante. Tenaz. Narcisista. Siempre se creyó superior a los demás, y la mayoría de las veces tenía razón. No llegó a tener el éxito que tuvo por ser un buen tipo. Claro que jodió a un montón de gente en su vida, pero siempre sostuvo que solo eran negocios. Que nunca era personal.

Cuando Tomek salió de la casa, poco más de una hora después de su llegada, sintió que alguien había decidido que ahora sí era personal, que era hora de que Herbert Tucker experimentara la vida como un don nadie.

Tomek hizo el largo viaje de Benfleet a la comisaría en poco tiempo. Para cuando regresó a la oficina, ya se había instalado una sala de incidentes mayores, y el lugar estaba lleno de sus colegas que caminaban de un lado a otro, hablando frenéticamente entre ellos mientras se pasaban información e instrucciones. Tomek se quedó en el umbral, con la tentación de alejarse lentamente del caos y volver a la serenidad del pasillo. Pero su breve momento de deserción nunca se materializó gracias a la detective Rachel Hamilton, que lo llamó por su nombre.

—Manos a la obra, sargento —exclamó—. Eso también te incluye a ti.

Tomek se miró las palmas de las manos, los pliegues y los vasos sanguíneos rojos que reventaban bajo la piel. —Estas cosas son demasiado preciosas para acercarse a *esta* obra. ¿Has visto el tipo de material que arrastran hasta aquí, verdad?

—La próxima vez te extenderemos la alfombra roja, Su Alteza.

—No hay suficiente crema humectante en el mundo para quitarme la mugre de este piso.

—No hay suficiente crema humectante en el mundo para cubrirte la frente…

El comentario tomó a Tomek por sorpresa. No porque lo hubiera ofendido, sino porque había venido de la fuente menos probable. La detective Nadia Chakrabarti, la mujer de treinta y seis años con un embarazo muy avanzado a la que se le antojaba cecina casi a cada momento del día desde que empezó su embarazo.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Tomek.

—Yo… yo no…

—No. Adelante. Dilo. Explícate.

Nadia balbuceó. Mientras tanto, pequeñas carcajadas se escapaban de los labios de sus colegas.

—Es que… Es que… en ese momento me di cuenta de lo grande que es tu frente. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes la frente grande?

—No. Y ahora hiciste que me sintiera muy inseguro al respecto. Así que gracias por eso.

Mientras Tomek se dirigía a su escritorio, Nadia lo llamó y le extendió la mano, pero él la esquivó y continuó hacia el otro lado de la sala.

Antes de que alguno de ellos pudiera continuar la conversación, una puerta se abrió, seguida por el sonido de fuertes pisadas sobre la alfombra. El silencio se apoderó del resto de la oficina mientras todas las miradas se posaban en el Desagradable Nick, que ahora solo llevaba una camisa y corbata en la parte superior del cuerpo.

—¿Qué es tan gracioso que todos hemos dejado de trabajar?

Nadie respondió. Al menos, no al principio. Todos sabían que la pregunta era retórica, pero había suficientes personalidades en la oficina con el deseo infantil de responder. Y una de ellas era Tomek.

—Están hablando de mi frente, señor —dijo, sacando la silla de su escritorio—. Al parecer, es bastante grande.

—¿En serio? Nuestro miembro del parlamento desaparece y ustedes están… —Nick frunció el ceño mientras sus ojos se clavaban en la cabeza de Tomek. Se movió hacia adelante, acercándose poco a poco—. ¿Sabes qué? Nunca me había fijado en eso, sí que tienes una fren…

Tomek se dio una palmada en la frente, cubriéndola con las manos. —¿¡Podemos dejar de hablar de mi enorme frente, carajo!? ¿No tenemos todos una investigación que seguir?

Así era. Y antes de que Tomek pudiera sentarse, él, junto con el resto del equipo, fue convocado a la sala de investigación de incidentes mayores por Nick. Unos momentos después, todos habían entrado en la sala y habían encontrado un asiento. Poco después del año nuevo, y tras su regreso de una licencia personal, Nick había aprobado la solicitud de Tomek de poner una mesa en el centro de la sala. Un lugar para sentarse y discutir como adultos, sin sentir que estaban en una clase. Nick había dejado la compra y todas las medidas en manos de Tomek, pero gracias a un error de suma (que completa e inequívocamente no fue su culpa y *sí* la de todos los demás), el escritorio cuadrado hecho a medida era demasiado grande, y había muy poco espacio para maniobrar a cada lado. No era ni práctico ni funcional, pero había costado una fortuna, así que se quedaba.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que quedarnos con la mesa de la nave Enterprise, sargento? —preguntó Chey.

—Hasta que encontremos a alguien lo suficientemente estúpido como para quererla —respondió Tomek.

—¿Quizás la gente de las oficinas del ayuntamiento la quiera? Escuché que siempre tienen reuniones y se la pasan sentados discutiendo sobre nada.

—Como nosotros, ¿quieres decir?

—Sí, pero al menos ellos tendrán el presupuesto y una sala lo suficientemente grande para ella.

Tomek estaba a punto de responder cuando vio la expresión profundamente molesta de Nick que lo miraba desde arriba, con los brazos cruzados sobre la barriga. A su lado estaba la inspectora Victoria Orange, que hoy se había coloreado las mejillas de un tono de rosa diferente. Un nuevo set de maquillaje que estaba probando.

—¿Ya terminaron todos? Porque no estoy seguro de que se den cuenta de la gravedad de lo que ha sucedido —ladró—. Un miembro del parlamento, *nuestro* miembro del parlamento, está desaparecido, y tenemos que hacer todo lo posible para encontrarlo tan pronto como sea posible. Quiero todos los ojos, dedos y cerebros trabajando en este caso. *Tenemos* que encontrarlo.

—¿Por qué, señor? —preguntó Tomek, e inmediatamente se dio cuenta de lo mal que debió sonar la pregunta para cualquiera que no estuviera dentro de su cabeza.

—¿A qué se refiere con *por qué*?

—No de esa manera —respondió Tomek—. Es solo que parece que estamos poniendo *mucho* énfasis en encontrar a Herbert Tucker lo antes posible. Mientras que si se tratara de cualquier otro, si fuera el pobre David de la calle, no estoy tan seguro de que nos pediría que dejáramos todo para encontrarlo.

Nick se tomó su tiempo para responder. Por dentro, Tomek sabía que el hombre estaba furioso, pero por fuera no se notaba nada; el único ejemplo de la furia de Nick era el largo, profundo y pesado suspiro que salió de sus fosas nasales.

—No creo que ahora sea el momento de discutir sobre moral y ética, Tomek —respondió Nick—. Pero quizás podamos quedarnos hasta tarde juntos alguna vez y resolverlo entre nosotros, ¿le parece?

A Tomek no le gustó el sonido de eso, ni la idea de estar en una habitación silenciosa a solas con su jefe —los demás podrían empezar a hablar—, así que negó con la cabeza y se quedó en silencio.

—¿O quizás podríamos hablar de cómo los medios ya parecen saber sobre la desaparición de Herbert?

Tomek frunció el ceño. —Lo dice como si yo supiera la respuesta, señor.

—Eso es porque creo que la sabe.

Se burló. —¿Cómo llegó a esa conclusión?

—Usted y su amiga…

Tomek sabía exactamente a quién se refería. Abigail Winters, periodista del *Southend Echo*. La que había estado tratando de conseguir una cita con él desde que se conocían.

—Rechazo esa acusación, señor. No he hablado con ella sobre Herbert ni nada.

—De cualquier manera, están afuera y quieren una declaración. Y voy a tener que darles algo, así que necesito saber lo que usted sabe.

Durante los siguientes diez minutos, el equipo discutió la información que habían reunido hasta el momento. Sin embargo, la respuesta no era mucha. De hecho, menos que eso. Una reverenda mierda. La pista más importante o la oportunidad que tenían de encontrar a Herbert era a través de las cámaras de seguridad, una tarea que dirigía el detective Chey Carter.

—El único problema con eso, jefe, es que no hay cámaras en ese lado del estacionamiento —explicó el joven agente—. He revisado las grabaciones de las afueras de las oficinas del ayuntamiento a la hora en que Herbert salió del edificio, y puedo verlo ir a su auto, pero antes de que llegue a él, sale de cámara y desaparece.

—¿Qué significa eso? —preguntó Nick.

—Significa que su auto estaba estacionado en un punto ciego.

—¿Por qué estacionaría su auto ahí?

—Por lo que entiendo, era *su* lugar, y debía saber que estaba en un punto ciego, así que debió haberlo mantenido ahí por una razón.

—Tal vez fue *porque* estaba fuera de la vista que lo mantenía ahí… —añadió el detective Martin Brown, con la voz quebrándose a mitad de la frase—. Como si estuviera tratando de ocultar algo.

Eso les dio a todos una razón para hacer una pausa. Aunque ninguno de ellos sabía qué era exactamente lo que Herbert Tucker estaba ocultando al mantener su auto en un punto ciego.

—¿Qué hay de su secuestrador? —preguntó Nick, haciendo avanzar la conversación—. ¿Tenemos alguna grabación de él?

Chey negó con la cabeza. —Su atacante debe haber venido del lado de la calle, señor. No puedo encontrarlo en ninguna parte.

—¿Así que no has visto una mierda? —La vehemencia y la agresión en la voz de Nick eran evidentes—. ¿Y qué hay del auto cuando se fue? ¿Debiste haber visto el vehículo salir del estacionamiento?

El joven agente se tomó su tiempo antes de responder, mientras todos se preparaban para la ira que sabían que estaba por venir.

—Se subieron a la acera y se dirigieron al sur por la avenida Victoria.

—Genial, así que tenemos un…

Chey levantó un dedo para silenciar al hombre, que lentamente dejó de hablar cuando se dio cuenta de lo que Chey estaba haciendo.

—Solo que hay un problema, jefe —continuó el agente—, la placa estaba cubierta.

—¿Cubierta? ¿Con qué?

—Cinta negra, señor.

Nick levantó las manos en el aire y suspiró profundamente. —¿Así que el atacante entra como si nada desde la calle, sin anunciarse, ataca a Tucker, cambia las placas y luego se va hacia el atardecer?

—De hecho, a esa hora de la mañana, sería el *amanecer*, señor —interrumpió Oscar, también conocido en el equipo como el Capitán Obvio—. Y aun así, son unas horas antes…

Nick le lanzó una mirada de incredulidad. —¿¡Te parece que ahora es el puto momento para corregirme!?

La vergüenza apareció en el rostro de Oscar. Su memoria muscular para corregir a la gente estaba tan arraigada que a veces ni siquiera se daba cuenta de que lo estaba haciendo.

Después de que se disculpó, Tomek intervino. —Mire el lado bueno, jefe, al menos podremos buscar huellas en el auto cuando lo encontremos.

—¿Hemos emitido una alerta por un Jaguar F-Type con las placas cubiertas? —preguntó Victoria rápidamente, tratando de meterse en la conversación.

—Sí, señora —respondió el sargento Sean Campbell, casi con la misma rapidez—. He enviado una alerta a todos los vehículos uniformados y de patrulla para que estén atentos y nos notifiquen de inmediato si encuentran algo sospechoso o que coincida vagamente con la descripción del vehículo.

Una sonrisa de suficiencia apareció en el rostro de Victoria y ella le dio un gesto de cabeza cómplice.

Sean era el amigo más antiguo de Tomek en el equipo, superando a Nick por unos pocos meses, y durante los últimos trece años habían sido casi inseparables, como el hermano que Tomek nunca tuvo de verdad. Pero en los últimos meses, desde que Kasia había entrado en su vida, la hija de la que se había enterado recientemente, se habían distanciado, con una grieta abierta entre ellos. Esa brecha se había exacerbado recientemente por la relación de Sean con la inspectora. Aunque todos en la oficina estaban al tanto de su relación (Tomek había disfrutado enormemente escuchándolos explicárselo al Desagradable Nick) y trataban de mantenerla fuera de la oficina tanto como fuera posible, aun así lograba filtrarse a través de sus acciones y sus pequeñas miradas. Y, por no mencionar, sus palmaditas en la espalda y miradas cómplices como la que acababan de darse.

—Así que no sabemos *dónde* está —comenzó el inspector jefe—. Pero sí sabemos *qué* le pasó, a grandes rasgos. Eso significa que la otra pregunta que debemos responder es *quién* pudo haberle hecho esto. Tomek, ¿qué sacó en claro de la esposa?

Tomek se enderezó antes de responder. —No mucho, señor. Aparte del hecho de que casi todas las personas que se han topado con Herbert Tucker en algún momento de su vida han querido verlo muerto. Así que… eso debería reducir un poco el campo.

—¿Cómo carajos reduce eso el campo de alguna manera?

—Bueno, posiblemente podemos descartar que sea un secuestro exprés. Basado en lo que dijo Nora Tucker, podemos suponer que no es un ataque al azar, que es más probable que sea alguien que lo

conocía, alguien que quería hacerle daño. Así que reduce el campo de juego de unos cientos de miles de residentes en el área a un par de miles de personas que ha conocido en su carrera.

—*De hecho*… —llegó la respuesta lenta e irritable del Capitán de nuevo—. La persona promedio conoce hasta ochenta mil personas en su vida. Considerablemente más para gente como nosotros. Y aún más para alguien como Herbert Tucker; piense en los mítines de relaciones públicas y las reuniones que ha tenido que hacer en su vida.

Ahora sabía cómo se había sentido Nick. —Gracias por eso, Capitán. Pero eso no me ayuda mucho cuando digo que podemos reducir el campo, ¿verdad?

El Capitán Obvio se encogió de hombros. —Solo quiero asegurarme de que seas preciso en los hechos.

—¿Alguna vez has pensado en ir a *Quién quiere ser millonario*? Porque serías bueno. Realmente bueno.

—No creo en ellos.

—¿Creer en qué?

—En los programas de concursos.

—¿No te gusta la idea de ganar un montón de dinero respondiendo unas cuantas preguntas?

—Exacto.

Tomek sacudió la cabeza con incredulidad. En circunstancias normales, habría tenido una respuesta a un comentario como ese, pero ahora no había nada. Era como si su mente estuviera tan desconcertada que no podía pensar en nada más que en acordarse de respirar.

—¿Qué más tenía que decir su esposa? —preguntó Nick, sacando a Tomek de su ensimismamiento.

—No mucho —respondió Tomek—. Tengo que ir para allá en un par de horas para dejar a la hija en casa y darle las malas noticias. ¿Quiere que le transmita algo?

CAPÍTULO
SEIS

Lo primero que Tomek notó cuando salió por la puerta trasera de la comisaría fue el frío. Cero grados. Helaba.

—Carajo —dijo en cuanto sintió que la sensación de entumecimiento le carcomía los dedos al instante, y luego se dirigió hacia su auto. Apenas había llegado al final de los pequeños escalones cuando oyó su nombre.

—¡La puta madre! —gritó cuando una figura emergió de detrás de un árbol.

La figura era pequeña, menuda y vestía un abrigo grueso y acolchado con una capucha de piel que le cubría la cabeza. Debajo de la capucha había un rostro bonito, con un maquillaje ligero y un par de anteojos negros en la nariz.

—Estás lleno de groserías hoy, ¿no? —preguntó ella mientras se acercaba.

—Lo estoy cuando me cagas del susto —respondió él, metiendo las manos en los bolsillos—. ¿Qué haces aquí, Abi?

—Vine a verte, obvio.

A Tomek se le cayó la cara.

—Bueno, vine a verte por dos razones.

—No y no.

Tomek se dirigió hacia el auto, pero la periodista lo siguió de todos modos, pegada a sus talones, casi agarrándose a él para poder seguirle el paso.

—Es por Herbert Tucker —dijo Abigail.

—Ya sé de qué se trata. Pero lo que quiero saber, y lo que todos los demás queremos saber, es cómo *tú* sabes lo de Herbert Tucker. ¡Nick me está echando la culpa porque *tu* equipo lo sabe!

—Por supuesto que lo sabemos —respondió ella, con las mejillas enrojeciendo gradualmente cuanto más tiempo pasaban ahí afuera. Era por el frío o por el ardiente coqueteo y la lujuria que sentía por él.

Tomek calculó que era una combinación de ambos.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Somos periodistas. Es nuestro trabajo saberlo.

Tomek la miró con el ceño fruncido, esperando que diera más detalles.

—Está bien —masculló ella, poniendo los ojos en blanco—. La otra semana nuestro jefe nos dijo que nos quedáramos apostados fuera de la comisaría más a menudo. Por si acaso pasaba algo.

—¿Así que nos han estado acosando?

¿Acosándome a mí?

—No te creas tanto —respondió ella como si le hubiera leído el pensamiento—. Era solo para que tuviéramos una exclusiva temprana sobre algo, eso fue todo.

—Claro. ¿Y de casualidad no viste quién secuestró al alcalde anoche, o sí?

—¿Alcalde? Era un diputado.

—Cierto. Perdón. En mi cabeza son lo mismo. Ambos empiezan con la misma letra y apuesto a que sus funciones son prácticamente idénticas.

A Abigail no pareció impresionarle su falta de conocimiento sobre el funcionamiento interno de la política local, pero, por otro lado, a él no le importaba.

—Así que… —empezó ella lentamente, con optimismo—. ¿Qué puedes contarme?

—Muchas cosas. —Se rascó un lado de la mejilla pensativamente, como si canalizara a su filósofo griego interior—. El agua moja. Los osos cagan en el bosque. Y *nunca* debes cruzar los rayos…

Para su sorpresa, Abigail le encontró el lado divertido y le dio una palmada juguetona en el brazo. Y por un momento algo brilló entre

ellos. Algo que no habían tenido desde hacía tiempo. De hecho, solo una vez. La noche en que se besaron borrachos. Un magnetismo de atracción puro y sin adulterar. Tomek pensó que estaba a punto de volver a suceder.

Otro momento.

—A veces puedes ser tan baboso —dijo ella, rompiendo finalmente el punto muerto.

—Me esmero por complacer —respondió él, dedicándole una sonrisa pícara—. Pero, hablando en serio, probablemente sabes tanto como nosotros sobre lo que le pasó y dónde está.

Una expresión de confusión se dibujó lentamente en el rostro de Abigail. Como si él acabara de decirle la respuesta a la vida, el universo y todo lo demás, y ella aun así no la entendiera.

—¿Así que no saben nada? —preguntó.

—Captas rápido.

Otra palmada juguetona, esta vez más fuerte… y un poco más merecida.

—Por cierto, todavía me la debes —dijo ella—. No creas que me he olvidado.

—¿Deberte qué?

—No te hagas el tonto.

—¿Tonto sobre qué? —Tomek miró alrededor del estacionamiento como si pudiera encontrar la respuesta allí.

—¿Cuándo vas a invitarme a salir?

Las risas y las bromas se detuvieron y fueron arrastradas por una fuerte ráfaga de viento que silbaba entre los árboles. Durante el último mes, más o menos, Abigail le había estado recordando y preguntando constantemente sobre la cita a la que él había accedido a llevarla. Pero cada vez que él había perdido una llamada u olvidado responder un mensaje de texto, había sido por teléfono y había encontrado una excusa. Pero ahora que era en persona, una confrontación, no tenía a dónde ir. Ningún lugar donde esconderse.

Estaba indeciso por dos razones. Una, pensaba que ella estaba ligeramente encaprichada con él hasta el punto de que rozaba la obsesión, y después de haber experimentado algo similar en una relación anterior, se dio cuenta de que no quería volver a meterse en

algo así. Y la otra razón era que podría poner en peligro su relación de trabajo. Como miembros del mismo equipo (extraoficialmente) a menudo dependían el uno del otro para obtener información y acceso a los contactos del otro (aunque él definitivamente tomaba más de lo que daba), y ella le había ayudado varias veces en el pasado y él sabía que necesitaría volver a contar con ella en el futuro.

Pero la otra parte de él, la parte curiosa e impulsada en gran medida por la libido, se preguntaba cómo sería ver cómo se desarrollaba su relación.

—¿Cuándo estás libre? —preguntó él.

La pregunta la tomó por sorpresa, como si no se la esperara en absoluto.

—Mañana por la noche, ¿y tú?

—Por ahora, sí. Depende de lo que pase con el señor Tucker.

—Bien. Sabía que te vencería por cansancio —dijo ella, guiñándole un ojo.

Y eso era lo que temía. Que ella acabaría por derribar todas sus barreras y sacar a la luz al verdadero Tomek Bowen.

—¿A dónde me vas a llevar?

—Tengo algunas ideas en mente —dijo mientras se dirigía a su auto sin tener absolutamente ningún restaurante en mente.

—A un lugar nuevo, por favor.

—¿Nuevo?

—O sea, a un lugar al que no hayas llevado a una chica antes.

—Ehm…

—Ah, eso va a ser difícil, ¿verdad?

—No. Es solo que es un poco…

—No creo que sea raro pedir ir a un lugar al que no has llevado a otra chica antes, gracias. No quiero que estés pensando en ella cuando se supone que debes pasar la noche conmigo.

—Quizá nos encontremos con una de mis ex —dijo él, y ella extendió la mano para abofetearlo de nuevo, pero él se apartó y por poco lo falla.

Luego se detuvo junto a su auto y subió, dejando la puerta abierta.

—Quizá nos saquen fotos en el restaurante. La gente pensará que somos celebridades locales. O los nuevos Carlos y Diana.

—Preferiría que no —dijo ella mientras se alejaba un paso de la puerta—. No con cómo terminó esa historia…

CAPÍTULO
SIETE

Tomek no creía que él y Abigail tuvieran la menor oportunidad de ser los próximos Charles y Diana, pero había una pareja en particular de la que estaba seguro que tampoco se les acercaba ni de lejos.

Herbert y Nora Tucker.

Después de su encuentro con Abigail, Tomek había manejado hasta la casa del novio de Whitney, que muy apropiadamente se llamaba Charlie, y la había recogido de donde se había quedado a dormir. Antes de cerrarle la puerta, Whitney le preguntó si Charlie podía acompañarlos, y Tomek se encogió de hombros y aceptó. Apoyo emocional, había dicho ella. A Tomek no le quitaba el sueño; al menos eso significaba que no tendría que entablar una charla trivial y podía simplemente dejarlos chismear a sus anchas en los asientos traseros.

Pero esa fue una bendición que no duró mucho. No cuando Whitney empezó a hacerle un montón de preguntas con aire preocupado.

—¿Puede decirme qué pasó?

—¿Él está bien?

—¿Lo van a encontrar?

Whitney Tucker era una mujer de veintipocos años, pero sus gestos y su comportamiento —su forma de hablar suave e infantil, los hombros caídos, el morderse las uñas y enroscarse el pelo en los dedos constantemente— sugerían que era varios años más joven,

una adolescente todavía aferrada a su juventud por alguna razón. Aun así, era elegante y atractiva, alguien que claramente gastaba mucho tiempo, y mucho del dinero de papá, en lograr la mejor versión posible de sí misma. Una versión en miniatura de su madre en ciernes.

—Estamos haciendo todo lo posible por encontrar a su padre —explicó Tomek desde el asiento delantero—. Tenemos un equipo buscándolo, pero vamos a necesitar su apoyo y su total cooperación para poder encontrarlo y traerlo pronto a casa.

—De acuerdo —dijo ella, lo que pareció mitigar algunos de sus temores—. ¿Ya habló con mi mamá?

—Sí. Fue ella quien llamó para decir que había desaparecido.

—¿Y no me llamó?

Tomek no respondió. Esperaba que la pregunta fuera retórica.

—Eso es típico de ella —añadió Whitney.

—Creo que intentaba protegerla. No quería interrumpir su velada.

—Qué atrevida.

Un breve momento de silencio invadió el auto, y Tomek esperó a que se disipara antes de hacer la pregunta que se le había ocurrido.

—¿Cómo describiría el matrimonio de sus padres?

Si la pregunta ofendió a Whitney, no lo demostró. De hecho, parecía como si la hubiera estado esperando. Tomek se preparó para su respuesta.

—Se odian —dijo Whitney, con la mirada perdida hacia la ventana. Mientras tanto, Charlie estaba sentado atrás, al margen de la conversación, mirando por la ventanilla—. Se la pasan peleando.

Interesante.

—Si no fuera por Whit y Eleanor, no creo que estuvieran juntos —dijo Charlie. La entonación de su voz sugería que intentaba meterse en la conversación. Y también tenía el tipo. Un niño bonito, alguien que había estado rodeado de gente toda su vida, acostumbrado a ser el centro de atención y a quien no le gustaba quedar fuera de ella.

—A veces me pregunto lo mismo —dijo Whitney, apretando la mano de su novio.

Tomek sabía cómo se sentía, él mismo había estado en esa situación. A menudo se preguntaba si, de no haberlo tenido a *él*, sus padres serían todos más felices. Su mamá, su papá, Dawid. Todos ellos. Esa creencia había comenzado después de que sus padres, en particular su madre polaca, lo culparan por la muerte de Michał. A los ojos de sus padres, él no había sido capaz de proteger a su hermano. La relación que tuvieron tras aquel suceso catastrófico se había fracturado y vuelto distante desde entonces. Aunque había mejorado en las últimas semanas y meses, gracias a la llegada de Kasia a su familia, todavía quedaba un largo camino por recorrer.

Los tres llegaron a la casa de la familia Tucker veinte minutos después. Les abrió la puerta Anna, quien lucía un nuevo par de ojeras. Antes de comenzar otra ronda de preguntas, Tomek y Anna permitieron a la familia un momento para unirse, para su duelo, para procesar. Las tres mujeres Tucker se abrazaron mientras Tomek, Anna y Charlie observaban desde un costado, junto a la higuera de hojas de violín, a la que Tomek había decidido llamar en privado el Falso Violinista, ya que el nombre le recordaba a Dodger de *Oliver Twist* de Charles Dickens.

Mientras observaban la reunión familiar, Tomek reparó en el comportamiento de las mujeres: la interacción de Nora con Whitney fue breve, casi microscópica, pero la de sus hijas entre sí fue mucho más larga, un abrazo que sugería que no se habían visto en meses, casi años. Un abrazo que dejó a Nora al margen de su propia familia.

Cuando Whitney se separó de su hermana, le sujetó la cara a Eleanor y le secó las lágrimas de los ojos. —Está bien —le dijo—. Todo va a estar bien.

Eleanor asintió débilmente, en una muestra de emoción completamente diferente a la que le había mostrado a su madre apenas unas horas antes. En ese entonces había estado distraída, distante, casi hostil. Pero ahora estaba vulnerable, débil. Todo por su hermana mayor. Fue entonces cuando Tomek se dio cuenta de que estaba viendo un vínculo entre las hermanas más profundo que cualquier fosa. Y tuvo la impresión de que eran ellas contra el mundo.

—Señora Tucker —empezó Tomek—. ¿Podríamos hablar en privado en la otra habitación? ¿Sus hijas podrían subir o ir a la cocina, tal vez?

—Yo… no creo qu—

—Estamos bien —interrumpió Whitney, y tomó de la mano a su hermana, arrastrándola junto con Charlie por las escaleras de madera—. Estaremos en mi habitación.

—Perfecto —dijo Tomek con una sonrisa—. Gracias.

Un momento después, se habían ido y los tres adultos se habían trasladado a la sala, ocupando los mismos asientos que solo unas horas antes. Todo era igual excepto por un pequeño detalle que se había añadido desde su última visita: una caja de pañuelos de papel junto a Nora Tucker.

—¿Así que todavía no lo han encontrado? —preguntó ella, sin rodeos.

—¿Qué le hace decir eso?

—Esa mirada deprimida y solemne en sus caras —dijo—. No parece que estén aquí para darme buenas noticias.

—Lamentablemente no ha habido ningún cambio desde esta mañana —explicó Tomek.

—Ya veo. ¿Y cómo se lo tomó *ella*?

A Tomek le llevó un momento darse cuenta de a quién se refería.

—Parecía estar bien, supongo. Aunque no tengo un barómetro para las reacciones de su hija. No tengo nada con qué compararlo. Pero mencionó algo que me gustaría discutir con usted, si me lo permite.

La espalda de Nora se tensó ligeramente. Acercó las manos sobre su regazo.

—Continúe… —dijo, con una ligera inquietud en la voz.

—Según tengo entendido, hay muchas discusiones en su matrimonio.

—¿Acaso no las hay en todos? —replicó ella enfadada—. Pero eso no significa que yo haya tenido algo que ver con su desaparición.

—No dije que la tuviera. Solo quería preguntarle sobre su matrimonio, eso es todo.

Antes de responder, Nora inhaló profundamente y contuvo el aire. Mientras lo soltaba, comenzó: —Ha sido complicado, no me malinterprete. Hemos tenido nuestros desacuerdos, como cualquier pareja, y los hemos superado. Pero simplemente seguimos adelante. Claro, ya no queda mucho amor, pero creo que eso es natural en gente como nosotros…

—¿Qué le hace decir eso?

—¿Qué parte?

—¿Por qué ya no queda amor entre ustedes dos?

Se encogió de hombros, como si la respuesta fuera obvia. Tomek decidió insistir.

—¿Qué pasó realmente esta mañana cuando su esposo la llamó? ¿Por qué la llamó a las tres de la mañana? Porque me ha estado molestando, y no creo que fuera solo para avisarle que volvía a casa.

Pasó un buen rato antes de que Nora respondiera. Pero antes de hacerlo, estiró el cuello hacia el techo y luego se dirigió hacia las puertas de la sala. Las cerró con delicadeza, como si el sonido pudiera derrumbar la casa, y regresó a su asiento convertida en otra mujer. Esta vez era más desafiante, más resistente; la fachada de esposa afligida pareció desaparecer en un instante.

—Me dijo que quería el divorcio.

Tomek suspiró lentamente. —¿Por qué nos mintió?

—Porque no quería que Eleanor se enterara.

—¿Era la primera vez que tenían esa conversación?

Nora negó con la cabeza y luego comenzó a jugar con sus aretes de diamantes, haciendo brillar las otras varias y costosas piezas de anillos y pulseras incrustadas de diamantes en su mano.

—Me lo dijo hace unos meses. Dijo que no era feliz y que quería salirse de la relación.

—Pero siguen juntos… ¿Qué cambió?

—Ambos nos ocupamos tanto en nuestras propias cosas, viviendo nuestras vidas por separado, que simplemente nunca sucedió. Yo estaba más que feliz de quedarme con él, con la casa, con las niñas, así que nunca volví a sacar el tema.

Y las joyas de diamantes. Y el coche deportivo estacionado en la entrada. Y las manicuras y pedicuras y los tratamientos para el

cabello y las clases de yoga.

Todo con la tarjeta de crédito de otra persona.

Tomek apostaba a que haría cualquier cosa por permanecer en la relación.

—Entonces, ¿qué tuvo de diferente la llamada de esta mañana? ¿Qué lo hizo sacar el tema de nuevo?

Se encogió de hombros de nuevo. —Tendrá que preguntárselo a él.

Por alguna razón, Tomek pensó que eso sería lo último en lo que Herbert Tucker estaría pensando cuando lo encontraran.

Si es que lo encontraban.

CAPÍTULO
OCHO

Albert Patterson se enamoró por primera vez de la playa hacía más de sesenta años. Sus padres los habían llevado a él y a Roger en autobús a Southend de vacaciones, las primeras de sus vidas y unas de las pocas que pasarían en familia. Habían pasado la tarde en la playa, jugando en la arena, construyendo castillos y corriendo hacia el agua para lavarse la suciedad de los pies, solo para darse cuenta de que se volverían a ensuciar de inmediato. Habían compartido helados y habían llevado un pícnic en una pequeña cesta. Sándwiches caseros de atún. Los favoritos de Albert.

Pero la mejor parte del día, su favorita, había sido su pequeño descubrimiento.

La marea había bajado, y él y Roger habían estado jugando en el fango, con los pies hundiéndose en la sustancia sucia e inmunda. Se habían estado persiguiendo el uno al otro en un inocente juego de *corre que te pillo*.

Eso fue hasta que Albert se tropezó y cayó de bruces en el fango. Cubierto de lodo e inhalando un poco de tierra, le había gritado a su hermano. Roger había venido corriendo hacia él y, mientras su hermano lo sacaba del hoyo en el que comenzaba a hundirse, un pequeño destello brilló bajo la sustancia marrón.

Una moneda.

Vieja, mugrienta, cubierta por siglos de suciedad e inmundicia.

No sabía exactamente qué era, ni de dónde había salido. Solo sabía que era importante para alguien y que la necesitaba.

La quería para él.

Pero eso no fue posible. En el camino a casa, Albert mantuvo su tesoro en secreto, oculto en el bolsillo de sus pantalones cortos, mojados y llenos de arena. No fue sino hasta que llegaron a casa que compartió el hallazgo con su familia. Al principio, se enfurecieron, decepcionados de que hubiera robado algo que no era suyo. Pero después de que explicó dónde la había encontrado y lo que planeaba hacer con ella, se disculparon y lo entendieron.

Lo que siguió a continuación los dejó a todos sin palabras. Su padre llevó la moneda a un coleccionista, quien examinó el tesoro y lo valuó en más de dos mil libras. Pues era una antigua moneda romana, que tal vez perteneció a un barco perdido hacía mucho tiempo que había navegado por el Támesis y su estuario, y que las olas habían arrastrado a la orilla hacía tantos siglos.

Más tarde, los padres de Albert vendieron la moneda, lo que fue suficiente para sacarlos de la pobreza y mudarse a una bonita propiedad frente al mar en Southend, donde, durante los últimos cincuenta años, Albert había estado patrullando las playas en busca de otro hallazgo que le cambiara la vida.

Pero hasta ahora, no había encontrado nada.

Aparte de un anillo de diamantes, que devolvió rápidamente a la mujer desconsolada que, según los informes, lo había perdido apenas una hora antes, la mayoría de sus hallazgos eran viejas tapas de botella, imanes y otros pedazos de chatarra.

Cincuenta años patrullando las playas de Leigh-on-Sea, Chalkwell, Southend y Thorpe Bay con su detector de metales, esperando que cada nueva marea trajera consigo otra brillante moneda de oro.

Cincuenta años de caminar de un lado a otro, todavía aferrado a la emoción que había sentido con su primer hallazgo.

Y ahora no era diferente.

Había pasado la mañana en el otro extremo de la costa de Essex, en Leigh-on-Sea, y se acercaba al final de su mañana en Thorpe Bay. Allí, la playa estaba compuesta en gran parte por piedras y guijarros lisos que habían sido corroídos por años de agua salada. Por lo general, era el lugar menos concurrido en cuanto a hallazgos.

A menudo había muy poco en Thorpe Bay, pero a él le gustaba, de todos modos. De hecho, era una de sus favoritas, gracias a las casetas de playa que se extendían a lo largo del paseo marítimo. Casetas de playa de varios colores, que siempre estaban frecuentadas y en uso durante el verano. Una vez había oído decir que valían más de cien mil libras. Demasiado dinero, en su opinión. Pero era una de las primeras cosas en su lista de compras si alguna vez encontraba otra moneda de oro romana. Eso y un detector de metales nuevo.

Mientras comenzaba a dar por terminado el día, caminó de regreso por el paseo marítimo frente a las casetas de playa, manteniendo la vista fija en el suelo, buscando el más mínimo destello, el más sutil de los brillos.

Cuando llegó a la mitad de la hilera de casetas, se detuvo. Un olor fétido y penetrante se le había metido en la nariz. Pero no provenía de las algas ni de la basura que había sido arrastrada a la orilla; había patrullado las playas el tiempo suficiente para saber la diferencia.

No, esto era otra cosa. El olor de algo mucho más nauseabundo.

Así que decidió inspeccionar.

No tardó mucho en darse cuenta de qué era el olor y de dónde venía.

Un hombre sin hogar que había buscado refugio entre dos casetas de playa. Un hombre sin hogar que presumiblemente se había orinado encima para mantenerse caliente durante la noche. La figura estaba envuelta en un edredón y llevaba un par de viejos zapatos de senderismo acribillados de agujeros.

—Lástima —dijo Albert, meneando la cabeza mientras seguía caminando y dejaba al hombre allí.

Odiaba ver eso, pero como mucha gente, nunca estaba lo suficientemente dispuesto a cambiarlo o hacer algo al respecto. Se veía a sí mismo como alguien sin poder, una voz ineficaz y casi inútil en la lucha contra cualquier cosa. Lo único en la vida sobre lo que tenía control era él mismo y su detector de metales. Era una pena que no tuviera control sobre la orilla y los secretos que yacían bajo ella.

Pero entonces, justo cuando estaba a punto de irse y abandonar toda esperanza, algo le llamó la atención. Algo brillante. Algo interesante.

Con la emoción creciendo en su interior, Albert se agachó hasta el nivel del suelo y comenzó a barrer las pequeñas piedras que rodeaban el objeto, hasta que finalmente descubrió una alianza de boda. De oro, maciza, pesada.

Valía mucho dinero. Quizás no lo suficiente para una caseta de playa en Thorpe Bay, pero ciertamente lo suficiente para el nuevo detector de metales al que le había echado el ojo en eBay.

CAPÍTULO
NUEVE

El tiempo había empeorado considerablemente. El frío era más feroz y el viento arrastraba una sensación de venganza. Y, para colmo, había empezado a llover. No a cántaros, pero tampoco era una llovizna. Era ese punto intermedio en el que uno parece empaparse a los pocos minutos de salir de casa. Y eso fue exactamente lo que le pasó a Tomek en cuanto salió de la comisaría e hizo el corto trayecto hasta su auto.

La llamada había llegado menos de diez minutos antes. Habían encontrado un cuerpo en Thorpe Bay. En el paseo marítimo. Atrapado entre la tristemente célebre hilera de casetas de playa.

Nick lo había llevado aparte y le había comunicado a Tomek que quería que el sargento acudiera a la escena del crimen. —No estoy teniendo favoritismos —le había explicado Nick en su oficina—. Solo me aseguro de que *ella* no los tenga.

Ella era la inspectora detective, Victoria.

Ella era la que tenía una relación con un sargento detective.

Era evidente que a Nick no le gustaba la idea de que estuvieran juntos, que pudiera interferir con su concentración y sus capacidades para gestionar una investigación de asesinato compleja y de alto perfil. Y Tomek no podía culparlo.

En el poco tiempo que Herbert Tucker llevaba desaparecido, su nombre había alcanzado más de diez mil menciones en Twitter, y se habían escrito más de dos docenas de artículos sobre él, y el equipo

los revisaba, junto con las secciones de comentarios, en busca de pistas o novedades.

Tomek se preguntó si esta era la forma que tenía Nick de castigarlos de alguna manera. Y, si lo era, no le importaba demasiado, porque de momento era él quien se estaba beneficiando.

A su lado en el auto iba el capitán, con su barba de tres días impecablemente cuidada y sus lentes de diseñador perfectamente posados sobre la nariz. El detective Oscar Perez era un hombre con clase y carisma, pero le gustaba mantener un perfil bajo, pasar desapercibido. Lo mismo aplicaba a su personalidad. En la oficina, solía ser silencioso y reservado. A menos, claro, que se le presentara la oportunidad de corregir a alguien y considerara que era su deber hacerlo. Tomek había trabajado con él durante casi diez años, pero en todo ese tiempo nunca lo había visto con un libro en la mano o un video documental en el teléfono. Era un misterio, pues, cómo sabía tanto.

—¿De dónde sacas todos esos datos curiosos? —preguntó Tomek mientras se dirigían a Thorpe Bay. El viaje era corto —cinco minutos, más o menos, se podía hacer a pie en realidad—, pero a ninguno de los dos les apetecía enfrentarse al mal tiempo.

—De mis padres —explicó Oscar, con su suave acento hispano.

—¿Cómo?

—Libros.

—¿Qué hacían? ¿Te sujetaban y te metían las páginas a la fuerza por la boca?

Oscar soltó una risita. —No. Leía desde muy pequeño. Cosas bastante avanzadas, de hecho. Y luego mi papá me dio una enciclopedia. ¿Alguna vez has oído hablar de ellas?

—Maldito suertudo. Claro que he oído hablar de ellas. Son los libros con todas las instrucciones de cocina, ¿verdad?

—Casi. El caso es que leí las primeras páginas y todo parecía tener sentido para mí. Como si simplemente hubiera hecho clic. Disfruto aprendiendo cosas.

—Y corrigiendo a la gente, no lo olvides.

—Vivo para eso —dijo Oscar con frialdad—. Eso, y encontrar criminales.

—Pues, capitán —dijo Tomek mientras detenía el auto en el malecón, a poca distancia de las casetas de playa—. Su nave acaba de atracar en suelo enemigo. Ponga sus armas en modo aturdidor y prepárese para lo que podría…

—Fáseres.

—¿Qué?

—Fáseres. En realidad, es «pongan sus fáseres en modo aturdidor».

Tomek le lanzó una mirada fulminante. —Cierra la puta boca y bájate del auto —replicó jovialmente.

Allí abajo, a lo largo del malecón, el viento y la lluvia habían empeorado. El agua lo golpeaba como balas desde todos los ángulos, mientras que el viento lo desequilibró al subir al cordón de la vereda. Las calles estaban desiertas. Nadie a la vista, excepto los policías y los agentes de la científica en medio de la calle. Habían acordonado la zona y levantado una carpa forense blanca sobre las casetas de playa. Tomek había leído una vez sobre ellas, que a veces costaban lo mismo que un departamento, dependiendo del estado en que se encontraran. Y a Tomek no se le ocurría nada peor que gastar una pequeña fortuna en algo que solo se iba a usar unos pocos meses al año, y durante esos ajetreados meses de verano, se vería obligado a compartir la playa con todos los demás idiotas que insistían en visitarla al mismo tiempo que él. Quizá era su lado polaco, el cinismo, pero se le ocurrían mejores formas de gastar cien mil libras.

Poco después de su llegada, Tomek y Oscar se pusieron sendos trajes forenses y bajaron los escalones que conducían a la playa. Luego caminaron entre el rompeolas y la parte trasera de las casetas, esquivando la basura y los desperdicios que los indeseables de Southend habían arrojado allí (otra razón por la que no quería comprar una caseta de playa). Atrapado entre el muro y las pequeñas cabañas de madera, el viento había amainado drásticamente, y a la lluvia le costaba colarse por los huecos tanto como a la intemperie.

La masa de figuras blancas estaba a solo unos metros de distancia y, a medida que se acercaban, quedaron resguardados

bajo la carpa que, de alguna manera, habían montado sobre tres de las casetas, protegiéndolos de los elementos. Cinco agentes de la científica en total, con un jefe de la escena del crimen a su cargo. Y entonces Tomek vio a Lorna Dean, la patóloga del Ministerio del Interior, con su pelo rojo fuego que parecía arder a través del traje de papel blanco.

—Buenas tardes —dijo Tomek sin dirigirse a nadie en particular —. Un día precioso para esto.

Luego bajó la vista hacia el estrecho espacio entre las dos casetas. Hacia el cuerpo que yacía allí, guarecido bajo un edredón.

—¿Y este quién es? —le preguntó Tomek a Lorna, al otro lado del cuerpo.

—Aún no estoy segura —respondió ella—. No tiene identificación. Ni billetera, ni teléfono.

Tomek se giró hacia Oscar. —¿Tienes la impresión?

—Un momento —respondió Oscar. Luego se bajó el cierre del traje y metió la mano en el bolsillo de su abrigo.

—Se está bastante tranquilo aquí abajo —observó Tomek mientras esperaba—. Realmente se puede oír uno pensar.

Entonces apareció la mano de Oscar, y Tomek tomó el documento que le ofrecía. Mientras se agachaba junto al rostro de la víctima, desdobló el papel y lo sostuvo cerca de la cabeza del hombre.

—¿Qué te parece? —le preguntó Tomek a Oscar—. ¿Es el mismo tipo?

—Pues… tiene la boca un poco roja y la nariz un poco rota, pero sí, yo diría que es el mismo.

—¿Quién? —intervino Lorna.

—Nuestro estimado miembro del parlamento y del concejo local, el señor Herbert Tucker —respondió Tomek con un deje de sarcasmo en la voz.

—¿Quién?

—Exacto. Yo tampoco lo conocía. De ahí la fotografía. —Tomek agitó la hoja impresa—. Al parecer, es toda una celebridad local.

—¿En serio?

—No —respondió Oscar—. Es solo que Nick y Martin esperan que todos sepamos quién es.

—Claro. Eso tiene todo el sentido del mundo.

Tomek los ignoró y continuó examinando al hombre muerto que tenía delante. Herbert Tucker no se parecía en nada a la foto que Tomek había descargado de internet. Ahora Herbert Tucker tenía la nariz rota y un río de sangre seca le cubría las fosas nasales y las mejillas, pero la anomalía más grande era la hinchazón y las lesiones rojas alrededor de su boca. Parecía como si hubiera estado besando a alguien y hubiera terminado con el labial de esa persona puesto. Pero lo que era más preocupante, y confuso, era la ropa que llevaba Herbert. Tomek había visto las imágenes de las cámaras de seguridad de Herbert Tucker saliendo de las oficinas del concejo a las tres de la mañana, y Herbert había llevado traje, camisa y un par de zapatos elegantes. Ropa formal. Atuendo de oficina. Algo que sugería que trabajaba para el gobierno local. Ahora, sin embargo, lo habían vestido con un abrigo marrón húmedo, un par de *jeans* rotos y un par de zapatos sucios y agujereados.

Lo habían vestido para que pareciera un indigente.

Y lo habían hecho oler como uno también.

El hedor a meados y amoníaco abundaba entre las casetas de playa, y Tomek se preguntó si provenía de Herbert o si estaba impregnado en la propia construcción de las casetas, filtrado a través de la madera por la gente que meaba constantemente en ese mismo lugar. Y entonces recordó el olor en la escena del crimen del estacionamiento y el charco que lo acompañaba.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Tomek, tomándose un momento para asimilar lo que estaba viendo.

—Un jubilado en su paseo matutino. Dijo que casi le da un infarto.

Tomek se preguntó cuánto tiempo llevaba Herbert Tucker tirado allí, fallecido, expuesto a la intemperie, cubierto de sus propios meados. Se preguntó cuántas otras personas lo habían ignorado en cuanto se habían percatado del edredón y la ropa sucia.

El asesino había vestido a Tucker por una razón —para distraer y retrasar—, lo que significaba que se enfrentaban a alguien

inteligente y calculador. Y, lo que es más importante, que había planeado el secuestro y el asesinato con antelación. Ese no era el tipo de decisión que se tomaba por capricho. Su muerte había sido objeto de una reflexión precisa y exhaustiva.

Tomek había visto todo lo que necesitaba. Se puso de pie y, con Oscar siguiéndolo de cerca, se dirigió de nuevo al cordón policial. Allí encontró a la pobre y desafortunada alma cuyo trabajo era montar guardia y registrar las entradas y salidas de los asistentes en el registro de presencia. Llevaba un impermeable completo y una gorra impermeable, pero poco hacían para protegerlo de los elementos. Tomek saludó al hombre con una cálida sonrisa mientras firmaba su salida del registro, y luego le dio una palmada en la espalda al marcharse.

Mientras se dirigían al auto, vio una patrulla aparcada a un lado de la carretera, con dos individuos en el asiento trasero visibles a través del cristal. Tomek se acercó y golpeó el cristal, sobresaltando al hombre de pelo blanco que tenía delante. Abrió la puerta.

—¡Carajo, hombre! —exclamó—. Ya he tenido un susto de infarto, no quiero otro. ¿Está tratando de matarme?

—No intencionadamente, señor.

Tomek asomó la cabeza por detrás del caballero y vio al agente uniformado detrás de él.

—¿Resguardándose de la lluvia? —preguntó.

—Tomando una declaración de testigo —respondió el agente.

—Así que, ¿usted es el desafortunado que encontró a la víctima? —le dijo Tomek al caballero mayor.

—Sí.

—¿Su nombre?

—Laurence Lowell.

—Encantado de conocerlo, Laurence Lowell. Soy el sargento detective Tomek Bowen. Si necesita algo, solo hágamelo saber a mí o a mis colegas.

El hombre pareció calmarse un poco. —Por supuesto.

—Antes de dejarlo tranquilo, ¿puedo preguntarle hace cuánto tiempo encontró el cuerpo?

El agente contestó primero, revisando sus notas. —Hace una hora, sargento. Tres y doce de la tarde.

Tomek asintió.

Eso significaba que había una ventana de doce horas entre el secuestro de Herbert Tucker y su descubrimiento.

Una ventana de doce horas en la que necesitaban encontrar a su asesino.

CAPÍTULO
DIEZ

Había seis preguntas que necesitaban respuesta en toda investigación de asesinato.

¿Quién?

¿Qué?

¿Dónde?

¿Cuándo?

¿Por qué?

¿Y cómo?

Seis preguntas universales que podían aplicarse a todo.

¿Quién estuvo involucrado?

¿Qué pasó?

¿Dónde pasó?

¿Cuándo pasó?

¿Por qué pasó?

¿Cómo?

Sin embargo, lo que había que recordar era la importancia de cada respuesta.

¿Cuándo pasó? ¿Por qué en ese momento específico? ¿Por qué no antes, o después?

La madriguera de conejo de una pregunta de seguimiento tras otra era enorme, pero eran esas madrigueras las que al final llevaban a una buena pista o a la captura de un posible sospechoso. Y, casi de inmediato, Tomek sospechó que la madriguera de la vida

de Herbert Tucker sería aún más grande, e incluso más difícil de seguir.

Él y Oscar habían regresado a la comisaría lo más rápido posible, más para guarecerse de la lluvia y entrar en calor que por buenas noticias. Y a los pocos instantes de su regreso, habían sido bombardeados con preguntas, sobre todo por parte de Nick, que estaba desesperado por saber las últimas novedades.

—¿Es él? ¿Es Tucker?

Tomek se sintió como aquella vez que lo habían acosado en la calle principal de Southend, cuando alguien intentaba que se suscribiera a una donación mensual para una organización benéfica. No había escapatoria.

—Más despacio, jefe —respondió—. Por lo menos déjame quitarme el abrigo.

Unos pocos segundos no iban a marcar la diferencia en el gran esquema de las cosas, pero para Nick sí. Caminaba acechante detrás de Tomek, respirándole en la nuca mientras avanzaba.

Una vez que colgó su abrigo en un gancho, Tomek se dio la vuelta y vio la calva de Nick flotando a unos centímetros de su barbilla.

—¿Y bien?

—Sí.

—¿Es él?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Usé la foto.

—¿Qué foto?

—No sabía cómo era, así que imprimí una y se la puse junto a la cara.

—Joder, Tomek —dijo Nick, suspirando ruidosamente—. Igual tendremos que hacer que su esposa confirme su identidad.

Aunque Tomek estaba noventa y nueve por ciento seguro de que era Herbert Tucker.

—¿Por qué no revisaste su cartera o su licencia de manejar? —preguntó Nick.

—De hecho, no traía ninguna identificación, señor —respondió Oscar desde el otro lado de la habitación.

—¿A qué se refiere? —preguntó Nick.

—Probablemente, el asesino la robó. Estaba vestido como un indigente.

Un profundo silencio cayó sobre la sala mientras el equipo procesaba la información. El momento duró un rato —diez segundos, veinte, treinta— antes de que Nick negara con la cabeza, incrédulo, y convocara una reunión urgente en la sala de incidentes mayores.

Un minuto después, el equipo estaba sentado, a excepción de Nick, que estaba de pie al frente de la sala, caminando de un lado a otro con impaciencia. En el tiempo que Tomek y Oscar habían estado fuera de la comisaría, ellos habían estado trabajando en responder a la pregunta de *quién*. ¿Quién le había hecho esto a Herbert? ¿A quién en su vida le había hecho tanto daño como para que pensara que esta era la única manera de vengarse?

Pero ahora que el equipo sabía que Herbert había estado vestido como una persona sin hogar en los momentos anteriores o posteriores a su muerte, eso añadía una dimensión diferente a la investigación.

La pregunta ahora se convertía en: ¿a quién le había hecho tanto daño, y *por qué* querrían vestirlo así?

Tomek tenía algunas ideas iniciales, pero quería esperar a escuchar la información antes de consolidar alguna de ellas en su mente.

—Dinos todo lo que sabes sobre la escena del crimen —ordenó Nick, tajante, directo.

Sintiéndose como si estuviera a punto de leer en voz alta frente a la clase, Tomek se aclaró la garganta. Y luego les explicó lo que habían descubierto después de hablar con el testigo clave, Laurence Lowell, y el oficial uniformado. Que Laurence había descubierto el cuerpo apenas una hora antes. Que Herbert Tucker había sido vestido como un indigente y arrojado entre las casetas de playa. Que lo habían cubierto con un edredón. Que tenía marcas rojas alrededor de la boca.

—¿Marcas rojas? —preguntó Nick.

—Como si hubiera estado besando a alguien con *mucho* lápiz labial.

—¿Algún otro signo visible de agresión? ¿Posible causa de muerte?

—Pendiente por ahora, señor. Lorna lo va a registrar esta tarde.

—Habla como la gente, por favor, Tomek, por el amor de Cristo. —Nick suspiró lo suficientemente fuerte como para que Tomek lo sintiera desde el otro extremo de la mesa—. ¿Qué más?

—Eso es casi todo lo que sabemos por ahora. Excepto que no hay cámaras de seguridad por esa zona, ya lo comprobé.

—¿Y el testigo clave? ¿Sospechas que pudo haber tenido alguna participación?

—Si estamos buscando a un hombre de sesenta y tantos, entonces sí. Pero lamentablemente no creo que sea el caso. La persona que hizo esto tuvo que haber cargado el cuerpo de Tucker hasta la playa y desvestirlo en algún momento. No sé tú, pero hasta a mí me costaría trabajo con alguien de su complexión.

—Pero nunca fuiste el más fuerte —gritó Sean.

Tomek sonrió con suficiencia. —Tengo cuerpo de atleta. Lástima que sea de un jugador de dardos.

Y tampoco era broma. Tras la llegada de Kasia a su vida, los números de su cintura y las letras de sus tallas de ropa habían empezado a cambiar y a molestarlo. No podía recordar la última vez que había salido a correr, pero sí podía recordar la última vez que había pedido comida para llevar. A Kasia no le importaba; la pequeña pilla estaba bendecida con un metabolismo maravilloso que la mantenía esbelta y saludable. Mientras que Tomek habría dado un brazo por recuperar el suyo.

—Sean, Tomek, cierren la puta boca —gruñó Nick—. Este no es el momento ni el lugar. Si quieren tener sus conversaciones graciosas, háganlo en su puto tiempo libre y no en mi puto edificio.

Ahora Tomek se sentía como un niño al que el profesor acababa de regañar.

Una vez zanjado el tema de la escena del crimen, el foco de la conversación se trasladó rápidamente al resto del equipo, y a lo que

habían descubierto en sus esfuerzos por desvelar las capas de la vida de Herbert Tucker.

—Era un tipo detestable, un verdadero cabrón —empezó la detective Rachel Hamilton—. Y esa es mi opinión imparcial. Herbert Tucker se hizo un nombre primero en el negocio de los metales. Compraba acero y otros metales a precio de ganga a gente que quería deshacerse de ellos, y luego los limpiaba y los revendía al mejor postor. Empezó con eso a los veinte años, y continuó durante diez antes de pasarse finalmente al mercado inmobiliario.

—Hoy en día todo el mundo es arrendador o magnate inmobiliario —dijo Anna—. Es ridículo. Eso impide que mi familia y yo podamos comprar una casa.

Su reacción fue recibida con un coro de voces de acuerdo.

—A partir de ahí se hizo bastante rico y bastante conocido. Como que empezó a congeniar y a alinear sus lealtades con la élite tory. Hizo muchos amigos en las altas esferas, y cada vez que solicitaba cosas como subvenciones y becas o cualquier tipo de permiso de construcción, se agilizaba y pasaba por el proceso mucho más rápido de lo que lo habría hecho para cualquier otra persona.

—Por supuesto —replicó Nick.

—¿Huelen eso? —preguntó Tomek—. Huele a corrupción. Y no es el único olor.

—¿De qué estás hablando? —Esta vez fue el turno de Victoria de intervenir. Tomek se había dado cuenta de que había tenido muy poco que decir y hacer desde el inicio de la investigación, lo cual no era propio de ella. Quizás Nick finalmente le había recordado los posibles problemas que rodeaban su relación con Sean.

—Olvidé mencionarlo —empezó Tomek—. Herbert Tucker se había orinado encima cuando murió. Antes o durante.

—¿No después? —preguntó Nick con sarcasmo.

—De hecho, es posible —dijo Oscar. Luego recordó añadir «Señor» al final.

Nick suspiró involuntariamente, y luego devolvió la conversación a Rachel, quien continuó explicando la historia de la vida de su víctima con un detalle sorprendentemente preciso y minucioso.

—Estudió economía en Cambridge, pero finalmente lo dejó cuando se dio cuenta de que todo era teoría y que lo práctico estaba ahí fuera, en el mundo real. Y hasta ahora tiene cuatro empresas. La compañía de metales, el negocio inmobiliario, una empresa de ventas minoristas en línea y una compañía en el extranjero registrada en la isla de Jersey.

—Un político clásico —comentó Sean.

—Intentemos mantener la política fuera de esto, ¿les parece?

—Eso podría resultar un poco difícil, señor. Pero haré lo que pueda.

Sintiendo que la conversación necesitaba un cambio de dirección antes de que degenerara en dos hombres con puntos de vista políticos opuestos discutiendo entre sí, Tomek preguntó: —¿Cómo sabes todo esto?

Entonces Rachel giró la pantalla de su computadora portátil. En ella había una página de un libro en Amazon llamado Se está mejor en la cima, disponible en Kindle y en rústica. En la portada del libro estaba el instantáneamente reconocible Herbert Tucker, mirando hacia abajo, presumiblemente a los que estaban por debajo de él, mostrando su papada.

—¿El estúpido cabrón escribió sus memorias?

—Más bien un libro de negocios, pero habla *mucho* de sí mismo.

—Claro que sí. —Tomek puso los ojos en blanco—. ¿Lo leíste todo en unas pocas horas?

—Le eché un vistazo a la mayor parte. No es tan largo. Creo que puede que haya comprado el único ejemplar.

—Su fan número uno. ¿Menciona algún nombre?

Rachel negó con la cabeza.

—Claro que no. Típico de los políticos.

—¿Qué dije? —siseó Nick.

—Usted dice muchas cosas, señor.

—¿No te acuerdas de lo que dije hace cinco minutos? ¿Sobre que cerraras la puta boca?

La risa y la sonrisa desaparecieron del rostro de Tomek mientras Nick se volvía de nuevo hacia Rachel.

—¿Tenía enemigos en el mundo de los negocios? ¿Alguien a quien jodiera y que quisiera vengarse?

Rachel giró la computadora para que volviera a estar frente a ella. —Aún no estoy segura, pero estoy segura de que en sus treinta años de carrera en los negocios, y los últimos diez en política, tiene que haber alguien. Es solo algo que necesito investigar con un poco más de tiempo.

Un silencio cayó sobre la sala mientras esperaban que Nick eligiera a otra persona para hablar. El inspector jefe apoyó los dedos en el escritorio y se giró lentamente hacia Chey.

—Así que ya sabemos sobre su vida empresarial. ¿Qué nos puedes decir sobre su vida política?

La expresión emocionada en el rostro de Chey parecía sugerir que el joven oficial había estado esperando toda la mañana por esto, su momento para mostrar todo lo que había aprendido, y parecía como si hubiera ensayado su primera frase varias veces en su cabeza mientras esperaba pacientemente.

—No soy muy de política —empezó—. No distingo a mis Angela Merkel de mis Nicola Sturgeon. Y si tuviera que decirlo, diría que me importa más el olor de los pedos de un canguro que lo que pasa en el gobierno. Pero lo que *sí* sé es que este hombre tenía enemigos. Montones de ellos. Un nueve sobre diez en la escala de cabrones. Probablemente la persona menos querida del condado, si hemos de creer en las encuestas, e incluso me atrevería a decir que es la persona menos querida en su propia casa. ¿Cómo sé esto?, se preguntarán.

Chey esperó a que alguien hiciera literalmente la pregunta. Cuando nadie lo hizo, una pizca de decepción cruzó su rostro y continuó.

—Bueno, señoras y señores, internet. Una búsqueda rápida de su nombre arroja varios videos de gente acosándolo e incluso agrediéndolo en la calle. Mi favorito es uno en el que le tiran huevos y le dan una bofetada en la cara mientras camina entre una multitud.

—Como a John Prescott —gritó alguien.

Chey se encogió de hombros, con cara de no tener ni la más remota idea de quién era John Prescott. —Seguro —dijo, y luego continuó.

—Resulta que, al principio de su carrera política, era un gran defensor de las drogas; de combatirlas, no de consumirlas. También fue un actor importante en el campo de los sintecho y prometió el oro y el moro en lo que respecta al apoyo y la vivienda para las personas sin hogar. Y desde que está en el poder los últimos dos años, no ha cumplido absolutamente ninguna de sus promesas, y el consenso general es que se ha retractado de mucho de lo que dijo que haría y que ha hecho retroceder al condado a los años ochenta. Incluso llamó a la indigencia «una elección de estilo de vida».

—Cabrón —comentó alguien que no era ni Tomek ni Sean.

—Una de las últimas cosas que ha hecho —supuestamente una de las mejores también, en su propia modesta opinión— es subir las tarifas de los estacionamientos públicos a lo largo del paseo marítimo.

—¿Es por eso que me costó más de doce libras por una tarde el otro día? —preguntó Tomek.

Él y Kasia habían ido a caminar por el paseo marítimo y a entrar en algunas de las salas de juegos como algo divertido que hacer; había terminado siendo una tarde cara.

—Sí, él es el responsable de eso —respondió Chey.

—Idiota —murmuró Tomek por lo bajo.

—Aunque te alegrará saber que lo van a volver a poner como antes en un par de semanas. Al parecer, los estacionamientos no están tan llenos como solían estarlo.

—Me pregunto por qué…

—¿Podemos volver al tema, por favor? —espetó Nick, golpeando la mesa con la mano en señal de frustración—. ¿De qué nos sirve esto?

—De nada —respondió Chey con sinceridad, quizás demasiada—. Solo nos dice que tenía muchos enemigos. Y potencialmente mucha gente que lo quería muerto.

CAPÍTULO
ONCE

Aunque Herbert Tucker podía tener muchos enemigos, la última persona que lo vio con vida casi con toda seguridad no era uno de ellos. Sarah Jewell era una mujer de poco más de cuarenta años con el pelo castaño, una dentadura perfecta y una sonrisa igual de deslumbrante. Vestía un vestido amarillo, largo y ajustado, con un estampado floral que no habría desentonado en un jardín botánico. A Tomek no le pareció que el atuendo fuera apropiado para la temporada, pero ¿qué sabía él de moda? Todavía usaba el mismo par de zapatos que tenía desde hacía siete años. Y no veía ninguna razón para cambiarlos. Sí, puede que olieran —terriblemente, si le hacías caso a Kasia—, pero seguían siendo funcionales y, lo que es más importante, seguían siendo cómodos.

Además, no podía justificar gastar otras ciento cincuenta libras en un par de zapatos, incluso si les iba a sacar otros ocho años de uso.

Sarah abrió la puerta de una pequeña sala de reuniones. Dentro había una mesa, cuatro sillas ergonómicas Herman Miller de alta gama que costaban más de mil libras cada una, un televisor de pantalla plana colgado en la pared y una pizarra blanca en la pared contigua. Tomek no pudo evitar notar lo limpio y nuevo que se veía todo. Y cómo no se había escatimado en gastos con el dinero de los contribuyentes que lo financiaba todo.

También se preguntó de qué otros lujos había estado disfrutando el ayuntamiento de Southend con su dinero.

Sarah retiró una silla al otro lado de la mesa y se sentó. Tomek y Rachel se sentaron frente a ella. Antes de empezar, Tomek se tomó un momento para estudiar a la mujer. Llevaba mucho maquillaje, solo que se le había corrido por donde obviamente había estado llorando y tenía los ojos hinchados. Metido en la manga, asomando una fracción, tenía un trozo de pañuelo de papel y, mientras esperaba, empezó a juguetear con él, frotando la tela entre el pulgar y el índice. Era un movimiento sutil, apenas perceptible, pero Tomek también notó que su cuerpo temblaba. No sabía si era porque movía la pierna de arriba abajo bajo la mesa, nerviosa, o si era una reacción física a la noticia de la desaparición y muerte de Herbert. Pero al final, supuso que era una combinación de ambas cosas.

—Señora Jewell —empezó Tomek.

—Señorita —lo corrigió—. Me casé una vez, pero nunca más.

—Correcto —respondió Tomek con una sonrisa de disculpa—. Señorita Jewell. En primer lugar, gracias por tomarse el tiempo de sentarse con nosotros. Como estoy seguro de que sabe, estamos investigando la desaparición de su jefe, Herbert. Pero lamento tener que informarle de que su cuerpo fue encontrado no hace mucho tiempo.

Sarah se llevó la mano a la boca para ahogar la exclamación audible que se le escapó de los labios. —¿Está muerto?

—Sí.

Y entonces llegaron las lágrimas. Muchas. Al menos tres minutos seguidos. Sollozos e hiperventilación incesantes. Tomek se sentó pacientemente, esperando a que superara el impacto inicial, pero fue Rachel quien atendió a la mujer. Ella era la más considerada y emocional de los dos, y tenía sentido que consolara a la mujer angustiada de cualquier manera posible. La única contribución de Tomek fue traer otra caja de pañuelos de su escritorio.

Cuando por fin terminó, Tomek empezó. Mientras él hablaba, ella seguía secándose los ojos con toques, y ya no le importaba en lo más mínimo su maquillaje cuidadosamente aplicado.

—Sospechamos que pudo haber sido asesinado por quienquiera que lo secuestrara —le dijo Tomek.

—Me enteré esta mañana. Keith me mandó un mensaje diciendo que había oído por parte de seguridad que Herbert había desaparecido.

—¿Keith?

Tomek buscó en su bolsillo la pluma y la libreta, listo para garabatear las siguientes palabras de Sarah.

—Keith Ferguson. Trabaja con Herbert. Son bastante cercanos.

Tomek anotó el nombre y lo subrayó varias veces.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para el señor Tucker? —preguntó Tomek, deseoso de hacer avanzar la conversación.

Sacó otro pañuelo de la caja y se lo colocó bajo la nariz. —Nos conocemos desde hace diez años. Yo era asistente administrativa, entré como parte del programa de posgrado del ayuntamiento cuando cumplí treinta y cinco. Estudié ciencias políticas tarde, después de darme cuenta de que quería entrar en este mundo. Conocí a Herbert en mi primer día. Fue tan dulce, tan amable y acogedor. Me enseñó el lugar y me dijo adónde ir si necesitaba algo.

—¿Y entonces decidió convertirse en su secretaria?

Ella asintió, manteniendo sus ojos llenos de lágrimas fijos en Tomek. —Sabía que no iba a superarlo, así que lo dejé. Nunca iba a llegar a ser diputada, así que centré todos mis esfuerzos en ayudarlo a él.

—Muy noble y generoso de su parte.

Tomek no recordaba la última vez que había hecho algo así. O si alguna vez había puesto toda su vida en pausa. No contaba exactamente con Kasia, ya que él seguía persiguiendo su carrera y sus sueños. Pero planteó una cuestión interesante: si alguna vez necesitaran mudarse o cambiar algo en sus vidas, ¿estaría dispuesto a renunciar a la carrera que había conocido durante los últimos veinte años de su vida? No estaba tan seguro. Y esperaba no tener que averiguarlo nunca.

Durante los siguientes diez minutos, los tres siguieron hablando de la carrera de Sarah y del impacto que Herbert Tucker había tenido en su vida, de cómo le había enseñado cosas que ella creía saber, pero que no había comprendido del todo. De cómo le había enseñado a salir adelante en el mundo de los negocios, e incluso a

montar una pequeña fuente de ingresos por su cuenta, una tienda en línea que vendía figuras de ganchillo de personajes populares de películas y televisión. Cuando tenía tiempo, claro.

En ese tiempo, las lágrimas habían disminuido lentamente, al igual que los sollozos, que habían estado volviendo loco a Tomek, y ella había empezado a relajarse. Sus hombros se habían relajado y, en una profunda respiración, todo su estrés y frustración parecieron desaparecer.

—Anoche… —empezó Tomek, introduciendo el siguiente tema de conversación para que no le pareciera una sorpresa—. ¿A qué hora salió de la oficina?

—Poco después de las tres.

—¿Y Herbert todavía estaba aquí?

Ella asintió.

—¿Cómo volvió a casa?

—Caminando. Vivo a la vuelta de la esquina. A cinco minutos a pie.

—¿Herbert no le ofreció llevarla?

Ella negó con la cabeza. —No me importa caminar —respondió—. Lo hago todo el tiempo. Estoy acostumbrada y no está tan lejos. Además, las calles no son tan malas ni peligrosas como las noticias quieren hacer creer.

—Debe de ser agradable vivir tan cerca del trabajo. Apuesto a que se levanta de la cama lo más cerca posible de su hora de entrada, ¿no?

Solo lo preguntó porque sabía que eso era exactamente lo que él habría hecho si hubiera tenido la opción.

—Uno pensaría, pero lamentablemente no. Estoy aquí casi todas las horas del día. De las siete de la mañana a la medianoche.

—Y más allá… —añadió Rachel—. Como fue el caso de anoche.

—Sí. Absolutamente. Sí. Como fue el caso. Es intenso, pero me mantiene ocupada y nunca hay un día aburrido. Me encanta.

Rachel asintió lentamente, entrecerrando los ojos. Tomek había trabajado con ella el tiempo suficiente para saber que tenía una serie de preguntas que necesitaba hacer y él no iba a interponerse

en su camino. Llevaban solo unos meses trabajando juntos, pero su relación laboral se estaba volviendo casi telepática.

—¿Qué hacía aquí tan tarde? —preguntó ella, con un tono monótono, pasivo.

Sarah dudó antes de responder, calculando su respuesta. Siguió jugando con el pañuelo entre los dedos. Tomek bajó la vista y por primera vez se fijó en sus uñas de un rojo fuego.

—Ya sabe —empezó—. Lo de siempre. Apagando incendios. Herbie había molestado a alguien y teníamos que encontrar una respuesta o una forma de lidiar con ello.

—¿Eso es algo común, entonces?

—Más de lo que nos gustaría admitir. Pero ustedes no son periodistas, así que no hay problema.

—¿Y el resto de la noche? —preguntó Rachel, indagando, indagando.

—Herbie tenía un discurso importante próximamente. Iba a asistir a la Cámara de los Comunes y necesitábamos redactar algo para presentarle al primer ministro, así que pasamos la noche redactándolo.

—¿Y entonces decidieron dar por terminada la noche? —El matiz de acusación en el tono de Rachel seguía aumentando.

—Ambos nos estábamos quedando dormidos en nuestros escritorios —respondió Sarah, su cuerpo tensándose ligeramente y su espalda empezando a ponerse rígida—. Estoy bastante segura de que Herbie me pilló roncando en un momento dado, así que dijo que probablemente era mejor que nos fuéramos a casa.

De los cuales solo uno llegó. Mientras que al otro lo habían puesto a dormir para siempre.

Un breve silencio se instaló entre ellos y Tomek pidió un descanso. Necesitaba agua desesperadamente y se dirigió al dispensador de agua. Mientras seguía las indicaciones de Sarah hacia él, examinó la oficina del tercer piso. Era tan insulsa como la suya, con algunas mejoras modernas. Y, sin embargo, bullía de vida. Al menos treinta personas estaban sentadas en sus escritorios, tecleando, haciendo clic, hablando y gritando por toda la sala. Era frenético, pero no tanto como la comisaría en medio de una

investigación de asesinato, y Tomek sabía cuál prefería. Unos momentos después, logró encontrar el dispensador de agua: un aparato grande y moderno con más botones y diales que una nave espacial. Aquello confundió a Tomek de inmediato. Tanto que le hizo señas a la persona más cercana a él: una veinteañera pelirroja con un chichón junto al ojo.

—¿Cómo funciona esta cosa? —le preguntó Tomek—. Solo quiero un poco de agua, no acceso a los códigos de lanzamiento nuclear.

La mujer se rio, le quitó el vaso, se estiró y pulsó un botón. El agua empezó a salir inmediatamente del grifo y unos segundos después ya estaba. —Es fácil cuando sabes cómo —dijo ella. Luego, mientras se iba, añadió—: Pero si alguna vez encuentras esos códigos de lanzamiento, ven a buscarme. Me encantaría verlos.

Tomek se apartó de ella, con el ego ligeramente inflado, y regresó a la reunión, esta vez por una ruta diferente. Mientras se abría paso entre los escritorios, observó a los miembros del personal. Todos parecían ajenos a su presencia, como si fuera uno más de ellos, otro nombre y otra cara que no se habían molestado en recordar. Lo que más le sorprendió fue cómo todos parecían… normales. Que su miembro más antiguo no estuviera muerto. Que no se hubieran enterado de la noticia de su desaparición. No había solemnidad en el aire, ni sensación de desesperación.

O no lo sabían. O sí, y simplemente no les importaba.

Y basándose en lo que Tomek había oído del hombre hasta ahora, supuso lo segundo.

Poco después de que regresara a la sala de reuniones, la sensación de desesperación volvió.

—Usted mencionó que a menudo tenía que apagar muchos incendios —dijo Rachel una vez que él se acomodó.

—Sí.

—¿Puede darnos más detalles?

—¿En qué sentido?

—¿Con qué tipo de cosas tenía que lidiar? ¿Alguna amenaza? ¿Alguien que pudiera haber querido hacerle daño a Herbert?

—¿Quiere una lista de nombres? Porque tengo una.

El rostro de Tomek se iluminó. —¿La tiene?

—Sí. Y en la cima de esa lista está Aaron Howell-Jones.

—¿Por qué?

—Regularmente le envía amenazas de muerte a Herbie. Una vez le mandó una bala por correo.

—¿Lo hizo?

—Oh, sí. A Aaron realmente no le caía bien.

Una cosa era que alguien no te cayera bien y otra muy distinta amenazar con matarlo.

—¿Por qué no?

Sarah hizo una pausa antes de responder. —Yo… Él… Aaron no estaba de acuerdo con su política sobre las personas sin hogar.

—¿Esa de la que se retractó?

Sarah tartamudeó, incapaz de responder. Su boca se abría y cerraba rápidamente, y ahora Tomek comprendía por qué nunca habría llegado a ser política.

—¿Alguna vez acudieron a la policía por eso? —preguntó Tomek —. Es la primera noticia que tengo al respecto.

Suspirando, Sarah bajó la cabeza. —Lo intenté. De verdad que sí. Intenté convencerlo de que lo denunciara muchas veces, pero cada vez me decía que no. Me dijo que las guardara todas como prueba, y que si algo le pasaba, se las tenía que enseñar a ustedes. Pero no quiso hacer nada al respecto en su momento. No era solo por las amenazas de Jones, era así con cada una que recibía.

—¿Por qué no quiso denunciarlo? Para ser alguien que parece bastante inteligente, no fue muy listo.

Sarah se rio entre dientes, y luego perdió rápidamente la risa. —Lo sé. Fue un estúpido en ese sentido. Pero fue porque creía que era intocable, que nunca le pasaría nada, que todo eran palabras y amenazas vacías y que nadie las cumpliría jamás.

Bueno, pues lo habían hecho. Y ahora estaba a una investigación de asesinato de terminar a dos metros bajo tierra.

—Así que era un político con complejo de Dios —comentó Tomek, más para sí mismo que para nadie—. Eso nunca iba a terminar bien. —Luego se aclaró la garganta y se acomodó en el asiento—. Vamos a necesitar esa lista, y también vamos a necesitar ver las pruebas que ha guardado.

Sarah asintió profusamente. —Por supuesto. Sí. Lo que necesiten. ¿Habrá algo más?

—De hecho, sí. Creo que acabo de pasar por su oficina. ¿Ha entrado alguien allí esta mañana?

—No que yo haya visto, y fui una de las primeras en llegar.

—¿Le importa si echamos un vistazo?

Encogiéndose de hombros, Sarah respondió: —No veo por qué sería un problema.

CAPÍTULO
DOCE

Un costoso perfume para hombre impregnaba el aire en la oficina de Herbert Tucker, como si lo hubieran frotado en las paredes y alfombras y ahora se estuviera liberando lentamente en la atmósfera. Chanel para hombre o alguna otra marca cara cuyo olor Tomek no conocía ni reconocía. Todos olían igual si uno pasaba suficiente tiempo cerca de ellos.

Espeso. Pegajoso. Y abrumadoramente dulce.

Pero al menos era una mejora con respecto al olor a meados que había llegado a asociar con el diputado.

La oficina del hombre estaba en un estado casi inmaculado. Ni una sola cosa fuera de lugar. En el centro de la habitación había un escritorio de cara a la puerta. Sobre él había una computadora, ubicada al frente y en el centro, con una bandeja de entrada a un lado y una de salida al otro. Ambas estaban repletas hasta el borde de documentos que requerían su firma o cosas que necesitaba leer.

El mouse y el teclado, de marcas y modelos distintos a los que Tomek vio en la oficina principal, estaban colocados de forma perfecta y angular con respecto a la pantalla de la computadora. La habitación delataba a alguien excesivamente maniático con todo.

Más allá de la mesa, en el lado izquierdo de la pared, había un pequeño estante con carpetas de anillas, archivadores de palanca y documentos, etiquetados alfabéticamente y codificados por colores para indicar cada aspecto de su función. En el lado derecho había un lugar para el guardarropa de Herbert. Una fila de percheros estaba

sujeta a la pared, de la que colgaban varios abrigos Barbour y Tommy Hilfiger. Debajo había un pequeño zapatero que contenía una variedad de zapatos para diversas ocasiones.

—Zapatillas deportivas Nike para cuando estaba de humor para estar cómodo —explicó Sarah—. Los de gamuza Edward Green para cuando iba a algún evento. Los botines Chelsea de cuero Berluti para reuniones formales. Y los Oxford de Dior para reuniones importantes.

Tomek se quedó con la boca abierta mientras escuchaba las palabras que salían de la boca de Sarah. No tenía idea de lo que significaban esos nombres, solo sabía que sonaban increíblemente caros.

—Apuesto a que algunos cuestan más que mi teléfono —dijo él.

—Apuesto a que cuestan más que mi alquiler —agregó Rachel.

—Era todo un coleccionista —dijo Sarah—. Tenía un gran armario lleno de ellos en su casa. Me lo enseñó una vez.

Tomek dejó de escucharla y se puso el par de guantes de látex que Rachel le había dado. Luego, empezó a registrar la habitación, inspeccionando los cajones y las bandejas de los escritorios, antes de pasar a las carpetas de los estantes y al contenido de los bolsillos del abrigo de Herbert. Había demasiado para que lo revisaran *in situ*, así que todo tendría que ser inspeccionado manualmente por el equipo y un puñado de afortunados (o desafortunados) miembros del personal uniformado, pero le dio a Tomek una buena idea de con qué tipo de hombre estaban tratando.

Era evidente que a Herbert Tucker le gustaban las cosas buenas de la vida, que había sido prudente con su dinero y no lo había despilfarrado en compras innecesarias. Sí, los cuatro pares de zapatos podían ser un poco excesivos, pero por lo poco que Tomek había visto de la casa del hombre, no tuvo la impresión de que estuviera llena de los últimos y mejores productos, sino de que había sido inteligente con sus gastos.

Lo que hizo que Tomek se preguntara a dónde había ido a parar el resto. Y a quién.

Y cómo eso podría haber terminado impactando en su desaparición y muerte.

En media hora, Tomek y Rachel, junto con un equipo de forenses que ella había llamado, habían embolsado con éxito las pertenencias de la oficina de Herbert como evidencia, incluyendo su computadora de escritorio y su laptop, que habían sido encontradas en el primer cajón.

Tomek fue el último en salir de la oficina y, al cerrar la puerta tras de sí, algo chocó contra él. Parecía un caballo pequeño, pero, de hecho, era un ser humano. Uno muy sobresaltado y agitado (aunque no muy diferente a un caballo de verdad, notó Tomek).

—Con calma, fiera —dijo—, andas corriendo como un loco. No sabía que la política fuera tan emocionante.

—Yo… eh… lo siento —dijo el hombre, rascándose la nuca. Luego puso una mano en el brazo de Tomek y comenzó a darle palmaditas.

Tomek agarró la mano del hombre y la bajó lentamente.

—Estoy *bien* —dijo—. Aprecio su preocupación, pero por favor no vuelva a tocarme.

Una expresión de horror y sorpresa apareció en el rostro del hombre, como si Tomek acabara de abofetearlo.

—Lo siento. Es solo… Herbert. Estoy un poco… ya sabe. Lo siento.

—¿Lo conocía?

—Todos lo conocíamos. Pero creo que probablemente yo soy quien lo conocía desde hace más tiempo.

Fue entonces cuando Tomek se dio cuenta de que estaba viendo a Keith Ferguson.

—¿Le importa si conversamos un momento? —preguntó Tomek amablemente. Ya estaba buscando una habitación antes de que Keith pudiera responder.

El hombre entró vacilante en una habitación pequeña y sin adornos, y se sentó a la mesa. Tomek cerró la puerta y se unió a él.

Al igual que Herbert Tucker, Keith Ferguson era un hombre de unos cincuenta y pocos años, aunque aparentaba ser considerablemente más joven. Tenía un espeso cabello negro que había sido peinado hacia atrás con la ayuda de un peine y una cantidad copiosa de producto para el cabello, y sus dientes eran de un blanco estridente. Tomek había experimentado algo similar

cuando se reunió con el agente inmobiliario que le vendió su piso. Dientes de pavo, los llamaban. Baratos, alegres y tan brillantes como el sol que besaba el país en los meses de verano.

Mientras estaba sentado, Keith no paraba de moverse en su asiento. Estaba incómodo, eso era evidente, pero había algo más en el comportamiento del hombre que preocupaba a Tomek. Estaba atento y alerta, pero a la vez distraído y desconcentrado. Sus movimientos eran erráticos y bruscos. Y su rodilla rebotaba tan rápido como su corazón.

El hombre estaba drogado, y no creía que fuera con algo para reducir el colesterol.

—Dígame cómo conoce a Herbert Tucker —comenzó Tomek.

—Éramos socios de negocios en su día. Trabajé con él en su incursión en la vida del emprendimiento y lo ayudé a montar su empresa de metales.

Tomek no recordaba que el nombre de Keith se mencionara en el libro de Tucker en absoluto.

—Y luego nos mantuvimos juntos. Yo lo ayudé con su negocio. Él me ayudó con el mío. Ambos teníamos más o menos la misma edad, nos casamos en épocas similares, y él empezó una familia con Nora al mismo tiempo que yo empecé la mía con mi esposa. Nos hicimos muy cercanos. Hacíamos, literalmente, casi todo juntos.

—*S*uena a que sí. *Literalmente* —respondió Tomek, poniendo énfasis en la palabra que más detestaba—. ¿Siempre se han llevado bien en sus relaciones profesionales y personales?

Keith negó con la cabeza. —Por supuesto que no. Es como un matrimonio, ¿y cuál de esos es todo miel sobre hojuelas? No, tuvimos nuestras discusiones, nuestros desacuerdos, pero nada lo suficientemente fuerte como para interponerse entre nosotros.

Tomek asintió pensativo. No pudo evitar pensar que todo sonaba demasiado bueno para ser verdad. ¿La perfecta y armoniosa relación de negocios que había durado tanto tiempo?

—¿Leyó alguna vez el libro que publicó? ¿Su libro sobre negocios?

—Sí. Me pidió que lo corrigiera.

—¿Y no le molestó el hecho de que su nombre no se mencione en absoluto?

Keith abrió la boca, pero la cerró de inmediato. Se tomó su tiempo para responder, los cálculos para una respuesta se reflejaban en su rostro. Y en el tiempo que le tomó idear algo, su nerviosismo angustiado empeoró. Las drogas en su sistema estaban perdiendo efecto.

—¿Por qué lo dice de esa manera? —preguntó Keith, tratando de ganar tiempo.

—¿De qué manera?

—Como si yo tuviera algo que ver con lo que le pasó.

Tomek frunció los labios y negó con la cabeza. —Nada de eso salió de mi boca.

—No literalmente, pero estaba implícito.

—¿Literalmente implícito o implícito literalmente?

La expresión de sorpresa fue reemplazada por confusión.

—Pedí que mi nombre se mantuviera fuera del libro, si es que tiene que saberlo.

—Tengo que saberlo. Una elección interesante. ¿Por qué?

—Porque era una celebración de todo lo que Herbert había logrado en su vida, y no quería quitarle mérito a eso. Me alegró ver que se publicara. E incluso me dio una copia firmada —explicó Keith con la confianza de alguien que había ensayado esa frase en particular varias veces.

—¿A pesar de que usted había jugado un papel fundamental para llevarlo a donde estaba?

Keith asintió, pero Tomek no estaba convencido. Y a juzgar por la inclinación de cabeza poco entusiasta, el hombre tampoco lo estaba.

—Entonces, ¿cómo terminaron ustedes dos en el mundo de la política?

Keith miró la hora, luego se masajeó la muñeca con el pulgar, como si de repente tuviera un lugar urgente al que ir.

—Nos dimos cuenta de que había muchas cosas que necesitaban cambiar en la ciudad y que éramos lo suficientemente ricos e influyentes como para poder hacerlo.

—Así que conquistaron el mundo de los negocios y luego pensaron que podían conquistar el mundo de la política.

Keith notó el sarcasmo en la voz de Tomek y se molestó con el comentario. Gesticuló alrededor de la habitación. —Quiero decir, ha funcionado, ¿no?

—Para uno de ustedes, sí.

Keith no respondió a eso, pero era obvio ver en el rostro del hombre que había un dejo de celos allí, una pizca de envidia. Cuando solo uno de los amigos podía convertirse en diputado por Southend, el campo de juego y los niveles de respeto mutuo se desequilibraron rápidamente.

—¿Eso le molestó? —preguntó Tomek.

—¿Qué parte?

—¿Ser el segundo de uno de sus amigos más cercanos? ¿Ser relegado a un segundo plano?

—No me importó, para ser sincero —dijo Keith con confianza, aunque la entonación y el ligero quiebre en su voz no engañaban a nadie, especialmente a Tomek—. Él era el mejor hombre para el trabajo. Se lo merecía y estaba haciendo un trabajo fantástico.

Mientras escuchaba, Tomek tuvo la impresión de que esa era una mentira particular que Keith se había contado a sí mismo tantas veces que había comenzado a creerla.

—Es justo decir que usted conoce a Herbert Tucker bastante bien, ¿no? —preguntó Tomek lentamente.

—Sí… —respondió Keith, con cautela y preocupación en su voz.

—Entonces me pregunto, ¿sabe por casualidad quién podría haber tenido algo que ver con su muerte? ¿Algo que haya podido oír? ¿Alguien que se le venga a la mente que pudiera haberlo querido muerto?

Keith hizo una pausa por un momento, y el silencio descendió sobre la habitación. Fuera de las delgadas paredes de la sala de reuniones, resonaba el sonido de conversaciones y risas. La atmósfera sombría que típicamente acompaña al duelo y al fallecimiento de un pariente o colega seguía evitando el edificio. Y era evidente que las únicas personas que parecían molestas por la

muerte de Herbert Tucker eran aquellas con las que Tomek ya había hablado.

—Nadie se me viene a la mente… —dijo Keith, tomándose su tiempo para enunciar cada palabra. Negó suavemente con la cabeza, balanceándola de lado a lado. Mientras tanto, los temblores que habían plagado su cuerpo se habían vuelto más feroces, más agresivos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Tomek.

—Bien. Absolutamente bien. Aparte de estar molesto por lo de Herbert, por supuesto. Es solo que… te hace pensar, ¿no? Que podría pasarle a cualquiera en cualquier momento.

Tomek arrugó la nariz. —Estadísticamente, la probabilidad de que algo así suceda al azar es tan pequeña que tiene más posibilidades de ser atropellado por el mismo auto dos veces —respondió, canalizando a su Oscar Pérez interior (y escuchando la voz del capitán en su cabeza mientras lo decía).

—Bueno… sí. Veo a lo que se refiere.

—Estas cosas casi siempre las comete alguien que la víctima conoce, y la mayoría de las veces ocurren porque los hicieron enojar de alguna manera. Los hicieron enojar hasta el límite —Tomek decidió dejar que el comentario flotara en el aire, dejar que Keith se cocinara en su propio charco de sudor tembloroso.

—A algunas personas simplemente no les gustan los políticos.

Amén a eso, pensó Tomek.

Otra mirada al reloj, esta vez más obvia. Al igual que el suspiro que la acompañó.

—¿Lo estoy reteniendo de algo? —preguntó Tomek.

—¿Qué? No. Por supuesto que no.

—¿Ansioso por salir de la habitación?

—¿Perdón? No. Quiero decir, no. Yo… lo siento. No quise ofenderlo.

—¿Qué estaba haciendo anoche? —Tomek había descubierto muy temprano en su carrera que cambiar la dirección de la conversación tenía un impacto mucho mayor en su resultado que seguir cualquier tipo de camino lineal. Y la pregunta, la pregunta más importante que

acababa de disparar hacia Keith, casi había tirado al hombre de su silla.

—¿Anoche? —repitió, balbuceando como un niño—. Lo que pasó… Oh, eso… Estaba, ya sabe… solo fui… fui a casa con mi esposa e hijos. Nosotros… eh, nos quedamos hasta tarde, los tres. Yo, Sarah y Herbert. Estábamos haciendo algunas cosas. Partes de un discurso. Y luego di por terminada la noche alrededor de la medianoche más o menos, creo que fue. Yo… no sé la hora exacta. Luego me fui a casa.

—¿Y dónde queda su casa?

—En Rochford.

Un viaje de diez minutos. Nada lejos. Especialmente en medio de la noche.

—¿Alguien puede corroborar su paradero?

—Sí. Por supuesto. Mi esposa.

Tomek anotó el nombre de ella, la dirección de Keith y el resto de los detalles que le había dado antes de prometerle al hombre drogado que se pondría en contacto.

CAPÍTULO
TRECE

Tomek se había quedado mirando la pava eléctrica mucho después de que terminara de hervir. Su mente no volvió en sí hasta que se abrió la puerta de la pequeña cocina. E incluso entonces, fue a media máquina. De pie en el umbral, con su cuerpo casi llenándolo, estaba el sargento detective Sean Campbell. El extraordinario sargento, más grande que nadie que Tomek hubiera conocido, vestía una camiseta sencilla con una elegante chaqueta verde por encima. Era un atuendo nuevo para su amigo y, a juzgar por el resto —los jeans a la medida y los zapatos de vestir—, era un guardarropa completamente nuevo.

—Me gusta eso —dijo Tomek, señalando la chaqueta de Sean.

—Gracias —dijo él, mirándose de arriba abajo—. Se llama *shacket*.

—¿Un qué?

—Una *shacket*.

—¿Y eso qué significa? ¿Una *shit jacket*, una chaqueta de mierda?

—No. Bueno, sí. Probablemente podrías llamarla así, pero preferiría que no lo hicieras. Significa *shirt jacket*, chaqueta camisera.

—¿Una camisa que parece chaqueta?

—Sí…

—Original. ¿Dónde la conseguiste?

—En M&S.

—Qué tierno. ¿Ya estás en esa edad?

—Vete a la mierda.

—No lo critico. Hacen cosas buenas. Realmente buenas, de hecho. Cómodas y con estilo también. Bienvenido al club.

—¿Eso significa que estoy viejo? —preguntó Sean mientras se le caían los hombros.

—Solo más viejo que todos en el planeta que son más jóvenes que tú.

—Genial. Se nota que has estado pasando tiempo con el Capitán.

Tomek se encogió de hombros. —Tal vez soy el Capitán 2.0 en proceso.

—Eso es lo último que el mundo necesita.

Una sonrisa coqueteó con los labios de Tomek. —O tal vez es *exactamente* lo que el mundo necesita.

—¿Ahora es tu deber solemne informar y educar a todo el mundo?

—Solo si compran en M&S.

—Mierda.

Mierda, en efecto. Hacía tiempo que Tomek no se reía y bromeaba así con Sean. Últimamente las cosas habían tenido sus altibajos, y le alegraba que este fuera otro de esos infrecuentes pero agradables momentos buenos.

—¿El resto del conjunto es de M&S?

—Lo es.

—¿Qué te hizo comprarlo?

—Victoria.

—Vaya. La cosa debe de ser seria. Pero no dejes que cambie quién eres, amigo. No dejes que te haga hacer cosas que no quieres.

A Sean no le gustó ese comentario. No lo apreció. Tomek reconoció poco después que probablemente él tampoco debería haberlo dicho. Pero ya era demasiado tarde. La bala ya había salido del arma, y lo que había sido una conversación agradable, positiva y amistosa acababa de bajar varios niveles.

—¿Y qué hay de ti y Abigail? —preguntó Sean, desviando la conversación de él por un momento.

—No hay un «tú y Abigail». Tenemos previsto salir a cenar mañana por la noche. Pero eso es solo porque me ha estado rogando durante las últimas dos semanas y yo esperaba que pudiera darme alguna información sobre Herbert Tucker.

—Suena un poco… *transaccional*.

Transaccional. Tomek repitió la palabra en su cabeza varias veces hasta que se convirtió en una simple combinación de letras y sonidos.

—Lo único que digo es —empezó Sean, y Tomek sintió que ahora era su turno de recibir un golpe bajo— que una relación que se basa en transacciones no parece ser una buena.

—Claro —respondió Tomek, deliberadamente cortante—. Gracias.

Sean se movió incómodo. —Tómalo de alguien con experiencia —dijo.

—Claro. Por supuesto. Lo haré.

Cuando Tomek hizo ademán de salir de la cocina, Sean se hizo a un lado. Para cuando llegó a la puerta, su amigo lo llamó de vuelta.

—Oye, ¿sigue en pie lo del partido este fin de semana?

—Sí —respondió Tomek—. Debería.

Luego se fue.

—Tomek… Tomek… —lo llamó Sean, pero él lo ignoró y siguió caminando—. ¡Olvidaste terminar de hacer tu café!

Poco después, Nick convocó otra reunión en la sala de incidentes mayores. Mientras Tomek buscaba un asiento, Sean le trajo una taza humeante de café y la colocó frente a él.

—Te estás volviendo senil con la edad —dijo Sean, mostrando los dientes en una sonrisa—. Primero M&S, ahora esto.

Tomek miró la bebida. No la quería especialmente —eran las cinco, demasiado tarde, y en primer lugar no la había querido de verdad— pero fue demasiado educado para rechazarla.

—Si te guías por mí, en un par de años seguirás mis pasos.

—Espero que no, joder —dijo Sean mientras se sentaba junto a Tomek.

—Un par de años, amigo, te lo digo. Un par de años… Descubrirás que algunas cosas se vuelven más fáciles con la edad.

—¿Como qué?

—Quedarse dormido. Tu sofá se convierte en tu mejor amigo y, a veces, en tu nueva cama.

Sean abrió la boca para responder, pero fue interrumpido por Nick, que acababa de entrar en la sala y había cerrado la puerta de un portazo tras de sí.

—Bueno, partida de sinvergüenzas —dijo, apresurándose hacia la cabecera de la sala—. Han pasado unas horas y necesito una actualización. ¿Qué tienen? ¿Alguna noticia de la autopsia?

—No, jefe —respondió Nadia.

—Bien. ¿Puede insistirle de inmediato?

—Absolutamente.

Nadia bajó la cabeza y empezó a teclear un mensaje en su celular. Nick continuó con la conversación.

—¿Qué más? —preguntó.

Tomek abrió la boca para hablar primero, pero Chey se le adelantó.

—Encontré el auto de Herbert Tucker —dijo el joven detective.

—¿Usted lo encontró personalmente?

—No. No exactamente. Alguien más lo hizo y lo reportó. Yo solo seguí sus movimientos una vez que supe dónde estaba.

—¿Y dónde estaba?

—En el estacionamiento a lo largo de Thorpe Bay.

La cabeza de Nick se giró bruscamente hacia Tomek antes de volver a Chey. —¿Quiere decir que estuvo estacionado a pocos metros de la escena del crimen todo el tiempo y nadie lo encontró? ¿Ni siquiera nuestros propios sargento Bowen y detective Pérez?

—Yo… es decir… no quiero echar de cabeza a nad—

—Fue un descuido, señor —dijo Tomek, saltando en su defensa y la de su colega—. Teníamos prisa por volver a la oficina lo antes posible con la noticia de que se había encontrado el cuerpo de Herbert.

Y para resguardarse de la lluvia. Pero Nick ciertamente no necesitaba saber eso.

—Estamos en el puto siglo XXI, Tomek. Tienes un celular, y también todos los demás en esta sala. Quizás si hubieras usado tu puto cerebro podrías haberlo reportado por teléfono mientras buscabas el auto. —Nick dejó escapar un largo y audible suspiro. Se le cayeron los hombros y sacudió la cabeza con desdén—. Chey, ¿qué sigue, por favor?

—Los forenses tienen el auto en depósito y lo están investigando lo antes posible. Su preocupación en este momento es la evidencia perdida por la lluvia y el viento, pero tienen el interior, que creen que será suficiente. Confían en que encontraremos mucho ADN allí.

—Genial. ¿Y de dónde vino?

—Me alegro de que lo pregunte, señor. —Chey había traído su laptop, y con unos pocos clics del mouse logró proyectar la pantalla de su computadora en el televisor que colgaba de la pared. En ella había un pequeño mapa de Southend. La zona estaba mayormente en gris, excepto por una gruesa línea roja que serpenteaba por las calles de la ciudad hasta detenerse junto a la playa de Thorpe Bay—. El vehículo siguió esta ruta. Un viaje de unos veinte minutos en total.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Nick.

—Yo diría que entre las tres catorce y las tres veinticuatro de la madrugada, jefe.

—¿No hay ninguna grabación de las cámaras de seguridad del estacionamiento del paseo marítimo? —preguntó Sean, inclinándose hacia delante en su silla como si entrara físicamente en la conversación.

Chey, todavía en la cabecera de la sala, hizo una pedorreta con los labios. —No sea tonto. Eso sería demasiado fácil.

—Subieron los precios hace poco. ¿Pensé que se habrían volcado a poner cámaras por todas partes para pillar a la gente?

—Para eso tienen a los agentes de tránsito, amigo.

Conocidos por muchos como las peores personas del mundo.

—¿Se ve al conductor en alguna de las grabaciones?

—Lamentablemente, no —respondió Chey—. Muchas de las cámaras de por aquí son, francamente, una mierda. He visto mejores imágenes del espacio que las de estas putas cosas. Pero bueno, es solo una de las muchas dificultades con las que tengo que lidiar en mi línea de trabajo. Y todo gracias al ayuntamiento. Son ellos los que se supone que deben mantener la tecnología al día.

—¿Y qué pasó después de que el vehículo llegara al estacionamiento? —preguntó Nick, volviendo a la conversación—. ¿Algo que sugiera que lo llevaron a una casa o edificio antes de matarlo?

—Todavía no, señor.

—¿A dónde fue el asesino después, Chey? ¿Has visto alguna grabación de un auto saliendo de la escena?

Chey negó lentamente con la cabeza, con cuidado de no molestar al inspector jefe. —Nada que haya visto hasta ahora, señor. Pero, por supuesto, seguiré buscando.

Nick suspiró de nuevo, esta vez con más pesadez. —Así que no tenemos grabaciones del crimen ni del auto entrando en el estacionamiento donde se encontró el cuerpo. No tenemos pruebas de la cara del conductor…

—Bueno, hay una captura de pantalla —interrumpió Chey—. Pero es tan borrosa como una noche de borrachera.

—No me importa. Todavía podemos usarla. ¿Alguien tiene buenas noticias?

Ahora era el turno de Tomek. Se aclaró la garganta antes de empezar y explicó, con la ayuda de Rachel, las reuniones que habían tenido con Sarah Jewell y Keith Ferguson.

—¿Qué les parece? —preguntó Nick—. ¿Alguno de ellos tiene algo que ver?

—Ambos me dan mala espina —respondió Rachel.

—¿Qué significa eso, para la generación más vieja? —preguntó Nick.

—Como las banderas rojas en una relación. Señales de advertencia.

—Mmm. De acuerdo. ¿Qué banderas rojas les están dando?

—Bueno —dijo Rachel, mirando rápidamente a Tomek como si buscara su aprobación. Él se la dio con un movimiento de cabeza—. Sarah conoce a Herbert Tucker desde hace años. En ese tiempo trabajó *con* él, y ahora trabaja *para* él.

—Y apuesto a que está haciendo mucho más *bajo* él —añadió Tomek.

—¿Cómo es eso? —preguntó Victoria. Hasta ahora, la inspectora había estado al margen de la conversación, casi desvaneciéndose en el fondo de la sala, y Tomek había olvidado que estaba presente.

—Sarah lo llama Herbie. Cuando fui a visitar a su esposa, en ninguna de las dos ocasiones lo llamó con un apodo tan cursi.

—¿Y qué hay de todos los apodos cursis que tienes para nosotras? —preguntó Nadia.

—Completamente diferente —respondió Tomek—. Los míos son términos de cariño. Mientras que creo que los de ellos están reservados en gran medida para el dormitorio.

—¿Crees que tienen una aventura?

—No me sorprendería. Ya sabes cómo son estos políticos.

—Basta —dijo Nick, levantando la mano para prohibir que Tomek continuara—. Deja de hablar ahora mismo y háblame del cómplice político de Tucker, Keith…

Tomek mantuvo la boca cerrada a propósito, como se le había ordenado, hasta que Nick ya no le vio la gracia al asunto. Lo cual, de hecho, nunca la había tenido.

—El señor Ferguson ciertamente estaba bajo los efectos de algo cuando hablé con él antes. Estaba nervioso, sudoroso e incómodo. En gran parte debido a su preocupación de que él podría ser el siguiente porque, en su opinión, los políticos no son populares. No sé de dónde sacó esa idea. Pero creo que la paranoia podría haber tenido algo que ver con las drogas en su sistema. Aparte de eso, afirma haber salido del edificio a medianoche y haberse ido a casa con su esposa, pero solo vive a diez minutos en auto, así que podría haber vuelto a las tres de la mañana y haber matado a Herbert Tucker.

—¿Móviles? ¿Qué tiene?

—¿Ser siempre el segundo? ¿Ser dejado de lado mientras su mejor amigo se llevaba toda la gloria? Creo que eso podría haberme cabreado un poco.

Tomek no supo si fue involuntario o consciente, pero Sean lo había mirado. Había notado el minúsculo movimiento por el rabillo del ojo. Y percibió la preocupación en el rostro de su amigo, de que quizás algo similar estaba sucediendo entre ellos. No era ningún secreto que ambos querían un ascenso a inspector, pero con uno de ellos metido en la cama con la actual titular del puesto, no había que ser un genio para saber quién tenía más probabilidades de conseguirlo primero. Y si ese era el caso, entonces Tomek solo esperaba no terminar matando a su mejor amigo y dedicándose a una vida de drogas y aburrido trabajo político.

—¿Algo más? —preguntó Nick.

—Sí —llamó Nadia, distrayendo a todos—. Acabo de recibir un correo de Lorna. Dijo que revisara la puerta.

—¿Qué…?

Antes de que Nick pudiera terminar, llamaron a la puerta y entró Lorna Dean, la patóloga del Ministerio del Interior. Su pelo rojo como el fuego estaba suelto y llevaba un fino suéter de punto gris de cuello alto.

—Vaya entrada triunfal —dijo Tomek.

—Nada como un poco de drama, corazón. Solo quería que supieran que la autopsia está hecha. Herbert Tucker —o Herbert el Pervertido, como lo llamaban algunos en el hospital— ha sido abierto, examinado y está listo para que lo revisen.

Tomek siempre había encontrado las conversaciones y experiencias con Lorna caóticas y simultáneamente fascinantes. Ella estaba más allá en el espectro de la locura que el resto de ellos, pero tenía que estarlo para hacer el trabajo que hacía: mirar cadáveres todo el día, sacarles los órganos, pesarlos, examinarlos. Tenía que tener algunos tornillos sueltos en la cabeza.

—Continúe, entonces —dijo Nick, dejando escapar otro suspiro por la nariz—. ¿Qué encontró?

—Un par de cosas que podrían gustarle —empezó ella, absorbiendo el dramatismo de la situación y la atención del público

—. Lo primero es que Herbert Tucker tenía la nariz rota. Recientemente, además. Posiblemente por un puñetazo o un cabezazo, pero dado el tamaño y la densidad de la fractura, diría que fue por un cabezazo. Puede que le hayan dado un testarazo.

—Un Beso de Glasgow —dijo Tomek sin pensar.

—¿Qué es eso? —preguntó Nick.

—Un Beso de Glasgow. Así lo llaman en Glasgow.

—No me digas. Pero tú no eres ni escocés ni de Glasgow, así que ¿qué tiene que ver eso con nada?

A Tomek no le gustaba esta versión de Nick. La versión agresiva y gilipollas. Claro, el hombre acababa de volver de varias semanas de licencia después de que su hija fuera hospitalizada por un esquizofrénico paranoico. Y, claro, sin duda iba a recibir una cantidad desmesurada de presión de los medios, la jerarquía policial y otros miembros de la élite política para encontrar al asesino de Herbert, pero eso no significaba que tuviera que ser tan cabrón al respecto.

Tomek estaba seguro de que su comentario era relevante. Simplemente no sabía por qué todavía.

—Nada, señor. Solo mi cerebro jugándome una mala pasada de nuevo.

—Bueno —continuó Lorna antes de que estallara una discusión—. Como iba diciendo, mi suposición sería un cabezazo… un Beso de Glasgow. —Lorna le dedicó a Tomek una rápida sonrisa antes de continuar—. Ahora, sigamos. La causa de la muerte. Esta les va a gustar. Bueno, tal vez no. En fin, amoníaco.

—¿Amoníaco? —repitió Nick.

—Sí. Creo que se encuentra comúnmente en productos de jardinería, fertilizantes y cosas por el estilo, y también en productos de limpieza. Es altamente irritante y muy peligroso si entra en contacto con la piel, muy parecido a nuestro propio señor Bowen de por aquí.

El intento de Lorna de aligerar el ambiente funcionó, ya que algunos de sus colegas la vitorearon, pero luego el ánimo decayó rápidamente de nuevo.

—Se encontró amoníaco alrededor de su boca, en su garganta y en sus pulmones. Todo lo cual me lleva a creer que se lo vertieron

por la garganta.

—¿Es por eso que olía a orina? —preguntó Martin. Él, como Victoria, hasta ahora había sido casi redundante en la conversación.

—Sí. Pero en el gran esquema de las cosas, es uno de los olores más agradables que puedes tener en un cadáver.

—Claro.

Tomek tenía una pregunta, pero en lugar de hacerla en voz alta, levantó la mano y esperó pacientemente a que Lorna lo eligiera. —¿Usted dijo que estaba alrededor de su cara… ¿Es por eso que parecía que había estado besando a alguien con lápiz labial?

—¡Sí! Exacto. Y esa es una transición brillante para llevarme a mi siguiente punto, así que gracias. —Le apuntó con una pistola hecha con los dedos—. Cuando se encontró el cuerpo de Herbert Tucker, estaba envuelto en un edredón. Esto, en su mayor parte, nos permitió preservar mucho del ADN en su cuerpo, y una de las cosas que encontré fue un pequeño trozo de lápiz labial en su mano izquierda. Así que alguien definitivamente lo besó anoche.

Y solo podía haber sido una persona.

CAPÍTULO
CATORCE

Sarah Jewell llevaba casi veinte minutos sentada en la sala de interrogatorios, esperando a que el detective Martin Brown y el detective Oscar Perez bajaran, mientras Tomek y el resto del equipo observaban desde la sala de incidentes graves.

Estaba sentada con las piernas y los brazos cruzados. Tomek había intentado psicoanalizarla —que se estaba protegiendo, que temía lo que estaba a punto de suceder—, pero ya lo había intentado en el pasado y había estado tan equivocado que se detuvo en cuanto Martin y Oscar entraron en la habitación sin ventanas.

—Disculpe la espera —le dijo Martin.

—¿Está… está todo bien?

—Sí. Solo teníamos algunos asuntos que terminar.

—No, me refiero a lo de Herbie. A que yo esté aquí. No estoy segura de por qué…

—Solo tenemos unas cuantas preguntas más sobre anoche —continuó Martin. Su cabello era más largo y más brillante que el de ella, y para este interrogatorio, se lo había atado en un moño en la parte superior de la cabeza.

—Sí, su colega me lo dijo. Pero no sé qué más podría decirles.

—¿Qué tal si empieza por decirnos la verdad? —le espetó Oscar, con tono enérgico.

El trago de saliva en la garganta de Sarah fue visible en la pantalla. —¿La verdad? No sé a qué se refiere… Yo…

—¿Usa lápiz labial, Sarah? —preguntó Martin.

—¿Lápiz labial?

—Sí. Como el que lleva puesto ahora. ¿Lo usa a menudo?

—Sí, yo… tengo varias marcas en mi neceser de maquillaje en la oficina.

—¿Por qué lo usa?

Sarah ladeó la cabeza, confundida por la pregunta. Y Tomek tuvo que admitir que él hizo lo mismo y por la misma razón.

—¿A qué se refiere con «por qué lo uso»? ¿Por qué usa usted la ropa que usa? ¿Por qué tiene el pelo largo? ¿Por qué lo lleva en un moño?

—Responda la pregunta, por favor —dijo Martin, con voz neutra y plácida.

El suspiro fue audible a través de los altavoces. —Lo uso porque me hace sentir mejor conmigo misma.

—Bien —continuó Oscar—. ¿Y lo llevaba puesto anoche?

—Yo… creo que sí. ¿Por qué? ¿Cuál es la fascinación por mi lápiz labial?

—Solo son preguntas de rutina.

—No parecen muy de rutina. Sus colegas no me preguntaron esto antes.

Sarah se estaba poniendo cada vez más agitada y frustrada, y eso preocupó a Tomek. Se preguntó qué tendría que ocultar. En momentos como este deseaba estar en esa habitación, pero como había elegido ascender en el escalafón, las oportunidades de hacer tal cosa eran escasas. Típicamente, era un papel que se dejaba a los agentes de la oficina.

—Voy a preguntarle de nuevo, Sarah —empezó Martin—. ¿Puede decirnos qué pasó realmente anoche?

—Ya se lo dije. Estábamos trabajando hasta tarde.

—¿Hasta las tres de la mañana?

—Sí.

—¿Solo ustedes dos?

—Keith estaba allí.

—No a partir de la medianoche. Así que eso los deja a ustedes dos solos durante tres horas.

—¿Y?

—Y encontramos lápiz labial en su mano y eyaculación en sus pantalones.

Y entonces ella cayó en la cuenta. Sarah se quedó boquiabierta y bajó la mirada a la mesa, abatida.

—¿Tuvo relaciones sexuales con Herbert Tucker anoche? —preguntó Oscar.

—S-sí —respondió Sarah con la voz quebrada.

—¿Fue consentido?

—¡Sí! Por supuesto. Oh, Dios, sí, sí fue consentido. Él no me forzó ni nada por el estilo.

—¿Fue la primera vez que sucedía entre ustedes dos?

Esta vez Sarah vaciló durante un largo rato. Una vacilación que prácticamente les dio la respuesta.

—No —respondió en voz baja, tragando saliva.

—¿Sería justo decir que ustedes dos tenían una aventura?

—Yo… nosotros… sí. Sí, teníamos una aventura.

—¿Desde cuándo?

—Desde… julio, agosto, septiembre… seis meses —respondió mientras contaba con los dedos.

—¿Alguien más sabía de esto?

Sarah negó con la cabeza. —Su esposa no. Al menos no creo que lo supiera. De todos modos, nunca me confrontó al respecto. Pero Keith lo sabía… nos encontró una vez. En la oficina, después de que todos se habían ido. Pero prometió que no diría nada. Y creo que cumplió su palabra. De lo contrario, habría sido un escándalo si se hubiera sabido, como la última vez…

—¿La última vez? —preguntó Oscar—. ¿Esto ha pasado antes?

—Yo… no sé si debería decirlo.

—Señorita Jewell —empezó Martin—. Esto es parte de una investigación de asesinato. Si sabe algo, por muy irrelevante que parezca, necesitamos que nos lo diga. Por favor, responda la pregunta de mi colega.

—Sí. Había pasado antes. Yo… no sé su nombre, pero Herbert había tenido una aventura con ella durante un tiempo, e incluso había rumores de que habían tenido un hijo juntos.

Tomek aguzó el oído.

—¿Dónde están la madre y el niño ahora?

Sarah negó con la cabeza. —No lo sé. Creo que se fueron de la ciudad o algo así.

Para nunca más saber de ellos. Probablemente les pagaron una gran suma de dinero para que desaparecieran. Qué tipo más despreciable estaba resultando ser Herbert Tucker. Primero, una aventura con una mujer. Luego, dejarla embarazada. Después, no tener nada que ver con el niño, mientras jugaba a la familia feliz con Nora, Whitney y Eleanor, y luego tener otra aventura.

Herbert Tucker era la peor clase de hombre. Y, aun así, tenía mujeres arrojándose a sus pies.

—¿Su esposa sabía de esa aventura? —preguntó Martin.

—Yo… creo que sí. Pero al parecer, a ella le pareció bien, lo perdonó y luego lo arreglaron. A él no le gustaba hablar mucho de eso…

Tomek no podía pensar en nada que arruinara más el momento que explicar tu anterior aventura extramatrimonial a la mujer con la que estabas engañando a tu esposa en ese momento. Eso ciertamente le habría quitado las ganas de cualquier cosa a *él*.

—Entonces, para que me quede claro —empezó Oscar, hablando claramente y poniendo ambas manos sobre el escritorio—. Herbert Tucker se había acostado con alguien en el pasado, la dejó embarazada, ella tuvo al niño, él no tuvo nada que ver con eso, y su esposa lo perdonó. Luego, hace seis meses, ustedes dos iniciaron una aventura secreta, Keith Ferguson es la única persona que lo sabe, ¿y se acostaron anoche?

—Sí.

—¿Y entonces usted lo besó en la mano?

—Sí.

—¿Por qué?

Sarah trazó el contorno de sus labios con el dedo, ganando tiempo.

—Era lo que a él le gustaba.

—¿Perdón? —preguntó Martin, estupefacto.

—Ya sabe, después de que… después de que lo… *hacíamos*, me decía que lo besara en la mano. Al principio, me pareció un poco

raro, pero luego me acostumbré. Era solo una de sus pequeñas manías, ya sabe. Alguien como él seguro que las tiene. Pero nunca me obligó a hacerlo si yo no quería.

—¿Así que le besaba la mano cada vez después de tener sexo?

—Sí.

Como si él fuera el rey, regodeándose en su propia grandeza y arrogancia.

—¿Y con el lápiz labial que llevaba anoche?

—Me lo compró especialmente a mí —respondió—. Me lo dio como un regalo. Le gustaba que lo usara cada vez que nosotros… ya sabe.

Como si ella fuera la sirvienta a la que sobornaba con regalos.

—¿Puede decirme la marca del lápiz labial?

—Se llama Fresa Sorpresa de Christian Dior. Era perfumado y tenía pequeños destellos. Dijo que le gustaba olerlo en su mano después. Que le recordaba nuestro tiempo juntos.

Tomek había hecho algunas cosas raras en su vida, había experimentado algunas excentricidades en sus encuentros sexuales, pero nada tan extraño y perverso como eso.

Quizás no era a Sarah a quien había que psicoanalizar, después de todo. Sino al muerto que no podía responder a las muchas preguntas que Tomek tenía para él.

CAPÍTULO
QUINCE

Tomek estaba agotado. Había parecido el día más largo de su vida, y todavía le quedaban unas cuantas horas en las que necesitaba estar completamente lúcido.

Antes, antes de que Kasia entrara en su vida, cuando terminaba tarde habría llegado a casa, calentado algo en el microondas o lo que hubiera cenado la noche anterior, y luego se habría desplomado en el sofá, a veces a la media hora de haber llegado. Pero ahora que tenía una hija a la que cuidar y mantener, eso ya no era un lujo que se pudiera permitir. Kasia exigía su tiempo y atención.

Esa noche no fue diferente.

La encontró sentada a la mesa de la sala, con la cabeza hundida en un cuaderno de ejercicios.

—¿Y ahora qué estás estudiando? —preguntó mientras se quitaba los zapatos junto a la puerta principal y dejaba las llaves y la cartera en una pequeña bandeja.

—Sarcasmo.

—¿Qué? Te hacía una pregunta en serio.

Kasia negó con la cabeza y dejó caer el bolígrafo. —No, papá. Estamos aprendiendo a interpretar el sarcasmo… para la clase de Lengua.

—¿Aprendiendo a interpretar? ¿No interpretando para aprender?

Tomek sonrió en broma, pero ella no le devolvió la sonrisa.

—Sabía que dirías algo.

—Es cosa de papás.

—O solo cosa *tuya*.

Tomek le puso una mano en la espalda y se la acarició con suavidad. —Fue un buen intento, pero todavía te falta crecer para que seas tan alta como yo y me digas esas cosas a la cara.

—No me falta tanto.

Antes de que Tomek pudiera responder, Kasia apartó la silla de debajo de la mesa y se puso de pie, erguida, frente a él. La coronilla le llegaba al hombro.

—¿Cómo pasó eso? Y más importante, *¿cuándo* pasó?

Tomek rememoró cuando ella llamó a su puerta por primera vez. Lo pequeña que era, lo bajita. Pero ahora, en cuestión de solo unos pocos meses, había dado el estirón.

—Se llama estirón —le dijo con sarcasmo—. Quizá no recuerdes el tuyo porque fue hace mucho tiempo.

—Auch. Zas. Buena esa —dijo él, y luego levantó la mano para chocar los cinco. Como ella no le correspondió, bajó la mano y se dirigió a la cocina. Dentro del refrigerador, encontró una lata de cerveza y la abrió—. Estás imparable —añadió mientras volvía a la mesa.

—No tanto como tu estómago después de que cenes esta noche.

Tomek estaba impresionado. No solo era inteligente en lo académico (aunque había algunas clases y profesores con los que necesitaba mejorar), sino que también era graciosa y rápida, ingeniosa y sarcástica.

—Te he entrenado bien —dijo, experimentando su primer verdadero momento de «papá orgulloso». Quiso inclinarse y darle un beso en la frente, pero decidió no hacerlo. Nunca habían sido *así* de cariñosos. Era difícil cuando solo se conocían desde hacía un invierno. No habían tenido los últimos trece años de la vida de ella para construir ese nivel de conexión. Y Tomek sospechaba que tal vez nunca lo tendrían. Que la burbuja invisible entre ellos quizá nunca estallaría. Que quizá nunca se ablandaría lo suficiente para facilitarlo. Ni siquiera cuando la rescató de las garras de la muerte hubo afecto, ni un abrazo. Simplemente le había tomado la mano, deseando poder rodearla con los brazos y atraerla hacia él.

Esa misma sensación lo invadió ahora.

—¿Qué tal la escuela? —preguntó, tragando el nudo que tenía en la garganta.

—Bien —dijo ella—. Aburrida. Pero la clase de cocina estuvo divertida.

—¿Qué prepararon hoy?

—Crumble de manzana.

—Qué rico. ¿Dónde está?

—No queda nada. Nos lo comimos todo en el almuerzo.

—¿Se comieron un crumble de manzana entero?

Se encogió de hombros. —Teníamos hambre.

—Entonces tendré que imaginarme lo bueno que estaba.

Kasia sonrió con suficiencia y volvió a centrarse en su lección sobre el sarcasmo. Él la dejó tranquila y recalentó las sobras de la comida que ella le había preparado. Un chili con carne. Sencillo y fácil. Lo bastante fácil para que una niña de trece años lo hiciera sin causar demasiados estragos en la cocina. Y tenía razón: estaba picante, muy picante. Y cuando miró en el armario de las especias, descubrió exactamente por qué: el bote de chile en polvo picante se había reducido a la mitad, y ahora la boca y la nariz le ardían.

Una vez que calmó el ardor, con la ayuda de un montón de pañuelos y unos cuantos vasos de leche, Tomek se dejó caer en el sofá y encendió el televisor. Le prestó poca atención. No había nada bueno; era puro ruido, una excusa para sentarse a pensar en los acontecimientos del día sin estar en silencio. Pero no funcionó. Aunque debería haber estado pensando en Herbert Tucker y en la persona, o personas, que lo querían muerto —si la lista de enemigos que Sarah le había dado servía de algo—, solo podía pensar en Kasia y en *esa* noche. Y en todas las otras noches que le siguieron.

La noche anterior. Y la noche que estaba a punto de llegar.

—Oye —la llamó, pero ella no lo oyó; se había puesto los audífonos y movía la cabeza al ritmo de la música.

En lugar de levantarse e interrumpirla con un gesto de la mano o una suave palmada en el hombro, tomó un cojín de debajo de él y lo lanzó al otro lado de la habitación.

—¡Ay! ¿Por qué hiciste eso?

—Quería hablar contigo.

—Ah.

—¿Qué estás escuchando?

—Taylor Swift.

Lo mismo que todas las chicas de trece años del mundo, al parecer. Estaba fascinada con la estrella del pop e incluso le había preguntado si podían ir a un próximo concierto de su gira. Pero cuando él vio los precios de las entradas, casi le dio un infarto, aunque eso no le impidió a él, y a cientos de miles de otras personas, intentarlo. Sin éxito.

—¿Puedes quitarla un momento? —pidió suavemente.

Con vacilación, ella hizo lo que le pidió, presintiendo ya lo que estaba por venir.

—Yo… —empezó Tomek—. ¿Has pensado en lo que hablamos esta mañana?

—No quiero hablar con nadie. Ya te lo dije.

—Lo sé, pero creo que deberías. No tiene por qué ser para siempre. Solo hasta que las cosas empiecen a… mejorar.

—¿Y si nunca mejoran?

—Lo harán. Confía en mí. Hubo un tiempo en el que no creí que volvería a hablar con tus abuelos, pero mira cómo resultó eso.

Eso no pareció convencerla. Era una adolescente asustada y preocupada que había vivido algo traumático y horrible, y apenas podía culparla. Él había tenido esa edad, y había estado en esa situación, una vez. Y sabía cómo se sentía.

—Ya te lo dije —continuó ella—. Solo hablaré con alguien si tú también hablas con alguien.

—¿*Yo*? —dijo Tomek, haciéndose el tonto, aunque sabía perfectamente a qué se refería—. Bah. Yo estoy bien. No necesito ayuda.

—Sí, la necesitas. ¿Crees que no te oigo en mitad de la noche, dando vueltas en la cama, murmurando en sueños? Lo oigo todo. Y te oí escribir en tu cuaderno esta mañana…

—¿Mi cuaderno? ¿Lo…?

Ella negó con la cabeza. —No te preocupes. No lo revisé. No haría eso.

Porque se esperaba lo mismo de él. Que si alguna vez encontraba el de ella, ya fuera un diario de pesadillas o simplemente un diario personal que usaba para escribir sus pensamientos y sentimientos, entonces él no se acercaría, por muy grande que fuera el deseo.

—Creo que a ti también te vendría bien —dijo ella secamente.

—Confía en mí, estoy bien. La que me preocupa eres tú.

—O vienes conmigo o no vamos. Es mi última palabra.

Salvo que la mirada suplicante en sus ojos le decía que no lo era. Y que le pedía a gritos que aceptara.

Lentamente, le dio la espalda y volvió al sofá.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Tomek se despertó con el sonido de unos gritos. No eran los suyos. Eran de alguien más. Venían del otro lado del departamento. Del cuarto de Kasia.

Otra pesadilla. La peor que había escuchado hasta ahora.

Tomek se quitó las sábanas de encima y corrió hacia el cuarto de ella. Al entrar de golpe, la encontró con el cuerpo brillante de sudor, enredada entre las sábanas. Todavía estaba dormida, pero se retorcía y temblaba como si estuviera despierta, experimentando vívidamente los horrores de lo que le había pasado. Era como si hubiera entrado en medio de una escena de una película de terror. Como la escena de *El Exorcista* que le había provocado meses de insomnio cuando era niño.

Y estaba sucediendo justo frente a él.

Su hija, poseída por las imágenes nocivas y permanentemente dañinas que tenía en la cabeza.

¿Quién era él para negarle la ayuda que nunca recibió de niño?

Antes de que pudiera seguir pensándolo, se apresuró al lado de la cama y le puso una mano sobre el cuerpo en un intento por despertarla, para sacarla de la pesadilla. Pero fue inútil. Ella siguió temblando y convulsionando.

—Kasia… —le susurró cerca del oído—. Kasia, soy yo. Soy tu papá. Kash…

Aun así, nada. Sus párpados se movían rápidamente mientras luchaba contra el atacante en sus sueños. Y entonces su boca se

abrió y, por un breve instante, él se preguntó si estaría entrando en una especie de coma.

Y entonces fue transportado treinta años al pasado, a aquella vez que se despertó en medio de la noche, cubierto de sudor, jadeando con fuerza. Se preguntó si sus ojos se habrían puesto en blanco, si su boca se habría abierto. Si habría parecido poseído. Si alguno de sus padres habría entrado a verlo para después darse la vuelta y salir.

—Kasia —dijo, esta vez sacudiéndola suavemente, ahora con ambas manos sobre ella—. Kasia, para. Me estás asustando. Estás…

Y entonces los ojos de ella se abrieron de golpe, el blanco tan brillante como la luna. Antes de que él pudiera reaccionar, ella gritó y empezó a atacarlo. Sus manos y brazos se agitaban salvajemente, y sus uñas lo alcanzaron en la mejilla. Con una mueca de dolor y cerrando los ojos ante el ataque, él dio un paso atrás, retirándose a un lugar seguro.

—¡Tranquila! —dijo, levantando las manos en señal de rendición —. Tranquila. Estás bien. Solo soy yo.

Pasó un rato antes de que Kasia volviera en sí del todo; antes de que se diera cuenta de lo que había sucedido. Se quedó ahí, resguardada bajo el edredón, subiéndolo hasta su pecho. Su piel brillaba bajo la lámpara de mesa a su lado, y su cabello le cubría la cara. En ese momento, mientras él se cernía sobre ella —incapaz de quitarse la sensación de que se veía como el depredador que la había puesto en esta situación en primer lugar—, notó lo frágil y rota que se veía. Qué vulnerable y joven.

Él se llevó una mano a un lado de la cara, pasando el dedo sobre el rasguño que le había hecho.

—Yo… ¿Estás… estás sangrando?

Tomek revisó. —No.

—Lo siento… No quise. Yo…

—No pasa nada —dijo mientras se sentaba en la cama de ella—. De verdad. No tienes nada por qué disculparte. Soy yo el que debería disculparse. Debí haber aceptado antes. Nunca debí haberte hecho pasar por esto.

—¿Qué quieres…?

—Iré contigo. En la mañana buscaré a alguien con quien podamos hablar e iré contigo. Somos un equipo, así que arreglaremos esto juntos.

Silenciaremos a los demonios juntos.

Y tal vez encontremos la respuesta de quién mató a mi hermano.

CAPÍTULO
DIECISIETE

Un viento ártico soplaba desde la costa, colándose por la tela del abrigo de Tomek y calándole hasta los huesos. Pero él no sentía sus efectos ni de lejos tan intensamente como Chey. El joven agente, a pesar de toda su juventud y su incapacidad para sentir el frío, llevaba un par de gruesas botas negras, pantalones de vestir, un gran abrigo de invierno que le llegaba a las rodillas, una gruesa bufanda del Arsenal (mejor ni hablar de eso), un gorro a juego y, por último, un par de guantes con calentadores de manos dentro.

—No eres más que un adolescente —dijo Tomek mientras salían del auto y caminaban por el paseo marítimo—. Te juro que se supone que no deberías sentir tanto el frío.

—¡Tengo la piel sensible y punto!

—Es solo un poco de frío.

—Para ti es fácil decirlo —respondió Chey, su aliento empañando el aire frente a su cara—. Estás acostumbrado. —Luego se llevó las manos a la boca y empezó a soplarse los dedos para calentarlos. En vez de eso, solo parecía un idiota fumando un váper.

—¿Por qué lo dices?

—Porque eres polaco.

—Buena observación.

—Bueno, ¿acaso no hace siempre un frío tremendo allá?

—Solo en invierno. Igual que aquí.

—Sí, pero a lo que me refiero es, ¿no es como que hace *muchísimo* frío?

—Depende de dónde vivas. Cuanto más al norte estás, más frío hace. Igual que aquí… igual que en cualquier parte, amigo. Así funciona el hemisferio norte.

Cuando llegaron al final del paseo, descendieron por una pequeña escalinata y pisaron la playa de arena. La playa era de un naranja oscuro contra un telón de fondo de grises y negros desoladores en el horizonte. Los vientos feroces que azotaban desde la costa les lanzaban puñados de arena a la cara. A los pocos pasos, Chey ya gritaba con las manos apretadas contra el rostro.

¡Mierda, cómo odio la arena!

—Seguro que ella te tiene más miedo a ti que tú a ella —le dijo Tomek mientras seguían avanzando con dificultad por la playa.

Quizás era su herencia polaca lo que le impedía sentir los efectos del frío tanto como a los demás, o quizás simplemente tenía la piel más gruesa que el resto de la población. De cualquier manera, seguía pensando que Chey estaba exagerando. Hizo un recuento rápido del número de capas de ropa que llevaba Chey.

Cuatro.

—La última vez que pensé en tantas capas fue cuando estaba viendo *Shrek*.

Se detuvieron frente a una pequeña cabaña de madera adosada al malecón. Tomek golpeó la puerta. Esperaron.

—No seas tan duro contigo mismo —replicó Chey, frotándose las manos—. No eres un ogro, Tomek.

—Lástima que no se pueda decir lo mismo de ti, Burro.

El rostro de Chey se iluminó. —¿Eso significa que soy tu noble corcel?

—Solo mientras intento encontrar a mi princesa. Después de eso, puedes seguir tu propio camino.

—¡Genial! ¿Entonces soy algo así como tu compinche?

—No. Yo no quise… —

Pero era demasiado tarde. Antes de que pudiera terminar la frase, la puerta del Club de Canoas de Southend se abrió. La pequeña cabaña de madera estaba situada en Shoeburyness, a unos cientos de metros de donde Herbert Tucker había sido asesinado. Allí terminaba la costa de Southend, antes de convertirse en territorio

del Ministerio de Defensa. A lo lejos, se veía una serie de postes de madera que sobresalían del agua: eran defensas marinas y poblaban toda la costa del sur de Essex.

El hombre que tenían enfrente era casi exactamente como Tomek se lo había imaginado: pelo largo y alborotado, tipo surfista, con una espesa barba rubia a juego; una constitución pequeña y delgada; un collar de cuentas negras colgando de su cuello y varias pulseras más en su muñeca. Parecía el tipo de persona que te daría un sermón sobre la comida orgánica, los efectos devastadores que el aceite de palma estaba teniendo en el planeta y cómo ir en bicicleta y usar el transporte público era mejor para el medio ambiente, todo ello mientras usaba la misma computadora y el mismo iPhone del Lejano Oriente que tenían una huella de carbono mayor que la de un año de viajes en autobús y tren combinados.

—¿Aaron Howell-Jones?

—Sí… —respondió el hombre, inseguro de sí mismo.

Detrás de él, en la cabaña, había hileras de canoas y kayaks de plástico, con un estante para chalecos salvavidas y trajes de neopreno a cada lado.

—¿Está todo bien? —preguntó Aaron.

Tomek y Chey se metieron la mano en los bolsillos, buscando sus placas de identificación. Tomek sacó la suya primero, pero Chey tardó más. Forcejeó con el cierre durante lo que pareció una eternidad, intentando agarrarlo varias veces, pero luego se rindió. Incluso después de quitarse el guante, tardó un siglo en desabrocharse el abrigo, rebuscar entre las diversas capas y sacar su identificación.

Absolutamente inútil, carajo, pensó Tomek.

—Aquí tiene —dijo Chey triunfalmente mientras finalmente se la mostraba a Aaron—. Disculpe la demora.

Aaron la miró más de cerca. —¿Le importaría sacarla de la funda? No la veo bien.

Al principio, Chey pareció confundido, pero luego, al ver una mancha en la cubierta, empezó a meter los dedos en la ventana de plástico de la identificación. Apenas había logrado introducir la uña cuando Aaron le dijo que parara.

—Disculpe. Eso fue cruel. No necesito verla. Solo quería verlo intentar sacarla.

—Ja. Qué gracioso.

Chey no podía decirle explícitamente al hombre que se fuera a la mierda, pero era evidente por su expresión que eso era exactamente lo que quería decir. Y más.

—Señor Howell-Jones —empezó Tomek, dejando que Chey volviera a guardar su placa en su sitio.

—Solo Aaron.

—¿Sin apellido?

—No. Ya no los uso.

Probablemente pensó que contribuían de alguna manera al derretimiento de la capa de ozono.

—De acuerdo, entonces, señor Aaron. ¿Nos preguntábamos si podríamos hacerle algunas preguntas?

—¿Respecto a qué?

—Respecto a su relación con Herbert Tucker.

De inmediato, las líneas en el joven rostro de Aaron se acentuaron. —¿Tucker, el abusador de niños? ¿Qué ha hecho ahora ese cabrón?

—Lo asesinaron, señor Aaron. Bueno, *él* no se lo hizo a sí mismo. Alguien se lo hizo a él.

—De acuerdo… —Aaron cambió su peso de un pie a otro—. Y supongo que quieren saber si tuve algo que ver con eso, ¿no?

—Algo así.

Aaron suspiró profundamente y luego se volvió hacia la pared de canoas que tenía detrás. —¿Va a tardar mucho? Necesito sacar esto, y tengo una clase en una hora más o menos.

—¿Una clase de qué?

—De kayak. Le enseño a la gente a hacerlo.

Recuerdos de la última vez que Tomek había estado en un kayak aparecieron en su mente. Flotando por las marismas de Tollesbury, persiguiendo a un asesino. Luchando contra la corriente y el peso de su cuerpo en el agua. Fracasando…

—También enseño a hacer windsurf y kitesurf.

—¿Trabaja por su cuenta?

—Lamentablemente, no. La empresa la dirige mi jefe. Yo solo trabajo aquí. Él tiene otros cuatro locales en la costa. Y también dirige el de Lakeside.

Tomek echó un vistazo detrás de Aaron al número de kayaks apiñados en la cabaña. Más de una docena en total, de diferentes longitudes, colores y número de asientos. Tomek no quería estar cerca de uno si podía evitarlo.

—Siéntase libre de empezar —dijo—. Estoy seguro de que es capaz de responder a las preguntas al mismo tiempo.

—¿Quién dijo que los hombres no podían hacer varias cosas a la vez?

Todavía no hemos empezado…

Aaron no esperó a que Tomek respondiera. Se puso a ordenar la entrada de la cabaña y a hacer espacio para los kayaks de tres metros que estaban a punto de salir. Lo primero, sin embargo, fue la vela de una tabla de windsurf. Tenía al menos un metro ochenta de alto y un metro veinte de ancho, lo suficientemente pequeña como para que incluso Tomek pudiera cargarla. Pero en lugar de dársela a Tomek, Aaron se la entregó al hombre más cercano que tenía. A Chey. Que no solo era uno de los más jóvenes, sino también uno de los miembros más bajos del equipo.

—¿Podrías sostenérmela, mientras saco el…?

Chey la había sostenido apenas una fracción de segundo antes de que una fuerte y vehemente ráfaga de viento recorriera la costa y lo tumbara de culo a la arena. Cuando Tomek se dio la vuelta, todo lo que vio fue al joven agente tirado en la playa, atrapado bajo la vela, inmovilizado por el viento que seguía bombardeándolos como un asalto militar.

La reacción inmediata de Tomek fue reírse, cagarse de la risa y revolcarse por el suelo, pero entonces se dio cuenta de dónde estaba y en compañía de quién. En su lugar, gruñó y sacudió la cabeza con sorna. Mientras tanto, Aaron estaba doblado por la mitad, riendo sin control.

—No tengo palabras —dijo Tomek, mientras Chey luchaba por levantarse del suelo—. Sinceramente, no tengo palabras.

Una vez que el agente logró liberarse de debajo de la vela, se sacudió y negó con la cabeza. Tenía una mueca de vergüenza grabada en la cara.

—Disculpen —dijo con timidez—. ¿Dónde… dónde estábamos?

—*Nosotros* estábamos aquí —respondió Tomek, señalando sus pies—. *Tú*… tú estabas por allá. Ahora, ¿ya terminaste?

Las mejillas sonrojadas de Chey respondieron a su pregunta. Tomek volvió a dirigir su atención a Aaron, que todavía se reía para sus adentros.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Unos dos años, más o menos.

—¿Y le gusta?

—Sí. Este es mi proyecto personal. Mi otro trabajo es lo que hago para pagar las cuentas.

—¿Cuál es su otro trabajo?

—Soy jardinero. Trabajo por mi cuenta. Pero trabajo con otro socio, Charlie, que también es autónomo. Arreglamos los jardines de otras personas. Ancianos, sobre todo. Compagino esto tanto como puedo.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo eso?

—Diez años ya. Al principio, empecé gratis. Solo haciendo trabajitos por la zona, usando las herramientas de otras personas hasta que pude permitirme las mías. Fue difícil al principio porque, quiero decir, ¿quién quiere dejar que un extraño entre en su jardín a cortar el césped sin herramientas propias? Era difícil convencerlos, pero algunas personas fueron lo suficientemente amables como para ayudarme. Y no tenía teléfono en ese momento, así que tenía que anotar muchas de las citas en un trozo de papel y esperar que no me cancelaran. El mayor problema era no tener reloj ni ninguna forma de saber la hora.

¿Sin reloj, sin teléfono? Tomek no estaba seguro de si el hombre estaba *tan* desconectado del siglo XXI, o si algo más había estado pasando.

—¿Cómo es que no tenía teléfono ni reloj? —preguntó Chey, abordando primero la incómoda pregunta.

—Porque no tenía casa.

—¿Vivía en la calle?

—Bueno, «sin hogar» no suena muy bien. «Homeless» es como todo el mundo parece llamarlo, así que mejor usar ese término.

Chey tartamudeó. —No parece… —

—¿Que no parezco un sintecho?

—No, no es lo que quise… —

—Está bien. Me lo dicen mucho. La gente ve el pelo largo y simplemente asume cosas.

Y la barba y la ropa holgada y la piel sucia.

—¿Así que salió de esa situación cortando el jardín de la gente?

Aaron asintió, su sonrisa rebosante de orgullo. —Hasta que pude permitirme un teléfono y herramientas propias. Una de las personas a las que les cortaba el césped fue tan amable de dejarme quedarme con ellos unas semanas. Y cuando estuve listo para declarar mi situación financiera al gobierno, incluso me dejaron usar la dirección de su casa.

Era admirable. Todo. El empuje y la determinación de Aaron para triunfar, su fuerza para levantarse del suelo y mantener el pecho en alto. Tomek lo elogió a él y a sus habilidades. Lo único que no podía elogiar, sin embargo, era la capacidad de Aaron para hacer varias cosas a la vez. Desde el pequeño incidente de Chey con la tabla de windsurf, el jardinero se había quedado en la cabaña con los brazos cruzados sobre el pecho y no había avanzado nada.

—Muy bien —dijo Tomek—. ¿De qué conoce a Herbert Tucker?

El giro completo en la conversación sorprendió y confundió a Aaron. Aflojó los brazos y empezó a juguetear con las manos. Entonces, finalmente se dio cuenta de que no había estado haciendo su trabajo y empezó a sacar los kayaks.

—No lo conozco personalmente.

—Los vídeos en Internet parecen sugerir lo contrario.

—¿Qué vídeos?

—¿El de usted con el huevo?

Aaron chasqueó la lengua. —Se llevó lo que se merecía.

—¿Cuando murió?

—No. Cuando le tiré el huevo en la calle principal. Ese cabrón santurrón, hipócrita y mentiroso se llevó todo lo que se merecía ese

día.

—Parece tenerle una particular aversión.

—¡Pah! Aversión es una palabra. Lo detesto, lo desprecio; esas son las palabras que usaría. —Aaron se echó un kayak al hombro y empezó a salir. La diferencia entre un profesional y un aficionado era evidente, porque caminó contra el viento y dejó el kayak en la arena con facilidad.

—¿Por qué? —preguntó Tomek.

—Porque dijo que apoyaría a las personas sin hogar. Prometió un montón de albergues y centros a los que podríamos ir, pero luego recortó los fondos unas semanas después de haberlo anunciado. En ese momento, mi hermano y yo estábamos en la calle, por razones muy diferentes, pero seguíamos en contacto, y ambos necesitábamos el apoyo desesperadamente. Mi hermano está muerto por su culpa.

Tantas preguntas. Tanto que desentrañar.

—¿Cómo murió su hermano?

—Sobredosis. Estaba enganchado. Ambos lo estuvimos en un momento.

Eso explicaba por qué los dos habían estado sin hogar.

—¿Y culpa a Herbert Tucker por la muerte de su hermano?

—Sí. Todos los días. Y me alegro de que esté muerto.

—¿Es por eso que le envió balas por correo a la dirección de su trabajo?

Aaron se detuvo una fracción de segundo antes de continuar con su tarea. —No eran reales. Por supuesto que no. Eran cartuchos de fogueo que uso a veces para los niños. Cuando hacemos carreras los uso porque no me oyen con el viento. Nunca iba a hacer nada. Solo quería que supiera que había mucha gente por ahí que podía ver quién era en realidad.

—¿Y qué sería eso? —preguntó Chey.

—Un cabrón.

Corto y al pie. Simple y sencillo. Directo al grano.

—¿Qué estaba haciendo anoche? —preguntó Tomek.

Otro giro, esta vez más abrupto y directo.

—Estaba en casa.

—¿Solo? —preguntó Chey.

—Sí. Vivo solo.

—¿Dónde vive?

—En el parque de caravanas de la vuelta de la esquina.

Probablemente porque tenía una huella de carbono más pequeña, supuso Tomek.

Chey le pidió su dirección a Aaron y tomó nota.

—¿Alguien puede corroborar su paradero?

—No.

—¿Estaría dispuesto a venir a la comisaría para dar una muestra de ADN para que podamos descartarlo de nuestras investigaciones?

—¿En serio? —dijo Aaron con incredulidad mientras dejaba caer un kayak al suelo.

—En serio —respondió Tomek con firmeza—. Es rutina.

Aaron resopló y sacudió la cabeza. —Se dan cuenta de que no tuve nada que ver con esto, ¿verdad?

—Bueno, eso lo descubriremos cuando tomemos su ADN.

—Ya deberían tenerlo. Me arrestaron un par de veces cuando vivía en la calle. Un par de cargos por drogas.

—Bueno, en ese caso, no debería haber problema. Y si no lo encontramos, entonces sabemos dónde encontrarlo, ¿no?

Tomek y Chey hicieron ademán de irse, pero Aaron los llamó un momento después, con una canoa en la mano.

—Saben que yo no soy el criminal aquí, ¿verdad?

—¿Una comprobación en nuestros sistemas policiales no diría lo contrario? —respondió Tomek.

—No me refería a eso. Ellos, los de ahí fuera. Los criminales. Los *verdaderos* criminales. Herbert Tucker tenía muchos enemigos, pero también tenía muchos socios. Mucha gente con la que hacía negocios. Mucha gente con la que hacía negocios *controvertidos*.

—¿Como qué? ¿Y quién?

Aaron miró a su alrededor, como si le preocupara que alguien pudiera oírlos por encima del sonido casi ensordecedor del viento.

—El club de fútbol Southend —susurró Aaron—. El dueño. Bueno, el codueño. Herbert Tucker se ganó muchos enemigos en ese lado del bosque. Es todo lo que digo.

—Gracias.

Luego Tomek y Chey se apresuraron hacia el auto. Mientras se metían en el vehículo, escapando del rugiente viento, Tomek examinó a su compañero de equipo y negó con la cabeza. El joven estaba cubierto de arena, tierra y conchas que Tomek sin duda estaría encontrando en el piso del auto durante las próximas semanas.

—¿Qué? —preguntó Chey, mirándose el pecho como si preguntara: ¿tengo algo encima?

—Eres como un freno de mano en una de esas canoas.

—¿Por qué?

—Absolutamente inútil, joder. De verdad. Caerte así…

—¡Fue el viento! —gritó Chey con un resoplido, luego sacudió la cabeza y se sacudió la ropa—. Mierda, cómo odio la arena.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

Una rápida búsqueda en internet confirmó que Herbert Tucker tenía al menos las manos metidas en el pastel del club de fútbol Southend United. Unas manos que estaban tan sucias como el contenido de aquel negocio.

Los Mighty Shrimpers, como se les conocía afectuosamente, existían desde 1906 y, en sus más de cien años de existencia, solo habían llegado hasta la Championship, la segunda división más alta del sistema de ligas de fútbol inglés. Ahora se encontraban en la National League, la quinta división de la pirámide del fútbol. Su estadio, Roots Hall, albergaba a poco más de doce mil aficionados, pero últimamente el club había estado bajo una presión financiera cada vez más grave. Las instalaciones estaban abandonadas, las gradas se caían a pedazos, la cancha estaba descuidada, sin regar y mal mantenida; el dueño planeaba vender el estadio y reemplazarlo con más de cien casas, y ni a los jugadores ni al personal se les había pagado en semanas. A toda esa miseria que había rodeado al club durante tanto tiempo se sumaba el hecho de que también luchaban por no descender. Para muchos, había sido una cosa tras otra, una culminación de decepción y desesperación. Y los aficionados y seguidores acérrimos del club habían hecho saber lo que sentían. Se habían producido protestas frente a las instalaciones en varias ocasiones, y los miembros de la asociación de voluntarios, Shrimpers Trust, con frecuencia asumían la responsabilidad de arreglar el desastre en que se encontraban el club y sus terrenos,

limpiando y ordenando regularmente después de los partidos durante la semana. Si el dueño no estaba dispuesto a proteger uno de los establecimientos históricos más grandes de la ciudad, ellos sí lo harían.

Sin embargo, había esperanza. Una luz al final del túnel.

Un pequeño consorcio de empresarios sudamericanos estaba buscando comprar el club para inyectarle dinero, tanto al club como al estadio y a la comunidad local, para alimentar las bases del fútbol y llevar al club de vuelta a las alturas de la Championship, y quizás algún día más allá. Ni Tomek ni el resto de la comunidad futbolística local se hacían ilusiones de que sus aspiraciones fueran astronómicas, pero era lo que el club necesitaba en ese momento. Era lo que los aficionados llevaban años pidiendo a gritos. Un poco de esperanza, un poco de aspiración, algo que esperar con ilusión.

Durante los últimos meses, las noticias sobre la adquisición —y en los meses, *años*, que la precedieron—, la agitación del club y su creciente colapso financiero habían dominado los titulares y era todo lo que Tomek había visto. Solo había estado en el estadio en contadas ocasiones, algunas de niño con su padre y sus hermanos, otras con amigos y exnovias, pero seguía siendo un estadio de fútbol, seguía siendo un buen equipo para ver y seguía siendo una parte fundamental de la identidad local.

El único problema, sin embargo, era que en la última semana la adquisición se había estancado. El dueño actual estaba poniendo trabas y dificultando las cosas al máximo, razón por la cual, cuando él y Sean llegaron al estadio, se encontraron con más de treinta manifestantes con pancartas, megáfonos y algunos cánticos pegadizos para acompañar, frente a la entrada del edificio. Una gran pancarta que decía: «¡Fuera de nuestro club!» evocaba imágenes de Peggy Mitchell en el Queen Vic, gritándole a sus clientes antes de blandir una botella. En su mayor parte, la protesta parecía pacífica, con hombres y mujeres de unos cincuenta y tantos años marchando lentamente, acurrucados contra el frío, coreando al unísono. Excepto que Tomek había divisado a un grupo de aficionados jóvenes, todos vestidos de negro, con las capuchas puestas. Tomek había asistido a suficientes partidos de fútbol, sobre todo en West Ham en los

noventa y principios de los dos mil, y sabía que no estaban allí para protegerse del frío.

Tomek se acercó a la gran multitud de gente, dejando a Sean esperando en la entrada principal. Al hacerlo, los más cercanos a él comenzaron a lanzarle miradas maliciosas y malévolas.

—¿Es usted uno de *los suyos*? —gritó alguien.

—Y puede irse a la mierda —gritó otro.

Normalmente, Tomek habría sonreído con regocijo ante la perspectiva de arrestar a alguien por insultar a un oficial de policía, but como fanático del deporte que era, estaba dispuesto a dejarla pasar como un simple caso de confusión de identidad.

—No, no soy uno de los suyos. Y preferiría no irme a la mierda, si no le molesta —les dijo, y luego les mostró su placa de identificación. La visión de la placa pareció detenerlos a todos en seco, y susurros apagados comenzaron a resonar por todo el grupo —. ¿Quién está a cargo aquí?

Como era de esperar, nadie dio un paso al frente.

—No se preocupen —continuó Tomek—. Nadie va a ser arrestado. No a menos que hagan alguna estupidez. —Tomek fulminó con la mirada al grupo de jóvenes al decir esto, y parecieron hacer caso de sus advertencias, ya que gradualmente comenzaron a alejarse del estadio y a retroceder hacia el estacionamiento de atrás.

Finalmente, después de un corto tiempo, un hombre fue lo suficientemente valiente como para dar un paso al frente.

—Owen Braverman —dijo, extendiendo la mano—. Soy el presidente del Shrimpers Trust.

Tomek se presentó y luego explicó por qué estaba allí.

—Buena suerte consiguiendo una reunión con ese cabrón —siseó Owen—. Esa pequeña víbora se ha encerrado en su oficina y no sale por nadie.

Tomek sonrió con suficiencia. —La gente hace cosas raras cuando la policía toca a la puerta. Estoy seguro de que lograremos que hable. ¿Cuánto tiempo lleva como presidente?

—Treinta y cinco años, desde que lo fundé. He visto a este club toda mi vida. He ido a todos los partidos en casa y a casi todos los de visitante en ese tiempo. Conozco este club mejor que ese

pelotudo sentado detrás de su escritorio de roble. He visto las buenas y he visto las malas, y no creo que hayamos estado nunca tan abajo. Me mata verlo. El Southend FC es mi pasión, es por lo que vivo.

Tomek podía admirar y respetar eso. Había sentido una afinidad similar por el West Ham Football Club cuando era más joven y no tenía las responsabilidades de una carrera en la policía, que inevitablemente lo habían alejado de ello.

—¿Qué puede decirme del dueño?

Owen bufó, y su rostro se contrajo, como si el solo hecho de pensar en el hombre sentado en algún lugar de su oficina detrás de su escritorio de roble fuera suficiente para provocarle un aneurisma cerebral. —¿De cuánto tiempo dispone? Puedo darle una lista de razones por las que no debería ser el dueño.

—Claro —respondió Tomek—. Estoy seguro de que podríamos usarla en una futura investigación. Pero ahora mismo estoy investigando la conexión del dueño con Herbert Tucker.

—¿El diputado?

Tomek asintió.

—¿Por qué?

—Al señor Tucker lo encontraron muerto ayer por la tarde. Ha estado en todas las noticias…

—¿Herbert Tucker, el Gordo Cabrón, está muerto? —el rostro de Owen brilló bajo el sol radiante de la madrugada.

—Me temo que sí.

—No tema, amigo —gritó alguien que estaba detrás de Owen—. Es bueno que esté muerto. Ese pendejo tuvo su merecido.

Tomek inclinó la cabeza hacia un lado. —Su familia podría no estar de acuerdo con usted. Así que, por favor, tenga cuidado al decir cosas así. Su esposa e hijos están devastados y pueden leer todo lo que ustedes escriben en línea. Al final, ellos no tuvieron nada que ver con lo que su esposo y padre hizo o pudo haber hecho, así que piensen en lo que van a decir antes de que inevitablemente terminen diciéndolo.

Las palabras de consejo parecieron resbalarles a los aficionados al fútbol que tenía delante, ya que sus expresiones permanecieron

exactamente iguales.

—¿Ya saben quién fue? —preguntó el mismo hombre.

Tomek negó con la cabeza. —Por eso estamos aquí. Para averiguar si el señor Colehill sabe algo.

—Sabe mucho más de lo que le va a contar, eso se lo puedo asegurar —intervino Owen Braverman, con vaho saliendo de su boca como un dragón.

—Por eso estoy aquí, hablando con ustedes. La gente de a pie. ¿Qué pueden decirme?

—De nuevo, ¿de cuánto tiempo dispone?

Tomek se estaba frustrando cada vez más con el constante ida y vuelta y luchó con todas sus fuerzas para no poner los ojos en blanco delante del hombre. En cambio, lo maldijo por dentro. Pero como el hombre parecía empeñado en hacer esa pregunta, Tomek iba a darle una respuesta.

—Dispongo de unos two minutos —le dijo Tomek—. Ahora, necesito que me diga todo lo que pueda en los próximos dos minutos antes de que entre ahí. ¿Cree que sea posible?

—¿Por qué no lo dijo antes?

Porque no me di cuenta de que estaba siendo tan jodidamente literal.

—Colehill se hizo con el club hace veinte años y, desde entonces, le ha estado sacando dinero a chorros. Como… ¿cuál es esa palabra? ¿Hematoma? ¿Hemorroides?

—¿Hemorragia?

—Sí. Esa es. Ha estado desangrando este club, mi sagrado y amado club, y cargándolo de deudas. Mientras tanto, se lleva todas las ganancias y simplemente deja que el edificio y la infraestructura se derrumben a su alrededor. No le paga a nadie, los jugadores y el personal no han visto un cheque en meses, y ahora está estancando la adquisición. Quiere exprimir hasta el último centavo del club, y ni siquiera lo necesita. ¿Sabía que tiene cuentas en paraísos fiscales a donde va todo el dinero? Sí. Una cuenta en las Bahamas or something. No sé para qué es, pero ciertamente no es para dirigir un club de fútbol. ¿Y sabía que ha estado vendiendo participaciones en el club a todos sus amigotes de Whitehall o de donde sea?

Tomek no sabía nada de eso, pero ahora que lo sabía, ahora que estaba armado con esta información antes de su reunión con el señor Colehill, Tomek ardía en deseos de hablar con él.

El único problema que quedaba, sin embargo, era encontrar un vínculo entre las cuentas en paraísos fiscales y el club de fútbol con la muerte de Herbert Tucker.

Tomek agradeció al hombre por su tiempo, tomó sus datos de contacto antes de darles la espalda y caminar tranquilamente hacia Sean. Mantuvo sus movimientos lentos, y sus pies cerca del suelo, para no resbalar en el hielo que se había formado durante la noche.

—¿Listo? —preguntó Sean mientras salían del frío para entrar al calor.

—Creo que sí.

—No estuvo nada mal para un resumen de dos minutos.

Tomek sonrió con suficiencia. —Sobre todo si consideramos que pasamos treinta segundos tratando de recordar la palabra hemorragia.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

La mujer los guio a sus asientos en una pequeña sala de espera que le recordó a Tomek a la que solía frecuentar en la primaria. Los asientos estaban hechos de una tela azul y áspera, y eran lo más incómodo en lo que había tenido la desgracia de sentarse. Las alfombras estaban arrugadas, tiesas y cubiertas de mugre. Sin mencionar que olían a patas sudadas. A las paredes y los zócalos les urgía una nueva mano de pintura. El edificio entero, incluyendo los pasillos y las otras habitaciones por las que la recepcionista los había llevado, era un desastre. Pero, pensándolo bien, si de todos modos iban a demoler el edificio, ¿para qué molestarse en arreglar un poco el lugar?

Lo único que salvaba a la sala de espera era la cafetera Nespresso de la que Tomek se aseguró de servirse una bebida. Lo último que quería era darle su dinero a James Colehill (en forma de ingresos por boletos o venta de uniformes), pero estaba más que feliz de quitárselo.

Unos minutos después, el señor Colehill estaba listo para recibirlos. Cuando abrió la puerta, Tomek estaba a punto de tirar su vaso en el bote de basura.

—Por favor, no tires eso ahí —espetó James.

—¿Dónde quieres que lo ponga?

—Llévatelo.

—¿Para tirarlo en un bote de basura de afuera?

—Para eso están…

Tomek bajó la vista hacia el bote de plástico frente a él. —¿Y este para qué es? ¿Para fines decorativos? Aunque, probablemente, es lo más colorido de este edificio.

—Genial. Gracias por tu comprensión.

Primer *strike*.

James les dio la espalda y dejó abierta la puerta de su oficina. Tomek le lanzó a su colega una mirada de incredulidad antes de seguirlo adentro.

—Tíraselo en la cara —susurró Sean mientras pasaba junto a Tomek y entraba primero en la habitación.

Error. Tomek iba a hacer algo mucho peor. Iba a desatar una ofensiva contra James Colehill.

De repente, tenía más ganas de que esto sucediera que dos minutos antes.

Al entrar en la oficina, Tomek se dio cuenta de que se había equivocado. El bote de basura no era lo más colorido del edificio. Ese mérito era del papel tapiz de James Colehill. Era de un amarillo y verde chillón que parecía el envoltorio de un dulce. Y por el resto de los muebles de la habitación, quedaba claro a dónde había ido a parar al menos una parte del dinero del club de fútbol: el escritorio de caoba, demasiado ancho para el espacio en el que se encontraba; la Mac de Apple nueva sobre el escritorio; el ornamentado trono de terciopelo del otro lado. James Colehill intentaba vivir y comportarse como un rey, pero las murallas del castillo a su alrededor se estaban desmoronando.

Y simplemente no le importaba.

A Tomek le rompía el corazón que gente así —egoísta, codiciosa, detestable— pudiera estar a cargo de semejante establecimiento y no se le exigieran cuentas, que se le permitiera salirse con la suya.

—Señor Colehill —comenzó Tomek—. Mi colega y yo…

—¿Esto tardará mucho? —interrumpió James—. Tengo algunas reuniones a las que debo asistir pronto.

Segundo *strike*.

—¿De cuánto tiempo dispones? —preguntó Tomek.

—¿Qué?

—Tú dime de cuánto tiempo dispones y yo te diré cuánto vamos a tardar. Aunque tengo la ligera sospecha de que quizá tengas que reprogramar algunas de tus reuniones, ¿a menos que quieras tener esta conversación en la comisaría?

—No he hecho nada malo.

Tomek sonrió sarcásticamente al hombre que le ponía los pelos de punta de la frustración. —Ya veremos eso, ¿no?

—Retener información en una investigación activa no se ve muy bien ante un jurado —añadió Sean—. Especialmente cuando se trata de alguien como tú, James.

Colehill lo sopesó por un momento, tomó un bolígrafo y comenzó a trazar círculos en su escritorio. —Bien. Pero, ¿podrían llamarme señor Colehill, por favor?

Ni hablar.

—Claro que sí, James —replicó Tomek—. Nos gustaría empezar preguntándote qué tan bien conocías a Herbert Tucker.

—Lo suficiente.

De inmediato, Tomek sintió que James Colehill haría esto lo más penoso y laborioso posible. Pero no importaba, porque ambos podían jugar al mismo juego. Y era su propio tiempo, su propio tiempo lejos de esas importantes reuniones de negocios, el que estaba malgastando.

—¿Desde cuándo lo conocías?

—Desde hacía lo suficiente —luego, James dejó de mover lentamente el bolígrafo sobre el escritorio—. ¿Acabas de decir «conocías»?

—Sí.

—¿En tiempo pasado?

—Exactamente.

—¿Qué…? ¿Por qué lo dijiste así? ¿Qué pasó?

Y entonces Sean se lo dijo. Que su amigo y socio de negocios estaba muerto, asesinado, y que ellos estaban allí en su nombre, tratando de encontrar al responsable.

—Ahora mismo, solo estamos tratando de entender la vida de Herbert —continuó Sean—. Qué clase de hombre era. A qué cosas

se dedicaba. Cómo era con quienes mejor lo conocían. Qué lo hizo exitoso.

—Todo eso lo puedes encontrar en el maldito libro que escribió.

Ah. El libro.

—¿Te mencionó? —preguntó Tomek.

—Ni un carajo. ¿Lo has leído?

Tanto Tomek como Sean negaron con la cabeza.

—Deberías. Es divertidísimo. Es la peor mierda que he leído en mi vida. Pura paja sin jugo, sin un producto final. Se lee como si lo hubiera escrito un niño de cuatro años, y la mejor parte es el final, cuando te das cuenta de que puedes tirarlo al puto bote de la basura.

—Obviamente, no en ninguno de los botes de por aquí —comentó Tomek, provocando una risita y una sonrisa de Sean. A James, por otro lado, no le pareció gracioso y, en cambio, su expresión se ensombreció—. ¿Te preguntó si querías aparecer en él?

—¡Sí! Eso fue lo que más me jodió. Vino una vez, me sentó y me dijo que estaba escribiendo un libro. Unas *memorias*, las llamó. ¿Sabes de dónde viene «memorias»? Viene del latín, *memoria*, que significa recuerdo. ¿Y sabes qué es lo gracioso? Que ese pendejo no tenía nada de memoria. No sabía cómo funcionaban las cosas, ni los procesos por los que teníamos que pasar para cerrar ciertos tratos, ni siquiera cómo se desarrollaron ninguna de las reuniones a las que asistimos juntos. ¿Y sabes por qué? Porque era un inútil de mierda.

Tomek recordó su comentario anterior a Chey, y cómo quizá se había pasado un poco de la raya.

—Herbert Tucker estuvo improvisando toda su vida. Tuvieron que llevarlo de la mano durante toda su carrera profesional y política y, sin embargo, es él quien se lleva todo el mérito. Bueno… *se llevaba* todo el mérito.

—Entonces, te pidió ayuda con el libro, tú aportaste la mayor parte del contenido porque lo ayudaste a llegar a donde estaba en la vida, y luego no te incluyó en dicho libro… ¿eso es más o menos correcto?

—Más o menos.

—¿Y cómo te hizo sentir eso?

—Bastante mal. Molesto. Yo… —entonces se detuvo cuando la comprensión se dibujó en su rostro. Empezó a señalar a Tomek con el dedo—. Ya veo lo que estás haciendo.

—¿Qué cosa?

—Tratar de hacer parecer que estaba tan enojado que terminé matándolo.

—¿Y fue así?

—¡Sí! Digo, ¡no! Pensé que te referías a si estaba enojado. Sí, claro que estaba enojado. Estaba furioso, estaba que echaba chispas. Pero no lo maté.

—Ya veremos eso —dijo Tomek, mientras se volvía hacia Sean para que continuara.

Antes de hacerlo, el sargento se aclaró la garganta y se reacomodó en la silla en una posición ligeramente más cómoda y autoritaria.

—¿Cuánto tiempo llevan siendo copropietarios del club?

—Ni me empieces con eso.

—Nos gustaría, si nos permites. ¿A menos que quieras hacer esto en la comisaría?

Eso funcionó. Siempre parecía funcionar. Como si la amenaza de ir a la comisaría significara automáticamente que iba a ser arrestado. No era así; podría haber sido arrestado en cualquier lugar, solo que habría sido más práctico y rápido arrestarlo en el mismo edificio en el que pasaría la noche.

—Compré este lugar hace veintidós años y, en ese entonces, era muy amigo de Herbert. Estaba ganando buen dinero y vio esto como una buena oportunidad de inversión para él. Así que me convenció de venderle una participación en el club por una suma. Precio de amigos, digamos. Y desde entonces, ha adquirido cada vez más control en el club. Y ha estado sacando cada vez más de él. Lo ha estado desangrando, y ahora queda muy poco. Fue a él a quien se le ocurrió la idea de demolerlo y convertirlo en un complejo de viviendas, dado que es dueño de una puta empresa inmobiliaria. Y yo estuve inclinado a estar de acuerdo con él, especialmente después de ver cuánto iba a generar en los libros. Pero esa noticia no cayó bien y, debido a su estatus como Miembro del Parlamento y

en el concejo, él no podía dar la cara, así que he tenido que soportar todo el peso de esta reacción negativa.

—No por mucho tiempo más, por lo que entendemos —dijo Tomek—. Los sudamericanos vienen a salvarte el pellejo.

James volvió a tomar el bolígrafo. —No quiero vender —dijo—. Desearía que no tuviéramos que hacerlo. Una vez amé este club. Por eso lo compré. Pero eso ha cambiado con los años. Mentiría si dijera que siempre he velado por los intereses del club, pero no… ya no. Me dejé arrastrar al mundo de Herbert y ahora hemos llevado al club a donde está. La llegada de los sudamericanos es como poner una curita en una pierna rota.

—¿Por qué estás retrasando la venta?

James dudó un momento, luego se rio entre dientes, divertido por sus propios pensamientos. —Herbert lo estaba retrasando todo. Tratando de exprimir al consorcio por la mayor cantidad de dinero posible. Lo valoró muy por encima de lo que valía, todo el mundo lo sabía. Incluso yo lo sabía. Y ahora que está muerto, supongo que eso retrasará las cosas aún más. Típico, ¿no? Me harán quedar como el villano de nuevo. Sin mencionar que el valor del club se desplomará por completo, así que no obtendré el dinero que quiero por él.

Había algo en la forma en que James Colehill lo dijo que implicaba que *esa* era la revelación más devastadora de la mañana. No que su socio de negocios hubiera muerto. No que hubiera perdido a un amigo. No que estuviera perdiendo el club que una vez había amado (aunque Tomek también dudaba de eso). Sino que terminaría perdiendo dinero en la venta una vez que todo se hubiera acordado.

Que no habría viaje a las Maldivas este verano.

—¿Dónde estabas hace dos noches, James? —preguntó Sean, sin darle tiempo para sentimentalismos.

—No puedes preguntarme eso. Y, ¡por el amor de Dios, es *señor Colehill*!

Tomek y Sean intercambiaron una mirada que determinó que ninguno de los dos lo llamaría por su apellido.

—Para que lo sepas, soy muy amigo del PFCC.

El acrónimo no le sonaba a Tomek.

—¿Quién?

—Brendan Door. El Comisionado de Policía, Bomberos y Delitos.

—Ah, *él* —Tomek todavía no tenía idea de a quién se refería el hombre—. Pero a él no le importará que respondas una simple pregunta, ¿o sí?

James se enfureció. Para entonces, había dejado de garabatear con el bolígrafo y había empezado a apretarlo con fuerza en su puño.

—No tengo que responder a nada que no quiera.

—A menos que quieras venir a la comisaría. Y entonces podrás explicarle al PFCC por qué estás allí.

Por tercera vez, esa amenaza vacía funcionó y James bajó el bolígrafo a la mesa.

—¿Hace dos noches? —empezó—. Bueno, yo estaba…

Esperaron pacientemente mientras el hombre consideraba su respuesta.

—Estaba… yo estaba…

¿De repente le había dado un tartamudeo? ¿Sufría de amnesia? ¿Alzheimer?

—Estoy bastante seguro de que estaba aquí. Lo estoy casi todas las noches.

—¿Sabes a qué hora te fuiste?

James frunció los labios e inclinó la cabeza hacia un lado. —Debió haber sido como a las once.

—¿Qué pasó después de que llegaste a casa?

—Me fui a la cama. Estaba cansado. Tenía que levantarme a las cuatro de la mañana siguiente para el día siguiente.

—Eso es temprano —observó Tomek.

—Eso es lo que tienes que hacer si quieres salir adelante. Siempre tienes que ser el que más madruga. Más horas en el día para hacer más cosas. Yo le enseñé eso a Herbert, pero apuesto a que ese tonto de mierda lo puso en su libro como sus propias sabias palabras de sabiduría. Lo que no sabe es que yo se lo copié a otra persona. Supongo que ahora nunca lo sabrá.

Tomek no estaba seguro, pero creyó ver una leve sonrisa estirarse en los labios de James. Después de decirle al hombre que tenían todo lo que necesitaban de él y que pronto se pondrían en contacto si fuera necesario, Tomek y Sean salieron de la oficina y regresaron al auto. Tan pronto como salieron, una densa pared de frío les golpeó en la cara y allí seguía la multitud de manifestantes, coreando, marchando, tratando de mantener sus cuerpos calientes y evitar que se les cayeran las extremidades. Para entonces, el grupo de jóvenes adultos se había movido y una sensación de paz había descendido.

Owen Braverman se apresuró hacia ellos, arrastrando los pies para no resbalar en el hielo.

—¿Y qué tuvo que decir ese cobarde en su defensa?

—No mucho.

—¿No pueden contarnos?

—Más o menos. Puede que haya algunos retrasos con la venta del club, pero yo seguiría haciendo lo que hacen. Él saldrá de allí muy pronto —Tomek colocó una mano firme en el hombro del hombre, le ofreció una breve sonrisa y luego continuó hacia el auto.

Tan pronto como estuvieron dentro, Sean subió la calefacción al máximo y sopló en sus dedos para devolverles la vida.

—¿Opiniones? —le preguntó a Tomek entre alientos.

—Creo que el señor Colehill sabía más de lo que aparentaba. Hay un motivo ahí, sin duda, que lo estén desplazando de su club de fútbol, pero también percibí algo más —explicó Tomek—. Quienquiera que mató a Herbert, era alguien que él conocía. ¿Y quién mejor que el madrugador que nunca se fue a casa?

—Sé a qué te refieres. Pero era un imbécil, ¿no?

—Un completo imbécil.

Sean sonrió mientras metía la marcha del auto. —¿Dónde está tu vaso de café?

—Lo dejé en su oficina cuando nos fuimos.

—¿Y ahora quién es el imbécil?

CAPÍTULO
VEINTE

Nick Cleaves era un hombre de muchos temperamentos. Muchos talentos, sí. Pero también de muchos temperamentos. Muchos más temperamentos que talentos, al menos en opinión de Tomek. Era famoso en la oficina, y en todo el distrito policial de South Essex, por sus largos y profundos suspiros. Sin importar la ocasión —buena, mala o terrible—, Nick siempre dejaba que el aire caliente escapara de sus fosas nasales. Calificados de molestos por muchos, Tomek pensaba que eran icónicos, su sello personal. Que había perfeccionado el arte de decir tanto sin decir absolutamente nada.

Como la expresión actual en su rostro. Y la frecuencia con la que el aire salía de su nariz.

—Las cosas no pintan bien, amigo —le dijo a Tomek—. Lleva una semana fuera del hospital, lo cual es genial y todo, fantástico en realidad, pero ha sido un período de ajuste enorme para nosotros. Para ella, para mí, para Wendy. Wendy la está cuidando a tiempo completo mientras yo huyo y me escondo aquí.

—Nadie dijo que te estabas escondiendo —le indicó Tomek—. Tienes un trabajo que hacer. Toda una ciudad sobre tus hombros.

Otro suspiro, este más suave. —*Yo* lo dije. Y sé que Wendy piensa lo mismo. Es solo que… limpiar, alimentarla y cuidarla no es la parte difícil, es *mirarla*. No soy capaz de hacerlo.

Tomek prefirió no decir nada. Dejar que el hombre siguiera hablando hasta que hubiera dicho todo lo que necesitaba.

—Es porque es diferente, ha cambiado. Físicamente, su cara ha cambiado, y sé que no debería decir algo así, pero es verdad. Ya no es mi niñita. Ya no se ve como mi niñita. Y no sé qué hacer. Es como si no estuviera ahí… pasa mucho tiempo como ida, tarda en reaccionar y responder. Los médicos dijeron que no habría daño cerebral permanente, pero no siempre aciertan, ¿verdad?

Nick buscó una respuesta en Tomek, pero este se sintió totalmente fuera de su elemento como para ofrecer una, así que continuó en silencio.

—Es solo que… las señales están ahí, ¿no? Sabes a lo que me refiero. No *parece* estar del todo bien. El agujero en el lado de su cabeza es tan enorme que no es de extrañar, pero es que… —Bajó la cabeza y dejó caer la mirada en su regazo—. Solo quisiera recuperar a mi niñita, ¿sabes? Me preocupa si alguna vez la recuperaré.

Y si el amor por ella volvería alguna vez.

Nick no necesitaba decirlo, pero él sabía que ese era el sentimiento y la sensación de Nick al respecto.

Tras unos incómodos momentos de silencio, Tomek se dio cuenta de que Nick había terminado de hablar y que ahora era su turno de ofrecer algún consejo, alguna orientación, algunas respuestas a las preguntas imposibles que Nick le había hecho.

Afortunadamente, justo cuando abrió la boca, Nick se le adelantó.

—Basta de hablar de mí y de Lucy —dijo—. ¿Cómo sigue Kasia?

Tomek movió la cabeza de un lado a otro. —¿Sabes…? Tiene días buenos, días malos. Sobre todo pesadillas. Muchas pesadillas. Hemos acordado que ambos recibiremos terapia.

—¿Ambos?

Tomek respondió con un solo asentimiento. —Yo también las he tenido. El incidente de Kasia y el asesinato de mi hermano se mezclaron en uno solo.

—Siento oír eso.

—Lo que me recuerda, ¿cuál es el nombre de esa terapeuta que me recomendaste la última vez?

—¿Isabel?

Tomek se encogió de hombros. —Si ese es su nombre. Tú la conoces mejor que yo.

—Es buena —dijo Nick mientras agarraba una pluma y un papel —. Muy buena.

—Quizá deberías volver.

Nick se detuvo a medio escribir y se quedó mirando la página durante diez segundos, sumido en sus pensamientos, antes de continuar. Luego le entregó la tira de papel con los datos de contacto a Tomek, quien se la guardó en el bolsillo en silencio. Ya se había dicho suficiente sobre el asunto; Nick no hablaría con la terapeuta. No buscaría ayuda. Lo afrontaría a su manera, internamente.

Cuando Tomek se disponía a marcharse, su teléfono sonó. Un mensaje de Abigail, preguntando si lo de la cena de esa noche seguía en pie.

—Mierda —susurró para sí mismo.

—¿Pasa algo? —preguntó Nick.

—Se me olvidó hacer algo.

—Típico. Tendremos que empezar a llamarlo «un Tomek». Ya le pusimos apodo a tu frente.

Tomek se quedó helado, con la mano en el picaporte. —Vete a la mierda. No, no lo han hecho.

Nick sonrió. La primera sonrisa que le veía en mucho tiempo. —¿Conoces El Muro de *Juego de Tronos*?

Tomek lo conocía. Lo conocía muy bien. Un impenetrable muro vertical de hielo sólido de más de doscientos metros de altura de la exitosa serie de HBO.

—La hemos llamado así —dijo Nick con una sonrisa radiante.

—Si ese es el caso, entonces yo soy Jon Snow, Rey en el Norte.

—Si eso te ayuda a dormir por la noche. Personalmente, no creo que sea mejor que Tommy Teflón, pero mi opinión no es imparcial.

Tomek luchó por reprimir la sonrisa que amenazaba con aparecer en su rostro. Luego dijo: —Jódanse todos —y se fue.

Para cuando regresó a su escritorio, ya le había respondido a Abigail diciéndole que lo de esa noche seguía en pie y que el lugar se mantendría en secreto hasta que él la recogiera. El único

problema era que no tenía ninguno, así que necesitaba desesperadamente encontrar un sitio a tiempo. Pero antes de que pudiera siquiera pensar en ello, el detective Oscar Perez se precipitó hacia él.

—Hola, Capitán.

—Sargento.

—¿Sin aliento por venir desde allá?

—Está más lejos de lo que crees. Especialmente cuando tu único ejercicio es subir y bajar las escaleras de tu departamento.

Tomek se rio entre dientes. —Vamos, pues —dijo—. Suéltalo de una vez.

—Es sobre Herbert Tucker…

—Buen comienzo.

—He estado investigando sus finanzas.

—¿Ah, sí?

—Tenemos acceso a sus cuentas bancarias personales. Tiene ocho cuentas separadas en varios bancos.

—¿Por qué una persona necesita tantas? —preguntó Nadia, girándose en su silla para mirarlos.

—Es una buena forma de esconder dinero —dijo Tomek.

—De hecho —interrumpió el Capitán—, no es tan efectivo. Los bancos todavía pueden ver lo que estás haciendo, y ahora han añadido un montón de capas extra de seguridad para que todos los pagos te pregunten el propósito antes de enviarlo.

Tomek miró al hombre desde su asiento. —¿Entonces para qué tiene tantas, Capitán?

—Solo son cuentas bancarias —respondió Oscar—. Como la mía y la tuya. En caso de que uno de los bancos quiebre, tiene varias más guardadas, por así decirlo.

—¿De cuánto estamos hablando?

Oscar se mordió el labio inferior. —Oh, su patrimonio neto es fácilmente de treinta millones.

—Qué bien por algunos —comentó Nadia.

—No es una cantidad pequeña. ¿Sabes a quién le va a ir ahora que está muerto?

—Aún no estoy seguro.

—¿Y qué ha estado haciendo con él?

—Propiedades. Casas por todo Essex. Algunas parece que las está alquilando, las otras las guarda para un imprevisto.

—¿Cuántas?

—Nueve en total. Una es su domicilio, donde vive. Otras two han sido compradas recientemente a nombre de sus hijas, otras tres están alquiladas y las tres últimas están ahí sin más.

—¿Por alguna razón en particular?

Oscar se encogió de hombros. —Ninguna que pueda descifrar.

—De acuerdo. ¿Qué más ha estado haciendo este magnate de los negocios con sus finanzas?

—Muchas cosas. Revisé en Companies House y tiene al menos seis empresas diferentes. El maldito astuto tiene algunas registradas con su segundo nombre incluido en Companies House, mientras que las otras solo tienen su nombre y apellido. Tiene un restaurante en Leigh, una empresa deportiva conectada con el Southend FC, su empresa inmobiliaria, su negocio de metales, una *offshore* y otra que figura como una editorial.

—Su libro…

—Sí.

—Interesante. ¿Y cuánto dinero hay en cada una de esas?

—En total, hay activos por un valor de unos cincuenta millones de libras.

Tomek se tomó un momento para ordenar sus pensamientos y procesar la información. Estaba claro que el hombre tenía mucho dinero —tanto que, según algunos, lo había desconectado de la realidad— y ciertamente sabía qué hacer con él. Era un hombre de negocios avispado, Tomek tenía que reconocerlo. Pero si, como James Colehill había indicado, Herbert Tucker no era tan listo como pretendía ser, entonces seguro que había errores, seguro que había agujeros en sus intentos de esconder y prolongar el descubrimiento. Inevitablemente, habría una grieta en la armadura.

—¿Has revisado todas las cuentas? —preguntó Tomek.

—Todavía no. Las cuentas de las empresas llevarán más tiempo debido a su naturaleza. En cuanto a las personales, les he echado un vistazo rápido.

—¿Alguna anomalía?

Oscar sonrió, con la cara de un hombre que había estado esperando desesperadamente para decir lo que quería.

—Un par de cosas.

—¿Como…?

—Un retiro en efectivo de veinte mil de su banco en noviembre, y pagos mensuales regulares a una mujer llamada Alina Zandecka.

Su amante.

—¿Cuánto?

—Cinco mil libras.

Tomek soltó un silbido. —Yo mantendría la boca cerrada por esa cantidad al mes. Y libre de impuestos, además.

—¿Qué te comprarías con cinco mil al mes? —preguntó Chey, que acababa de oír el final de la conversación.

—El objetivo no es gastarlo todo cada mes —respondió Tomek—. Es como oyes de esos ganadores de la lotería que ganan diez mil al mes por el resto de su vida; simplemente lo despilfarran todo.

—Pero ¿qué harías si supieras que vas a recibir diez mil al mes por el resto de tu vida?

—Comprar tantos bonsáis como sea posible. Quizá hasta construir mi propio jardincito. O tal vez seguiría haciendo lo que hago.

Chey se quedó boquiabierta. —¿No dejarías de trabajar?

—No. Porque si no, ¿cuál es mi propósito? ¿Por qué me levanto por la mañana si no estoy trabajando por algo, si no estoy ganando mi propio dinero? Probablemente me deprimiría y luego pensaría en suicidarme.

Chey se quedó con la boca ligeramente abierta, sin palabras.

—Les arruiné un poco el ambiente, ¿no? Bien. Ahora, Oscar, ¿qué decías?

—Cinco mil al mes.

—Sí.

—Cinco mil al mes durante los últimos cuatro años, hasta hace tres meses, cuando los pagos se detuvieron.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

Alina Zandecka vivía con su hijo en un pequeño departamento de un dormitorio sobre una licorería en Hockley. La reacción inicial de Tomek fue que el departamento apenas era lo suficientemente grande para una persona, y mucho menos para dos. Y el desorden y los desechos, combinados con los juguetes y juegos en la alfombra que cortaban el paso hacia la sala, eran prueba de ello.

A Tomek y a Rachel les tomó poco más de media hora llegar al pequeño pueblo situado al norte de Southend. Tráfico de la hora del almuerzo. Una hora pico adelantada. Sin mencionar que era viernes. También conocido como el día POETS en la familia de Tomek.

Piss Off Early Tomorrow's Saturday. Lárgate Temprano, Mañana es Sábado.

No sabía cuándo se había puesto de moda, pero había notado que terminar de trabajar a la hora del almuerzo era el último grito recientemente. Que la semana laboral se estaba acortando para unos pocos afortunados, mientras que él y el resto del equipo seguían trabajando horas cada vez más largas. Esa parte no le importaba tanto. Era sobre todo el maldito tráfico lo que odiaba.

Y los baches.

Pero esa era otra discusión, y otra conversación con el ayuntamiento para otro día.

Una vez que se instalaron, Alina se escabulló a la cocina y les preparó una taza de té a cada uno, sosteniendo a su hijo en la cadera mientras caminaba. Unos minutos más tarde, regresó,

todavía cargando al niño en un brazo, con las tazas en el otro. Tomek fue el segundo en recibir su bebida.

Alina Zandecka parecía como si no hubiera dormido en semanas. Las bolsas bajo sus ojos eran tan oscuras como se sentía la habitación, pero a pesar de eso, seguía siendo una mujer guapa. Muy guapa, de hecho. Era delgada, pero no parecía desnutrida. Más bien, parecía que había trabajado duro para lograr su físico, y por las protuberancias en sus hombros y brazos, tampoco parecía tener dificultades para sostener a su hijo. Su cabello era una combinación desordenada de castaño y rubio y lo llevaba recogido con una pinza. Usaba poco maquillaje, lo que Tomek supuso que era en gran parte porque no tenía tiempo. Pero no lo necesitaba. Le recordaba mucho a Tomek a las supermodelos polacas que a menudo veía en la televisión de Polonia.

—Tu hijo es precioso —dijo Rachel, jugando con el pie del niño.

—Gracias —respondió Alina, con reticencia en su voz.

Tenía un rastro de acento de Europa del Este, pero Tomek no pudo identificarlo.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuatro.

—Qué encanto.

Antes de entrar, Tomek y Rachel habían ocultado el motivo de su visita. Solo que era un asunto policial importante. Y mientras se sentaba frente a ella, Tomek se preguntó qué tipo de cosas podrían haber estado pasando por su mente. Qué tipo de secretos le preocupaba que pudieran salir a la luz.

—¿Cómo te llamas, pequeño?—preguntó Rachel, pellizcándole los dedos del pie al niño.

—¿De qué se trata esto? —espetó Alina, apartando un poco a su hijo sobre su cadera, justo fuera del alcance de Rachel.

—Herbert Tucker —respondió Tomek—. Creemos que usted lo conoce.

—Se… se podría decir que sí.

—¿Qué tan bien lo conocía?

—Yo… ¿Qué le pasó? ¿Le pasó algo?

—¿No ha visto las noticias? —preguntó Tomek. Cuando ella negó con la cabeza, continuó—. Está muerto, Alina.

Su jadeo fue audible y se llevó la mano a la boca. Luego dirigió su atención a su hijo. —¿Puedo…? No quiero que oiga esto.

—Por supuesto —dijo Tomek con una inclinación de cabeza.

Alina se levantó del sofá y se apresuró hacia la mesa del comedor. La superficie estaba llena de folletos, correspondencia, documentos y vasos vacíos, y cubierta de restos de cereal del desayuno. Un momento después, sentó a su hijo en la silla, tomó un iPad y un par de audífonos de diadema de una bolsa cercana, y luego lo dejó a su aire.

—Lo siento —dijo—. No quería que oyera…

—No pasa nada. De verdad.

Tomek estaba ansioso por avanzar en la conversación, pero por su reacción inicial, estaba claro que iba a necesitar algo de tiempo.

—¿Cuándo conoció a Herbert Tucker, Alina? —preguntó Rachel, con su voz suave, gentil, tranquilizadora.

Reconfortante.

—Debe de haber sido hace unos cinco años.

Tomek sacó su bolígrafo y su libreta y comenzó a tomar notas mientras Rachel iniciaba el interrogatorio.

—¿Y cómo se conocieron? ¿Bajo qué circunstancias?

—Yo… no quiero decirlo…

El interés de Tomek se despertó.

—¿Por qué sería eso? —preguntó Rachel.

—Porque, yo…

—¿Alguien la está amenazando?

Alina negó con la cabeza. —No. No… Nada de eso. Es solo que… —Alina se giró lentamente en su silla, en dirección a su hijo, que ahora estaba perdido en las maravillas de su pantalla digital. Cuando se volvió para mirarlos, dijo—: Me avergüenzo de ello, eso es todo.

—Puede contárnoslo. Este es un entorno seguro. Este es *su* entorno, Alina. No le va a pasar nada aquí.

Alina se acomodó por un momento, sopesando las palabras en su cabeza, representándolas en su expresión.

—Llegué a este país hace seis años, desde Lituania. No tenía mucho dinero, no sabía qué hacer conmigo misma, pero… vine aquí como bailarina de tubo. Luego trabajé en algunos bares y clubes por un tiempo, hasta que finalmente encontré… encontré otro tipo de trabajo.

Tomek intuyó hacia dónde se dirigía esto.

—Me convertí en prostituta.

Bingo.

—Conocí a Herbert cuando fui a un club una vez. Un club de caballeros en Southend. Él y un grupo de sus amigos estaban de fiesta, así que algunas de las chicas con las que trabajaba fueron para allá. Cuando llegué, ya estaban bastante borrachos y drogados.

—¿Drogas? ¿Qué tipo de drogas? —preguntó Tomek.

—Cocaína, sobre todo.

—¿Y usted consumió algo?

Alina se volteó de nuevo hacia su hijo, respondiendo a la pregunta sin necesidad de admitirlo.

—Eran salvajes —dijo—. Había muchísima. Estaba por todas partes.

—¿Cuántas veces fue allí para acostarse con los hombres de este club?

—Oh, no era así. Siempre era Herbert. Herbie era mío. Nunca me acosté con nadie más. Cada una tenía su propio hombre…

Como si fueran piezas de arte preciosas y originales que no se podían comprar, vender o intercambiar.

—¿Cuántas veces se acostó con Herbert Tucker, Alina?

Sus labios se movieron, pero no salió nada mientras se miraba los dedos.

—¿Diez? ¿Quizás menos?

—¿Por qué paró?

Luego respondió de la misma manera que lo había hecho antes. Mirando a su hijo.

—No sé cómo pasó.

Tomek recordó un libro que había leído una vez que se lo había explicado claramente…

—Tuvimos cuidado —continuó—. Siempre me aseguraba de que usara protección.

Y Tomek también había usado siempre protección. Pero hacía catorce años, esa misma protección había decidido no funcionar.

—Cuando me enteré, al principio no quise decírselo. Pero las chicas… ellas dijeron que debía hacerlo.

—¿Qué dijo él cuando se enteró? —preguntó Rachel, masajeando su taza de té casi vacía entre sus dedos.

—Quería que me deshiciera de él. Dijo que debía abortar. Me dijo que él lo pagaría, que conocía a alguien. —Fue entonces cuando comenzaron las lágrimas. Suaves al principio, pero después de que Rachel se apresurara al baño a por papel higiénico, brotaron a raudales.

Ambos detectives esperaron a que terminara antes de continuar.

—Pero usted dijo que no al aborto —continuó Rachel.

Sorbiendo por la nariz, Alina respondió. —No quise. Quería tenerlo. Siempre había querido un bebé. Yo…

—¿Y entonces él empezó a pagarle dinero? —preguntó Tomek, abordando el tema evidente.

—¿Qué?

—El dinero. Las cinco mil libras al mes que le ha estado pagando. ¿Ese dinero?

—¿Cómo…? —Alina sorbió con fuerza, inhalando para deshacerse de los mocos y las lágrimas.

—¿Por qué le ha estado enviando ese dinero, Alina?

—Fue… Yo…

—Recuerde que este es un espacio seguro —señaló Rachel.

Aunque incluso Tomek admitió que no se sentía así.

—¿Por qué empezó a darle dinero, Alina? —insistió Tomek.

—Porque me lo ofreció —dijo ella—. Yo… yo fui estúpida. No sabía lo que estaba haciendo. Tenía miedo. Cuando le dije que quería tenerlo, me amenazó. Dijo que me expondría y me enviaría de vuelta a Lituania. Así que lo amenacé como represalia. Le dije que iría a los periódicos. Al *Echo*, al *Daily Mail*. Que el elegante hombre de negocios y político local había estado asistiendo a fiestas

de sexo y drogas con prostitutas y había embarazado a una de ellas. Así que me ofreció el dinero para que me callara.

—¿Usted lo chantajeó?

Ella negó con el dedo. —¡Para nada! —Su voz subió unas octavas, pero hizo poco para distraer a su hijo de la pantalla de la computadora—. *Él* me ofreció *a mí* el dinero. Como le dije, estaba desesperada. Lo necesitaba en ese momento.

Y sin embargo, después de cuatro largos años de recibir considerablemente más que el salario promedio, todavía vivía en un lugar como este. Sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más entendía que vivir encima de una licorería anexa a una gasolinera, con sus precios superinflados, tenía sentido.

—Pero siguió dándoselo —dijo Rachel—. ¿Por qué? ¿Por qué le ha estado pagando todo este tiempo?

Ella volvió a bajar la cabeza. —Porque… porque le dije que iría a los medios si no lo hacía.

—¿Así que *sí* lo chantajeó?

—No… Pero… —Esta vez las lágrimas regresaron. Esta vez Rachel no le ofreció ninguna compasión—. Tenía que mantener a mi hijo. Tenía que hacer todo lo que pudiera para cuidar a Francis. ¿Acaso ustedes no habrían hecho lo mismo?

Ninguno de los dos optó por responder a la pregunta.

Rachel se aclaró la garganta y dejó la taza en la alfombra. —A ver si lo entiendo. Usted vino aquí y trabajó un tiempo como bailarina de tubo. Fue a un par de fiestas con sus colegas, se acostó con Herbert Tucker un puñado de veces… *dos* puñados, para ser precisos, luego quedó embarazada de su hijo y continuó chantajeándolo por dinero para que se callara. ¿Me estoy perdiendo algo?

—No fue así—

Rachel la interrumpió levantando una mano. —Es un simple sí o no, Alina. ¿Me estoy perdiendo algo?

Este era un lado de su colega que Tomek no había visto antes. Un fuego ardía dentro de ella, y le preocupaba a dónde podría llevar.

—No —respondió Alina en voz baja—. No hay nada más.

—Yo creo que sí.

—¿Por qué?

—Porque, a menos que estemos equivocados, el dinero dejó de llegar hace cuatro meses, ¿no es así?

La boca de Alina se abrió y cerró mientras su historia se deshacía. —¿Cómo lo…?

—Porque es nuestro trabajo, Alina. Así que le sugiero que nos explique todo lo que pasó y que responda a nuestras preguntas con honestidad y en su totalidad. Porque lo descubriremos de una forma u otra.

Carajo. Recuérdame nunca ponerme en el lado malo de esta mujer.

—¿Por qué Herbert detuvo los pagos? ¿Qué pasó?

Gancho de izquierda, gancho de derecha, *jab*, *jab*, *jab*. Los golpes que venían de Rachel eran implacables.

—Porque vio mi farol —siseó Alina—. Ya había tenido suficiente. Una tarde me llamó para decirme que no me pagaría más dinero y que no le importaba si iba a los medios. Había terminado.

—Entonces, ¿por qué no tomó represalias? ¿Por qué no habló con un periodista?

—Por Francis. No quería que se viera envuelto en eso. Él tiene una vida. Yo ahora tengo una vida. Va a la escuela. Tiene amigos. Yo tengo amigos. No quiero que la gente piense diferente de nosotros. Lo hice para protegerlo.

—¿No le molestó? ¿No se enfadó por ello?

—Claro que me enfadé. Significaba que tenía que encontrar un trabajo, no tenía ingresos. Ahora trabajo para una compañía de taxis, contestando las llamadas y organizando los taxis para la gente.

—¿La enfadó lo suficiente como para matarlo? —preguntó Rachel.

—¿Qué? ¡No!

—¿Dónde estaba la noche que él murió?

—Aquí. Con Francis. Estábamos jugando, aprendiendo. Como la mayoría de las noches.

—¿Alguien puede verificar eso?

Dudó una fracción más de lo que a Tomek le hubiera gustado.

—No. Solo estamos nosotros dos. Por favor… por favor no me aleje de mi niño.

—Eso implicaría que ha hecho algo malo —dijo Tomek tan gentilmente como pudo—. ¿Hay algo más que necesite decirnos?

Alina jugueteó con sus dedos, mordisqueando sus uñas que, a diferencia del resto de ella, tan refinada y cuidada, estaban sucias y mordidas hasta la carne.

—Hubo algo… —comenzó, incapaz de levantar la mirada—. Después de que me dijo que detendría los pagos, creo que envió a alguien a mi casa.

—¿A qué se refiere con «alguien»?

—Un hombre. Alguien. No sé quién. Nunca tuve una oportunidad clara de verle la cara. Pero durante unos días después, un hombre me siguió, por la calle principal, en el auto, de camino a casa desde la escuela de Francis. Me asusté mucho y me encerré en la casa. Creo que Herbert lo envió para advertirme. Creo que quería que supiera que podía hacerme daño en cualquier momento, que siempre me estaban vigilando.

—¿Él le dijo esto a usted?

—No.

—¿Cómo sabe que fue él?

—Porque, ¿quién más podría ser?

Tomek no pudo discutir eso.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al hombre?

—Paró después de unas semanas. Creo que se debió dar cuenta de que no iba a hacer nada. Que tenía demasiado miedo para hacerlo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Un suéter blanco. Con capucha. Llevaba una gorra para que no pudiera verle la cara. Jeans negros. Complexión media. No reconocí mucho más.

Tomek tomó nota de la vaga descripción del hombre y los detalles de cuándo había estado siguiendo a Alina. Luego le informó que se pondrían en contacto si necesitaban algo más. Que debía permanecer en la zona.

Después de que arreglaron todo, Rachel y Tomek se dispusieron a irse. Al salir, Rachel se despidió del niño con la mano y Tomek le chocó los cinco. Al pasar junto a él, Tomek inspeccionó la cara del niño. Tenía un parecido asombroso con Herbert Tucker. Las orejas, la nariz e incluso el espacio entre sus ojos eran iguales.

—Llámenos si piensa en algo que pueda ser importante —le gritó Tomek desde la puerta.

Mientras regresaban pesadamente al auto, protegiéndose del viento gélido que azotaba la gasolinera, Tomek dijo: —Recuérdame nunca ponerme en tu lado malo.

—¿Por qué no?

—Porque por un momento pensé que eras muy dulce con el hijo de Alina, pero luego te le volteaste.

—Tenía que hacerlo.

—Y si alguna vez le hicieras eso a tu propio hijo…

Entraron al auto. Rachel cerró la puerta.

—Qué bueno que soy gay entonces, ¿no?

—Perdón, ¿qué?

—Gay. Soy gay. ¿No lo sabías?

Tomek se sintió incómodo de repente. Su cara se puso roja.

—Supongo que esa no la vi venir.

—No mucha gente lo ve. Y, a menos que encuentre una pareja que me convenza de tener hijos, no creo que tenga que preocuparme por eso pronto, y el niño tampoco.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

La última vez que Tomek había estado en el sillón de un terapeuta tenía diez años. Y, para su gran asombro, no habían cambiado tanto. Las paredes de la sala en la que se encontraba estaban pintadas del mismo azul claro, soso y frío, y los muebles eran como los de hacía tantos años. Baratos.

Su terapeuta se llamaba Isabel Fox. Tenía veintitantos años y un doctorado en Psicología. Después de que él le enviara un mensaje ese mismo día para concertar una cita, ella respondió casi de inmediato, notificándole que estaba por salir de vacaciones anuales el resto de la semana y que podía atenderlos a él y a Kasia al final del día. Kasia había entrado primero y ahora lo esperaba fuera de la sala. Eran poco más de las seis de la tarde, y Tomek era consciente de su cena en poco menos de dos horas.

—No puedo hablar de nada de lo que conversé con su hija —dijo Isabel, con voz suave, dulce y un marcado acento de Essex—. Solo quiero dejar eso en claro.

—Clarísimo.

Como el anillo en su dedo, como la impecable cadena que colgaba de su cuello.

—Excelente —dijo entrelazando las manos—. ¿Ha hecho algo como esto antes? ¿Ha hablado alguna vez con un profesional de la salud?

Tomek le dijo que sí, y cuándo.

—Era usted muy joven. ¿Y podría preguntarle por qué fue?

—Encontré a mi hermano muerto en el parque. Lo habían golpeado, atacado y abandonado para que muriera. Se suponía que me iba a reunir con él, pero iba tarde. Vi a sus atacantes.

Si a Isabel le afectó o la conmocionó el resumen de su trauma infantil, no lo demostró. Aunque, claro, probablemente había oído de todo. Algunas historias bonitas, otras no tanto. Y probablemente unas cuantas que eran significativamente peores que la suya.

—Ya veo… —dijo—. ¿Y atraparon a los asesinos?

—A uno sí. El otro escapó. Aunque nadie cree que exista.

—Eso suena terrible. Siento mucho su pérdida.

—No haga eso —dijo él, haciéndole un gesto con la mano—. No necesita hacer eso. Está bien. Pasó. Ya lo superé. Ya seguí adelante.

Excepto que no lo había hecho. Y dudaba que alguna vez lo hiciera. Al menos no por completo.

—Entendido —en su rostro apareció una pequeña sonrisa—. ¿Cómo le afectó la muerte de su hermano?

—De la misma manera que podría esperar. De la misma manera en que el trauma de Kasia la ha estado afectando ahora.

—¿Cómo afectó su relación con su familia?

Tomek hizo una pausa. Acababa de intentar dirigirla hacia la razón por la que había venido, hacia Kasia, hacia las pesadillas. Pero ella insistía en llevar la conversación por un callejón con el que no se sentía cómodo. Un callejón que abordaba un tema que él no quería abordar. La familia. Era un tema que significaba que ella era excepcional en su trabajo y sabía leer entre líneas, o que cierta niña de trece años había estado hablando de más en su sesión anterior.

—No estoy aquí para hablar de mi relación con mi familia —dijo, cruzando una pierna sobre la otra—. Estoy aquí para hablar de las pesadillas que he estado teniendo.

—Todo me ayuda a formarme una imagen más amplia —explicó ella, pero Tomek no estaba dispuesto a aceptarlo. Había sido lo mismo la última vez: el terapeuta tratando de meterse en su cabeza, tratando de hacerle creer cosas que no quería creer. Hablar de cosas de las que no quería hablar.

—Lo siento, pero quiero saber cómo dejar de tener estas pesadillas.

—La mejor manera de hacerlo, Tomek, es que usted hable de ellas en un entorno en el que se sienta relajado, donde se sienta cómodo. ¿Se siente de alguna de esas dos maneras?

Se removió en el asiento. —No especialmente.

—¿Le gustaría que le trajera un vaso de agua?

Deliberó un momento. —Por favor.

Sin decir nada más, Isabel se deslizó hábilmente por el lado de su silla y pasó junto a él de camino a la puerta. Mientras esperaba, Tomek tamborileó el pie repetidamente en la alfombra, sin perder de vista el reloj. Había pagado una hora. Y quedaban otros cuarenta y cinco minutos.

Cuarenta y cinco minutos para decirle lo que ella quería oír.

Cuarenta y cinco minutos para hacerle pensar que estaba haciendo un buen trabajo.

Cuando en realidad él solo estaba allí por Kasia. Si sus pesadillas no paraban, que así fuera. Las había soportado durante los últimos treinta años. ¿Qué más daban otros treinta?

Para cuando ella regresó, quedaban cuarenta y cuatro minutos en el reloj.

—¿En qué estábamos? —preguntó mientras se sentaba detrás de su escritorio.

Tomek tomó un sorbo de agua, ganando todo el tiempo posible.

—Ahora me siento mucho más cómodo —mintió.

Cuarenta y tres.

—Estupendo. Me alegra oírlo. Ahora, cuénteme qué pasa en esos sueños suyos.

Y así lo hizo. Le contó que ocurrían al azar, a veces varias noches seguidas, a veces con una semana de diferencia, y que a menudo se despertaba en medio de la noche, cubierto de sudor. Le contó que los sueños consistían en revivir la experiencia de aquella noche, de encontrar a su hermano muerto en el parque, con ácido de batería vertido en sus ojos, la sangre cubriendo su pecho y su camisa blanca del colegio. Le contó cómo la imagen de su hermano ahora comenzaba a transformarse en la de Kasia. Y que no quería que continuara.

—Suenan como pesadillas muy vívidas —comentó Isabel—. ¿Y dice que no hay ningún detonante? ¿O no parece haberlo?

—Ninguno que se me ocurra.

—No me imagino que su trabajo ayude mucho…

Tomek se encogió de hombros. —Probablemente no. Pero no voy a cambiarlo pronto.

Estaba siendo deliberadamente obtuso y lo sabía. No era un reflejo de ella, en absoluto, sino de los de su profesión. Le gustaba pensar que él sabía más que ella, que sus años de formación no eran nada en comparación con los cuarenta años que había pasado viviendo dentro de su propia cabeza. Que ella no podría ayudarlo. Si nadie había podido cuando tenía diez años, ¿cómo podrían hacerlo cuando era considerablemente mayor y las murallas y barreras del castillo ya estaban más que fortificadas?

—Dijo que habló con alguien cuando era más joven. Cuénteme sobre eso. ¿Cómo fueron esas conversaciones tan poco después del incidente?

—Difíciles —respondió—. No dije mucho.

—¿Como ahora?

Tomek abrió la boca para responder, pero se contuvo.

—Supongo.

—Y asumo que esta persona le dio algunos mecanismos de afrontamiento para las pesadillas. Al menos, eso esperaría.

—Me dijo que llevara un diario de pesadillas.

—¿Y lo hizo?

Él asintió.

—Genial. Por ahora, entonces, me gustaría que siguiera escribiéndolo. ¿Puede hacer eso por mí? Llevar un diario puede ser una forma terapéutica de procesar el trauma, especialmente un trauma tan antiguo como el suyo. Pero quiero que dé un paso más. Quiero que escriba sobre su día antes de irse a la cama. Y cuando se despierte, quiero que escriba sobre cómo se siente, sobre lo que le preocupa.

—¿Como si fuera una quinceañera? —Tomek puso los ojos en blanco—. ¿Ese es su consejo? ¿Que siga haciendo lo que estoy haciendo cuando claramente no está funcionando?

—No, yo…

—Porque eso es lo que parece. O soy incurable y las pesadillas nunca pararán —algo con lo que estoy absolutamente bien, por cierto—, o usted simplemente no es muy buena en su trabajo. Y pensar que venía tan bien recomendada.

Tomek se levantó de la silla y se dirigió furioso hacia la salida. Cerró la puerta antes de que Isabel pudiera protestar. Afuera, en la sala de espera, encontró a Kasia sentada en la silla, con la cabeza inclinada hacia adelante, los audífonos puestos y su dedo deslizándose hacia arriba repetidamente.

—Vámonos —le dijo—. Nos vamos.

—¿Ya?

—Resulta que terminamos antes de lo previsto.

Veintisiete minutos antes.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

A Tomek le costó encontrar un restaurante al que no hubiera llevado a otra chica antes. Había ido a muchos lugares con muchos antiguos ligues de una noche, así que la lista de restaurantes para elegir casi se había agotado. Pero esa noche la suerte estaba de su lado. El Oyster Bar había abierto hacía poco y, por los comentarios que había escuchado en la oficina, la comida y las críticas eran buenas. Y lo que era aún mejor, les habían reservado la última mesa para dos para él y Abigail. Era un restaurante mediterráneo pequeño, de propiedad independiente y gestión familiar, en Rayleigh, situado al principio de la calle principal, junto al Rayleigh Mount del National Trust. El lugar había sido en su día un castillo medieval, pero ahora era un oasis verde para la vida silvestre. Sin embargo, no se podía decir lo mismo del restaurante. El tema y la decoración eran una representación moderna de los edificios blancos de Santorini, Grecia: paredes pintadas de blanco, suelo de baldosas y enredaderas colgando del techo. Quizá el diseño más sencillo que Tomek había visto. De fondo, una suave música de guitarra sonaba por los altavoces. El espacio dentro del restaurante era pequeño, con sitio suficiente para veinte personas que debían acomodarse en diez mesas. Era evidente que los dueños buscaban un ambiente romántico, íntimo, de luna de miel en la costa griega; una versión más económica. Era una lástima que no hubiera una vista que estuviera a la altura. En lugar de las impresionantes aguas azules y cristalinas del Mediterráneo y las colinas que se extendían a lo largo

de la costa, Tomek tuvo que conformarse con un cielo negro como la boca del lobo, varias farolas lúgubres, conductores furiosos de Essex ansiosos por llegar a casa y un torrente de gotas de lluvia cayendo en cascada por el cristal de la ventana. Era más Skegness que Santorini.

—Aunque la compañía no está nada mal —dijo él mientras alzaban una copa de vino blanco.

Cuando el eco del *chin* se apagó, Abigail respondió: —Nos ha costado bastante llegar a este nivel.

—Solo me estaba haciendo el difícil.

Esa noche, Abigail se había arreglado para la ocasión. Llevaba unos tacones de aguja negros y unos jeans anchos de efecto ombré, con una blusa negra de cuello drapeado que mostraba mucho más escote del que él esperaba. Su maquillaje era perfecto, sus pestañas tupidas, y de sus orejas colgaban unos aretes de diamantes que captaban los faros de los coches al pasar. Su atuendo contrastaba por completo con la versión de trabajo que él había visto con mucha más frecuencia en las últimas semanas. Y le gustaba. Nunca la había visto tan guapa. Ni siquiera la noche en que se habían besado en la ceremonia de premios.

Mientras tanto, Tomek se había puesto a toda prisa su mejor camisa azul (que, por suerte, fue la primera que sacó de la fila de camisas de trabajo de su armario), unos jeans azul oscuro y su par de zapatos más elegante: unas botas Timberland. Ella se había esmerado, mientras que él parecía que se hubiera vestido para una reunión de padres de familia.

—¿No crees que esto es raro? —preguntó Abigail.

—Sí, estoy pensando lo mismo. ¿Quién pone una dipladenia blanca en un restaurante de temática griega? Todo el mundo sabe que son nativas de Sudamérica.

Por un momento, Abigail no dijo nada. Simplemente lo miró sin expresión, paralizada por la confusión.

—¿No te referías a eso?

—No. Claro que no. ¿De qué carajos estás hablando? Diplodocuses…

—*Dipladenia* —la corrigió Tomek—. Son plantas.

—Tú eres una dipladenia. Nerd —sonrió ella, coqueta, mientras daba un sorbo a la copa. Su contacto visual era implacable—. Nunca supe que te interesaran las plantas.

—Supongo que por eso estamos haciendo esto…

—Pero las plantas, de entre todas las cosas. Las *plantas*. ¿Por qué?

Tomek se encogió de hombros. En realidad, nunca lo había pensado. —Me gusta que todas sean diferentes, son sencillas, es fácil llevarse bien con ellas. No ensucian, son fáciles de mantener y me relajan. Es como tener un sentido de la responsabilidad, pero sin todo el caos y la carga económica que conlleva. Quizá por eso he permanecido soltero todo este tiempo.

Eso y los encuentros casuales, los ligues de una noche y, hasta hacía poco, la hija de trece años que había aparecido en su puerta, impidiéndole hacer este tipo de cosas.

—No, tienes toda la razón, son las plantas —convino Abigail—. Y tu incapacidad para dejar entrar a nadie.

Tomek quiso evitar ese tema de conversación, así que desvió el asunto.

—A ver, pues, señorita Perfecta. ¿Cuál es tu pasatiempo raro? ¿Por qué sigues soltera a la tierna edad de veinticinco años?

—Treinta y siete. Pero buen intento. —Ella inclinó su copa hacia él, y luego dijo—: Supongo que nunca lo he pensado. Supongo que una parte de mí siempre ha estado feliz estando soltera.

—Puras mentiras. ¿Qué es? ¿Qué tienes miedo de contarme? ¿Que en secreto te gusta ver a gente en YouTube maquillándose? Porque si es así, entonces nos podemos llevar bien. Soy todo un experto. Kasia debe haber visto como mil horas de esa mierda y ahora creo que lo he aprendido por ósmosis.

Abigail se rio. —No es nada de eso. Simplemente estoy tan centrada en mi trabajo que no me he dado tiempo para centrarme en nada más.

—¿Es eso lo que pasó con Sean?

Tomek se arrepintió de inmediato de haber hecho la pregunta. No solo era injusto para ella tener que justificar y explicar su ruptura con su amigo, sino que también era injusto hablar de Sean sobre

algo que él sabía que era un tema tan delicado para el hombre, y hacerlo sin que él estuviera presente era una verdadera puñalada por la espalda.

Abigail se lo recordó con una mirada de desdén y unas cuantas palabras bien elegidas. Después de que la conversación se tornara un tanto incómoda, el denso ambiente fue interrumpido por el camarero, que les tomó la orden. Momentos después, el joven, un adolescente que parecía que aún debería estar en el colegio, les trajo dos vasos de agua, una tabla de panes para compartir y otra bebida para cada uno.

La segunda y última cerveza de Tomek de la noche. Tenía una hija a la que volver a casa, y no le apetecía estamparse contra un árbol de camino a casa. Mientras esperaban a que llegara la comida, continuaron sus conversaciones, conociéndose poco a poco a un nivel más profundo y personal. Durante mucho tiempo su relación había sido puramente platónica, pero eso estaba empezando a cambiar esa noche. Algo burbujeaba dentro de él, algo que había luchado por admitir. Una conexión, una chispa.

Pasaron los siguientes veinte minutos hablando de exnovios, exnovias (para ella, los dos se habían solapado durante una fase experimental a sus veintipocos años), su vida escolar, su vida familiar durante la infancia, sus lugares favoritos para visitar de niña, las historias divertidas que los habían convertido en eso. Diversión desenfadada, despreocupada y pura. Le habían quitado las cadenas a su relación y se estaban desatando con ella.

Pero eso se detuvo de forma repentina y drástica en cuanto llegó la comida. Linguine con salmón para él, gyros de pollo para ella. Dos extremos opuestos de la dieta mediterránea, pero igualmente deliciosos.

—¿Siempre quisiste ser periodista? —preguntó Tomek. Hasta ese momento, el tema del trabajo no se había mencionado. Y aunque era una pregunta inocua, Tomek sabía dónde acabaría inevitablemente.

—No especialmente —respondió ella—. Me gustaba la asignatura de Lengua en el colegio, luego conseguí un puesto en la revista de la universidad mientras estudiaba la carrera. Entonces me di cuenta de

que era bastante buena en ello, así que me he quedado ahí desde entonces. ¿Y tú, señor Policía? ¿Siempre quisiste perseguir a los malos?

—Prácticamente —dijo él, encogiéndose de hombros—. Desde muy pequeño.

—¿Y eso?

Tomek dudó. —Supongo que simplemente me gusta intentar ayudar a la gente, protegerla si puedo.

Y vengarla. Pero esa parte aún no estaba dispuesto a contársela. No cuando todavía estaba frustrado por el pensamiento de la muerte de su hermano tras su reunión con Isabel Fox.

—Es admirable, y te tengo mucho respeto —dijo ella—. Hablando de eso…

Ahí vamos.

—¿Cómo va lo de Herbert?

—Sabes que no puedo decirte nada más allá de lo que ya se ha dicho.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo?

—No.

—Entonces, dime.

Tomek negó con la cabeza.

—Por favor…

Volvió a negar con la cabeza. —Ya cometí ese error en el pasado, y la persona a la que se lo conté resultó ser el asesino en serie.

—¿Está sugiriendo que yo podría haber matado a Herbert Tucker, señor Bowen? —Su ceja izquierda se alzó coqueta.

—Solo tengo curiosidad por saber por qué te interesa tanto, eso es todo. Es un poco alarmante. ¿Qué tal si tú me dices lo que sabes, o lo que estás investigando, y luego yo te confirmo si es un hecho o una invención?

—Voy a necesitar otra cita antes de divulgar esa información.

Tomek suspiró para sus adentros, recordando las palabras de Sean.

Una relación basada en transacciones no parece una buena relación.

Y entonces decidió que probablemente venía de un lugar de celos y envidia.

—¿Ya quieres agendarla? Apenas vamos a mitad de la cena. ¿Y si accidentalmente te escupo o derramo vino sobre tu blusa blanca?

—Entonces tendrás que venir a mi casa a limpiarla.

Lo cual, a medida que avanzaba la noche, fue exactamente lo que pasó. Pero en lugar de que Tomek derramara el vino sobre la blusa de Abigail, fue ella misma quien lo hizo. Aunque eso no había impedido que Tomek lo intentara a propósito.

Para cuando salieron de The Oyster Bar, el restaurante estaba casi vacío, salvo por ellos y otra pareja que se estaba emborrachando tanto que casi se quedaban dormidos en la mesa, entre sus repentinos ataques de risa y gritos. Era un espectáculo digno de ver, a tan corta distancia, pero en cuanto terminaron, Tomek y Abigail se apresuraron a salir de allí. Demasiado borracho para manejar, y mucho menos para arriesgarse a que lo detuviera un policía (lo que habría sido de lo más irónico, insistía Abigail en recordárselo), Tomek decidió pedirles un taxi. La primera parada fue la casa de Abigail, y mientras se despedía de ella, esta lo arrastró fuera del coche y lo metió en su piso.

—De verdad debería irme —dijo él, tratando de soltarse de su agarre.

—Vamos —dijo ella—. No seas tan aburrido. Kasia es una niña grande. Estará bien, ¿no? Yo tenía diez años la primera vez que me dejaron sola en casa.

Tomek deliberó, luchando con la decisión en su mente. ¿Una buena noche de sueño en su propia cama o la perspectiva de sexo? ¿Una noche cerca de su hija o una noche dejándola sola?

Mientras cerraba la puerta tras de sí, desinhibido por el alcohol que chapoteaba en su cerebro, todos los pensamientos sobre Kasia y sus pesadillas, y su conversación previa con la terapeuta, volaron por la ventana de su mente.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Corriendo. Más rápido esta vez.

No sé por qué, pero siento como si mi mochila no estuviera ahí, como si corriera sin ella. Pero cada vez que miro hacia atrás la veo, rebotando, con el contenido chocando adentro mientras me persigue.

Estoy corriendo, pero al llegar al cruce en la calle de la escuela, bajo el ritmo hasta caminar.

No veo el auto que viene hacia mí. El que ya había visto, pero que no recuerdo bien. Esta vez es negro, pero en el pasado, estoy seguro de que fue blanco, quizás plateado.

No veo los faros mientras se acercan.

Pero sí veo la expresión serena e inexpresiva del conductor cuando frena de golpe, demasiado tarde, y choca contra mí.

Mi pequeño cuerpo rueda sobre el capó y luego sale catapultado hacia el suelo. Mi hombro se estrella contra el concreto, enviando dolores punzantes por todo mi brazo izquierdo. Quiero gritar, pero no puedo. Tengo que ir por Michał.

Michał está esperando.

El chirrido de autos que frenan en seco me retumba en los oídos mientras me levanto del suelo y me sacudo la tierra húmeda y la gravilla del saco escolar.

El hombre del auto me pregunta si estoy bien, pero lo ignoro y sigo hacia el parque. A decir verdad, no siento nada. Todo está entumecido. Todo está apagado, distante. Y mientras corro por la

acera, dejando los autos atrás, los sonidos finalmente se desvanecen en el silencio.

Y entonces hay un corte.

Estoy de pie junto al cuerpo de Michał. La lluvia me azota la cara. Antes no llovía. Y el viento me alborota el pelo y el abrigo como si estuviera en un túnel de viento.

La sangre se escapa del cuerpo de Michał. De sus ojos, sus oídos, su nariz, su boca. Todo su cuerpo está cubierto del líquido rojo. Sé que está muerto. Veo que está muerto. Pero no hago nada al respecto. No puedo moverme. Cada parte de mí quiere ayudarlo, pero es como si me estuviera riendo, sonriéndole. Riéndome y sonriendo de lo que le pasó.

A mi propio hermano.

Y entonces hay un corte. A la habitación de mi apartamento.

Las luces están encendidas, y ahora estoy de pie junto a Kasia otra vez. Treinta años mayor. Y es lo mismo. Excepto que ella está viva. Y esta vez sí puedo *salvarla. Pero no lo hago. Solo estoy ahí parado, clavado en el sitio. La sonrisa en mi rostro me está asustando.*

Quiero gritar, quiero ayudarla, pero no pasa nada.

Mientras tanto, ella llora en la cama, hecha un ovillo, encogida, luchando por respirar, con las ataduras en sus muñecas y pies hundiéndosele en la carne. Su cuerpo convulsiona y está muriendo lentamente. Y parece que ya nada puede ayudarla. Ni siquiera yo.

Su papá.

Y entonces hay un corte.

A algo que nunca ha pasado, algo que nunca he visto.

Afuera está lloviendo, azotando el edificio. Llevo un traje. Negro. Todos a mi alrededor visten igual.

Un funeral.

El de Kasia.

Estoy de pie frente al atril, hablando. Pero no oigo lo que digo. Mis palabras son inaudibles.

Las lágrimas brotan de mis ojos y de los de la gente frente a mí. Estamos de luto, lamentando juntos la pérdida de mi hija. Amigos, familiares, conocidos.

Pero entonces distingo al asesino de mi hermano al fondo de la iglesia, de pie de la misma manera que estuvo sobre el cuerpo de Michał. Con los brazos a los costados y la cabeza inclinada hacia delante, mirándome con lascivia.

Y entonces hay un corte.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Para cuando Tomek llegó a casa a la mañana siguiente, el apartamento estaba vacío. Kasia se había ido temprano a la escuela y, sobre la mesa, lo esperaba una nota.

Salí a caminar con Sylvia. Te preparé el almuerzo. Nos vemos esta noche para cenar. Espero que hayas tenido una buena noche.

Tomek no supo por qué, pero tan pronto como terminó de leerla, la culpa lo atormentó como un mal resfriado. Las palabras no parecían tener malevolencia o desdén, pero le dio la impresión de que estaba molesta con él por escribirle tan tarde, por dejarla sola una noche de entresemana y por dejar que se preparara sola.

Al instante se arrepintió de la noche que había compartido con Abigail.

Después de una ducha rápida (la necesitaba desesperadamente) y un cambio rápido de ropa, llamó a un taxi para que lo llevara al estacionamiento del restaurante. Una vez que recuperó su vehículo, manejó hasta la comisaría, ya muy por debajo del límite de alcohol permitido.

Treinta y cinco minutos más tarde, llegó, en plena hora pico. Tan pronto como puso un pie en la oficina, se apresuró hacia la cocina. La experiencia le había enseñado que era el mejor lugar para esconderse si alguna vez lo necesitaba. También era el mejor lugar para fingir que llevaba horas en la oficina y que solo estaba recargando sus niveles de cafeína.

Eso fue, hasta que se topó con Victoria. La peor persona con la que se podría haber encontrado después de llegar tarde.

—¿Se te pegaron las sábanas esta mañana? —preguntó ella mientras ponía en marcha la pava eléctrica.

—Ya sabes cómo es.

—No, no sé. No soy un hombre soltero.

«¿Cómo lo sabe?», se preguntó Tomek. Y entonces se dio cuenta. Sean. Su mejor amigo debió haber soltado que tenía una cita la noche anterior y que era probable que llegara tarde a la oficina. Que ella debía esperarlo en la cocina.

El muy traidor.

Un momento después, la pava terminó de hervir y, en lugar de verter el líquido humeante en la taza que se había preparado, ella bajó la palanca y la puso a hervir de nuevo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tomek—. ¿No acabas de hacer eso?

Victoria miró el objeto inanimado con incredulidad, como si acabara de mandarla a la mierda.

—¿Lo… lo hice?

—Sí. Sabes que lo hiciste.

—Sí… es solo que. ¿O sea que no hierves dos veces el agua de la pava?

—No hiervo dos veces nada —respondió Tomek—. Tampoco como del mismo plato, pero eso no es importante ahora. Lo que es importante es que expliques por qué pusiste a hervir otra vez el agua que ya estaba hervida.

—Para que esté caliente.

—¿Y qué estaba haciendo antes? ¿Acariciándola suavemente?

—Cállate. Es que así está *extra*caliente.

—¿Para que puedas sentarte y soplarla más tiempo para que se enfríe?

La palanca del aparato hizo clic, señalando que el segundo hervor había terminado. Ignorándolo, ella la levantó de su base y vertió el líquido hirviendo en su taza, luego comenzó a revolver el contenido.

—¿Cuándo vamos a tener un inspector que pueda preparar una taza de té normal? —preguntó él.

—¿Ya te quieres deshacer de mí?

Tomek no respondió. No si no quería decir algo de lo que luego se arrepentiría.

—A nuestro antiguo inspector lo llamábamos Tony el Tibio porque siempre esperaba un par de minutos a que el agua se enfriara antes de verterla en su café instantáneo, porque le preocupaba quemar el café. Mientras que a ti, a ti simplemente te importa una mierda, ¿no? Anarquista.

—Creo que quisiste decir pirómana.

—Victoria «La Pirómana» Orange… no suena tan bien como Tony el Tibio —dijo Tomek, hablando más para sí mismo que para ella. En el fondo de su mente, estaba pensando en otro apodo para ella.

—Victoria la Viciosa… Victoria la Lanzallamas… Orange la Horno… Oh Victoria Qué Caliente… —Tomek negó con la cabeza y se dio cuenta de que debía dejar de hablar. De inmediato. Al final, chasqueó los dedos hacia ella y dijo—: Déjamelo a mí. Se me ocurrirá algo.

—Asegúrate de hacerlo después de que hayas encontrado al asesino de Herbert Tucker, ¿de acuerdo?

El tema de su siguiente reunión, a la que Tomek llegó con solo dos minutos de retraso mientras se preparaba su propio café, era precisamente el asesino de Herbert Tucker.

Hasta el momento, desde que Tomek se había ido la noche anterior, la mayor parte del trabajo del equipo había sido revisar las docenas de declaraciones de testigos que estaban tomando de todos los empleados de Tucker en sus diversos negocios y dentro de las oficinas del ayuntamiento. Había que hablar con todos los que trabajaban en ese edificio, y esa era una tarea con la que Tomek agradecía no haber cargado. Mientras tanto, esperaban los

resultados de ADN del vehículo de Herbert Tucker y el análisis del lápiz labial encontrado en su mano.

—¿Alguna noticia sobre la investigación de Alina Zandecka? —preguntó Nick al equipo.

—Está en el plan para hoy, señor —respondió Rachel.

—¿Ya tenemos los informes de sus finanzas, Chey?

—No, señor. Pero, creo que…

—¿Y el club de caballeros? —preguntó Nick, interrumpiendo al agente casi de inmediato. Estaba en una misión para sacar la información a la luz lo antes posible, y no iba a esperar a nadie que retrasara al equipo.

—Lo mismo que Rachel, señor —respondió Tomek—. En mi lista para hoy.

—Bien. ¿Y qué hay de…?

—Señor, creo que usted… —interrumpió Chey, pero fue silenciado de inmediato con un gesto de la mano.

—Anna, ¿qué dice Nora Tucker? ¿Ha escuchado algo que pueda ser de interés?

Anna se compuso antes de responder, tomándose su tiempo porque sabía que no tenía mucho una vez que comenzara a hablar. —Nora Tucker no me ha dado mucho que sugiera que pueda ser cómplice en el asesinato de su esposo, *sin embargo*, sí creo que vale la pena vigilarla.

—¿Por qué?

—Intuición, señor.

—¿Intuición?

—Sí, señor. Algo me dice que algo no está bien.

—¿Cree que fue ella quien lo hizo?

—No particularmente. Creo que podría haber tenido alguna participación.

—¿Cómo?

—Hablé con ella sobre la aventura de su esposo con Sarah Jewell, y me informó que ya lo sabía. Que estaba… *bien* con eso.

—Eso no le daría un motivo para matar a su esposo…

—Lo sé. ¿Pero no le parece extraño? ¿Que esté feliz de que su esposo la engañe repetidamente?

—Quizás tenían una relación abierta —añadió Tomek—. O quizás eran *swingers*.

—He oído hablar de ellos —dijo Chey—. Un grupo de gente rara.

—Mejor que no termines en una de sus fiestas, entonces —replicó Tomek—. De lo contrario, podrías tener que llamar a tu mamá para que venga a recogerte cuando te asustes demasiado.

—Listo —replicó Chey—. ¡Se acabó! No hay sobras de biryani para ti.

—¡Ah, qué! Pero…

—Cierren la puta boca, los dos —siseó Nick, suspirando profundamente—. ¿Alguna vez podremos tener una puta conversación decente sin que degenere en una puta anarquía?

Tomek y Chey se miraron, luego se encogieron de hombros.

—No me lo imagino, señor, no —respondió Tomek.

—De hecho, señor, creo que…

Nick interrumpió al agente con otro gesto de la mano mientras volvía su atención a Anna. —Mantenga los oídos bien abiertos. Mientras tanto, quiero que alguien revise su historial: llamadas, mensajes, correos electrónicos. Cualquier cosa que pueda sugerir que ha intentado contratar a alguien para hacer esto. Y luego…

—¡SEÑOR!

La voz de Chey retumbó por toda la sala, fuerte, autoritaria e imponente. Todos se detuvieron, congelados, con la respiración contenida por un breve momento mientras se giraban para presenciar la expresión de Nick.

El inspector jefe parecía desconcertado, sorprendido. Su baja estatura pareció encogerse aún más, y echó los hombros hacia atrás.

Luego se aclaró la garganta y dijo, con calma: —¿Sí, Chey?

—Yo… lamento haber gritado así, señor, pero pensé que querría oír esto.

—¿Oír qué, agente?

—Es sobre Keith Ferguson, señor. Anoche hablé con su esposa. Me confirmó que él no llegó a casa a la hora que dijo.

—¿Dónde estaba? —preguntó Nick.

—Ella no sabe.

—Bueno… —dijo Nick, lentamente—. Buen trabajo, agente. Creo que ya es hora de que vayamos a preguntárselo nosotros mismos.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

Tomek y Rachel habían llegado hasta la recepción de la oficina municipal cuando se enteraron de que no había ningún Keith Ferguson con quien hablar. El hombre no se había presentado a trabajar y, tras una breve llamada telefónica con su esposa, ella confirmó que su marido efectivamente había salido de casa a la misma hora de todas las mañanas. Se había despedido, le había dado un beso y le había recordado que compraría más huevos de camino a casa. Pero nunca llegó.

Y algo en toda la situación le dijo a Tomek que Keith no traería ningún huevo a casa.

Tras poner al día brevemente a Nick y al resto del equipo, se organizó una partida de búsqueda, y docenas de agentes uniformados por toda la ciudad fueron puestos en alerta máxima para encontrar a un hombre que coincidiera con su descripción.

Y, poco más de tres horas después, lo encontraron.

La llamada entró mientras Tomek estaba sentado en el escritorio de Chey, analizando los datos de telemetría del teléfono de Keith. Habían encontrado un cuerpo arrastrado por la corriente en la playa de Chalkwell. Un cuerpo que coincidía con la descripción de Keith. Y por tercera vez en dos días, Tomek se encontró azotado por el viento y el embate del aguanieve que lo golpeaba en la cara. Lo peor eran sus orejas. Anillos de carne expuestos que eran la primera parte de su cuerpo en congelarse. Por un momento pensó en usar orejeras, pero luego se dio cuenta de que se lo habrían echado en cara toda

la vida. Especialmente después de las burlas que le había hecho a Chey sobre ese mismo punto.

Habían levantado una carpa en la playa, protegiendo el cuerpo de Keith de los elementos, mientras una docena de agentes uniformados y peritos de criminalística rondaban la escena.

Tomek se dirigió directamente a la patóloga, Lorna.

—Gracias por venir con tan poca antelación —dijo Tomek.

—Estaba por la zona. Había quedado con una amiga para almorzar. Una chica tiene que comer.

Si se refería a algo más que la interpretación literal, Tomek no quería saberlo.

—¿Qué me puedes decir, Lorn?

—Está muerto, eso es seguro.

—Buen comienzo. ¿Algo un poco más específico?

—A simple vista, su cuerpo no ha estado expuesto al agua salada por mucho tiempo, así que diría que solo lleva muerto un par de horas.

—¿Alguna señal de que sea una muerte sospechosa?

Ella se encogió de hombros y se cruzó de brazos. —El agua fría lo conservó bastante bien y no veo nada en el exterior, así que por ahora diría que no. Pero eso podría cambiar.

—Entonces, ¿cuál es la causa de muerte más probable?

—O se cayó o se metió en el agua por su propia voluntad. Hasta que no le haga la autopsia no sabré si hay alcohol o alguna otra cosa en su sistema.

Tomek reflexionó un momento, su mente enfocándose en el escenario más probable. Que la presión de la investigación lo había superado. Que tenía algo en su pasado que temía que saliera a la luz pública. Que algunos de sus muchos secretos serían desenterrados eventualmente de cualquier agujero en el que estuvieran escondidos. Que tal vez la culpa de haber cometido el asesinato de Herbert Tucker lo había consumido y no había visto otra salida. O que pensó que podría ser el siguiente y decidió ahorrarle el trabajo al asesino haciéndolo él mismo.

Todas eran posibilidades. Lamentablemente, el hombre no podía confirmárselo.

Tras decidir que ya había visto todo lo que necesitaba, Tomek le agradeció a Lorna por su tiempo y se apresuró a volver a la oficina, lejos del frío y hacia el calor donde podría descongelar sus orejas.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

En cuanto Tomek puso un pie en el Morgana's Café en Hadleigh, situado a lo largo de la antigua London Road, se sintió transportado a un lugar de maravilla y pura alegría. El abrumador aroma a tocino, salchichas, papas hash browns y huevos estimuló los receptores de dopamina en su cerebro e hizo que su cuerpo hormigueara. Le recordó la primera vez que vino al Reino Unido. Tenía cinco años y su padre le había presentado a la familia el desayuno inglés completo, algo que, según había dicho, solo podía perfeccionarse en el país que le dio el nombre.

Irónico, entonces, que Morgana, la dueña, fuera de Europa del Este y su versión del platillo fuera muy superior a cualquier cosa que hubiera probado en un café británico que sirviera lo mismo.

Tomek se cruzó con su mirada mientras ella iba y venía como un rayo de una mesa a otra, y unos momentos después, ella se abalanzó hacia él.

—¿Ya de vuelta tan pronto? —preguntó ella.

—Puede que tenga que empezar a alquilar una mesa —respondió él.

—Te puedo hacer un buen descuento.

Luego, con una sonrisa coqueta y un pequeño brillo en los ojos, llevó a Tomek a una mesa para cuatro en la periferia del salón. Sobre su cabeza había un llamativo espejo con pedrería. Los asientos a lo largo de la pared eran de un rosa fluorescente igualmente estridente, hechos de cuero sintético que se había vuelto

tan resbaladizo como el hielo por los años de uso, y cada vez que uno se sentaba, corría el riesgo de caerse de culo al suelo.

El café servía únicamente comida de desayuno. Desde las seis de la mañana hasta las once de la noche. El mismo menú durante todo el día, con la excepción de que por las mañanas era «todo lo que puedas comer». No era de extrañar, entonces, que el pequeño restaurante estuviera usualmente repleto hasta el tope de clientes que entraban y salían a lo largo del día. No solo era un lugar para escapar del frío, sino también un lugar para llenarse el estómago y salir sintiéndose a la vez absolutamente avergonzado de uno mismo y agradablemente encantado. Era una paradoja que, según Tomek había notado, a nadie parecía importarle; siempre estaban dispuestos a entrar y atiborrarse de comida, para luego repetirlo a la misma hora la semana siguiente o, en muchos casos, al día siguiente.

Eran poco más de las siete de la tarde, y Tomek contó a otras veinte personas allí con él, cada una en diversas etapas de su comida. Algunas esperaban, como él. Otras acababan de recibir su plato, con el rostro radiante de alegría. Otras ignoraban a sus seres queridos mientras se metían la deliciosa comida en la boca. Mientras que otras acababan de terminar y parecían a punto de explotar.

Mientras estaba sentado allí, se preguntó cuántas ganancias estaba obteniendo la empresa. Si habría sido un negocio de interés para Herbert Tucker. Y entonces, el lado detective de su cerebro hizo clic y se preguntó por qué podían cobrar precios tan ridículamente baratos por la cantidad de comida que regalaban. La inflación y las subidas de precios seguramente habrían mermado sus ganancias y sus márgenes, y el costo de la mano de obra no era barato. No le gustaba pensar que se dedicaban al lavado de dinero, pero a veces era imposible no hacerlo. En los últimos meses, se habían abierto hileras de tiendas de accesorios para celulares y barberías a lo largo de la calle principal de Southend, y era difícil no tener la misma impresión. Pronto, el centro histórico de la ciudad atendería solo a aquellos a quienes les apeteciera un café, quisieran una nueva funda para el celular o necesitaran un corte de pelo.

—¿Qué le puedo servir? —preguntó una voz, distrayendo a Tomek de su ensimismamiento.

Levantó la vista y vio a Morgana de pie junto a él. Acalorada, sofocada, cansada. Sin embargo, también parecía que le quedaba energía en el tanque, que una docena de bebidas energéticas y tazas de café recorrían su sistema. Y, si no se equivocaba, sus labios parecían más rojos, sus pestañas más tupidas.

—Tenemos una oferta de desayuno inglés completo hasta las ocho de esta noche. Diez libras.

Tomek fingió interés. Aunque sonaba como una oferta que no podía rechazar, no podía soportar pensar en la modorra en la que estaría el resto de la noche.

—Solo un café, gracias —respondió.

—¿Algo más?

Entonces, casi como si lo hubiera hecho a propósito, Abigail entró por la puerta y se dirigió hacia él, envuelta en un grueso abrigo acolchado que le llegaba hasta las pantorrillas.

—¿Ya pediste? —preguntó ella.

—Sí.

—Genial. ¿Qué elegiste?

—Café.

—¿A esta hora de la noche? Vas a estar trepando por las paredes. Aunque no es que lo necesitaras anoche, de todos modos.

La cara de Tomek se sonrojó de vergüenza.

—Yo tomaré una Coca-Cola, por favor —pidió Abigail finalmente.

Una vez que Morgana se perdió de vista, Tomek se reclinó en el cojín, apoyando el brazo a lo largo de la pared, y dijo: —¿Habría contado si te hubiera traído aquí anoche?

—¿Aquí? ¿Por quién me tomas?

—Por alguien que sabe de buena comida.

—Lo sé. Pero no. Eso no habría estado permitido.

—Menos mal que esta es nuestra *segunda* cita, entonces.

Abigail se quitó el abrigo. Mientras luchaba por liberarse de sus mullidas garras, finalmente comenzó a darse cuenta de lo que él había dicho.

—¿*Esto* es una segunda cita?

Tomek asintió. —¡Sorpresa!

Ella suspiró y puso los ojos en blanco. —Menos mal que eres atractivo, Tomek.

—Si pudiéramos dejar de hablar de mi sistema cardiovascular por un minuto, sería genial. Tengo algo importante que quiero discutir contigo.

Sus reflejos de periodista se activaron y sus ojos se abrieron con intriga. —¿Herbert Tucker?

—Alguien más. Pero relacionado.

—¿Relacionado por sangre o por otro método?

—Otro método.

—Interesante. Yo también tengo algo que me gustaría discutir contigo. También otro método.

Excelente. Ahora Tomek no se sentía tan mal por inventarse una segunda cita de la nada. Solo lo había hecho porque ella le había prometido información relevante para la muerte de Tucker si la llevaba a otra.

Antes de que pudieran empezar, Morgana regresó con el café de Tomek y un vaso de Coca-Cola para Abigail. Tomek le dio las gracias y luego dirigió su atención a la mujer frente a él. Imágenes de la noche que habían compartido comenzaron a aparecer gradualmente en su mente como en un proyector de cine. Destellos de sus cuerpos entrelazados, con el alcohol en sus sistemas llevando la voz cantante.

—¿De qué sonríes? —preguntó ella.

No se había dado cuenta, pero los pensamientos lo tenían sonriendo como si acabara de ganarse la lotería.

—De nada —mintió—. Solo algo gracioso que alguien dijo antes.

—Me sorprende que no fueras tú. Te gusta creerte el gracioso. —Tomó un sorbo de su bebida y luego la dejó delicadamente sobre la mesa—. ¿Quieres empezar tú o yo?

—¿Seguimos el mismo orden que anoche?

Abigail no dudó en estirar la mano sobre la mesa y darle una palmada juguetona en el brazo.

—Cerdo.

Tomek se rio para sus adentros y luego apartó su taza de café a un lado. Ya se le había subido a la cabeza y podía sentir las sinapsis de su cerebro comenzando a dispararse.

—¿Te has enterado de lo que pasó esta tarde? —preguntó Tomek.

—¿No? ¿Qué?

Entonces Tomek la puso al día sobre lo que había sucedido con Keith Ferguson. Que la autopsia había revelado que se había suicidado. Que en las horas previas a su muerte, se había llenado de alcohol y cocaína en un atracón de bebida y drogas. Que, basándose en las grabaciones de las cámaras de seguridad que el equipo había logrado reunir, Keith había deambulado por la orilla a lo largo del paseo marítimo y se había adentrado en el agua. Que su ropa gruesa y densa se había empapado y vuelto pesada rápidamente, arrastrándolo hacia el fondo. Que las gélidas temperaturas del estuario del Támesis habían hecho que su corazón se detuviera lentamente.

—Estábamos investigando a Keith Ferguson en relación con la muerte de Herbert. Su esposa no podía dar cuenta de su paradero. Y se hizo *esto* a sí mismo antes de que tuviéramos la oportunidad de interrogarlo al respecto.

Los ojos de Abigail se abrieron de sorpresa, luego inclinó la cabeza hacia un lado, su cabello cayendo pulcramente sobre su hombro. —He oído algunas cosas sobre él… Y no siempre eran particularmente buenas tampoco.

—¿Como qué?

—Que a veces se encontraba en algunas situaciones poco recomendables, con mujeres de la noche, si sabes a lo que me refiero.

Alina Zandecka.

El club de caballeros.

Tomek había estado tan ocupado investigando el suicidio del funcionario que aún no había podido visitarlo.

—Era conocido por jugar con fuego, digamos —continuó Abigail —. A menudo con su nariz.

—¿Y hay alguna razón por la que nunca informaste sobre ello?

Atrás quedaron los escándalos de políticos siendo sorprendidos en fiestas de sexo y drogas con cámaras secretas y apareciendo en la portada de los tabloides días después, pensó Tomek. Pero luego recordó que el dinero es más poderoso que las palabras. Y que tenía perfecto sentido por qué ni Herbert Tucker ni Keith Ferguson habían sido denunciados por ello.

—Solo eran rumores —respondió ella—. Nada sustancial detrás.

—¿No es tu trabajo investigar los rumores?

Ella vaciló, aparentemente incómoda con la pregunta. —Nuestro editor decidió que había cosas más jugosas sobre las que escribir.

—¿Como el aumento de los precios del estacionamiento en el paseo marítimo?

Ella bufó juguetonamente. —Que sepas que eso fue una pieza de periodismo de alto impacto.

Tomek respondió con un bufido y puso los ojos en blanco. Su sentido arácnido comenzó a hormiguear.

—Hablando de periodismo de alto impacto —comenzó ella, inclinándose más cerca y bajando la voz—, creo que podría tener algo que te interese.

Tomek no contuvo el aliento.

—Adelante…

—Es sobre Herbert Tucker —dijo ella.

—De acuerdo.

—Ayer y hoy, recibí un par de llamadas de mujeres jóvenes que decían que él las había agredido sexualmente durante sus encuentros…

Tomek se tomó un momento para asimilar lo que había dicho y sus implicaciones.

—¿Cuántas personas se han presentado?

—Cuatro.

—¿Y han ido directamente a ti? ¿No han acudido a la policía?

—No.

—¿Para acusar a un hombre muerto de algo de lo que no puede defenderse?

—Bueno…

—No digo que no lo hiciera, pero sin él para contarnos su versión de los hechos, es un poco sospechoso, ¿no?

—No realmente. Algunas de estas chicas eran adolescentes cuando sucedió.

—¿Puedo hablar con ellas? ¿Están dispuestas a presentarse ante la policía?

Abigail negó con la cabeza y agarró el vaso con fuerza entre sus dedos como si Tomek fuera a quitárselo. —Puedo preguntar, pero cuando se lo mencioné antes, descartaron la idea.

—¿Puedo saber sus nombres?

Ella frunció los labios y negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué me lo dices si no puedo hacer nada al respecto?

—Porque… porque pensé que te gustaría saberlo.

Tomek se giró y comenzó a observar a los otros clientes dentro del restaurante. Las risas y la charla acompañaban el aroma a grasa de tocino en el aire.

—¿Explicaron por qué lo han mantenido en secreto durante tanto tiempo?

—¿Acaso importa? Tenían miedo. Sus vidas fueron destruidas por alguien en el poder. ¿Sabes cuánta valentía y fuerza se necesita para que las mujeres hablen sobre este tipo de cosas, incluso si es después de todos estos años?

Este era un lado de ella que Tomek no había experimentado antes. Un fuego, una pasión, otro elemento tenaz en su personalidad. Y lo admiraba enormemente.

—No estoy discutiendo eso en absoluto —dijo él, rápido para defenderse—. Siento un gran respeto por estas mujeres y desearía que más de ellas se presentaran. La única razón por la que pregunté es porque ayer hablé con alguien a quien le pagaron para mantener en secreto a su hijo ilegítimo con Herbert Tucker.

Los ojos de Abigail se abrieron con emoción, como si Tomek hubiera revelado por accidente los códigos de lanzamiento nuclear del gobierno. Luego, la emoción en su rostro llegó a su boca y la manipuló en una sonrisa irónica.

—Creo que estamos hablando de la misma persona.

—¿Quién? —preguntó Tomek, mientras el nombre de Alina Zandecka gritaba en el fondo de su cabeza.

—La mujer a la que te refieres. ¿Es de Europa del Este?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Tú primero —dijo Tomek—. El mismo orden que anoche, ¿recuerdas?

—Cállate —siseó ella—. A la de tres.

—Esto no es la escuela primar—

—Una…

—Vamos, Ab—

—Dos…

Luego, a la cuenta de tres, ambos dijeron el nombre de Alina.

Pasó un rato antes de que Tomek hablara, ya que dudaba por dos razones. Una, cuando había hablado con ella, no había mencionado nada sobre una agresión sexual, aunque había tenido la oportunidad en la seguridad y privacidad de su propia casa. Y dos, había esperado hasta después de que Tomek terminara de interrogarla para ir a la prensa.

Su preocupación era que Alina Zandecka estuviera buscando una buena tajada por una historia que no era real.

—¿Podemos hablar con ella juntos? —preguntó.

—¿Cuándo?

—Ahora.

La deliberación se reflejó en su cara.

—¿Aquí?

—O en un lugar más tranquilo, si lo prefieres. ¿Tu auto?

Afortunadamente, ella había estacionado más cerca que Tomek, al frente del estacionamiento. Abigail manejaba un Fiat 500 color beige, uno de los autos más pequeños en los que Tomek se había sentado, y mientras se metía en él, sus piernas se doblaron contra su pecho como si fuera uno de los maniquíes que se habían utilizado para las pruebas de seguridad del vehículo.

—¿Mi teléfono o el tuyo?

—El tuyo —dijo Tomek. No quería ser él quien hablara; quería ser el que escuchara, oír el crujido y el quiebre en su voz.

Un momento después, Abigail tenía el celular de Alina en su pantalla y marcó el número, poniendo la llamada en altavoz.

La madre soltera respondió al séptimo timbre.

—¿Hola? —llegó la respuesta. Vacilante, cautelosa.

—¿Alina? Soy Abigail. Hablamos antes…

—Ah. Cierto. Sí. ¿Está todo… está todo bien?

—Eso creo —dijo Abigail—. Solo quería pedirte algunos detalles más sobre tu relación con Herbert, ¿si te parece bien?

—Claro.

—Y el bebé que tuvieron juntos… —interrumpió Tomek.

—¿Qué? No sé—

—Vamos, Alina… —continuó él.

—Detective Bowen, ¿es usted? ¿Qué está haciendo—?

Antes de que Alina terminara su frase, Tomek escuchó un ruido a través del altavoz. Un susurro, áspero, agudo. Lleno de estática.

—¡Cuelga!

Tomek no pudo identificarlo.

—Alina, ¿sigues ahí?

—Sí. Sí. Aquí estoy.

Pánico en su voz ahora; la cautela y la aprensión reemplazadas por el miedo.

—¡Alina, cuelga! —susurró la voz de nuevo. Esta vez era más grave, más discernible: la de un hombre.

—Lo siento —comenzó Alina, con la voz quebrada—. Pero me tengo que ir. Surgió algo. Necesito cuidar a mi hijo. Yo…

Y entonces, la comunicación se cortó.

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Eran poco más de las once de la noche cuando Tomek por fin llegó a casa. Seis horas más tarde de lo que le hubiera gustado. Aun así, era mejor que no haber vuelto, como había hecho la noche anterior.

Subió de puntillas las escaleras hacia el departamento, conteniendo la respiración para no hacer ruido en el edificio y despertar a Kasia. Pero el crujido del piso echó por tierra su empeño.

En la cocina, ella le había dejado una nota en la encimera, otra vez.

Cena en el refrigerador.

La segunda nota del día.

Verla le dolió, lo molestó. Y la constatación de que se había puesto a sí mismo por delante de ella dos veces lo abofeteó. ¿Era en esto que se había convertido ahora su relación de padre e hija? ¿En un flujo interminable de cenas perdidas y notas adhesivas? ¿Acaso eso no lo hacía tan malo como su mamá, que a menudo la dejaba sola durante horas mientras salía a conseguir drogas? ¿Estaría mejor sin él? ¿Sin nadie?

Y entonces se dio cuenta de que era una tontería pensar eso. Una estupidez. Si ese fuera el caso, terminaría en un centro de menores, y él había presenciado y experimentado lo suficiente en sus años como para saber que ese era el último lugar donde quería que estuviera.

Tomek no tenía mucha hambre, a pesar de no haber comido nada en la oficina ni de camino a casa, así que dejó las sobras en el

refrigerador. Salió de puntillas de la sala hacia el pasillo, deslizando los dedos por la pared para orientarse. Solo llevaban unos meses viviendo allí, y todavía se estaba acostumbrando a cómo se sentía el edificio en la oscuridad, algo de lo que nunca había tenido que preocuparse hasta que Kasia entró en su vida.

La habitación de ella estaba al final del pasillo y, en la suave oscuridad, vio la silueta de la puerta de su dormitorio. Y la delgada franja de luz amarilla que se filtraba por debajo.

Con cautela, lenta y delicadamente, Tomek avanzó centímetro a centímetro hacia la habitación, rodeó con suavidad la perilla con la mano y dio un ligero golpecito con los nudillos. El sonido fue apenas audible; si no hubiera estado a centímetros de la puerta, dudaba que lo hubiera oído. Pero Kasia sí lo oyó. Quizás era su audición, que disminuía rápidamente con la vejez.

—Estoy despierta —fue la respuesta—. Puedes entrar.

Tomek no necesitó que se lo dijeran dos veces.

Kasia estaba acostada en su cama en posición fetal, la luz azul de su pantalla iluminándole el delicado rostro. Cuando él entró, ella mantuvo la mirada fija en el celular.

—Hola… —dijo él, suspendido en el espacio entre el marco de la puerta y los pies de la cama.

—Hola.

Seguía sin haber contacto visual.

—¿Qué haces despierta?

—No puedo dormir.

Por supuesto que no podía. Él lo sabía. Pero el silencio y la incomodidad lo estaban matando.

—¿Cómo… cómo estuvo tu día?

—¿Podemos hablar de eso en la mañana? Estoy cansada.

La luz azul de su pantalla parpadeaba y destellaba en sus ojos mientras seguía pasando de un video a otro en la plataforma que estuviera usando.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Está bien… —Tomek dudó, a punto de darse la vuelta—. Yo… ¿dormiste mejor anoche?

—No mucho.

—Y… ¿y seguiste el consejo que te dio Isabel?

—Sí.

Tomek habría sabido cuál era si hubiera estado en casa para hablarlo. Habría sabido mucho más si no se hubiera ausentado las últimas dos noches.

Estaba siendo deliberadamente fría, y era justo lo que él se merecía. La había descuidado, le había fallado. Y ella se lo estaba recordando con una claridad dolorosa.

—Entonces me voy a la cama —le dijo—. Intentaré estar aquí por la mañana para despedirte.

—No importa. No tienes que hacerlo —dijo ella sin ninguna emoción ni expectativa en la voz. Como si hubiera desaparecido en el momento en que la dejó sola la noche anterior.

—Está bien, campeona. Te veo en la mañana. Ya sabes dónde encontrarme si me necesitas. —Entornó la puerta.

—Te quiero.

Luego cerró la puerta sin recibir respuesta.

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

Lo primero que siento es dolor, un dolor agudo y cegador que me recorre la espalda.

Luego el sonido. El sonido de la puerta de un carro al abrirse.

Seguido por la imagen de un hombre que se acerca a mí apurado, preguntándome si estoy bien.

Estoy bien, le digo. Que no tiene que preocuparse por mí. Que puedo cuidarme solo. Que necesito ir con mi hermano.

Michał está esperando. Michał ha estado *esperando por mucho tiempo.*

Me pongo de pie con dificultad, ignorando el dolor, luchando por mantenerme erguido. El hombre me ofrece su apoyo, pero me lo quito de encima y sigo apurado por el camino. Lo miro fijamente mientras me alejo, como si quisiera recordar su rostro, pero no puedo. No es más que una mancha negra, borrosa.

Pasa lo mismo en el parque. No puedo ver el rostro de Michał. Y no es por la sangre. Es porque está tan borroso como el hombre. No sé por qué es así, pero lo es.

Y entonces hay un corte.

Hacia atrás en el tiempo. Entrando al parque, mirando las figuras recortadas contra el fondo negro de la zona de juegos. Están inclinados sobre el cuerpo de Michał. Uno de ellos sostiene un ladrillo. El otro está de pie junto a la cabeza de Michał. Mirando hacia abajo. El blanco de sus dientes destella en la penumbra.

Pero es todo lo que puedo ver. El resto es una mancha borrosa, negra, desoladora.

Me apuro hacia ellos, pero pronto desaparecen y pronto hay un corte.

Al salón de clases. De nuevo atrás en el tiempo.

La señorita Cameron me está hablando. Gritándome. Parada sobre mí, como los asesinos de Michał, mientras estoy sentado en la silla. Mantengo un ojo en el reloj y otro en ella. Contando los minutos para poder irme.

Es tarde. Demasiado tarde. Ya debería haber estado en el parque.

Y la señorita Cameron me está regañando. Mi comportamiento es atroz, dice. Eso me servirá de lección, dice. Sea lo que sea que eso signifique. En realidad, no estoy prestando atención, así que no sé.

Solo necesito llegar con Michał. Necesito llegar con mi hermano para que podamos ir a casa a cenar algo.

Pero cuanto más tiempo me retiene—

Y entonces hay un corte.

A la parte trasera de la patrulla. Papá sentado a mi lado. Los policías en los asientos de adelante. La lluvia azotando la ventanilla. Fuerte. Sus vetas disparándose en ángulos mientras avanzamos a toda velocidad por las calles. No recuerdo que lloviera antes. Debió haber aparecido de la nada, o comenzado de repente mientras yo miraba, esperaba, sin hacer absolutamente nada para proteger a mi hermano de su muerte.

Y entonces hay un corte. Al rostro de su asesino.

Nathan Burrows.

El quinceañero que mató a Michał porque era algo divertido que hacer.

El quinceañero que había estado en una cárcel de Categoría A desde entonces.

El quinceañero que había permanecido en silencio y mantenido en secreto el nombre de su cómplice durante los últimos treinta años.

CAPÍTULO
TREINTA

El sueño había sido diferente. Pesadillesco. Perturbador.

Su mente le jugaba una mala pasada, y entre peor se ponía, menos sabía qué creer. Se sentía más desorientado. ¿Qué era real y qué era falso? ¿Cómo podía distinguir entre ambos si su cerebro no dejaba de inventarlo todo?

Había dado vueltas en la cama sin descanso después de escribir en su diario a las tres de la mañana. Incluso consideró levantarse e irse a trabajar, pero entonces recordó su conversación, o la falta de ella, con Kasia. Y que tenía que enmendar las cosas.

Cuando por fin se levantó de la cama a las siete, se preparó un café y una tostada y se desplomó en el sofá, viendo sin prestar atención cómo el presentador de noticias informaba los sucesos de la mañana. Luego fue el turno del meteorólogo de ponerlo al día. Una fuerte brisa invernal proveniente del oeste, que haría que las temperaturas bajaran a bajo cero. La amenaza de lluvia, aguanieve y quizá algo de nieve.

Lo mismo de todos los años, pues. Gris, húmedo y deprimente.

Poco después, Kasia salió de su habitación, vestida con su bata y con la capucha cubriéndole los ojos. En los pies llevaba un par de pantuflas y caminó arrastrando los pies hasta el baño.

—Buenos días —la llamó él, con un entusiasmo en la voz que delataba cómo se sentía, justo cuando ella le cerró la puerta en la cara.

El sonido del agua corriendo se filtró a través de la puerta, y mientras ella estaba en la ducha, Tomek le preparó una tostada y una taza de té. Estaba listo y esperando para cuando ella reapareció, aún con la bata puesta, con la notoria diferencia de una toalla envuelta en la cabeza.

—¿Crees que la escuela te dejaría ir así? —preguntó él con amabilidad.

—Ojalá.

—Seguro que la señorita Holloway tendría algo que decir al respecto. —Le pasó la bebida y el desayuno. Ella lo tomó y se sentó en la mesa—. No salgas con el pelo tan mojado. Te vas a resfriar.

—Estaré bien —dijo ella mientras hincaba el diente en la tostada, dejando caer migas en el plato.

Por supuesto que sí. Tomek había tenido la misma ignorancia sobre el clima a esa edad. De hecho, él probablemente había sido peor, creyendo que era genial y superior por salir de casa en pleno invierno solo con una sudadera delgada y un par de jeans. Cuando en realidad había sido un grito de auxilio y de atención.

Tomek reconocía eso en Kasia ahora.

Decir tanto sin decir nada en absoluto.

—Oye, sobre la otra noche… —empezó él.

—Está bien —dijo ella—. No tienes que disculparte. Ya estoy acostumbrada.

—Y no deberías estarlo. Debería estar en casa más de lo que estoy, lo entiendo. Voy a… voy a hablar con Nick sobre irme más temprano, delegar… algunas de las responsabilidades.

Kasia sintió la reticencia en su voz. —No tienes que hacer eso. Te lo dije, está bien. Ve y haz lo que tengas que hacer. A lo mejor yo voy a casa de Sylvia en lugar de venir a casa algunas noches.

Esta vez fue el turno de Tomek de notar la reticencia en la voz de *ella*. Lo necesitaba en casa. Que solo iría a lo de Sylvia como último recurso.

—Con suerte, no tendrás que hacer eso —respondió él—. Pero mientras me avises dónde estás, no tendremos ningún problema.

Un problema, como si no tuviera permiso para ir a casa de su amiga.

Esto iba terriblemente mal, peor de lo esperado. No es que estuviera diciendo exactamente las cosas equivocadas. Pero tampoco estaba diciendo las correctas. Había pensado que podría disculparse, que a ella le parecería bien, y que ahí terminaría la conversación. El camino fácil. Pero así no funcionaba la mente de una adolescente. En este momento, si se parecía en algo a él, sentiría que ella era el problema, que había hecho algo malo, que él llegaba tarde a casa para evitarla, para eludir sus responsabilidades de padre tan pronto como ella necesitaba ayuda. Que la había abandonado por culpa de *ella*. Que todo era culpa suya, que se lo merecía. Que era ella contra el mundo.

Al menos, eso solo si se parecía en algo a él.

Y, si la prueba de ADN que se habían hecho servía de algo, entonces había un 99.9 % de probabilidad de que fuera *exactamente* como él.

El único problema entonces era qué hacer al respecto, porque no tenía ni la más remota idea. En ese momento sentía que tenía las habilidades de crianza de una ameba, y todo sentido de racionalidad y de recurrir a su, aunque limitada, experiencia se había ido al traste.

Al final, prometió que lo haría mejor, que volvería a casa temprano cuando el trabajo se lo permitiera y que pondría en pausa su relación con Abigail por el momento.

—No tienes que hacer eso, de verdad —respondió ella—. Creo que es bueno que estés saliendo con gente. Te vendría bien tener a alguien en tu vida.

—Tengo a alguien en mi vida.

En cuanto la señaló, ella puso los ojos en blanco y suspiró profundamente con el gemido de una adolescente a la que le acababan de decir que hiciera algo que no quería.

—No me refería a eso. Alguien con quien puedas conectar. Alguien con quien puedas reírte. ¿Haces alguna de esas cosas con ella?

Tomek recordó su cita con Abigail —*citas*, ahora en plural. Pensó en la conexión que compartían. Independientemente de si había sido

débil o no (aunque ella podría haber estado en desacuerdo), seguía ahí. Al igual que las risas.

—Creo que sí —respondió él.

—Bien. Entonces no dejes que me interponga en eso. Quiero que seas feliz.

—Y yo quiero que tú seas feliz también.

Lo cual era algo que no había estado sucediendo en las últimas semanas.

—¿Cómo dormiste anoche? —preguntó él.

—Bien.

—¿Sin pesadillas?

—No —respondió ella—. ¿Y tú? ¿Alguna pesadilla?

—No —contestó él—. Dormí como un tronco.

Pero ambos sabían que el otro mentía.

CAPÍTULO
TREINTA Y UNO

Lo primero que hizo Tomek al llegar al trabajo fue prepararse una taza de café.

Justo al mismo tiempo que Victoria. Otra vez.

—¿Has estado trabajando en ese nuevo apodo para mí? —le preguntó ella cuando él entró en la cocina, con un toque juguetón en la voz.

—¡Carajo! Todavía no. Sigo en ello. Pero espera, ¿no dijiste que primero tenía que atrapar a un asesino?

—¿Tampoco has hecho eso todavía? —enarcó una ceja mientras sujetaba la taza con las manos para calentárselas.

—Touché, Victoria. Touché.

Esperó a que ella se fuera para prepararse la bebida. Mientras la llevaba a su escritorio, fue embestido por Anna, que se había lanzado hacia él desde el otro lado de la sala con tanta fuerza que derramó café sobre su mano y su manga.

—¡La puta madre, qué carajo!

—*Kurwa mać*! —dijo ella—. ¡*Bardzo przepraszam*!

Tomek estaba demasiado ocupado buscando un lugar donde dejar la taza y limpiarse el líquido hirviendo de la mano como para oírla.

—Lo siento muchísimo —continuó ella.

—No pasa nada. Es solo una quemadura leve de tercer grado. No hay de qué preocuparse. ¿En qué puedo ayudarte?

—Alguien vino a verte.

Tomek hizo una pausa y se recompuso antes de perder los estribos. —¿No podías habérmelo dicho desde el otro lado de la oficina o con una llamada rápida, no?

—*No tak*, pero…

—La puta madre, cómo duele.

Antes de que pudiera protestar, Anna lo llevó a la cocina y le puso la mano bajo el grifo de agua fría. Treinta segundos después, tenía la mano entumecida, pero el dolor punzante continuaba.

—¿Es alguien importante? ¿La reina?

—Está muerta, Tomek.

—Perdón. Cierto. Se me olvida.

—No, no es alguien así. Pero es una persona que preguntó específicamente por ti.

—No es otra niña de trece años, ¿o sí?

Anna se rio entre dientes, pero el sonido se perdió tan pronto como Tomek intentó apartar la mano del grifo. Era increíblemente fuerte para su tamaño y logró devolverlo bajo el torrente de agua helada en un instante.

—¡Tranquila, carajo! Mis huesos son frágiles. Si aprietas más fuerte, podrías romperlos.

—Deja de ser tan dramático. Mi hijo de cuatro años es más rudo que tú.

—Qué bien por tu hijo de cuatro años, pero no…

Tomek lo intentó de nuevo, pero fue en vano; ella lo jaló de vuelta y esta vez lo sujetó con más fuerza. Prefirió no decir nada. Lección aprendida por las malas.

—¿Quién es el que vino a verme? —preguntó.

—Alguien llamado Terrence Toffolo.

Tomek hizo una mueca.

—Pobre diablo. Sus padres debieron de odiarlo de verdad.

—Y apuesto a que él tampoco los quiere mucho —respondió Anna antes de soltarlo por fin.

Terrence Toffolo era tan pomposo y obtuso como Tomek se lo había imaginado. Rondaba los cincuenta y tantos años y parecía que acababa de llegar del campo. Vestía una chaqueta de tiro de tweed sobre un chaleco de polar y una camisa de cuadros azules y verdes muy ajustada. En la cabeza llevaba una gorra plana verde claro (el apodo «El Presumido de la Gorra Plana» se le ocurrió a Tomek tan pronto como la vio), y en la parte inferior del cuerpo, un par de jeans azul oscuro con un cinturón de cuero marrón. Lo único que le faltaba para completar el conjunto era su rifle de caza.

La expresión en el rostro de Terrence Toffolo, por si su nombre y su atuendo no fueran suficientes, sugería que se creía de un estatus superior al que realmente tenía; que tenía cosas mejores que hacer con su tiempo.

Qué curioso, considerando que era él quien había venido a hablar con Tomek.

—Señor Toffolo —comenzó, reclinándose en su silla—. Gracias por venir a hablar con nosotros. Según tengo entendido, usted preguntó directamente por mí. Pero, discúlpeme, no creo que nos hayamos visto antes, ¿o sí?

—Que yo recuerde, no. Y suelo ser bueno para las caras.

—Intente conocer a tanta gente como yo… —dijo Tomek con ligereza, pero la ligereza no llegó a la expresión sombría y desdichada de Terrence—. También entiendo que usted conocía al señor Herbert Tucker…

—Sí.

—¿Y es por eso que está aquí?

—Sí.

Dios, qué lentitud exasperante. Y ni siquiera habían empezado.

Tomek presintió que estaría allí por mucho tiempo.

—Bien. Genial. —Podía sentir cómo Terrence le drenaba la energía de la voz como una sanguijuela—. ¿Y le importaría explicar por qué ha venido?

—Tengo algo que necesito decirle.

—Genial. Soy todo oídos.

Durante un largo momento, el hombre no dijo nada. Simplemente miró fijamente a Tomek. Y Tomek se preguntó si

Terrence se había descompuesto, si el motor de su unidad de potencia había dejado de girar.

—No hay una manera fácil de decir esto…

Carajo. Suéltelo de una vez.

—¿Ha oído mi nombre antes?

Tomek negó con la cabeza. —Soy peor con los nombres que con las caras.

Pregúntele a cualquiera de las mujeres con las que he estado.

—¿Debería conocerlo?

—Eso depende de a quién conozca usted. Yo fui una persona influyente… en otros tiempos.

Tomek reprimió el impulso de decir: «Qué bien por usted».

—Solía trabajar con Herbert Tucker cuando se inició como político. Fui uno de sus mentores. También habíamos trabajado en un par de proyectos antes, pero mis antecedentes siempre fueron en la política.

Tomek asintió pensativamente mientras escuchaba.

Mentor. Política. Negocios. Las memorias. Los ecos de las palabras de Keith Ferguson resonaban en la mente de Tomek.

—He venido aquí para limpiar mi nombre —continuó Terrence—. Quiero que sepa que no tuve nada que ver con el asesinato de Herbert.

Eso era exactamente lo que diría alguien que sí tuvo algo que ver con el asesinato.

—De acuerdo…

—Estoy aquí para limpiar mi nombre. Hay algunas cosas que usted ya sabrá sobre mí, y otras que llegará a saber. Preferiría que las oyera de mí.

Todo era muy extraño, muy confuso. Si estaba diseñado así, Tomek estaba por verlo.

—También estoy aquí para limpiar el nombre de Alina Zandecka.

Bien, ahora estaban llegando a alguna parte.

—¿Cuál es su relación con Alina? —preguntó Tomek.

Antes de responder, Terrence se aclaró la garganta y se llevó la mano a la boca, con movimientos lentos, calculados. —¿Podría darme un poco de agua, por favor?

El muy cabrón. Por supuesto que el puto quería agua. Tenía a Tomek en la palma de su mano y planeaba mantenerlo allí el mayor tiempo posible.

Unos minutos más tarde, Tomek regresó con una botella de plástico. De medio litro para que el cabroncito no se quejara de que quería más cada treinta segundos.

—Por favor, continúe —dijo Tomek amablemente—. Alina Zandecka… ¿cómo la conoce?

—La conocí en el club.

—Los Siete de Southend.

—Sí.

—¿Cómo conoció a Alina allí?

—Ella… la trajeron una noche. Se suponía que iba a bailar para nosotros, pero luego descubrimos que ella y sus amigas estaban dispuestas a hacer más… Herbert, debo añadir que fue Herbert quien les ofreció dinero a cambio de servicios sexuales primero. Eso sentó un precedente de lo que se esperaba y lo que vendría después.

—Entonces, ¿usted se acostó con Alina?

—No al principio, no. Fue en nuestro tercer encuentro. Para ese entonces, a cada uno de nosotros se nos había asignado una chica. Venían dos, tres veces por semana, y nos acostábamos con ellas. Pero yo siempre le había echado el ojo a Alina. Era dulce, educada, elegante. Poseía algo que ninguna de las otras chicas tenía: ambición e impulso. Había emigrado al país y buscaba una vida mejor para ella. Luego, después de varias semanas, ella y yo nos acostamos. En mi casa. Y poco a poco empezamos a enamorarnos.

—¿Y su relación con Herbert?

—Esa continuó. De forma intermitente. Más bien lo segundo que lo primero.

—Y luego quedó embarazada, ¿no? —preguntó Tomek.

Una pizca de sorpresa se registró en el rostro del hombre. —Sí. Herbert pensó que era suyo…

—Pero era suyo…

—Sí.

—¿Y le dejó pensar que era suyo durante todos esos años?

—Sí.

—¿Continuó sobornándolo a cambio de silencio?

—Sí.

—¿Por qué? Usted era político, hombre de negocios, presumiblemente adinerado. ¿Por qué necesitaba el dinero? ¿O es que el tweed y la gorra plana son solo una fachada?

Para ser un hombre que supuestamente había venido a limpiar su nombre, Tomek no creía que se hubiera dado cuenta de lo mucho que necesitaba limpiarlo en primer lugar.

—Poco antes de que todo sucediera con Alina y Herbert, antes de que él la amenazara para que abortara, yo había perdido mi trabajo.

—¿Por qué?

—Verá, lo que no le he dicho es que, durante ese período, consumía mucha cocaína.

A Tomek no le sorprendió oírlo. Pero se preguntó qué más no le estaba diciendo el hombre.

—Entonces, ¿qué? ¿Tucker descubrió que usted consumía drogas y lo echó del equipo?

Por primera vez, el exterior robótico se resquebrajó y el rostro de Terrence se arrugó.

—Todos lo hacíamos en ese entonces. Cocaína casi todos los días. Nos ayudaba a funcionar. Llegado un punto, ya casi ni nos dábamos cuenta de que la consumíamos. Pero yo… yo me volví adicto. Me volví muy adicto. Y luego empeoró progresivamente. No podía funcionar sin ella. No podía dormir, no podía hablar. Me llevaron de urgencia al hospital varias veces. Era un desastre. Y Herbert, después de encontrarme en el club, ahogándome con mi saliva, me obligó a salir. Me dijo que sería amistoso, que sería una salida rápida y silenciosa, pero me quería fuera del equipo. No podía tener a alguien como yo allí, dañando su credibilidad, y con la posibilidad de que mi historia saliera a la luz cerniéndose sobre él, no quería nada de eso. Intenté luchar contra ello —la adicción, y también la decisión— pero no hubo caso. Herbert quería ser el mandamás. Quería ser el alfa.

—Así que se deshizo del bebé y no quería el peso muerto, ¿no?

Si la elección de palabras de Tomek había ofendido a Terrence, no lo demostró. Quizá era una palabra que había usado para describirse a sí mismo en el pasado.

—¿Lo que significa que usted y Keith Ferguson eran los parias de la camada?

Terrence preguntó cómo sabía Tomek del otro político. Tomek respondió, y luego explicó que el hombre estaba muerto.

—Suicidio.

Terrence bajó la cabeza en un breve momento de solemnidad y duelo.

Una vez que dejó que el hombre se lamentara por un minuto, Tomek continuó. —Así que se deshizo de usted tan pronto como supo que iba a ser un problema. ¿Es por eso que usted y Alina lo sobornaron, Terrence?

—*Él* estaba dispuesto a pagarnos a *nosotros*.

—¿Confirma que usted también recibió su parte?

El asentimiento fue sutil pero perceptible. —Durante los últimos cuatro años, ambos hemos recibido el dinero. Diez mil libras al mes.

Eso era más del doble del salario de Tomek. Mucho más.

Y pensar que todo podría haber sido suyo si tan solo se hubiera acostado con un político de mediana edad o hubiera consumido cantidades ingentes de cocaína y otras drogas duras.

Quizá en otra vida.

—Gracias por contarme todo esto —dijo Tomek—. Pero no veo cómo nada de esto limpia su nombre.

—¿A qué se refiere?

—Todo lo que ha hecho es decirme que consumió muchas drogas, se acostó con prostitutas y luego recibió dinero de un excolega para que guardara silencio. Nada de esto lo deja muy bien parado, Terrence, y no me ha dicho dónde estaba la noche en que murió.

—Estaba en casa. Con Alina. Compartimos el departamento.

—Así que supongo que era usted el del teléfono anoche.

Terrence se revolvió incómodo en su asiento.

—Yo… yo…

—¿Fue usted quien le dijo que fuera a la prensa?

—Yo… —balbuceó Terrence.

Para alguien tan bueno para hablar y alargar las conversaciones cuando le convenía, le estaba costando trabajo responder a una simple pregunta de sí o no.

—¿Herbert agredió sexualmente a Alina, Terrence?

—Lo que tiene que entender…

—¿La obligó usted a decir eso, Terrence?

—No, yo… ¡Sucedió de verdad! Solo necesitaba que la convencieran, eso fue todo.

—¿Por qué no le dijo que viniera a la policía, como está haciendo usted ahora? ¿Es porque sabía que descubriríamos la verdad?

—Para nada. Yo…

—¿Qué pasó? ¿Papito le cortó el grifo del dinero y pensó que podría sacarle una última tajada a la prensa? ¿Y sabía que lo conseguiría porque un hombre muerto no puede defenderse?

—¡No! ¡No fue eso lo que pasó en absoluto!

—¿Le enfureció cuando lo despidió? ¿Es esto una venganza? Una que se cocinó por cuatro años…

Terrence golpeó la mesa con su mano grande y regordeta. El sonido casi le reventó los tímpanos a Tomek y lo hizo sobresaltarse, aunque esperaba que no se hubiera notado.

—Ahora está inventando cosas. Está fabricando cosas que no son reales.

—Estoy tratando de llegar al fondo de una investigación de asesinato.

—Exacto, y en eso es en lo que estoy tratando de ayudarle.

—¿Entregándose?

Un largo silencio se interpuso entre ellos mientras Terrence se recomponía. Se sacudió la ropa y se ajustó la gorra, aunque seguía fuera de lugar cuando la soltó. Tomek bajó la mirada hacia la botella de agua que estaba sobre la mesa, en el mismo lugar donde él la había dejado. El cabrón ni siquiera había bebido.

—Tengo información que podría interesarle —respondió Terrence con calma, más fuerte ahora, con más resolución en la voz y la postura.

—Claro —dijo Tomek, un poco escéptico—. Sea rápido, por favor.

—Tengo nombres. De los Siete de Southend.

—De acuerdo.

—¿Le gustaría oírlos?

Otra vez no.

—Sí, por favor. Rápidamente, si no le importa.

La expresión en el rostro de Terrence sugería que se había dado cuenta de que ya no tenía el poder en la conversación, que todo era de Tomek, y parecía resignado al hecho.

—No sé a quién busca, o con quién está tratando de hablar, pero si alguien mató a Herbert Tucker, es uno de estos hombres…

CAPÍTULO
TREINTA Y DOS

—Esto es muy preocupante. Muy preocupante, de veras.

Nick llevaba más de cinco minutos con la vista clavada en la lista de nombres casi ilegible que Tomek había garabateado en un trozo de papel. Luego, se la pasó a Victoria, quien tardó casi el mismo tiempo en asimilarla.

—Creo que tenemos que manejar esto con mucho cuidado —empezó Nick con un suspiro—. De hecho, ni siquiera sé cómo manejarlo.

—Yo tengo algunas ideas —dijo Tomek, incapaz de contener la sonrisa.

—Estoy seguro de que sí.

Los nombres en la lista eran muy preocupantes, sí. Hombres de importancia e influencia en la comunidad local habían hecho cosas malas. Hombres en la cima de la cadena alimenticia. Y si caían, no había forma de saber cuánta destrucción podría causar eso en la base.

Al menos, esa era la preocupación de Nick.

A Tomek, en cambio, no le importaba. Simplemente estaba emocionado con la perspectiva de sentar a algunos hombres muy poderosos frente a él y descubrir qué sabían. Y, con suerte, meter a uno o dos de ellos entre rejas. Donde merecían estar.

Después de su reunión con Terrence, Tomek le había encargado a Martin tomar una declaración testimonial ampliada, lo que significaba que el hombre tenía que repetir todo para que constara

en el registro, una tarea que Tomek agradeció poder delegar en la jerarquía. Por ahora, Terrence Toffolo debía irse a casa, permanecer en el país y estar localizable en caso de que la policía necesitara hablar con él. Seguía siendo un sospechoso, aunque solo fuera por sus pésimas elecciones de vestuario, pero en este momento el equipo tenía peces más gordos que pescar.

Mejor dicho, *tiburones*.

—¿Es malo que no conozca ninguno de estos nombres? —preguntó Victoria mientras agarraba su teléfono.

—Depende de a quién le preguntes —respondió Tomek—. Si les preguntaras a ellos, seguro que sus egos se verían afectados, pero si le preguntas a cualquier persona en la calle, no creo que los conozca tampoco. Probablemente así es como han pasado desapercibidos. Pero si te sirve de consuelo, yo mismo tuve que buscarlos en Google.

Victoria dejó suavemente la lista de nombres sobre la mesa, como si temiera romperla en dos si lo hacía con más fuerza.

—¿Qué carajo vamos a hacer? —Nick se pasó la palma de la mano por la cabeza como si la frotara para tener buena suerte—. Yo… yo conozco a esta gente. He trabajado de cerca con ellos. Especialmente… especialmente con él.

Nick señaló el primer nombre de la lista.

Brendan Door.

El Comisionado de Policía, Bomberos y Crimen de Essex. Uno de los oficiales de policía de más alto rango en el área de Southend. Acusado de ir de fiesta, consumir drogas, acostarse con prostitutas. Y posiblemente de matar a un hombre.

Junto con los otros hombres de la lista.

Anthony Arnold, uno de los mejores fiscales del Servicio de la Fiscalía de la Corona, responsable de encarcelar a docenas de criminales, desde traficantes de drogas hasta asesinos.

Gregory Chaplin, el alcalde de Southend.

James Colehill, presidente del Southend United FC.

Richard Stafford, un hombre que había estado en la lista de los más buscados del equipo antidrogas desde que Tomek tenía

memoria, por dirigir una de las mayores operaciones de narcotráfico de la ciudad, pero que siempre había logrado eludir la captura.

Y el último nombre de la lista era el que más le había preocupado a Tomek.

John Mullen, editor en jefe del *Southend Echo*, el periódico para el que escribía Abigail.

Ahora tenía sentido por qué le habían pedido que ocultara las noticias sobre el lascivo amorío y los hábitos de drogadicción de Herbert Tucker.

—Nada de esto puede salir a la luz —añadió Nick—. Lo digo en serio. Nada sale de este edificio. Nada de hablar con la familia. Nada de hablar con sus seres queridos. Ni siquiera con sus hijos. Y… Tomek, te estoy mirando a ti, ni siquiera con novios o novias.

Quizás no.

Tomek se mordió el labio inferior. —¿Por qué me señala a mí?

—Porque eres el más bocón de todos. La cantidad de veces que he tenido que cubrirte y proteger tu tonto culito es prueba de ello. ¿Necesito recordártelo?

Tomek resopló y no dijo nada.

Era cierto, sí, que a menudo decía muchas cosas sin darse cuenta. También era cierto, sí, que una vez había soltado algunas cosas durante una investigación de asesinato que habían permitido al asesino eludir la captura más tiempo del que debería. ¿Pero lo había hecho a propósito? No. Los errores eran parte de la vida, y no creía que debieran reprenderlo por ello tanto tiempo después.

—Al final todo se resolvió —añadió Tomek, pero ni Victoria ni Nick optaron por responder; Victoria estaba demasiado ocupada investigando los nombres de la lista como para siquiera escuchar, y Nick ya lo había oído todo antes.

—Ahhh, de *ahí* es de donde lo conozco —dijo ella.

—¿A cuál?

—A Richard Stafford. Estaba en nuestra lista de vigilancia en Colchester. Lo buscábamos por drogas, trata de personas y todo tipo de cosas, pero nunca se le ha podido probar nada.

—Bueno, ahora sabemos por qué. Con el Comisionado y el fiscal en el bolsillo, es obvio. La corrupción apesta.

—¡Sargento! —chilló Nick.

—¿Qué? Solo digo lo obvio, señor.

—No necesitas hacerlo cuando todos estamos pensando la misma puta cosa.

—Vamos, jefe, debe admitir que un club exclusivo lleno de hombres blancos de mediana edad que forman parte de la élite grita corrupción por todos lados —dijo Victoria en voz baja.

—Tú también te puedes callar. —Nick giró en su silla, se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro, masajeándose la cabeza mientras iba de un lado a otro—. ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?

—Yo digo que los ataquemos por todos los flancos, señor. Hablemos con todos los que conocen y averigüemos qué estaban haciendo la noche en que murió Tucker, y luego los traemos a todos a la vez. Reunamos las pruebas primero antes de traerlos en frío.

—Me… me gusta. Pero… tenemos que ser súper cuidadosos. Si uno de ellos se entera de lo que estamos haciendo, se acabó, estamos acabados.

—Corremos ese riesgo enormemente si andamos husmeando a su alrededor —añadió Victoria, haciendo de abogada del diablo—. Yo voto por traerlos de inmediato, sin previo aviso, sorprenderlos con un arresto masivo e interrogarlos.

—No cuando no tenemos ninguna prueba para acusarlos. Los asustaremos y, si tuvieron algo que ver con el asesinato de Tucker, repasarán sus pasos para asegurarse de que nunca la encontremos. No, lo que necesitamos hacer es encontrar motivos para cada hombre. Tucker tenía muchos enemigos. Dos de ellos, James Colehill y Terrence Toffolo, ya se han pronunciado en su contra. No me sorprendería que el resto de ellos tuvieran razones para… *deshacerse* de Herbert Tucker. Luego, una vez que tengamos todas las pruebas que necesitamos, los traemos a todos al mismo tiempo. Sin oportunidad de que den la voz de alarma y se cubran el culo de esa manera. Seremos precisos y selectivos al respecto. Sí… eso es lo que haremos. Haremos… Sí…

Nick se detuvo en medio de la habitación y dejó caer la mano a su cintura. La parte superior de su cabeza estaba roja de tanto frotársela.

—¿Puedo dejarles a ustedes dos la coordinación? ¡Ah, carajo!

—¿Qué?

—Acabo de darme cuenta de que tengo una reunión con el Comisionado en un par de horas.

—Oh…

Tomek no sabía qué esperaba Nick que le dijera.

—Mejor usted que yo, señor.

Pero ciertamente no era eso.

CAPÍTULO
TREINTA Y TRES

Tomek no supo de dónde había salido la idea, pero poco después de empezar se dio cuenta de que probablemente no había sido una de sus mejores ocurrencias.

Jugar al minigolf en pleno invierno tenía sus obvias desventajas: el frío, los dedos entumecidos, el viento que desviaba la pelota por la superficie verde. Pero, en su defensa, había una ventaja que superaba todos los inconvenientes: el hecho de que estaba completamente desierto y tenían todo un campo de 18 hoyos con temática de piratas para ellos solos. Podían tomarse todo el tiempo del mundo y dedicarle a cada hoyo el que necesitaran, sin hordas de familias y parejas jóvenes soplándoles en la nuca.

A Tomek nunca le había interesado el golf. Era demasiado lento, demasiado tranquilo para él. Y tampoco creía que fuera un gran deporte para ver. El fútbol y el rugby, en cambio, eran sus deportes predilectos. Tanto para verlos como para jugarlos. Y le gustaba pensar que era bastante bueno. Un comandante, un líder en el campo. Un portador del balón que no temía arriesgar el físico. Hacía tiempo que no pisaba el campo de juego —era miembro de los equipos de fútbol y rugby de la policía, compuestos por individuos de todos los niveles de la jerarquía— y estaba ansioso por volver. Quizá incluso invitar a Kasia a que viera a su querido papi hacer el ridículo discutiendo con otro hombre adulto con panza cervecera y calvicie.

Pensándolo bien, nadie necesitaba ver eso.

—Para este, tienes que meter la pelota por uno de estos agujeros y luego bajará al siguiente nivel —explicó Tomek mientras colocaba la pelota de Kasia en el césped sintético—. Si tienes suerte, podrías dejarla cerca del hoyo. Y si tienes todavía más suerte, podrías hacer un hoyo en uno.

—Sí —gruñó Kasia mientras se acercaba al punto de salida del cuarto hoyo de la tarde. Dejó caer la pelota, luego, sin mirar, echó el palo hacia atrás y la impulsó por el estrecho pasillo. La pelota no se acercó ni de lejos al objetivo, rebotó en la pared y casi aterrizó de nuevo a sus pies.

—Ah… —masculló.

No podría haber parecido menos entusiasmada ni aunque lo hubiera intentado, pero Tomek estaba decidido a seguir adelante. Sentía que necesitaba animarla, sacarla de casa, hacer algo más que estar sentados adentro mirando el celular o viendo porquerías en la tele.

Era su forma de disculparse. Haciendo algo que esperaba que a ella le gustara.

—Mala suerte —dijo, y luego colocó su propia pelota. Preparándose, se paró con las piernas separadas a la altura de los hombros, las rodillas flexionadas, el culo en pompa y la espalda recta. Miró hacia el pasillo, trazando una línea recta invisible hacia el hoyo. Luego se miró los pies y se dio cuenta de que todo era inútil; que no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba haciendo y que era mejor golpear y esperar lo mejor.

Milagrosamente, la pelota terminó entrando por el agujero de la izquierda y llegó a una posición estratégica en el nivel inferior. Tomek vitoreó, levantando un puño al aire. Luego extendió la mano para chocar los cinco, pero Kasia solo le lanzó una mirada fulminante.

—¿De verdad tenemos que hacer esto? —preguntó ella.

—¿Qué preferirías hacer?

—¿Cualquier otra cosa?

—¿*Cualquier* otra cosa? —repitió Tomek.

—Sí.

—¿*Literalmente* cualquier otra cosa?

—¡Sí!

—¿Preferirías ir a nadar al mar ahora mismo?

Kasia se giró hacia la oscuridad a su espalda. A lo lejos, se veían los pequeños puntos de luz de Kent.

—No… —dijo con cautela.

—Eso pensé. Así que terminemos esto y luego podemos pasar por un McDonald's de camino a casa.

Eso pareció animarla.

—¡Pero solo si me ganas!

Durante las siguientes cinco rondas (¿o eran hoyos? Tomek nunca lo recordaba), ella se mostró más participativa y concentrada. Más como la antigua Kasia que él conocía. Al final de esa parte, el marcador estaba bastante parejo, cinco a cuatro a favor de Kasia. Mentiría si dijera que no le había regalado algunos puntos. Una parte de él quería dejarla ganar por su confianza, su moral y su salud mental. Mientras que la otra parte quería una comida trampa, una excusa para comer porquerías grasientas. En resumen, ella saldría ganando por partida doble.

Mientras se dirigían al décimo hoyo, entrando en la segunda mitad del juego, una ráfaga de viento barrió la costa y desequilibró a Tomek. Más temprano ese día había caído una fuerte lluvia y, en su esfuerzo por mantenerse en pie, apoyó un pie en una roca falsa. El material de plástico estaba resbaladizo y, bajo su enorme peso, el pie le falló y lo hizo rodar patas arriba hasta caer en un pequeño estanque. El campo de golf de temática pirata estaba plagado de ellos, y en el que cayó Tomek resultó ser el peor de todos: un gran estanque con una cascada de casi dos metros de ancho que le arrojó encima agua helada.

Pasaron unos segundos antes de que pudiera levantarse y salir a gatas del estanque congelado. Mientras tanto, Kasia estaba doblada por la mitad, con las manos en el suelo, riéndose de él.

Apenas podía culparla; él habría hecho lo mismo.

Tomek estaba empapado y, en cuestión de segundos, el frío se había filtrado a través de sus capas de ropa y se le había adherido a la espalda y los muslos.

—Parece que al final fuiste tú el que se fue a nadar —se burló ella.

Tomek abrió la boca para responder, pero la dejó salirse con la suya.

Definitivamente era una Bowen por ese comentario, aunque su apellido fuera Coleman.

—Creo que deberíamos irnos de aquí —dijo, con los dientes castañeteando mientras intentaba entrar en calor.

—¡Pero si yo iba ganando!

Eso no importaba. No cuando sentía tanto frío. Ignorándola, agarró el palo y la pelota de ella y se apresuró hacia el final del campo, donde devolvió el equipo. Con Kasia siguiéndolo de cerca, corrió, tan rápido como sus piernas entumecidas se lo permitieron, hacia el auto.

Diez minutos después, estaban en un lugar cálido. Se había quitado ropa hasta quedar con una sola capa, y su cuerpo se estaba calentando con los *chicken selects* que se abrían paso por su sistema. Mientras tanto, Kasia devoraba una caja de *nuggets* para compartir que no tenía ninguna intención de compartir. La calefacción dentro del McDonald's estaba al máximo, y después de unos minutos, notó que entraba en calor. También le proporcionaba un calor psicológico saber que estaba usando la electricidad de otra persona en lugar de la suya.

—¿Qué tal la comida? —preguntó.

—¡Buena! —respondió Kasia, con trozos de pollo masticado moviéndose en su boca—. Muy buena.

Los adolescentes eran tan simples. Ponles una caja decorativa de comida rápida delante y se derretían como mantequilla. No sabía por qué no lo había pensado antes.

—¿Y la tuya? —preguntó ella.

—También muy buena.

El café, sin embargo, no lo era.

Mientras seguían disfrutando de su cena, Tomek recorrió el restaurante con la mirada. Eran poco más de las ocho y el lugar seguía a reventar. Adolescentes, niños, familias, parejas. Una nueva generación que crecía con esa comida.

—Papá…

La voz de Kasia lo sacó de su observación de la clientela.

—Sobre lo de anoche… —continuó.

—¿Sí?

—Yo… no te molesté, ¿verdad?

Tomek hizo memoria.

—¿Qué parte?

—Cuando dijiste que me querías.

—Ah.

—Sí.

—Esa parte.

Kasia bajó la mirada y se quedó observando fijamente su *nugget* de pollo.

—¿Lo… lo decías en serio?

Tomek resopló y terminó su bocado de comida. —Claro que sí. No lo habría dicho si no fuera así.

Su rostro brilló ligeramente.

—Siento no haberlo dicho yo también.

—No… no pasa nada.

Tomek mentiría si dijera que no le había dolido. Pero ¿qué podía esperar? Solo lo conocía desde hacía medio año. Todavía eran extraños. Sería una fantasía esperar que ella le correspondiera.

—No tienes que disculparte —continuó él.

—Es que… no estoy acostumbrada a decirlo.

—Mira, y si no lo dices nunca, por mí está bien.

—¿En serio?

—En serio.

Excepto que no lo estaba. Pero nunca podría decírselo, ¿verdad?

CAPÍTULO
TREINTA Y CUATRO

Los días siguientes pasaron como en una neblina mientras Tomek y el equipo comenzaban sus discretas y sutiles investigaciones sobre las vidas de los siete hombres de la lista de Terrence Toffolo. Juntos habían estado trabajando sin descanso para comprender los antecedentes de cada uno de ellos, hablando con sus antiguos socios, investigando sus historiales políticos y profesionales, monitoreando su historial telefónico y automovilístico, cuando era apropiado y aplicable, y manteniéndose dentro de los límites de la ley en cada paso del camino. Lo último que querían era que una condena fuera anulada porque las pruebas recopiladas se hubieran obtenido ilegalmente. Especialmente cuando una de las personas bajo investigación era un fiscal.

Durante ese tiempo, el equipo había progresado muy poco. La información sobre cada individuo era sorprendentemente escasa y, debido a la naturaleza de su investigación, solo podían interrogar a personas en la periferia de la vida de esos hombres. En total, habían obtenido más de cincuenta declaraciones de testigos, y ninguna de ellas podía confirmar el paradero de los hombres la noche en que murió Herbert Tucker. Lo que muchos sí habían podido confirmar, sin embargo, era que cada hombre, en algún momento de su vida política o profesional, se había enemistado con Herbert Tucker.

Esto no les sirvió de mucho para orientarlos en alguna dirección en particular, más allá de la posibilidad de que todos estuvieran involucrados de alguna manera.

Los hombres de la lista eran poderosos e influyentes, miembros de la comunidad local y en puestos de autoridad. Como resultado, recabar información era difícil. Pero el más difícil de todos había sido John Mullen, el editor del *Southend Echo*. El hombre se pasaba la vida escribiendo sobre los demás, pero nunca sobre sí mismo. Era como un agujero negro; todo entraba, pero nada volvía a salir, razón por la cual, después de unos días de la investigación secreta, Tomek se había dado cuenta de que iban a necesitar ayuda. ¿Y a quién mejor pedirle ayuda que a Abigail? Ella trabajaba con él y conocía a Mullen probablemente mejor de lo que Tomek jamás lo haría. El único problema era que tenía que hacer algo por ella a cambio.

—¿Estás segura de que le diste la dirección correcta? —preguntó Tomek.

—Sí.

—¿Y la hora correcta?

—Sí.

¿Y la fecha correcta?

—Sí. ¿Acaso me crees idiota? —preguntó Abigail.

—¿Quieres que te responda o…?

—Era una pregunta retórica, imbécil.

Abigail volvió su atención a la humeante taza de café que Morgana le había puesto delante hacía solo unos instantes, el segundo desde que esperaban. Esperaban a una de las testigos clave que se había presentado, alegando que Herbert Tucker la había agredido sexualmente.

Abigail no quiso compartir el nombre de la mujer con él, y en su lugar solo se refería a ella como la Mujer X. Tampoco compartió ninguna otra información sobre la misteriosa mujer que ya había faltado a una cita el día anterior.

—¿Te ha mandado algún mensaje? —preguntó Tomek. Se le estaba agotando la paciencia rápidamente, y aunque técnicamente no era culpa de Abi, era la única que tenía en frente.

Abi agarró el celular de la mesa y tocó la pantalla. Nada. Ni mensajes de texto, ni mensajes de WhatsApp, nada. Solo unas cuantas docenas de notificaciones de Twitter.

—Dale otros diez minutos —suplicó ella.

—Tengo cosas que hacer. No puedo perder diez minutos.

—¿Y crees que yo sí?

—Tú no eres quien investiga un asesinato.

—No, pero tú me estás pidiendo que investigue a mi jefe.

Tomek escudriñó la sala rápidamente, asegurándose de que nadie hubiera escuchado su pequeño arrebato. No lo habían hecho, así que volvió a prestarle atención.

—Vas a tener que decirle que le baje —dijo él.

—¿A qué?

—A nosotros. Ha estado implacable.

—Es su trabajo.

Tomek dudaba. Quizás la verdadera razón por la que John Mullen había estado molestando constantemente a Nick y al equipo durante los últimos días era porque quería estar cerca de la acción. Quería saber lo que estaba pasando al mismo tiempo que todos los demás.

—¿Siquiera habías hablado con él sobre Herbert Tucker antes de que todo esto empezara? —preguntó Tomek.

Abigail negó con la cabeza y mordisqueó la punta de su bolígrafo. —No con mucho detalle. En el pasado, solo nos decía que ignoráramos un par de cosas. Que las pusiéramos en segundo plano. La mayoría de las veces decía que él lo investigaría en su lugar.

—¿Como qué?

—Ya sabes, cuando la gente lo acusaba de algo o cuando cambiaba su postura política sobre algún tema.

—¿Y alguna vez le dio seguimiento a las cosas que dijo que investigaría?

Ella se encogió de hombros. —Nunca supe nada al respecto. Siempre estaba demasiado ocupada con mis propias cosas.

—Entonces, ¿qué cambió? —preguntó Tomek—. ¿Por qué te deja investigar estas acusaciones de agresión sexual?

Abigail dejó de mordisquear su bolígrafo. —No me está… —respondió—. Él no sabe nada de esto. Las mujeres me contactaron por separado.

—¿Por qué lo has mantenido en secreto?

—Porque en el momento en que Herbert Tucker murió, todo me olió a corrupción. Supe que algo estaba pasando y quise

guardármelo para mí.

—¿Para poder tener la exclusiva y toda la gloria que la acompañaba?

Otro encogimiento de hombros, esta vez más despreocupado. —Yo también tengo sueños y metas profesionales, ¿sabes? Iba a esperar hasta tener toda la información lista, el artículo escrito, las declaraciones de los testigos preparadas, y *entonces* mostrárselo. No habría podido negarse.

—No, pero podría haberte despedido.

Ella empezó a mordisquear su bolígrafo de nuevo. —Si ese fuera el caso, entonces sabríamos de qué lado está.

Tomek tenía que reconocérselo. Había sabido jugar sus cartas y usar el sistema a su manera. No se lo había esperado de ella, y estaba ligeramente impresionado.

Justo cuando estaba a punto de mirar su reloj, preguntándose dónde podría estar la testigo, su celular sonó. Un mensaje de texto. De Sean.

Lo siento, amigo, voy a tener que cancelar lo del partido del fin de semana. Puedes usar mi entrada si necesitas ir con alguien. ¿Abigail, tal vez? Solo avísame.

El nombre de Abigail no fue el primero que le vino a la mente. En cambio, fue el de Kasia. Una agradable tarde de padre e hija para estrechar lazos. Cierto, de nuevo era hacer algo que él quería hacer, y puede que tuvieran que cancelar su clase de karate de la mañana, pero sería una buena tarde, de todos modos. Y estaba seguro de que podría hacer la oferta más atractiva ofreciéndole otra comida para llevar como incentivo.

—¿Quién es? —preguntó Abigail, inclinándose ligeramente—. ¿Tu otra novia?

Tomek la miró extrañado, apagando el celular rápidamente y colocándolo boca abajo.

—¿Quién era? —preguntó ella, la preocupación creciendo en su voz.

—Sean —respondió—. Dice que tengo que volver en media hora.

No era una mentira del todo; *había* una reunión en media hora, solo que había sido Nick quien la organizó y le recordó

repetidamente que no podía llegar tarde.

Afortunadamente para Nick, eso no parecía probable. La Mujer X no se había presentado, y con un poco de suerte, Tomek estaría de vuelta en la oficina en poco tiempo.

Pero mientras se disponía a marcharse, la cabeza de Abigail se irguió como la de una suricata, con los ojos fijos en la ventana del restaurante como si acabara de avistar a un depredador.

—¿Es…? —preguntó Abigail.

Tomek miró hacia la ventana. Al otro lado había una figura. Una mujer, envuelta en un abrigo grueso, con la bufanda subida hasta la barbilla, sus facciones distorsionadas por la lluvia de un lado y la condensación del otro.

—¿Es ella? —preguntó Tomek.

—No lo sé. Yo…

La siguiente vez que Tomek miró, la mujer había desaparecido. Corriendo hacia la derecha.

Tomek salió tras ella, zigzagueando entre las mesas y los grupos de clientes que entraban y salían del café. Al llegar al exterior, su pie aterrizó en un charco de agua. El líquido helado le salpicó los zapatos y le subió por la pierna, pero no le prestó la menor atención porque allí, a lo lejos, estaba la mujer.

Doblando una esquina.

Cuando estaba a punto de salir tras ella, Abigail salió precipitadamente del restaurante y chocó contra él. Su repentino asalto lo hizo tambalearse hacia adelante y otro torrente de agua le cayó sobre las piernas y los zapatos.

—Maldita sea —siseó mientras sacudía las piernas.

En el tiempo que le tomó recuperar la compostura, Abigail lo había dejado plantado en el concreto y ya estaba corriendo hacia el callejón por el que había desaparecido la misteriosa figura. Para cuando Tomek la alcanzó, ya era demasiado tarde.

Nubes de vaho explotaban frente a sus caras mientras recuperaban el aliento. A Tomek le sorprendió ver que él respiraba más agitadamente que ella.

—¿Estás agotado por eso? —preguntó Abigail.

—¡Tuve un almuerzo pesado, de acuerdo! —dijo mientras se ponía las manos en las caderas—. ¿Por dónde se fue?

—No lo sé.

Fue entonces cuando Tomek se dio cuenta de que estaba mirando un estacionamiento que daba a un Aldi. A pesar de la hora y el clima, el estacionamiento del supermercado estaba abarrotado, y había muy pocas posibilidades de que la encontraran.

—Bueno, al menos se presentó —dijo Abigail.

—No, no lo hizo.

—Sí, lo hizo. Eso cuenta.

Tomek negó con la cabeza, se despidió con un gesto y luego se dirigió a su auto. Todavía jadeaba cuando se deslizó en el asiento del conductor.

CAPÍTULO
TREINTA Y CINCO

La reunión había sido convocada para las siete en punto. Hora de la cena para muchos, si no para todos. Y para combatir los estómagos que rugían y el mal humor que esto provocaba, Chey había pedido una tanda de platillos de curry y arroces de distintos sabores del restaurante indio de sus padres. Pero casi tan pronto como llegó y la pusieron sobre la mesa, la comida fue guardada de nuevo en sus empaques. No había tiempo para comer, no cuando Nick estaba a cargo de las reuniones.

Su decisión de retener la comida hasta después de la reunión había dejado a todos frustrados y ansiosos por terminar de una vez. Incluido Tomek, cuyo humor dependía de sus niveles de azúcar en la sangre y del número de calorías que circularan por su sistema en ese momento.

Cuando comenzó la reunión, Nick estaba de pie a la cabecera de la sala. A su lado había cuatro pizarrones blancos. A los nombres y rostros de cada uno de los siete individuos se les había asignado un espacio en los pizarrones. Dos rostros por pizarrón, excepto por uno: Gregory Chaplin, el alcalde de Southend. La lista de información bajo su nombre era la más larga y merecía el espacio extra.

Tomek estaba ansioso por que la reunión comenzara. No solo por la perspectiva de comer al final, sino porque estaba intrigado por descubrir lo que cada detective había logrado averiguar.

—Primero, quisiera empezar con Terrence Toffolo —dijo Nick, con el cuerpo inclinado hacia un lado. En los días transcurridos desde

que Tomek lo había visto por última vez en la sala de reuniones, cuando no estaba sentado detrás de su escritorio, su estómago parecía haberse ensanchado unos centímetros más que antes del incidente de su hija—. Considerando que Toffolo es quien empezó todo esto y se apresuró a exculparse de cualquier fechoría, quiero ver si es tan intachable como presume ser.

El caso de Terrence Toffolo se le había asignado al detective Martin Brown. Tras haberle tomado al hombre su declaración de testigo (lo que más tarde Tomek se enteró de que había sido un proceso de tres horas), Martin estaba más que contento de investigar en secreto la vida del hombre. Lo había visto como una especie de revancha por haberle hecho perder tanto tiempo en la sala de interrogatorios.

—Terrence Toffolo —empezó Martin, leyendo de una hoja de papel frente a él—. Cuarenta y nueve años. Nacido en Dagenham, al este de Londres. Se mudó a Southend a los trece años. Se graduó con honores en Ciencias Políticas por la Universidad de East Anglia. Su padre se dedicó a la política toda su vida. Un burócrata, se podría decir. No llegó a mucho, más bien un funcionario público en lo que a una carrera política se refiere, pero su padre le inculcó la necesidad de ayudar a otras personas. Y creo que Terrence lo vio como un reto de ser mejor de lo que su padre jamás fue. Así que se topó con Herbert Tucker y ya sabemos el resto: las drogas, la prostitución. En cuanto a la noche de la muerte de Herbert Tucker, no he podido encontrar nada. Por lo que oigo de los vecinos, él y Alina Zandecka son muy reservados. Solo aparecen cuando necesitan algo de la tienda y, por desgracia, la tienda de la gasolinera borra sus grabaciones después de cuarenta y ocho horas. Era demasiado tarde cuando llegué.

—¿Así que nadie puede corroborar sus movimientos de esa noche? —preguntó Nick.

—No, señor.

—¿Móviles?

—Yo diría que su destitución del equipo de Herbert fue suficiente. O la retención del dinero para él y Alina.

—¿Algo más?

Martin negó con la cabeza.

Nick suspiró como solía hacerlo, y luego señaló el siguiente nombre de la lista. Anthony Arnold, el fiscal estrella del Ministerio Público. La responsabilidad de divulgar la información sobre él recaía en Sean. El gigante bonachón también se aclaró la garganta al empezar.

—Hablé con la secretaria de Anthony Arnold para pedirle ver la lista de sus casos anteriores. Lo que Google y el *Southend Echo* podían decirme era limitado, pero luego me informaron amablemente que gran parte de su trabajo está sujeto al secreto profesional. Sin embargo, por la poca información que pude encontrar *en* Google y el *Southend Echo*, ninguno de los acusados de Anthony Arnold ha tenido nada que ver con Herbert Tucker. Excepto un hombre.

Sean hizo una pausa para crear un efecto dramático, pero como no funcionó, continuó.

—Ryan Maston fue arrestado y acusado de difamación contra Herbert Tucker hace unos diez años. Escribió algunas cosas controvertidas sobre nuestro diputado en un blog y Tucker se enteró, así que presentó cargos. Ahora bien, he leído lo que escribió y, por lo que ya hemos averiguado sobre el señor Tucker, no parece ser demasiado controvertido en absoluto.

—¿Qué decía? —preguntó Victoria.

—Nada más de lo que ya sabemos. Que era un político adicto a la cocaína con debilidad por las prostitutas y las mujeres fáciles; palabras de Ryan Maston, no mías.

—¿Y dijo eso hace diez años? —preguntó Tomek.

Sean asintió.

—Mmm. Tal vez debería pedirle que me diga los números de la lotería de esta semana.

—Ni lo sueñes. Está muerto. Murió de un ataque al corazón hace dos años.

—¿Hubo algo sospechoso? —preguntó Nick, entrando en la conversación.

—No que yo haya podido averiguar, señor.

—Bien. Buen trabajo. ¿Y qué hay de un móvil? Hasta ahora no veo ninguno.

Sean vaciló, frotándose el lóbulo de la oreja con sus dedos enormes. —Por lo que puedo ver, así parece —respondió—. Por lo que he podido averiguar, la fiscalía fue más dura contra la difamación que en otros casos de Anthony Arnold, lo que sugiere que Herbert le pidió un favor. A menos que los dos hayan tenido una pelea por algo relacionado con Ryan Maston más de diez años después, no veo ningún otro móvil.

—¿En qué tipo de casos ha sido blando Anthony Arnold? —preguntó Tomek, curioso.

—En casos de drogas, mayormente. Gente que ha sido atrapada y arrestada por nosotros mismos. O ha logrado que los absuelvan o de alguna manera les ha conseguido una sentencia increíblemente baja al no cumplir con sus deberes como fiscal.

—Interesante…

Una imagen comenzaba a formarse en la cabeza de Tomek. Parecía que la misma imagen se estaba formando también en la cabeza de Nick, pues llamó a Oscar, que había estado investigando a Richard Stafford.

—El hombre es un enigma —dijo Oscar—. De hecho, es peor que eso. Ni siquiera tengo una palabra para describirlo. No tiene redes sociales, no tiene página web y no parece tener celular. No parece tener nada más que un par de rottweilers jodidamente enormes fuera de su casa en Hockley. Es casi como si no existiera, y si hemos de creer los rumores, eso es exactamente lo que el mayor narcotraficante del condado querría que creyeras. Hablé con algunos de los tipos de Colchester y compartieron conmigo lo que tenían, pero nos advirtieron que bajo ninguna circunstancia interfiriéramos con el señor Stafford, por si acaso interfiere con sus investigaciones en curso sobre el tráfico de drogas del hombre.

—¿Así que no tiene nada?

El capitán se mordió el labio inferior antes de responder, preparándose para una gran revelación. —De hecho, sí. Sí tengo *algo*. Pero si sirve de algo o no, está por verse.

—Adelante —espetó Nick—. Suéltelo de una vez.

—Richard Stafford y Anthony Arnold han sido vistos juntos en numerosas ocasiones.

—¿En citas? ¿En el parque, tomados de la mano?

—En el campo de golf de Boyce Hill.

¿Por qué siempre era el golf?, se preguntó Tomek. A dondequiera que miraras, los criminales se reunían o bien en un campo de dieciocho hoyos o en medio de un sórdido paso subterráneo. No parecía haber mucho intermedio. ¿Era porque era para gente de dinero y pensaban que la policía sería demasiado pobre para acceder al campo? ¿O necesitaban un paisaje bonito, un palo de hierro cinco y un día precioso mientras discutían sus actividades ilegales?

La imagen en la cabeza de Tomek se consolidó.

El siguiente en la lista para discutir era Gregory Chaplin, el alcalde de Southend.

—Gregory es ligeramente diferente a los otros mencionados hasta ahora —comenzó Anna después de que Nick le diera un momento para terminar su sorbo de agua—, en el sentido de que todo sobre él está en internet. Es un libro abierto, en muchos aspectos. Tiene su propia página de Wikipedia, aunque no estoy segura de si la creó él mismo o si alguien más lo hizo por él. Pero, por lo que he investigado, el alcalde es intachable. Casi demasiado. Y, en su mayor parte, parece ser muy respetado en la comunidad local. Hablé con algunas personas que han trabajado de cerca con él en el pasado y todas han dicho lo mismo: que era agradable, amable y un placer trabajar con él. La mayoría no tenía nada malo que decir de él.

—¿Y qué hay de los que sí? —preguntó Victoria.

—Solo que era un poco controlador y a veces perdía los estribos, pero en su defensa, dijeron que trabajaba en un entorno de alta presión. De hecho, les sorprendía que no lo hiciera más a menudo.

Tomek lanzó una rápida mirada a Nick, quien la captó y respondió con una sonrisa de suficiencia que decía: «Yo tengo la misma excusa: este es un entorno de alta presión y nadie me puede decir una chingada». Tomek sabía que el inspector jefe le iba a sacar jugo a esa excusa durante un buen tiempo. Hasta que encontrara otra para usar una y otra vez.

Nick pasó al quinto nombre en la pared.

James Colehill, a cargo de Chey.

El joven agente pasó los siguientes cinco minutos explicando al equipo todo lo que Tomek ya sabía. Al final, se convirtió en uno de los principales sospechosos del equipo.

Antes del turno de Tomek para hablar de John Mullen, estaba Nadia, a quien se le había encargado investigar a Brendan Door, el Comisionado de Policía, Bomberos y Crimen de Southend. Y antes de que siquiera empezara, Nick se movía incómodo en su silla. No era ningún secreto que él y el PFCC compartían la relación más directa de cualquiera en el equipo con los nombres de la lista. Nick y Brendan estaban en niveles similares y eran responsables de vigilar las calles de Southend. Ellos establecían las estrategias, los presupuestos y la jerarquía. Todo lo que el equipo y la familia policial en general hacían se debía a ellos. Y que Brendan se hubiera convertido posiblemente en sospechoso en una investigación de asesinato era desconcertante para todos los involucrados. Especialmente para Nick.

—Odio decirlo —comenzó ella—, pero dondequiera que miraba, encontraba al PFCC. Reuniones de negocios, eventos de celebración, ceremonias de premios, siempre estaban juntos, con aspecto de compinches, casi… —No pudo terminar la frase, pero todos captaron su inferencia—. No estoy muy segura de cómo funcionaba su relación profesional, pero Brendan y Herbert parecían pasar cada día de trabajo juntos.

Nadia se volvió hacia Nick en busca de una respuesta.

Él bajó la cabeza lentamente. —Se reunían frecuentemente para discutir la estrategia.

Nadia asintió y luego continuó. —Si le soy sincera, me ha costado encontrar información sobre Brendan. No sabía por dónde buscar.

Tomek pensó que su honestidad era refrescante. No era frecuente que alguien admitiera que había cometido un error o que había fracasado, y era agradable verlo.

Una vez que Nick hubo escuchado suficiente, pasó la conversación a Tomek.

Y al tema de John Mullen.

—¿Por dónde empiezo? —comenzó, hablando en voz alta para crear efecto, aunque pasó desapercibido para todos los demás. Estaban hambrientos, cansados y no les importaba mucho—. Para alguien tan acostumbrado a escribir sobre otras personas, hay muy poca información sobre el señor Mullen. Ha sido editor del *Southend Echo* por un poco más de veinte años y conoce muy bien la industria, el negocio y el panorama. Pero cuando se trata de Herbert Tucker, ahí es donde se sabe muy poco, a juzgar por la cantidad de contenido que se produce sobre él. Mi fuente me dice que el propio Mullen a menudo se encarga de cualquier cosa polémica o problemática sobre Herbert Tucker. Y luego, nueve de cada diez veces, nada de eso se imprime. Simplemente se pierde en el éter, se olvida.

—Ese no parece ser el caso ahora —replicó Nick, suspirando profundamente con los brazos cruzados sobre el pecho—. Recibo unas dos llamadas al día de ese cabrón queriendo saber lo último sobre su muerte.

—Lo sé. Sospechoso, ¿no? —Sus teatrales movimientos de manos hicieron poco para mover el medidor de diversión en las caras de sus colegas. Estaban casi tan muertos como Herbert Tucker —. Hablé con mi contacto sobre ese asunto en particular, y me dijeron que es la primera vez que notan presión por su parte. Mi teoría es que está preocupado y quiere estar al tanto de todo. Podría estar protegiendo a alguien. —Tomek se pasó un dedo por la barba incipiente y comenzó a tirar de un pelo que le había estado molestando durante las últimas horas—. ¿Ha leído algo de lo que se ha publicado en el *Echo*, señor?

—No mucho. No tengo tiempo. ¿Por qué?

Se encogió de hombros. —Tengo curiosidad por ver si hay alguna omisión de hechos de lo que usted le ha transmitido. Si hay algo en las declaraciones que usted le ha dicho explícitamente y él no lo ha incluido en sus artículos, entonces eso hace que se enciendan las alarmas.

—¿Alarmas? —comentó Chey—. Mírate con tu jerga juvenil.

Tomek se rio entre dientes. —Muy buena. ¿Lograste sacarte toda esa arena de los zapatos ya?

No hubo respuesta. En cambio, Chey se hundió en su asiento.

Tomek volvió a centrar su atención en Nick. —Sería interesante ver, una vez que hayamos hecho todas las entrevistas, si alguna mención de los nombres de esa lista se publica por escrito en los próximos días también, señor. Apostaría mis bonsáis a que no habrá nada.

—¿Tus bonsáis? —preguntó Chey, decidiendo intervenir de nuevo —. ¡Eso es algo muy serio!

Tomek se encogió de hombros como diciendo: «Yo respaldo mis palabras con hechos».

—¿Qué opina su fuente? —preguntó Nadia—. Debo admitir que parece muy buena.

—Ayuda cuando te acuestas con ella —replicó Rachel.

—Independientemente de si se acuesta con ella o no, ha sido de gran ayuda para entender lo que está pasando tras bambalinas — dijo Nick.

A Tomek le sorprendió oír al hombre salir en su defensa; se había opuesto a que Tomek contactara a Abigail en primer lugar.

—Siempre y cuando se pueda confiar en ella… —añadió Nick, con una ceja levantada.

—Por supuesto —respondió Tomek, con una vacilación perceptible en su voz.

—Excelente. —Nick dio un golpecito en el pizarrón—. Entonces eso cubre a todos. Parece que cada persona en esta lista tiene algo que ocultar. Todos podrían tener razones para matar a Herbert Tucker, pero también necesitamos averiguar qué estaban haciendo la noche que murió. Y una vez que hayamos hablado con todos ellos, tendremos mucha más flexibilidad sobre con quién hablamos y qué podemos hacer.

Ahora tenían que pasar de lo teórico a lo práctico: cómo iban a investigar a siete hombres al mismo tiempo sin que ninguno de ellos se enterara de lo que estaba pasando. O peor, que encontraran formas de cubrir sus huellas.

CAPÍTULO
TREINTA Y SEIS

El club para caballeros Southend Seven estaba situado a la vuelta de la esquina de la estación de tren de Southend Victoria, en una calle tranquila y apartada. La entrada al edificio era discreta, poco interesante para el ojo inexperto: una gran puerta roja que no habría desentonado como entrada a una fábrica en algún lugar. Tomek se acercó y envolvió la manija de latón con la mano. Al empujar, sintió cómo sus músculos se tensaban bajo su peso. Una vez dentro, lo invadió una sensación sórdida y decadente. Como si estuviera mal estar allí, que era un lugar sucio. Excepto que, si los estándares de limpieza servían de algo, no estaba sucio en absoluto.

Un piso de mosaico blanco y negro brillaba bajo sus pies. Justo frente a él había un perchero ornamentado y un cesto de hierro fundido para paraguas, ninguno de los cuales estaba en uso. A su derecha había un espejo, más grande que la puerta que había usado para entrar, con tallados alrededor de los bordes. Ni una mota de polvo a la vista. Por sus observaciones inmediatas, Tomek estaba impresionado. El lugar estaba más limpio de lo que esperaba. Pero, de nuevo, con la clientela que lo frecuentaba y el tipo de cosas que hacían, no le sorprendía que se esforzaran tanto en limpiarlo. Estaba muy tentado de pasar una luz negra por el edificio, solo para ver qué tipo de huellas y manchas podría encontrar.

A su izquierda había una puerta con un pequeño panel de vidrio. Detrás de ella había un joven vestido con camisa y corbata. Elegante, profesional. De unos veintipocos años, de edad similar a

Chey. Sentado detrás de un atril de restaurante, retocándose delicadamente el cabello. Al ver a Tomek, alguien a quien nunca había visto entrar en el club antes, sus ojos se abrieron de par en par y entró en pánico. «Pobre chico», pensó Tomek. Probablemente lo habían hecho jurar guardar el secreto, lo habían obligado a firmar múltiples acuerdos de confidencialidad y alentado a decirles a sus amigos y familiares que trabajaba en un supermercado en algún lugar. Probablemente incluso le habían dado el uniforme para respaldarlo.

—Buenos días, señor —dijo el joven amablemente después de que Tomek cruzara la puerta—. ¿En qué puedo ayudarle hoy?

—Estoy aquí para ver a alguien.

—¿Tiene… tiene usted una membresía con nosotros?

Tomek se palmeó los bolsillos. —Debería tenerla… en alguna parte… ¡Nunca uno encuentra las cosas cuando las necesita, ¿no?!

La tensión en el rostro del hombre se convirtió en miedo.

—No se preocupe —dijo Tomek—. No tengo una pistola aquí dentro.

Una risa nerviosa escapó de la boca del joven.

—¡Ah! Aquí está. ¿Es esto lo que buscaba? —preguntó Tomek mientras sacaba su placa de policía del bolsillo y se la ponía en la cara al hombre.

Al principio, el recepcionista no supo lo que estaba viendo, así que se inclinó hacia adelante para inspeccionar la placa de cerca. Luego, mientras la comprensión se asentaba, sus ojos se abrieron aún más.

—Me han informado de manera confiable que el alcalde podría estar aquí…

La boca del joven se abría y cerraba como un pez fuera del agua, boqueando en busca de aire.

—¡No puede entrar ahí sin una membresía!

Se interpuso en el camino de Tomek, pero el detective no estaba para tonterías.

—Esta *es* mi membresía, amigo. Abre muchas puertas. Justo como esta.

El recepcionista persiguió a Tomek a través de otro juego de puertas, pero luego redujo la velocidad rápidamente cuando se dio cuenta de que era incapaz de detenerlo. Tomek acababa de entrar en la sala principal de miembros, repleta de grandes muebles de madera, marcos dorados que contenían famosas pinturas de paisajes, decoraciones ornamentadas y una alfombra de un rojo intenso que no habría sido la primera elección de Tomek. Dos grandes sofás ocupaban el centro del espacio, con varios sillones situados a cada lado. En medio del área había una mesa de centro de caoba hecha a mano con una variedad de artefactos colocados encima. En una esquina había un piano de cola, con un asiento acolchado de terciopelo, y en el lado adyacente había una pequeña zona de bar. Dosificadores que contenían una variedad de licores colgaban de la pared, y filas y filas de copas pendían de encima de la barra. En cada una de las cuatro paredes de la habitación había una pequeña puerta que conducía a algún lugar privado.

Tomek se detuvo, examinando cada una.

—¿Dónde está?

El recepcionista no respondió desde el umbral, solo murmuró incoherentemente.

—¿Necesito revisar cada una? O me va a decir…

—Yo…

Tomek suspiró y aguzó el oído.

Murmullos suaves y silenciosos resonaban desde la puerta a la izquierda de Tomek.

Dejando al joven atrás, se dirigió directamente hacia ella e irrumpió sin previo aviso. Allí, sentado en medio de la habitación en un costoso sillón, estaba el alcalde, con los pantalones a los tobillos y una mujer a cuatro patas, con la cara en su regazo.

—¡Qué carajo está pasando! —bramó Gregory Chaplin mientras apartaba a la mujer de un empujón—. ¿Qué carajo hace usted aquí? ¡Nadie tiene permitido entrar a menos que yo lo diga!

Tomek se quedó perfectamente quieto con los brazos cruzados sobre el pecho. Mientras Gregory Chaplin buscaba a tientas sus pantalones, Tomek vio mucho más de lo que hubiera querido. Mientras tanto, la mujer que le había estado haciendo la mamada

estaba en medio de abrocharse la blusa. En la emoción de su actividad, los botones se le habían deshecho, mostrando el sostén y el escote.

—Espero no interrumpir —comentó Tomek, manteniendo la mirada fija en el hombre de la silla—. Traté de llamar antes, pero la recepción en este lugar de verdad *es una mamada*.

El comentario no pasó desapercibido para Gregory, quien resopló mientras se levantaba de su silla.

—¿Y usted quién carajo es y qué carajo hace aquí? Usted no tiene membresía con nosotros. —Antes de que Tomek pudiera responder, Gregory miró por encima de él y señaló al recepcionista que flotaba en el marco de la puerta—. Y *usted*… ¿por qué lo dejó pasar? Sabe que no debe dejar que nadie me moleste.

—Él… él… —comenzó el joven, pero no pudo terminar.

—Sí tengo una membresía —declaró Tomek—. Como le estaba explicando a su empleado aquí, me da acceso a muchos lugares.

Al ver la placa de Tomek, el color desapareció del rostro de Gregory Chaplin, y las patas de gallo de sus ojos se profundizaron.

—Mierda.

—Mierda, en efecto.

—No es lo que parece. Todo es consensual. No la obligué a hacer nada y no le he pagado. No se ha violado ninguna ley.

Tomek vaciló, volviéndose hacia la mujer. —¿Eso es cierto?

Asintió lentamente, incapaz de mirar a Tomek a los ojos. Para entonces ya estaba completamente vestida y de pie con los brazos a la espalda. Tomek se tomó unos momentos para examinar sus rasgos con más detalle.

—¿La conozco? —preguntó él.

—Yo… no creo.

—¿Nos hemos visto antes? Su cara me resulta familiar. —Le apuntó con el dedo—. De las oficinas del ayuntamiento —continuó—. Usted estaba en la oficina cuando vine a hablar con su secretaria el otro día. Con el bebedero. Y los códigos de lanzamiento nuclear.

—Yo… —dijo ella con una solemne inclinación de cabeza, prácticamente confirmando sus sospechas—. Por favor, no puede decírselo a nadie. Perderé mi trabajo.

—Espero sinceramente que no sea así como lo estaba conservando para empezar…

A eso, no tuvo respuesta. Tomek tomó sus datos y luego le dijo que se fuera. Y que si intentaba alguna gracia, él sabría dónde encontrarla.

Después de que ella saliera de la habitación, Tomek le ordenó al joven que la acompañara fuera del edificio y cerrara la puerta al salir, para que solo quedaran ellos dos.

Gregory Chaplin todavía llevaba su atuendo de alcalde, con las cadenas colgando de su cuello, y el bulto en sus pantalones aún era evidente. Tomek le hizo un gesto para que se sentara.

—¿De qué se trata esto? —preguntó Gregory—. No he hecho nada malo.

Tomek ignoró al hombre mientras comenzaba a pasearse por la habitación, sintiéndose como un villano de Bond.

Las paredes estaban cubiertas de fotografías de distintas épocas. En su mayoría eran de antiguos miembros en blanco y negro, personas notables que en algún momento de su vida habían asistido al club. Pero no fue hasta que Tomek estuvo al otro lado de la habitación que algo diferente al resto le llamó la atención.

Una fotografía digital, tomada solo unos años antes. Una foto que contenía a un hombre muerto en el centro del encuadre. En ella, Herbert Tucker vestía un par de pantalones negros manchados y rotos. En la parte superior llevaba un suéter andrajoso que estaba rasgado en el pecho. Alrededor de su cuello y manos había manchas negras. Su cabello estaba sucio y desaliñado, y su frente estaba cubierta de barro. Debajo de eso, pegado en sus fosas nasales, había un residuo de polvo blanco que había olvidado esnifar. Pero nada de eso le preocupaba a Tomek. Más bien, fue la boca del hombre lo que lo desconcertó. Estaba roja, hinchada y cubierta de lápiz labial.

Destellos del hombre muerto yaciendo entre las casetas de playa y vestido de la misma manera aparecieron en la mente de Tomek. Casi una réplica exacta de cómo habían hecho que se viera Herbert Tucker.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Tomek, señalando la foto.

—¿*Eso*? Eh… usted… usted no debería haber visto eso.

—Tampoco debería haber visto lo que presencié hace unos momentos, y sin embargo aquí estamos. Ahora dígame, ¿qué está pasando en esta foto?

Gregory Chaplin balbuceó incoherentemente, su sangre todavía acelerada por haber sido sorprendido en el acto.

—Esa foto fue tomada hace un tiempo.

—No me importa cuándo fue tomada. Quiero saber qué está pasando en ella y por qué carajo está colgada en la pared en medio de una habitación sexual.

Tomek se inclinó más para inspeccionar el fondo de la fotografía, luego examinó su entorno.

—La foto fue tomada aquí —dijo—. ¿Es esto una especie de santuario y calabozo sexual a la vez?

—No es lo que usted piensa. —Una línea de sudor se había formado en la frente de Gregory Chaplin, y una mancha había comenzado a formarse alrededor del cuello de su traje de alcalde.

—Entonces dígame qué es, porque estoy muy confundido.

—¡Fue solo una de nuestras noches!

Nuestras noches. Tomek sabía todo sobre ellas.

—Era un día de semana —continuó Gregory—. No recuerdo cuál. Fue una fiesta de disfraces… A Herbert le pareció gracioso venir vestido como una persona sin hogar…

Venir vestido como una de las personas a las que prometió ayudar.

De repente, Tomek sintió una punzada de dolor por Aaron Howell-Jones y su hermano.

Gregory continuó. —Era un desaliñado, pero todos lo éramos. Esa noche… esa noche nosotros…

—¿Consumieron cocaína y se acostaron con prostitutas?

Aún más sorpresa se registró en el rostro de Gregory, si eso era posible.

—¿Cómo sabe usted de—?

—No se preocupe —interrumpió Tomek—. Sé todo sobre sus fiestecitas de sexo y drogas. Todo el equipo lo sabe también.

Imagino que será solo cuestión de tiempo hasta que la prensa se entere y luego toda la comunidad lo sepa.

—Mullen… —susurró Gregory. Si estaba tratando de hacerlo en voz baja y ocultárselo a los oídos de Tomek, entonces había hecho un trabajo terrible, porque Tomek escuchó hasta la última sílaba. El nombre prácticamente confirmó las sospechas de Tomek. Que la camarilla de siete hombres estaba trabajando junta y apoyándose mutuamente para mantener sus sucios secretitos fuera del ojo público.

—¿Quién tomó la foto? —preguntó Tomek.

—Una mujer.

—¿Cómo se llamaba?

Inmediatamente se le vino un nombre a la mente, pero esperó la confirmación.

—Una mujer de Europa del Este. No recuerdo. —Gregory desvió la mirada, chasqueando los dedos, como si eso fuera a encender los pensamientos en su cerebro—. Ali… Allen… ¡Alina! Alina no sé qué.

Bingo.

—¿Y quién más sabe de esta foto?

—Esa es la única copia. Alina la borró después de enviárnosla.

Por lo que había aprendido sobre Alina Zandecka durante la última semana, dudaba seriamente de eso.

—Todavía no me ha dicho qué está haciendo aquí —dijo Gregory Chaplin, algo de resolución regresando a su voz—. Está usted invadiendo propiedad privada.

—No, no lo estoy. Pero ya que está tan preocupado por qué estoy aquí, déjeme explicarle. ¿Dónde estaba usted la noche del quince de enero?

—¿Qué noche fue esa?

—Una noche fría.

—¿Eh?

—Fue la noche en que murió Herbert Tucker, uno de sus colegas más cercanos.

—Ah…

—¿Dónde estaba usted?

—¿De verdad me están interrogando en relación con su asesinato?

Tomek tomó la fotografía y la descolgó de la pared.

—Nuestras investigaciones están en curso —dijo lentamente—. Esto es parte de nuestras averiguaciones de rutina. Usted trabajó con él durante muchos años, ¿no es así?

—Sí. —Para entonces, parte de la resolución había desaparecido de su voz otra vez—. Trabajamos estrechamente juntos. Pero no me gusta lo que está insinuando.

—No estoy insinuando nada.

—Sí, lo está. Está sugiriendo que tuve algo que ver con su muerte.

Tomek levantó una mano en una falsa rendición. —Oiga, usted es el que acaba de decirlo.

Gregory gruñó y agitó los puños con rabia, como un niño mimado al que le acaban de decir que no. Tomek estaba disfrutando esto, haciendo que un hombre adulto se retorciera antes de que la mujer que le chupaba el pene pudiera hacerlo.

—Responda a la pregunta —dijo Tomek—. ¿Dónde estaba la noche que él murió?

—Estaba en la oficina —resopló Gregory.

—¿Qué oficina?

—La *mía*.

—¿Aquí? ¿O en las oficinas del ayuntamiento al mismo tiempo que Herbert y sus colegas?

Gregory se había delatado solo, y ambos hombres lo sabían.

—Aquí. Estaba aquí, ¿de acuerdo?

—¿Con otra amiga?

Gregory bajó la cabeza avergonzado. —Quizás. Pero no le pagué. Todo es consensual. Todas están dispuestas a estar aquí.

Tomek no podía imaginarse a nadie que quisiera acostarse con un hombre gordo, sudoroso y de mediana edad. Pero luego se miró en uno de los espejos y recordó que él mismo no estaba tan lejos.

—Voy a necesitar el nombre y los datos de contacto de la mujer con la que pasaba la noche.

—No creo que yo—

—Puede, y lo hará.

—Pero… —Gregory se contuvo antes de continuar. Sabía que no tenía otra opción.

—¿A qué hora terminaron ustedes dos su noche de amor?

El alcalde se tomó su tiempo antes de responder. —Fue alrededor de la medianoche. Quizás antes. Y luego me fui a casa.

—¿Con su esposa?

—Sí, con mi *esposa*.

Tomek se puso las manos en la parte baja de la espalda. —¿Cómo fue esa conversación?

—No la hubo. Ella no lo sabe.

Tomek frunció los labios y siseó entre dientes. —Podría valer la pena decírselo antes de que se entere por otra fuente.

—¿Es eso una amenaza? —preguntó Gregory, encarando a Tomek.

—Para nada. Pero usted parece saber mucho sobre amenazas, Sr. Chaplin. ¿Eso fue lo que le pasó a Herbert? ¿Le hizo una amenaza a usted pero usted se le adelantó, o fue al revés? ¿Usted hizo la amenaza y luego la cumplió?

—¡Absolutamente no! Se está pasando de la raya. No tiene derecho a acusarme de cosas tan absurdas. Ahora, si no tiene más preguntas para mí, ¡me voy!

Sin decir nada, Gregory tomó su ropa y el resto de sus cosas, y luego hizo ademán de irse. Cuando alcanzó la manija de la puerta, Tomek lo llamó y señaló una pequeña tira de aluminio que descansaba en el brazo de la silla. Dentro había pequeñas pastillas azules.

—Creo que olvida algo —señaló Tomek—. Pero no le recomendaría tomar más. No querríamos que la conversación con su esposa se ponga más *dura* ahora, ¿verdad?

CAPÍTULO
TREINTA Y SIETE

Para cuando Tomek regresó a la comisaría, todos los demás miembros de los Siete de Southend, incluido Richard Stafford, habían sido abordados e interrogados. Y se consideró un éxito, un ataque coordinado del que Corea del Norte se habría sentido orgullosa.

La noticia de la posición comprometedora en la que había encontrado a Gregory Chaplin se había corrido rápidamente, y poco después de su regreso todos en el equipo se habían reído y bromeado al respecto, durante apenas treinta segundos antes de que Nick le pusiera fin y les ordenara a todos entrar a la sala de crisis para un informe. Una oportunidad para cotejar todo mientras todavía lo tenían fresco en la memoria.

Lamentablemente, lo único que seguía fresco en la mente de Tomek era la imagen imborrable del pene erecto de Gregory Chaplin. Se estremeció al pensarlo mientras entraba en la sala de grandes incidentes.

—Vamos —dijo Nick, arreándolos a todos detrás de él desde la puerta—. Apúrense, carajo.

Los últimos en entrar fueron Chey y Rachel, quienes habían tenido la brillante idea de prepararse una taza de té antes de la reunión.

—¿No trajiste más comida de tu restaurante, o sí? —le preguntó Tomek al joven agente.

—Todavía queda algo en el refrigerador de anoche.

—¡Genial! —dijo Tomek—. Me encanta un poco de arroz frío del día anterior.

—¡No! —gritó Nadia, casi cayéndose de la silla al girarse para encararlo—. ¿Estás loco? ¿Arroz frío? ¡No puedes comer arroz frío después de cocinarlo!

—¿Por qué no?

—Porque te matará. Está lleno de bacterias. Tienes que recalentarlo *muy bien* antes de poder comerlo de nuevo.

—¿No es eso un mito? —preguntó sinceramente.

—Te voy a dar un puto mito —dijo Nadia, controlándose ahora—. ¿Cómo es que no sabías eso?

Tomek se encogió de hombros. —Siempre lo he hecho. Aún no me ha matado.

—Bueno, bajo ninguna circunstancia vas a comer arroz frío una vez que ha sido cocinado. —Ella negó con la cabeza y sopló con fuerza por los labios—. Tienes cuarenta putos años, Tomek. No puedo creer que tenga que enseñarte cosas así como si fuera tu madre.

Tomek asintió hacia el bebé que crecía en su vientre. —Todo es buena práctica para ti.

—Claro, porque esa es la primera lección que voy a enseñarle.

Nadia se dio la vuelta en su silla y esperó a que Nick comenzara la reunión. El inspector jefe esperaba de pie a la cabeza de la sala, mirando con desaprobación a Tomek.

—No dejas de sorprenderme, de verdad —dijo.

Tomek hizo una reverencia burlona. —Estaré aquí toda la semana. Excepto el sábado. Tengo el día libre el sábado. El West Ham.

Pero Nick había dejado de escuchar y se había dirigido a los nombres en las pizarras. Durante la siguiente hora, el equipo repasó la información que habían logrado reunir de sus respectivos sospechosos.

En resumen, nadie hablaba. Nadie admitía nada. Nadie había tenido nada que ver con el asesinato de Herbert Tucker. Todos estaban en casa, profundamente dormidos, arropados en la cama. Si

ese fuera realmente el caso, entonces ponía a dos personas en el punto de mira como colaboradores.

—Además de ver mucho más de lo que esperaba —comenzó Tomek—, también encontré esto.

Sostuvo la foto que había tomado del cuarto de sexo y señaló la boca roja de Herbert Tucker.

—¿Reconocen algo? El parecido es asombroso. Esta foto la tomó hace unos años nuestra amiga Alina Zandecka, durante una noche de placer y entretenimiento en el Southend Seven. Esta, según Gregory Chaplin, es la única copia.

—Ni en sueños —opinó Martin.

—Pienso exactamente lo mismo. También pienso que quienquiera que haya matado a Herbert Tucker ha visto esta foto.

—Eso ciertamente reduce el campo de búsqueda —dijo Nick—. Buen trabajo. —Luego, rápidamente dirigió su atención a Chey, que era el último en hablar.

El agente rebosaba de alegría.

—¡Les va a encantar oír esto! —dijo, incapaz de contener su emoción—. Mientras el resto de ustedes le hablaba a una pared, el señor Colehill, allá en el club de fútbol, cantó como un canario. O meó como un octogenario, como me gusta decir.

—Me sorprende que sepas el significado de la palabra —replicó Tomek.

—¡Ya vas a medio camino, abuelo! ¡Aunque tu frente podría llegar primero!

Tomek decidió pasar por alto el comentario. —Ya verás cuando tengas cuarenta. Tendrás piedras en el riñón antes de que yo tenga problemas de vejiga.

Eso pareció callarlo, luego dirigió su atención a Nick. —Como decía…

—Cantando como un canario… —terminó por él el inspector jefe.

—Sí. Contrariamente a como Tomek lo describió el otro día, estaba feliz de hablar. Y vaya que habló. Me contó un par de cosas reveladoras, de hecho. Según James Colehill, Herbert Tucker tenía un problema con las drogas más grande de lo que nos hicieron creer al principio.

—¿En qué sentido?

—No solo las consumía, sino que también las suministraba.

—¿*Qué*?

—¡Ah, sí! Se pone mejor. Al parecer, los cuatro estaban operando su propia pequeña red de drogas…

—¿Quiénes? —preguntó Nick.

—Herbert, el PFCC, el alcalde y Richard Stafford.

Un momento de breve silencio, cargado de conmoción, llenó la sala.

—Explique —ordenó Nick.

—Según tengo entendido, Richard era el que suministraba las drogas; obviamente, considerando su historial. Mientras tanto, Gregory Chaplin y Herbert Tucker le decían todo lo correcto al público cuando importaba, como que iban a tomar medidas enérgicas contra las drogas e imponer castigos más severos para los que fueran sorprendidos en posesión y traficando. Pero luego, a puerta cerrada, le pasaban instrucciones al PFCC.

—¿Qué tipo de instrucciones?

—Le decían que recortara presupuestos para la policía de primera línea, que desviara el enfoque de las intervenciones antidrogas y del personal de las zonas donde era más prevalente, hacia algo completamente ajeno, como robos a domicilios o de autos. Querían que las calles se llenaran de esa porquería, sacarles todo el dinero que pudieran a los drogadictos y consumidores, esperar a que el problema se saliera de control y luego, si necesitaban un golpe de efecto rápido de relaciones públicas, volverían a solucionar el problema. —Chey movió la mano de arriba abajo como una onda sinusoidal—. Picos y valles. Picos y valles. Todo mientras se estaban llenando los bolsillos con las ganancias.

Nick abrió la boca para hablar, pero Chey lo interrumpió y continuó.

—Incluso noté algunos pagos mensuales, presumiblemente anticipos, a Brendan Door, Gregory Chaplin y Richard Stafford cuando estaba revisando los estados financieros de Herbert.

Todas las miradas se volvieron hacia Nick, quien, en cierto modo, tenía algo de culpabilidad que asumir. La vigilancia del área de

Southend era su dominio; en algún momento habría tenido que aprobar los presupuestos y acordar la estrategia con Brendan.

—Carajo —siseó.

Carajo, sin duda, pensó Tomek. El mismo sentimiento estaba escrito en los rostros de sus colegas.

—Yo… nunca vi venir esto… —dijo, bajando la cabeza—. Yo…

Nadie dijo nada. Nadie sabía qué decir. Una sensación extraña para Tomek.

—¿Podemos probar algo de esto? —preguntó Nick.

—Podemos investigar los pagos, sí. Pero como con muchas de estas cosas, es poco probable que haya un rastro a menos que encontremos algo en la computadora portátil de Tucker: correos electrónicos, mensajes, ese tipo de cosas.

El único problema era que el equipo de forensia digital todavía estaba examinando el disco duro del político. Y pasaría otra semana más o menos antes de que hubieran revisado toda la evidencia por completo.

—Bien —dijo Nick, perdido en sus pensamientos—. Pero, ¿cuál es el motivo en todo esto? Si Herbert Tucker estaba pagando anticipos mensuales al PFCC, ¿cómo se traduce eso en su muerte?

Chey hizo una pausa, consideró. —Porque los pagos se detuvieron, más o menos al mismo tiempo que se detuvieron los de Alina Zandecka y Terrence Toffolo.

—¿Así que simplemente cortó todo el suministro de fondos y luego alguien tomó represalias?

—Así parece, señor.

Tomek se sentó pacientemente, escuchando, dándole vueltas a la información en su mente. Antes de que pudiera concentrarse en ello adecuadamente, Chey se aclaró la garganta.

—Hay más… —dijo teatralmente.

—¿Más?

—Oh, sí. ¡Se lo dije, meando como un octogenario! —Chey se rascó un lado de la cara mientras se preparaba para la siguiente exhibición teatral de su discurso—. El señor Colehill también me informó que Herbert Tucker no era el único con problemas de drogas.

—¿Quién más?

—Su hija, Whitney. Durante un período de diez a doce meses, estuvo enganchada a la cocaína y la heroína. De tal palo, tal astilla. Esto fue hace unos seis años. Pero luego su madre se enteró y la sacó de eso. Sin embargo, eso no impidió que Herbert financiara el hábito en primer lugar, ¿verdad? Seguía vendiéndosela a los adictos con la ayuda del PFCC. El muy imbécil estaba dispuesto a matar a su propia hija por un poco de dinero extra.

Era repugnante. Y Tomek recordó brevemente a su hija en casa. Cómo había estado expuesta a una madre drogadicta antes de terminar finalmente en su puerta. Cómo había visto de primera mano la destrucción que podía causar. Cómo podría haber sido tentada a desviarse hacia ese mundo a una edad tan temprana. Y cómo ya había empezado a mostrar señales de ello: ya había probado beber alcohol siendo menor de edad y él la había encontrado fumando un vapeador en su habitación en dos ocasiones. Esperaba que no hubiera una progresión natural en su comportamiento…

Tomek desconectó sus pensamientos y se centró de nuevo en la sala.

—Dos cosas más —dijo Chey.

—¿*Dos*?

—Sí. ¿Cuál quiere primero?

—En el orden en que lo escuchó —respondió Nick, aunque todos en la sala habían abierto la boca para expresar su elección.

—Muy bien, entonces. —Chey se aclaró la garganta—. En primer lugar, según James Colehill, nuestro Comisionado de Policía, Bomberos y Crimen, el señor Brendan Door, se ha estado acostando con la esposa de Herbert, Nora, durante mucho tiempo. Y, en segundo lugar, corre el rumor de que Richard Stafford sabe algo sobre Herbert Tucker que nadie más sabe. Algo que, según se dice, se va a llevar a la tumba…

CAPÍTULO
TREINTA Y OCHO

Sábado. El día libre de Tomek. El primero en lo que parecía mucho tiempo.

También era día de partido. Su primero en lo que parecía incluso más tiempo.

Pero para Kasia, era el primero de su vida.

Y durante las próximas veinticuatro horas, había prometido no pensar en Herbert Tucker, Alina Zandecka, Gregory Chaplin o la chica que había estado boca abajo sobre su regazo (aunque no había mencionado nada de ella cuando hizo su promesa). Kasia tendría toda su atención durante el día entero, y él no iba a arruinarlo. Asistir a un partido del West Ham, su equipo favorito, era un día especial para él. Un día para estrechar lazos.

Si ella apreciaba la magnitud del evento, no podía decirlo con certeza. Pero esperaba que, al final del día, al menos se hubiera divertido.

Al entrar al estadio, Tomek le compró a Kasia una guía del partido y una bufanda granate y azul en un puesto.

—Ahora vamos a juego —dijo él, sosteniendo la de ella junto a la suya.

_¿Tengo que usar esto?

—Si quieres cenar esta noche, sí.

A regañadientes, ella le tomó la bufanda y se la enrolló al cuello, asegurándose de meter la mayor parte posible dentro de su abrigo.

Luego, mientras empezaban a caminar hacia sus asientos, él le pasó el programa.

—Ahí dice quiénes son todos sus jugadores —le dijo.

—Ya sé quiénes son —respondió ella—. Los busqué en internet.

Lo que le recordó algo. Sacó su celular y buscó la aplicación de apuestas William Hill. Justo cuando estaba a punto de cargar el software, apareció una notificación en la parte superior de la pantalla. Un mensaje. De Abigail.

Hace rato que no sé de ti. ¿Todo bien? Me preguntaba si podríamos…

Tomek estuvo muy tentado de tocar la notificación con su dedo regordete y leer el resto del mensaje, y quizás escribir una respuesta, pero entonces recordó a Kasia y la promesa que le había hecho a su hija. Después de que la notificación desapareciera, cargó la aplicación de apuestas, encontró el partido del West Ham y apostó diez libras a que ganaban. Las probabilidades no eran fantásticas, 18/10, pero eran los favoritos. Y al menos casi duplicaría su dinero.

No. *Iba* a casi duplicar su dinero. Estaba seguro de ello. West Ham contra Manchester United, el equipo local en una buena racha, el otro lidiando con problemas dentro y fuera de la cancha, y uno no era el favorito. En su mente, solo podía haber un ganador, y esos eran sus queridos Hammers.

Llegaron a sus asientos y se sentaron a pesar del frío. Faltaba media hora para el inicio y el estadio ya comenzaba a llenarse. Una asistencia masiva para un partido masivo. Tomek sintió que el ambiente en el estadio comenzaba a vibrar.

—¿Quién crees que va a anotar por nosotros? —le preguntó Tomek mientras terminaba de hacer su primera apuesta.

Kasia consultó el programa del partido antes de responder.

Al final, dijo: —Bowen —señalando con entusiasmo el nombre del extremo.

—Me pregunto por qué…

—¿Somos parientes de él?

Tomek se encogió de hombros. —No que yo sepa. Podríamos serlo.

—El señor Hendricks dice que todos estamos emparentados de alguna manera.

—¿Por qué dice eso?

—Al parecer, un tipo considera que hay un isopunto genético que significa que todos venimos de dos personas de hace mucho tiempo en la historia.

—Claro —Tomek asintió—. Supongo que quizá todos estamos emparentados de alguna manera.

—¿Tenemos a alguien famoso en nuestra familia? —preguntó Kasia.

Estaba sorprendentemente conversadora para una fría tarde de enero, en un entorno y una experiencia desconocidos, pero él no se quejaba. Quizás esa era su manera de hacerle saber que la estaba pasando bien.

—Creo que la persona más famosa que tuvimos en la familia fue una tía abuela… *mi* tía abuela. No sé qué parentesco tendría contigo.

—¿Qué hizo?

—Era una criminal. Robó una joyería una vez, allá en Polonia.

—Oh.

—Sí. Murió unos años antes de que tú nacieras, creo.

—¿Es hereditario?

—¿Qué? ¿Que te disparen en la cabeza? Creo que estarás bien.

Los labios de Kasia se separaron y sus ojos se abrieron de par en par. —¡Le dispararon en la cabeza! ¿Por qué?

—Venganza. Por lo que entiendo, no era una mujer particularmente agradable, y había molestado a alguien unos años antes y luego vinieron a terminar el trabajo.

—Wow.

—Sí. Así que ten cuidado con quién te metes en la vida.

Con esa inquietante reflexión flotando en su cabeza, Kasia se acomodó en su asiento y no dijo nada. Pero el silencio duró poco, y unos minutos después, los equipos salieron al campo y el partido comenzó. Luego, durante los siguientes noventa minutos más el tiempo de descuento, todo pensamiento sobre tías abuelas criminales y balas en la cabeza se esfumó, mientras veían al West Ham aferrarse a una victoria por 1-0, con Jarrod Bowen anotando el

único gol del partido. Después de que terminó el encuentro, los cánticos de "Bowen's on fire, your defence is terrified" con la música de "Freed From Desire" de Gala resonaron por todo el estadio. Tomek se encontró uniéndose, cantando a todo pulmón, contagiado por la emoción del momento.

—Qué vergüenza —dijo Kasia, mientras comenzaban a dejar sus asientos.

—¿Qué? Estoy que ardo, ¿no?

—Tú no metiste el gol.

—No. Me refiero en general. En la vida.

La expresión en su cara decía que quería decir: "¿De qué carajo estás hablando, papá?", pero en su lugar eligió la versión para todo público.

—A veces eres tan raro.

—Es parte de ser padre. Está en el manual. Avergonzar a tu hijo tanto como sea posible.

—Sí… claro…

—Además, gané mis apuestas, ¿no? *Ahora sí* que estoy en racha.

—Parte de ese dinero debería ser mío.

Buen punto.

—Está pagando tu comida para llevar de esta noche, ahí tienes.

Poco después de dejar sus asientos, fueron rápidamente absorbidos por el mar de aficionados, ansiosos por evacuar el estadio y llegar a casa lo más rápido posible. Justo cuando bajaban el pequeño tramo de escaleras que conducía al pasillo principal, Kasia explicó que necesitaba ir al baño, así que Tomek la esperó del otro lado. Mientras estaba allí, apoyado contra la pared, sacó su celular y miró las notificaciones. Durante el partido, había recibido otros dos mensajes de Abigail. Ambos decían lo mismo.

Espero no haber hecho nada que te molestara…

No quiero que pienses que soy necesitada o agobiante…

Tomek no pensaba eso. Ya lo había experimentado antes, al extremo, y esto no se parecía en nada. En cierto modo, era ligeramente encantador. Que ella se tomara en serio y estuviera comprometida con la relación y con conocerlo. Ahora solo era su

turno de hacer lo mismo. Siempre y cuando pusiera en orden sus prioridades.

Hablando de prioridades. ¿Dónde estaba ella?

Habían pasado al menos cinco minutos y todavía no había rastro de Kasia. Guardando su celular en el bolsillo, comenzó a abrirse paso entre la multitud, luchando contra los músculos y la grasa de hombres de mediana edad con aliento a alcohol que le gritaban en la cara. De repente, la euforia y la emoción de la victoria no lo cautivaron como lo habían hecho unos momentos antes.

Afortunadamente, el leve estado de pánico duró poco porque allí, saliendo del baño, caminando al lado de otra chica, estaba Kasia. Tomek reconoció a la chica que la acompañaba, pero no pudo ubicar su rostro.

—Papá, ¿te acuerdas de Yasmin? —preguntó Kasia.

Yasmin. Yasmin. Tomek repasó el nombre en su mente varias veces. Luego, cuando ella lo miró, y sus rasgos maduros se hicieron visibles, la reconoció. Yasmin. La chica de la playa antes de Navidad. La que había estado allí la noche en que atacaron a la hija de Nick.

—Yasmin. Sí, claro que me acuerdo de ti. ¿Cómo estás? ¿Estás aquí sola o con alguien?

—Estoy con mis padres —se giró y señaló una figura al otro lado de la multitud—. Mi mamá me está esperando.

Kasia se despidió rápida y torpemente con la mano. Cuando se volvió para mirarlo, sus mejillas se habían sonrojado.

—¡Qué coincidencia! —dijo Tomek.

—Su mamá y su papá tienen abonos de temporada.

—Supongo que si tienes una amiga que viene, estarás más dispuesta a venir a los partidos en casa ahora, ¿no? Y no solo porque tu viejo y querido padre te lo pidió.

Kasia no dijo nada mientras se unían al mar de gente y salían del estadio.

Cuando subieron al metro, Tomek dijo: —Entonces, la cena de esta noche. ¿Ya decidiste qué quieres?

—Comida china. Se me antoja mucho la comida china.

Por supuesto que sí. Era su favorita. Y usualmente la más cara. Qué bueno que el señor William Hill pagaba la cuenta.

CAPÍTULO
TREINTA Y NUEVE

Ácido de batería sisea en los ojos de mi hermano. La lluvia azota su rostro, burbujeando al chocar con el ácido.

O tal vez no. No lo sé.

Pero lo que sí sé es que hay dos asesinos. Dos asesinos parados sobre mi hermano mientras entro al campo donde se supone que me encontraría con Michał.

Dos asesinos que huyeron de la escena. Pero no antes de que lograra ver bien a uno de ellos.

En este recuerdo le clavo la mirada a Nathan, el asesino que arrestaron por el homicidio de Michał, mientras que el otro está borroso, atascado en el fondo. Quiero estirar la mano y traerlo a la luz, pero no pasa nada. No se mueve.

Pero Nathan…

Ese maldito cabrón me clava la mirada; su rostro lleno de amenaza y maldad, el odio le impregna los ojos.

Lleva un conjunto deportivo negro. Adidas, creo. Las tres rayas. Tiene capucha, pero no la lleva puesta. No es que la necesite, porque en realidad no está lloviendo. La lluvia no está realmente ahí. Sé que no, pero por alguna razón, sigue apareciendo.

Pero a Nathan parece no importarle de cualquier forma.

Nathan tiene quince años. Cuatro años mayor que yo, dos años mayor que Michał. Uno de los mayores de la escuela. Tiene hombros delgados y estrechos, y una complexión aún más delgada y estrecha. Le gusta pensar que es uno de los chicos rudos, que vive

en algún barrio marginal. Le gusta pensar que es el dueño de la escuela cada vez que entra, pero no lo es. Su flequillo negro, espeso y desgreñado se agita y se mece con el viento, y su boca se abre en una sonrisa torcida, mostrando sus dientes horribles; dientes que probablemente no han sido limpiados en semanas. Sus manos y su abrigo están cubiertos de sangre y, al apartarse un mechón de pelo de la cara, se mancha la mejilla con un poco de esta.

La sangre de Michał. La sangre de mi hermano.

Lo han masacrado. Asesinado. Lo han hecho pedazos, sin piedad.

Y nunca los perdonaré. Nunca los perdonaré por lo que han hecho.

Desearía que tuviéramos pena de muerte. Desearía que los hubieran sentenciado a morir. Ahorcados por sus crímenes. Que les hubieran dado la inyección letal o la silla eléctrica.

Asesinados, borrados del planeta. De la misma manera que lo hicieron con Michał.

Pero en cambio, les han dado otra oportunidad.

A Nathan le dieron treinta años.

El otro… Charlie*, bueno, donde carajo esté, espero que esté sufriendo, como se lo merece.*

Él se merece el ácido de batería en sus ojos.

Los ladrillazos en la cara.

La tierra en su boca.

Las puñaladas en el estómago y el pecho.

La mutilación de su pene.

Se lo merece todo. Cada pizca de dolor que le infligió a Michał, se la merece diez veces más.

CAPÍTULO
CUARENTA

El *Southend Echo* ocupaba una pequeña oficina en el segundo piso en el corazón de Basildon, en un edificio gris y monótono que no había sido modificado en absoluto desde su construcción original en los ochenta. No había ventanales de piso a techo, ni revestimientos modernos, nada que sugiriera que se había construido adelantado a su tiempo. Era deprimente de ver desde afuera, y Tomek esperaba que el interior fuera un poco más alegre.

Se equivocaba.

El interior era tan lúgubre y deprimente como el exterior y le recordó los salones de clase de los noventa. En la recepción, los recibió una mujer de mediana edad que parecía que debería estar trabajando en una biblioteca, en lugar de en la oficina de un periódico. Tomek y Rachel se presentaron y explicaron que estaban allí para reunirse con John Mullen, y…

—¿Tienen una cita?

—No —respondió Tomek con una sonrisa socarrona—. No la necesitamos.

—Me temo que sí. El señor Mullen es un hombre muy ocupado.

—Nosotros también —replicó Rachel con la misma convicción de un niño pequeño que demuestra que tiene razón.

Antes de que la recepcionista pudiera responder, Tomek preguntó:

—¿Abigail está trabajando hoy?

—¿Qué tiene que ver eso con…?

—¿Lo está? —insistió Tomek.

—Sí, ella está…

—Excelente. Hablaré con ella. Tengo una reunión con ella.

Tomek le dio la espalda a la mujer, atravesó la puerta que decía *Southend Echo* en letras negritas y luego continuó por un largo pasillo con una alfombra púrpura que tenía al menos treinta años, posiblemente más.

—Supongo que acostarse con una de las redactoras del periódico tiene sus privilegios —comentó Tomek.

—Además de los obvios.

—¿Detecto un dejo de celos, agente Hamilton?

—Solo porque sea gay no significa que todas las mujeres me parezcan atractivas. De la misma manera que no pensarías que todos los hombres lo son si fueras gay. Pero sí, creo que esa mujer te queda *muy* grande.

Tomek enarcó una ceja.

—No te reprimas la próxima vez, ¿de acuerdo? Aguanto vara, no te preocupes.

—Cuidado con lo que deseas, sargento —respondió ella con una sonrisa pícara.

Finalmente, llegaron al final del pasillo y a un pequeño espacio abierto que estaba lleno de seis individuos encorvados sobre sus escritorios, con una pared de monitores de computadora y cables que les impedían verse unos a otros. El sonido del tecleo furioso era ensordecedor. Al otro lado de la sala había una pequeña oficina, con el nombre de John Mullen rotulado en la misma tipografía que habían visto al entrar.

Tomek ignoró a los trabajadores y a Abigail, que estaba sentada de espaldas a él al final de la fila de escritorios, y se dirigió directamente a la oficina de John Mullen.

Apenas dio unos pasos antes de que ella lo viera por el rabillo del ojo y girara en su silla, con el rostro reflejando sorpresa y emoción.

—¡Tomek! ¿Qué estás…?

—Lo siento —dijo él, interrumpiéndola al instante—. Hablaré contigo después. Primero tengo que ocuparme de algo.

Hablar con John Mullen, después de la revelación de Chey, se había convertido en una prioridad absoluta. Lo mismo aplicaba a Brendan Door, el PFCC, excepto que Nick le había informado que él tomaría las riendas en ese asunto. Y lo mismo también aplicaba a Richard Stafford. El único problema era que el equipo estaba teniendo dificultades para encontrar al presunto narcotraficante. Según los informes, había volado a su villa en la soleada España y no podían extraditarlo porque no había cargos que presentar en su contra sin pruebas suficientes.

Por ahora.

John Mullen, sin embargo, era un blanco fácil. Y Nick le había pedido a Tomek que hablara directamente con él. Un sargento, alguien con antigüedad. Había sido difícil no pensar en Sean cuando se enteró, pero el momento de compasión solo había durado unos segundos antes de que se pusiera de nuevo su sombrero de policía y partiera con Rachel.

Tomek llamó a la puerta del escritorio de John Mullen y esperó. El hombre de cuarenta y nueve años abrió la puerta unos segundos después.

—¿Quién es usted? —siseó, con la indignación a flor de piel.

—Amigos —respondió Tomek mientras le mostraba su placa en la cara—. No queremos hacerle daño.

Físico, al menos, no.

A regañadientes, John Mullen se dio cuenta de que tenía poco poder en la situación y se hizo a un lado. Rachel fue la primera en entrar, seguida por Tomek. No había asientos en la oficina, aparte del que estaba asignado al editor, lo que significaba que Tomek y Rachel se vieron obligados a permanecer de pie, algo con lo que Tomek no tenía ningún problema. Más poder para él, una presencia más intimidante; una presencia que podría provocar que saliera a la luz alguna información o dato valioso.

Un momento después, Tomek comenzó.

—Queríamos hablar con usted en relación con Herbert Tucker, y…

—Ya les dije todo lo que sé el otro día.

—Lamentablemente, tenemos razones para creer lo contrario.

John Mullen entrelazó los dedos y adoptó una expresión pensativa.

—Nos hemos enterado de que usted ha estado ocultando ciertas cosas sobre Herbert Tucker a la prensa desde hace algún tiempo.

—¿Cómo?

—Un testigo.

—¿Quién habló? —dijo Mullen rápidamente, y luego se corrigió con la misma rapidez.

—Nadie habló, señor Mullen —mintió Tomek—. Nuestros estimados colegas lograron sacarles la información.

—No crea que eso va a funcionar conmigo.

Rachel y Tomek se miraron.

—Qué tierno —le dijo Tomek a ella—. Eso es lo que todos dicen.

—Así es, sargento. Tiene razón.

Tomek dio un paso adelante.

—En realidad, no estamos aquí por eso, John. Estamos aquí para discutir otras cosas.

Las arrugas en su frente se profundizaron a medida que la preocupación aumentaba.

—Nos preguntábamos si podría darnos más información sobre el abuso de drogas de la hija de él.

Las pupilas de John se contrajeron, su cabeza se inclinó hacia un lado.

—¿Qué quieren saber sobre eso?

—Cuánto le pagaron para mantenerlo en secreto.

—No me pagaron.

—¿En serio? Entonces, ¿cómo explica esto? —Rachel se paró frente a él y le pasó un documento A4 a John. En la parte superior del documento había una sola fila de celdas. En la primera estaba el nombre de John, luego sus datos bancarios personales, código de sucursal y número de cuenta, la fecha de la transacción y, finalmente, la cantidad.

—¿Le gustaría explicar esto?

—Fue… yo… Fueron honorarios de consultoría.

—Cuarenta mil libras es mucho dinero por consultoría. ¿Sobre qué lo consultó?

—Sus posturas políticas —respondió John, sonriendo como si estuviera orgulloso de sí mismo por haberlo pensado en el momento —. Necesitaba saber cómo se verían sus opiniones y discursos desde una perspectiva de relaciones públicas.

—¿Así que usted lo asesoró? —preguntó Tomek.

—Sí.

—¿Alguna vez le dijo qué decir?

—A veces.

—¿Eso está permitido? Eso me suena un poco a manipulación. También suena a que este hombre no tenía una idea original propia.

—Yo…

—¿Le molestó eso en absoluto?

John negó lentamente con la cabeza.

—Era lo que él hacía. Todos lo habíamos aceptado.

—¿Todos?

Tomek estaba disfrutando esto. El hombre se estaba enredando con sus propias palabras. Y a este ritmo, podría confesar el asesinato al final de la conversación.

—Solo… solo nosotros, aquí. En el periódico.

—¿Nada que ver con Gregory Chaplin, Richard Stafford, Brendan Door, Anthony Arnold, James Colehill o Terrence Toffolo?

John no dijo nada durante un rato, simplemente se quedó sentado incómodamente, dándole vueltas a los nombres en su mente. Un tic comenzó en su ojo derecho.

—No conozco ninguno de esos nombres.

—¿En serio? ¿Ni siquiera el del alcalde? Eso parece extraño. ¿No estuvieron ustedes dos juntos el fin de semana?

—Ah. Cierto. Bueno, sí. Los conozco en un sentido profesional.

—¿Pero no en un sentido personal?

—No lo diría, no.

—¿Así que no sabe nada del club de caballeros Southend Seven en Richmond Avenue?

El rostro de John palideció un poco.

—¿O de la foto que estaba colgada en la pared dentro de una de las habitaciones?

Otro poco más.

Cuando Tomek sacó una copia impresa de la fotografía de su bolsillo y se la mostró al hombre, todo el color desapareció de su rostro.

—¿Estaba usted allí cuando se tomó esta foto?

—Yo… Eh… —John se aclaró la garganta, tomó un vaso de agua de su escritorio y bebió. El hombre estaba ganando tiempo, era evidente, pero no importaba si ganaba diez minutos o diez horas; lo que importaba era lo que saliera de su boca a continuación. Los cinco —el abogado, el alcalde, el PFCC, John y el narcotraficante— se mantenían en silencio, asegurándose de tener la boca cerrada. Estaban demostrando ser huesos duros de roer. Pero uno de ellos comenzaría a hablar tarde o temprano. Y Tomek quería estar allí cuando lo hicieran.

—No sé nada de esa foto —respondió John—. ¿Estoy arrestado?

—¿No a menos que quiera que lo arrestemos?

—Entonces no diré nada más.

Tomek dejó la foto sobre la mesa y metió las manos en los bolsillos.

—Todavía tenemos algunas preguntas que nos gustaría hacer, así que vamos a hacer precisamente eso.

John se burló.

—¿Con qué frecuencia asiste al Southend Seven?

El hombre no dijo nada y se quedó sentado con los labios fruncidos como para reafirmar su punto.

—¿Semanalmente? ¿Diariamente?

Nada.

—¿Su esposa sabe que va allí?

La tensión en sus labios se aflojó ligeramente.

—¿Sabe ella lo que usted hace? ¿Sabe quién tomó la foto?

Más flojos, más flojos.

—¿Sabe ella lo de las drogas?

Más flojos, de vuelta a la normalidad ahora.

—¿Sabe ella dónde estaba usted la noche de la muerte de Herbert Tucker? ¿Puede ella corroborar eso, o necesitaremos tener esta discusión en un entorno más formal? ¿O necesita que le digamos a ella qué tipo de cosas hace usted?

—¡Está bien! Cállense, por el amor de Dios. Dejen de hablar. No, ella no lo sabe, ¿de acuerdo? Y les agradecería que lo mantuvieran así.

—La única forma en que se enteraría es si se filtrara en las noticias, pero considerando que usted es el dueño de esta publicación y no tiene que pagar por su propio silencio, supongo que estará bien. Sin embargo, si lo procesan por el asesinato de Tucker, imagino que todos esos secretos, y quién sabe qué más, podrían empezar a salir a la luz.

—No tuve nada que ver con la muerte de Herbert. Quedé devastado cuando me enteré. Honestamente.

Eso era exactamente lo que diría alguien que no estaba siendo honesto.

—¿Sabe quién lo hizo? —preguntó Rachel.

El hombre negó profusamente con la cabeza.

—Ojalá lo supiera. Pero no lo sé. Lo siento.

—¿Puede decirnos *algo*?

—Ya les dije todo lo que sé el otro día.

—Eso es una mentira, ¿no es así, John, y usted lo sabe?

—¿Qu- qué? No entiendo.

—La hija de Herbert consumía drogas y usted lo mantuvo fuera del dominio público, ¿no es así? —continuó Rachel—. ¿Cuánto le pagó por eso? ¿Fue otro de sus honorarios de consultoría? ¿Otras cuarenta mil en la cuenta por guardar silencio?

—No voy a decir nada —dijo. Pero al hacerlo, prácticamente había confirmado su culpabilidad. Había estado aceptando sobornos a cambio de silencio.

Lo cual había sido un tema recurrente con casi todos con los que habían hablado. Todo se reducía a dinero. Y con un hombre de tal influencia y poder, no había escasez de oferta.

Ni tampoco había escasez de demanda.

CAPÍTULO
CUARENTA Y UNO

Al salir de la oficina de John Mullen, Tomek apartó a Abigail y le explicó que, a pesar de lo que ella se había convencido que era cierto, él no la había estado ignorando, y que tenía una hija de la que debía cuidar. Kasia era su prioridad, y Abigail se mostró más que comprensiva al respecto y luego se disculpó por haberse mostrado autoritaria y asfixiante. Al final de la conversación, Tomek sugirió la idea de que se encontraran el siguiente fin de semana, tal vez en uno de los próximos partidos en casa.

—¿Estás bromeando? He sido hincha del West Ham toda mi vida. ¡Me *encantaría* ir!

Era una cita. Agendada. Algo que esperar con ansias.

Por desgracia, no se podía decir lo mismo de su tarde. Tan pronto como terminó con John Mullen, la siguiente persona en su lista con la que debía hablar era Brendan Door, el Comisionado de Policía, Bomberos y Crimen de Southend. Lo acompañaba Nick.

El inspector jefe estaba visiblemente nervioso. Caminaba de un lado a otro, cambiaba el peso de un pie a otro cuando no estaba caminando, y se rascaba la nuca casi al punto de que era constante mientras esperaban a que la secretaria de Brendan les diera paso.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó Tomek.

—Sí —respondió Nick con voz temblorosa—. Es solo que… es difícil, ¿sabes?

—Trata de no pensar en eso.

Normalmente, ante una afirmación como esa, Nick habría suspirado, le habría lanzado una mirada fulminante a Tomek y habría hecho algún comentario cargado de groserías sobre cómo no se le había ocurrido eso a él mismo, pero ahora no hubo nada. Ni el más mínimo atisbo de una exhalación. Como si su jefe estuviera quebrado.

Unos momentos después, la puerta de la oficina de Brendan se abrió y salió un hombre corpulento y con sobrepeso, con el pelo ralo que parecía haber costado mucho dinero mejorarlo solo marginalmente. Sus ojos estaban hundidos, y tenía un par de gafas gruesas subidas en la frente. Vestía un costoso traje azul oscuro que le colgaba demasiado de los hombros, y una corbata a la que le faltaba el botón superior por casi dos kilómetros. Todo el conjunto parecía haber sido comprado pensando en el futuro, como si su madre se lo hubiera comprado con la esperanza de que algún día le quedara bien.

—Veo que esta vez trajiste refuerzos, Nick —dijo Brendan, con voz profunda y áspera.

—No tiene que hacer esto tan difícil como la última vez.

—Entonces lárguense de mi oficina y no tendremos ningún problema.

Tomek sintió que se avecinaba una pelea. Podía sentir la adrenalina comenzando a burbujear en su interior.

Durante un largo momento, nadie dijo nada mientras Nick y Tomek esperaban a que Brendan se quebrara. Y después de unos segundos más, finalmente lo hizo. El tirano se dio la vuelta y se escabulló a su oficina. Nick lo siguió de cerca y alcanzó a detener la puerta antes de que se cerrara en su cara.

—Sabe, todo este comportamiento solo sugiere que tiene algo que ocultar —comentó Nick—. No me inspira mucha confianza.

—¿Qué pruebas tienen en mi contra? —preguntó el hombre mientras se acomodaba en la silla de su escritorio.

—Ninguna que lo incrimine. Solo unos cuantos pagos extraños que necesita explicar, pero na—

—¿Así que soy culpable por asociación, eso es?

—Y lo que falta —dijo Tomek, incapaz de controlarse. Ahí estaba su bocota otra vez.

—¿Perdón? —ladró Brendan—. ¿Y usted quién carajos es?

—Sargento detective Tomek Bowen, señor.

—Bueno, sargento detective Bowen, cierre el puto pico y deje que los dos hombres de mayor rango en esta división resuelvan esto.

La adrenalina aumentó.

—Con todo el debido respeto, señor, en este momento usted es un sospechoso en una investigación de asesinato. Su credibilidad, rango y estatus se han ido por la ventana. En mi opinión, eso lo pone tan bajo como algunas de las personas que arrestamos a diario.

—No soy como las ratas de la calle. Tengo una buena casa y un buen carro. Soy un hombre poderoso e influyente.

—¿Y cree que eso le da derecho a destruir vidas y matar a alguien?

Brendan no reaccionó. Al menos no de inmediato. Pero cuando lo hizo, se levantó de un salto de su silla y se abalanzó sobre Tomek. Se detuvo bruscamente a unos centímetros de él, con el puño en alto, respirando pesadamente por la nariz.

—Hágalo —suplicó Tomek, clavando su mirada en la del comisionado—. Por favor. Se lo ruego. Una vez que lo tengamos por cargos de agresión, ¿quién sabe qué más podríamos encontrar?

El dilema se reflejó en el rostro de Brendan. Explotar o dejarlo pasar. Explotar o dejarlo pasar. Al final, bajó el puño y dijo:

—Nick, ¿este pequeño bocón es siempre así?

—Lamentablemente, sí. Pero es parte de lo que lo convierte en uno de los mejores policías que he conocido. Así que le voy a pedir que se aleje de él y responda a nuestras preguntas.

De mala gana, el hombre se apartó lentamente de Tomek, con los ojos fijos en él, y se colocó en el espacio entre ellos y el escritorio.

—*Gówniaki* —susurró Tomek.

Traducción: Mierdecilla.

Si el comisionado lo entendió, la expresión ya furiosa en su rostro no lo demostró.

—Ahora —comenzó Nick una vez que el ambiente se había calmado un poco—. Herbert Tucker. ¿Cuánto tiempo hace que lo conoce y trabaja con él?

—Quince años.

—¿Trabajando con él o conociéndolo?

—Ambos.

—Bien. ¿Y en qué calidad trabajaban juntos?

—Me topé con él por primera vez cuando empezó su empresa inmobiliaria. Acababa de construir un pequeño complejo de casas en Rawreth, pero se quejaba de que la gente entraba a robar y vandalizaba las viviendas. Así que acudió a mí cuando yo era gerente de seguridad comunitaria y justicia penal, esperando que pudiera hacer algo al respecto.

—¿Y lo hizo?

Brendan se encogió de hombros. —Hablé con un sargento de policía de la zona en ese momento y le pedí si podía enviar algunas patrullas uniformadas más por allí de vez en cuando, solo para que sirvieran de elemento disuasorio.

—¿Así que rápidamente se metió en su bolsillo?

—Para nada.

—Entonces, ¿qué pasa con el dinero? —la voz de Nick se mantuvo tranquila, lo que era una sorpresa dado que el más mínimo inconveniente era suficiente para hacerlo perder los estribos.

—¿Qué dinero?

—No se haga el tonto. Es un hombre inteligente. Sabe cómo trabajamos. Sabe que podemos averiguar las cosas con facilidad. Hemos visto los pagos. Solo necesitamos que confirme para qué son.

—Si ya los encontraron, entonces ya deberían saberlo.

Nick no dijo nada.

—Y si ese es el caso, ¿qué están esperando? —Brendan extendió las manos, con las muñecas juntas—. Arréstenme. Vamos. Arréstenme.

Ni Tomek ni Nick se movieron. Estaban atrapados, sin poder hacer nada. Todo lo que tenían para sugerir que Brendan Door había estado recibiendo pagos de Herbert Tucker para aumentar el narcotráfico en la ciudad era la declaración de un testigo. No había pruebas contundentes, ninguna prueba concreta de que hubiera hecho algo ilegal e inmoral. Y Brendan lo sabía.

—¿No? ¿No quieren arrestarme? En ese caso, pueden irse.

Mientras Brendan les daba la espalda, Tomek dijo:

—El nombre Richard Stafford no le dice nada, ¿verdad?

Brendan se detuvo a medio girar, las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—Por supuesto que sí. Es un hombre terrible que ha hecho cosas terribles.

—¿No sabrá por casualidad algo sobre la foto que cuelga en la pared del Southend Seven? —preguntó Tomek—. ¿Esa en la que usted está en el fondo, de pie junto a un hombre llamado Richard Stafford?

Brendan se detuvo un momento mientras evocaba la imagen de la fotografía en su mente. Tomek había mentido; ninguno de los dos hombres estaba en el fondo, pero no le importó. Las siguientes palabras que salieran de la boca de Brendan Door determinarían su culpabilidad de alguna manera.

—Buen intento —respondió el hombre—. Ninguno de los dos está en la foto.

Tomek fue incapaz de ocultar su sonrisa.

—Pero sabe a qué foto me refiero, y sabe a qué club me refiero, y sabe a la persona a la que me refiero.

—Yo…

—¿Le gustaría explicar cómo sabe de eso? Verá, sabemos mucho sobre el club, y también sabemos mucho sobre su relación con Richard Stafford.

—Si ese fuera realmente el caso, entonces ya me habrían arrestado.

Tomek no podía creer lo que oía. El Comisionado de Policía, Bomberos y Crimen acababa de admitir, ya fuera inadvertidamente o

no, tener una participación activa en una relación criminal con un narcotraficante.

—Pero como dije antes, no tienen ninguna prueba física de nada. Son solo rumores. Son puras patrañas.

Nick abrió la boca para hablar, pero Tomek se le adelantó.

—El club —empezó—, cuéntenos más.

—Como dije antes, parece que ya lo saben todo.

—No exactamente. ¿Fue allí donde Herbert se enteró de su aventura con su esposa, o eso ocurrió en otro lugar?

Brendan miró al suelo y luego volvió a levantar la vista. —Mi vida personal no tiene nada que ver con la muerte de Herbert Tucker.

—Sí tiene que ver cuando se estaba acostando con su esposa. ¿Lo descubrió y amenazó con cortar los pagos? ¿O amenazó con ir con John y el *Echo*? Pero usted no podía permitirse que su reputación se viera dañada, ¿así que entre los dos lo liquidaron de alguna manera?

Brendan se burló. —Mi reputación nunca estuvo en peligro de ser dañada.

—Claro. Porque usted es demasiado poderoso e influyente para que algo así llegue al dominio público, ¿no es así? ¿Así que tal vez lo mató por avaricia? ¿No estaba contento de que Tucker cortara el fondo de inversión y quería algún tipo de retribución?

—¿De verdad cree que soy tan mezquino? Tengo mi propio dinero, no necesito el suyo.

—¿Así que admite que Herbert Tucker le enviaba pagos mensuales por algo que no debería?

—No. Eso es lo último que estoy diciendo. Pueden seguir tratando de hacerme tropezar con mis propias palabras, pero no funcionará. Llevo mucho tiempo en este juego, más que su jefe, aquí presente, y me sé todos los trucos habidos y por haber.

Sin decir nada, Nick le dio la espalda a Brendan y comenzó a salir de la habitación. Tomek se sintió obligado a seguirlo. Cuando Nick llegó a la puerta, puso la mano en la manija y le dijo a Brendan:

—Nunca me he sentido más decepcionado y asqueado con todo el sistema policial y político como en estos últimos días. Y usted es una de las razones. Espero que, independientemente del resultado

de esta investigación, haga lo correcto y renuncie. Es usted una puta mancha para esta ciudad, Brendan. Y espero no tener que volver a trabajar con usted nunca más.

CAPÍTULO
CUARENTA Y DOS

Tomek había sentido una repentina oleada de euforia y había querido chocar los cinco con el inspector jefe en cuanto salieron del edificio, pero Nick de inmediato le paró los pies. Dijo que a) no había razón alguna para emocionarse, y b) existía el riesgo inherente de que Brendan Door los estuviera observando por la ventana como un niño abandonado que ve a sus padres marcharse.

Ninguna de las dos cosas, en opinión de Tomek, era cierta.

En primer lugar, había toda clase de razones para estar emocionado. Se habían metido bajo la piel de Brendan Door, habían encontrado una grieta en su fachada y se habían colado por ella. Puede que no lo pareciera, pero Tomek estaba seguro de que pronto reventaría. Y, en segundo lugar, ¿a quién le importaba si estaba mirando? Solo conseguiría fastidiarlo más.

Lamentablemente, Nick no consideró válidos los contraargumentos de Tomek, e incluso después de entrar en la comisaría, el inspector jefe siguió rechazando la oferta de chocar los cinco. Para combatir la vergüenza, Tomek localizó a la persona más cercana en su escritorio y mantuvo la mano suspendida frente a su cara.

—¿Y qué carajo se supone que haga con eso? —preguntó Chey —. ¿Qué me estás mostrando?

—Chócala, idiota.

—Hay muy pocas ocasiones en las que seguiré las órdenes de un hombre adulto de darle una palmada a algo, y esta no es una de

ellas.

Tomek se preguntó a qué otras ocasiones podría haberse referido Chey. Luego se dio cuenta de que, en realidad, no quería saberlo. Para nada.

—Solo presiona tu palma contra la mía.

—Esto no es una especie de fetiche que tienes, ¿o sí?

—Es para chocar los cinco, maldito depravado.

Los ojos de Chey se abrieron de par en par, como si acabara de desarrollar la capacidad de oír.

—¿Eso significa que soy tu nuevo mejor amigo, sargento?

Finalmente, el agente chocó la palma de Tomek. El sonido resonó por la sala y la sensación de escozor perduró en su piel.

—Absolutamente no, carajo —replicó Tomek—. No con los fetiches raros que tienes.

Antes de que Chey pudiera responder, una agente de policía de veintipocos años llamó a la puerta y avanzó con cautela.

—Disculpen —dijo ella con nerviosismo.

—¿Todo bien, compañera? —le preguntó Tomek.

—Yo… yo me preguntaba… —dijo, y luego se aclaró la garganta para empezar de nuevo—. Hay alguien abajo que afirma tener algo que a ustedes les podría interesar ver.

«Allá vamos», pensó Tomek. Probablemente otro chiflado que creía haber visto al criminal matar a Herbert Tucker y que solo había decidido salir de la nada después de enterarse de que había una recompensa económica en juego.

—¿Qué quiere?

—A… Al parecer, encontró algo en la playa el día que asesinaron a Tucker. Ha venido a entregarlo.

Tomek fue transportado instantáneamente al estacionamiento del que Herbert Tucker había sido secuestrado, y más tarde al espacio entre las casetas de playa donde se había descubierto su cuerpo. El olor que emanaba de Albert Patterson era abrumador. Tan fuerte que

Tomek estaba convencido de que el hombre lo exudaba por los poros.

—Gracias por tomarse el tiempo de venir a la comisaría hoy —comenzó Tomek.

Tras escuchar lo que quería Albert Patterson, Tomek se había encargado personalmente de hablar con el hombre. Pero empezaba a arrepentirse rápidamente. O, al menos, a desear tener una mampara de plástico entre ellos. O tapones para la nariz. Algo para combatir el hedor a orina y a sudor.

—Entiendo que tiene algo que quería compartir, algo que cree que podría ser útil para nuestra investigación.

Albert Patterson rondaba los setenta y cinco años y los aparentaba. Su cuerpo era frágil, la piel le colgaba y era evidente que tenía ciertas dificultades para cuidarse. Pero en cuanto sacó el pequeño objeto del bolsillo (un proceso que de por sí llevó más tiempo de lo habitual), cobró vida, como si alguien le hubiera dado cuerda a su reloj de nuevo y le hubieran ofrecido una nueva oportunidad en la vida.

En su mano, sostenía una pequeña alianza de oro con incrustaciones de diamantes. Tomek no sabía mucho de ellas —la idea del matrimonio y el compromiso a largo plazo rara vez le pasaba por la cabeza—, pero por la calidad del brillo, el peso en la mano del otro hombre y los diamantes que centelleaban bajo la luz, se dio cuenta de que había sido una compra cara.

—Es de oro macizo y los diamantes son de casi un cuarto de quilate cada uno —dijo Albert Patterson.

—¿Eso es bueno? —preguntó Tomek, intentando ocultar la ingenuidad en su voz, pero sin éxito.

—Es caro, eso es lo que es. —El anciano hablaba con un verdadero deje de Essex. Casi *cockney*. Como si se hubiera criado más cerca de Londres que de Southend—. Una preciosidad. Solo podría haber soñado con tener una de estas hasta que la encontré. El antiguo dueño de esto era un hombre rico.

—¿Sabe quién era el dueño? —preguntó Tomek, como si la respuesta fuera obvia.

—No. Ni idea.

—¿Dónde la encontró? —preguntó Tomek.

—En Thorpe Bay. Junto a las casetas de playa.

—De acuerdo. ¿Y por qué la ha traído?

—Pensé que podría ayudarlos a encontrar a la persona que cometió ese asesinato.

—Entonces, ¿cree que podría pertenecer a la persona que murió?

—Podría ser. Pero no recuerdo su nombre. Quizás usted pueda ayudar con esa parte. Hay unas iniciales grabadas en el interior del anillo.

Para Tomek era cada vez más evidente que el hombre necesitaba más ayuda que para vestirse y asearse. Necesitaba ayuda profesional, alguien que pudiera cuidarlo.

—¿Me permite ver el anillo?

En cuanto Tomek extendió la mano, Albert retiró la suya, apretando el anillo contra su pecho.

—*Mi precioso* —siseó Albert.

Tomek soltó una risa incómoda.

—No se lo voy a robar.

—¿Se ha lavado las manos?

—¿Qué?

—¿Se ha lavado las manos? No puede tocarlo con los dedos sucios. No se permiten los dedos sucios.

Tomek se miró las manos. Sabía que lo que estaba a punto de decir era una mentira, pero lo hizo de todos modos.

—Por supuesto, están limpias. Usé desinfectante para manos al entrar. ¿No lo vio?

Rascándose la barbilla, Albert se giró hacia la puerta y la miró fijamente con aire ominoso.

—No, supongo que no. Bueno, en ese caso…

Lenta, cuidadosamente, como si fuera la encarnación de Gollum, Albert Patterson le entregó el anillo a Tomek, que lo colocó delicadamente en la palma de su mano, la que estaba libre de los gérmenes de la palma de Chey. La inscripción en el interior del anillo era diminuta, apenas legible. Tomek lo sostuvo a la luz y lo examinó de cerca.

H & N.

Herbert y Nora.

Bingo.

—El dueño de esto es el cadáver que se encontró en la playa —confirmó Tomek—. ¿Cómo lo encontró?

Albert Patterson pareció cobrar vida de nuevo.

—Con mi detector de metales. Camino por el paseo marítimo casi todos los días en busca de algo.

—Genial.

—Solo he tenido suerte una vez. Y fue cuando tenía seis años. Una moneda. Romana, de más de dos mil años. Su valor sacó a mi familia de la pobreza. ¿Cree que el hombre dueño de este me dará una recompensa?

Tomek bajó la mirada hacia el anillo, sintiendo el impulso de cerrar los dedos a su alrededor.

—Lamentablemente no —dijo—. El hombre que era dueño de esto está muerto. Lo habría visto cuando lo encontró. Estaba en la playa, entre las casetas…

Albert buscó en sus archivos mentales.

—Pensé que era un indigente.

No era el único.

—Si no voy a recibir una recompensa por él, me gustaría que me lo devolviera, por favor.

Tomek apretó el anillo con más fuerza en su mano.

—Lamento no poder hacer eso, señor —respondió—. Esto es ahora una prueba en una investigación de asesinato. Voy a tener que quedármelo.

—Pero el que lo encuentra se lo queda… —Los ojos de Albert se ensombrecieron y su expresión parecía como si acabara de olvidar su propio nombre—. Esa es mi propiedad ahora. Fue mío cuando lo encontré.

—Sí. Y acaba de entregarlo.

Albert golpeó la mesa con los dedos. El sonido, y el efecto de onda a través de la mesa, fue débil, pero Tomek percibió la ira y la furia tras los ojos del hombre. Una acción que podría haber infligido a otras personas en el pasado.

—¡Exijo una compensación!

—Lamento no poder hacer eso, señor Patterson.

Y entonces comenzó el llanto. Suave, delicado al principio. Y luego ganó impulso mientras Albert empezaba a hiperventilar.

—Por favor. No tengo nada. Es… es solo mi segundo hallazgo. Yo… lo necesito.

Tomek extendió su mano libre sobre la mesa y la colocó sobre la de Albert. Miró al hombre a los ojos.

—Lo siento —dijo—. Pero tengo las manos atadas. Ojalá pudiera dárselo, pero puede que haya pruebas de ADN en esto.

—Por favor…

—Mire, no puedo prometerle nada, pero puedo hablar con la familia y ver si están dispuestos a renunciar a él al final de la investigación, suponiendo que sea devuelto. Pero eso podría llevar tiempo. Podrían ser meses, años.

Y para entonces, podría haberse olvidado por completo.

Tomek esperó pacientemente a que el hombre respondiera.

Había perdido todo el color de la cara, la piel parecía haberle caído más abajo de las mejillas y sus labios se habían entreabierto para revelar una dentadura mal cuidada.

—Eso sería encantador —dijo con una suave sonrisa—. Es usted un caballero, gracias. Significaria mucho para mí. Es bueno saber que todavía hay gente decente en el mundo.



Tomek todavía se sentía culpable —como si acabara de robarle a un hombre su última posesión; una posesión que ni siquiera era suya— mientras regresaba a la sala de incidentes graves.

—No interrumpo nada, ¿verdad? —preguntó.

Sin darse cuenta, llegaba tarde a una reunión. Todo el equipo estaba sentado en la sala de incidentes graves, mirando a las dos figuras que la presidían: Nick y Liam Porter, el jefe de la escena del crimen que había estado a cargo de recoger las pruebas del cuerpo de Herbert Tucker. Era un hombre joven, de treinta y pocos años, que sin embargo había llegado a la cima de su carrera en poco tiempo. A pesar de eso, tenía los pies en la tierra, era de trato fácil y uno de los miembros más agradables de ese equipo en particular con los que Tomek había tenido el placer de tratar.

—Justo a tiempo, de hecho —dijo Liam, haciéndole señas frenéticas para que entrara—. Unos momentos más y te lo hubieras perdido.

—Ahora sí que estoy intrigado —dijo Tomek mientras sacaba la silla más cercana a la puerta.

Una vez que se acomodó y todas las miradas se apartaron de él, Liam se aclaró la garganta.

—Llegó el informe de la prueba de ADN de Herbert Tucker. Su ropa. Su pelo. El auto. Y lo más importante, el lápiz labial.

Tomek se inclinó hacia el borde de su asiento, atento.

—En resumen, una gran parte del ADN encontrado en él se había lavado con la lluvia y el clima. En cuanto al auto, el equipo encontró rastros de pelo, fibras de ropa y algunas huellas dactilares, pero dado que es un auto familiar y que lleva a todo el mundo en él, llevará un tiempo determinar qué pertenece a quién.

—¿Hemos tomado muestras de ADN de la familia para poder descartarlos? —preguntó Nick a la sala.

Todas las miradas se dirigieron a Anna. La agente levantó la vista y negó con la cabeza.

—Bien. Esa es una prioridad para después de esta reunión.

Anna asintió en señal de acuerdo.

—Sin embargo, la parte que más me emociona contarles de todo esto es otra cosa —dijo Liam, apretando los puños con entusiasmo.

—Adelante, entonces. ¿Qué es, Liam? Tenemos una investigación de asesinato que continuar.

—Lo sé. Lo siento. Sí. Tienes razón. Bueno… —hizo una pausa para darle un efecto dramático; Tomek casi se caía del borde de la

silla—. El lápiz labial. El análisis químico realizado indicó que se encontraron *dos* juegos de ADN en la mano de Herbert Tucker. En el mismo lugar.

—¿Dos personas le besaron la mano la noche que murió? —preguntó Tomek, estupefacto.

Liam asintió.

—Y ambas con el mismo lápiz labial.

Sostuvo en alto una hoja de papel A4. El documento estaba dividido en dos por dos gráficos de líneas, cada uno mostrando la composición química del mismo lápiz labial que se había encontrado en la mano de Herbert Tucker.

—Como es brillante e impermeable, y afortunadamente estaba protegido bajo el edredón en el que lo encontraron, el equipo pudo obtener una muestra de buena calidad.

—No jodas —dijo Tomek distraídamente.

Su mente se disparó, llevándolo unos días atrás. A la conversación que había tenido con Sarah Jewell, la secretaria y amante de Tucker.

Después de que… lo hicimos, me dijo que le besara la mano.

Era solo uno de sus pequeños fetiches, ya sabes.

Me compró el lápiz labial especialmente. Me lo dio como regalo.

Decenas de preguntas surgieron en su cabeza.

¿Tucker había tenido relaciones sexuales después de acostarse con Sarah Jewell? ¿Se había acostado con dos mujeres en una noche?

¿O su asesino sabía que le gustaba que le besaran la mano después del sexo y lo hizo para confundirlos y desorientarlos?

Si ese era el caso, entonces solo había tres nombres que le venían a la mente.

Sarah Jewell.

Alina Zandecka.

Y ahora su esposa, Nora Tucker.

CAPÍTULO
CUARENTA Y TRES

Tomek bebió el sorbo de agua lentamente, tomándose su tiempo para dejar el vaso sobre la mesa.

—Su agua es fantástica.

—Gracias —respondió Isabel—. Es filtrada directamente del grifo.

—Y yo que pensaba que podía sentir el sabor de todo el metal y los fluoruros.

—¿Puedo buscárselos si quiere?

Tomek no quería eso. Tampoco quería estar sentado en la misma habitación que Isabel para su segunda cita.

—¿La pasó bien en su viaje? —preguntó, desviando la conversación de sí mismo tanto como fuera posible.

Quedaban poco más de cincuenta minutos en el reloj.

—Estuvo bien, gracias. Agradable, considerando el clima.

—¿A dónde fue?

—A Cornwall.

—Un clásico. Apuesto a que usted es de las que tienen una segunda casa allá, ¿no? ¿La renta en Airbnb y desplaza a los locales del pueblo?

Isabel dejó caer su bolígrafo sobre la mesa. —No. Pero muchas de las personas con las que hablé estaban profundamente descontentas con Airbnb. Muchos lo comparaban con una dolencia, una enfermedad.

Tomek resopló con desdén. —Es una forma muy fuerte de decirlo.

—¿Cuál sería su forma de describirlo? —Isabel habló con suavidad, en voz baja, y mientras la escuchaba, a veces olvidaba que era su terapeuta tratando de abrir la puerta de su mente.

—Yo diría… diría que es injusto, y parece moralmente incorrecto, pero no llamaría a esa gente un cáncer.

—Nadie dijo cáncer, Tomek. ¿Tiende su mente a divagar hacia los extremos?

El cuerpo de Tomek se tensó al sentir que ella metía la llave.

—No…

—De acuerdo. Solo es curiosidad. Háble me de sus pesadillas desde la última vez que hablamos. ¿Ha tenido alguna?

El meollo de por qué estaba allí.

—Han sido… diferentes.

—¿En qué sentido? —preguntó ella, tomando el bolígrafo de nuevo.

—Están… algunas me están jugando una mala pasada.

—¿Ha dejado de imaginar a Kasia en ellas?

—Sí —dijo él sin rodeos. No se había dado cuenta, pero no podía recordar la última vez que Kasia había aparecido en lugar de su hermano.

—Eso es bueno. Señales alentadoras de mejoría. ¿Con qué frecuencia las ha tenido en la última semana más o menos? ¿Casi todas las noches? ¿Unas pocas?

—Unas pocas.

—¿Y se le ocurre algún desencadenante común?

Tomek sintió que se perdía en la conversación, curioso por el funcionamiento interno de su mente ahora que ella le había permitido verlo por sí mismo. Y durante los siguientes instantes, se quedó sentado en silencio, tratando de averiguar qué había hecho los días de sus pesadillas.

—No lo sé —mintió—. Es solo que…

—¿Qué? —inquirió Isabel suavemente.

—No sé si signifique algo, pero…

¿Por qué? ¿Por qué estás admitiendo esto? Nunca se lo has dicho a nadie…

—Continúe —lo animó ella, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Algo pasó el otro mes. Algo parecido a esto. Había una chica con la que estaba saliendo. Katie, se llamaba. Aunque resultó ser Charlotte, pero esa es una discusión para otro momento, así que ni se le ocurra preguntarme nada sobre ella. Estuvimos juntos un par de semanas, y me estaba enamorando de ella. De hecho, me enamoré perdidamente. Las cosas iban fantásticas. Ella me entendía y yo a ella. Fue genial. Una mañana le dije que la amaba y ella me respondió lo mismo. Las cosas iban bien…

—¿Qué pasó?

Tomek agitó un dedo en el aire. —Conversación para otro día, se lo acabo de decir.

—Entonces explíqueme las similitudes entre ese momento y ahora. ¿Qué era lo mismo?

—Las pesadillas —dijo Tomek mientras una sonrisa comenzaba a asomarse a su rostro—. Las pesadillas mejoraron. La noche en que le dije que la amaba, tuve una pesadilla. La más clara que he tenido. La más cercana a la realidad que jamás ha estado.

—¿Cómo?

—Escuché el nombre del otro asesino de mi hermano. El que se escapó. *Charlie*.

Había pasado un tiempo desde la última vez que Tomek había pronunciado ese nombre en voz alta, y al hacerlo sintió una combinación de emociones. Ira hacia el hombre por lo que había hecho. Resentimiento por no poder visualizar su rostro con más claridad. Y alivio, porque era seguro decir el nombre, porque no iba a invocar al diablo y hacerle daño de alguna manera.

Que podía decir el nombre tanto como quisiera.

Y que debía hacerlo.

—Eso es fantástico —respondió Isabel, con una leve sonrisa—. ¿Ha hecho algo con esa información desde que la descubrió?

Tomek negó con la cabeza y la bajó. Casi como si estuviera avergonzado de su respuesta.

—¿Y cómo lo hizo sentir ese descubrimiento?

—Me inspiró a decirle a la chica que me dio la respuesta que la amaba.

—¿Qué quiere decir?

—Tan pronto como Katie entró en mi vida, las pesadillas mejoraron. No se detuvieron. Solo se volvieron mejores, más claras. Se me revelaba más en ellas.

—¿Y lo mismo está sucediendo ahora?

Tomek asintió. —Creo que sí. Creo que cada vez que dejo entrar a alguien o me acerco a alguien, mi cerebro parece ordenarse. Deben ser las endorfinas.

Isabel murmuró y asintió mientras escribía algunas cosas en su papel. —Eso es muy interesante. Pero por la forma en que lo dice, hace que suene como si fuera algo malo.

Tomek se rascó la nuca. —Supongo que simplemente no quiero depender de que alguien más entre en mi vida para encontrar las respuestas. ¿Qué pasa si termino con alguien, o se muere, o algo sucede? No quiero andar saltando de relación en relación para encontrar las respuestas a la muerte de mi hermano.

Isabel terminó de garabatear, colocó las manos sobre su escritorio y entrelazó los dedos.

—Creo que lo ha entendido todo mal —le dijo, con la voz más severa ahora—. No creo que necesite un interés amoroso o una nueva persona en su vida para ayudarlo a descubrir la identidad del asesino de su hermano. Lo que creo que necesita son dos cosas. —Levantó un dedo—. La primera es que esto suena a que está anhelando afecto. Afecto que ha estado ausente durante tanto tiempo con la exclusión de su familia. Creo que necesita sanar las barreras rotas y las relaciones dañadas con sus padres y su hermano. El afecto que anhela, y el afecto que cree que proviene de sus parejas románticas, es el afecto que necesita de ellos. Ahora, no puedo garantizar que abrirse a ellos permitirá que sus pesadillas se detengan por completo, pero el siguiente punto es uno que creo que lo hará en mayor medida. —Levantó también el dedo medio hacia él, de modo que ahora le hacía el signo de la paz—. La segunda cosa que creo que lo ayudará a obtener algo de claridad mental sobre la situación de su hermano, es algo que ha estado posponiendo durante demasiado tiempo. Treinta años, de hecho. Desde antes de que yo naciera. En ese tiempo ha dependido de su mente para que le dé las respuestas que anhela, cuando todo el tiempo ha tenido las

respuestas justo frente a usted: el asesino de su hermano. El que está en prisión. Él sabe todo lo que usted no. Mi recomendación sería que encuentre el valor para contactarlo y hablar con él. Podría estar más dispuesto de lo que cree a dar detalles sobre lo que ha estado encerrado en su mente durante treinta años. Si tiene a alguien que lo acompañe, genial. Si no, y se siente más cómodo yendo solo, entonces hágalo. Pero creo que una reunión con él lo acercará un paso más a la verdad. A la verdad de *su hermano*.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CUATRO

A noche no había tenido pesadillas. Tampoco había dormido. En cambio, Tomek había permanecido despierto, dando vueltas en la cama mientras consideraba las palabras de Isabel. Si debía encontrarse cara a cara con el asesino de su hermano. Si tenía la fortaleza mental para sentarse frente a él, treinta años después, y preguntarle cómo había matado a Michał, por qué, y con quién más estaba.

Durante un buen rato, Tomek pensó en llevar a Abigail, pero luego descartó la idea. Ella apenas conocía la situación. Era nueva en su vida. Y si lo que Isabel había dicho era cierto, entonces no necesitaba que ella estuviera allí de todos modos. Más bien, tendría que ser su familia. Su mamá, su papá, quizás incluso su hermano mayor.

Pero no se los imaginaba aceptando. Nunca habían perdonado a Nathan por lo que le había hecho a su familia, y no esperaba que lo hicieran pronto. En cambio, tendría que ir solo, si es que alguna vez reunía el valor para ir.

Aún estaba indeciso. Y todavía pensaba en ello mientras miraba fijamente la planta junto a la puerta principal de Herbert Tucker. Salió de su ensimismamiento cuando sintió un codazo en el brazo.

—¿Ej, co tam? —preguntó Anna, dándole un codazo en el hombro, con el rostro lleno de preocupación.

—Perdón. Estaba en otro mundo. Estoy bien. Todo en orden. ¡No hay de qué preocuparse!

Tomek alzó la vista y examinó su entorno. Por un momento, había olvidado que estaban allí para ver a Nora Tucker. Y antes de que pudiera asimilar más de su entorno, la puerta principal se abrió y ambos detectives fueron recibidos por una Nora perfectamente arreglada, vestida con leggings, una sudadera fina y un par de zapatillas deportivas blancas. Desde la última vez que Tomek la había visto, sus labios habían aumentado de tamaño, y las arrugas, junto con cualquier elasticidad de su frente, habían desaparecido. Mientras le sonreía efusivamente a Anna, muy poco de su rostro se movió.

—¡Anna, nena! —gritó Nora mientras atraía a la agente para un abrazo—. ¿Cómo estás, corazón?

—Bien —respondió Anna, con timidez.

Luego fue el turno de Tomek. La mujer de cincuenta años empujó a Anna a un lado y extendió los brazos hacia Tomek, dándole pocas oportunidades de escapar de sus avances. Sus brazos se enroscaron en su cuello y sus pechos se presionaron contra sus costillas antes de que pudiera evitarlo. Por un largo momento, mucho más largo que con Anna, Nora se quedó allí, presionándose contra él. Cuando finalmente lo soltó, lo miró a los ojos y le ofreció una sonrisa coqueta.

—Y el sargento detective Bowen —dijo seductoramente—. Ha pasado un tiempo, pero nunca olvido un nombre. O una cara bonita.

Anna puso los ojos en blanco por el rabillo del ojo de él; no era la primera vez que un testigo coqueteaba con él en su compañía.

—Me alegro de verla de nuevo, Nora —dijo Tomek, tratando de encontrar algo de compostura, pero en su lugar se encontró bostezando en su cara—. ¿Podríamos entrar y hablar con usted? Hay algunas novedades que nos gustaría discutir.

Nora estuvo más que feliz de complacerlos. Ya había ido al gimnasio y su clase de yoga no era hasta la tarde, les dijo, así que tenía mucho tiempo libre. Mientras esperaban los refrescos que Nora insistió en prepararles, Tomek y Anna se sentaron en el *chaise longue* de la sala. Mientras Tomek comenzaba a examinar los muebles que había visto dos veces antes, Anna le dio un golpecito en la pierna.

—¡Tiene edad para ser tu madre!

—¿De qué hablas? No, no la tiene. Y por el amor de Dios, por favor, no vuelvas a decir algo así nunca más. Esa es una imagen que *no* quiero en mi cabeza.

—Cerdo.

Antes de que Tomek pudiera defenderse, Nora regresó con tres vasos altos de un líquido espeso y verde en una bandeja de madera. Los puso en la mesita de centro frente a ellos.

—Espero que no les moleste, pero quería saber su opinión sobre algo que mi entrenador personal me ha recomendado.

—¿Se llama dieta de vacas, por casualidad? —preguntó Tomek, perdiendo la mirada en el verde.

—Es una combinación licuada de proteína en polvo, col rizada, miel, espinacas, pepinos, apio, limón y jengibre. Tiene una maravillosa mezcla de vitaminas A, C, calcio y hierro. Es genial para el estómago, te ayuda a perder un montón de peso y te hace sentir bien. Solo llevo unos días tomándolos, pero ya siento mi piel más luminosa y mi pelo más suave.

¿Segura que no tiene nada que ver con los cosméticos y la mierda sintética que te pones en la cara? Tomek había perdido la cuenta de las nuevas palabras que había aprendido desde que tenía una hija adolescente. Que si máscaras de colágeno por aquí. Que si ácido salicílico por allá. Era una pesadilla y un campo minado de terminología confusa e inútil.

—¿Me lo bebo todo de un trago, como un chupito, o me lo tomo con calma? —preguntó Anna inocentemente.

—Creo que vas a querer acabar con eso de una vez —replicó Tomek.

Sin decir nada, tomó el vaso más cercano a él y lo sostuvo bajo su nariz. El hedor a verduras y comida sana, empeorado por el hecho de que se lo estaban restregando por la cara, le hizo hacer una mueca. El líquido era pastoso y espeso, con pequeñas burbujas flotando en la superficie. Tapándose la nariz, se bebió el trago y cerró los ojos. Tan pronto como el líquido tocó su lengua, hizo una mueca y quiso escupirlo, pero luego recordó que estaba acompañado y que esto no era un desafío asqueroso de algún

programa de televisión. Para su sorpresa, después del primer sorbo, el resto del líquido bajó más fácilmente. Una vez que terminó, dejó el vaso en la mesa y se limpió la boca con el dorso de la manga.

—¿Y bien? —preguntó Nora ansiosamente, inclinándose hacia adelante, con los ojos muy abiertos.

—Creo que el sabor a apio me va a durar el resto del día —dijo, con voz débil—. Pero he probado cosas peores, digámoslo así.

—¡Oh, qué bien! Me alegro mucho. ¡Sé que a las chicas les encantará!

—¿Dónde están, por curiosidad? —preguntó Anna mientras dejaba el vaso sobre la mesa. La excusa perfecta para no beber más de esa bebida espantosa.

—Whit está en casa de su novio y Eleanor está arriba. No ha bajado mucho desde lo que pasó. El colegio ha sido muy bueno con ella, contactándola por correo electrónico y llamadas telefónicas. Incluso le han enviado algunas tareas por si necesitaba una distracción.

Y para asegurarse de que no reprobara sus clases.

—¿Cómo han estado sobrellevando la muerte de su padre? —preguntó Tomek, y luego agregó—: Disculpe si estoy volviendo sobre lo ya hablado. Es para mi beneficio, ya que no la he visto en un tiempo.

Nora desestimó sus disculpas con un gesto de la mano. —Para nada. Lo entiendo. Es su trabajo. —La sonrisa coqueta continuó. Tomek estaba más que feliz de disfrutarla. Por ahora—. Whit lo ha llevado un poco mejor, como es de esperar. Tiene la ventaja de la edad a su favor, aunque eso no quiere decir que no le haya afectado mucho. Pero Eleanor ha estado sufriendo más, eso es seguro. Es mucho más joven y estaba mucho más unida a su padre.

Tomek asintió, colocando las palmas de las manos en su regazo. —Ya veo. ¿Y siempre ha sido así?

Si Nora notó la insinuación detrás de su pregunta, no lo demostró. En cambio, inclinó la cabeza hacia un lado como un perro confundido y dijo: —Supongo que Herbert y Whit se distanciaron naturalmente después de que ella creció. Eso es lo que hacen los niños, ¿no? Crecen y se convierten en sus propias personas.

—¿Así que no tuvo nada que ver con su adicción a las drogas que Herbert había ayudado a facilitar?

La pregunta dejó a Nora helada. Abrió la boca de par en par y negó con la cabeza. Luego se inclinó hacia adelante de modo que sus codos descansaron en sus rodillas y una buena parte de su escote apuntaba directamente hacia él por debajo de su sostén deportivo. Empezó a jugar con sus uñas bien cuidadas.

—Yo… no sé qué… ¿Cómo sabe de eso?

—Es nuestro trabajo. ¿Por qué no nos lo dijo?

—Yo… no pensé que fuera importante.

—¿Como tampoco pensó que su aventura con Brendan Door fuera importante?

Los ojos de Nora se abrieron tanto que parecía una gaviota sorprendida, y su cabeza comenzó a pivotar entre Tomek y Anna.

—Lo que está pasando entre Brendan y yo no es de su incumbencia ni de la investigación —murmuró.

—Yo decidiré qué es de incumbencia, gracias. ¿Cuánto tiempo han estado viéndose ustedes dos?

—El tiempo suficiente.

—Tenemos buenas razones para creer que ha sido casi un año.

Gracias a James Colehill, nuestro canario cantor.

—Si ya lo sabe, ¿entonces por qué me pregunta?

—Porque nos gustaría oírlo de *su* boca. Y no nos gusta que nos mientan. No se ve muy bien para usted si lo hace.

Nora bajó la cabeza, como si entendiera la amenaza detrás de las palabras de Tomek.

—Herbert nunca tuvo problema con eso, si tanto quiere saber. ¿Cómo podría, con las cosas que él había hecho en el pasado? —Hizo una pausa mientras se arrancaba una de las uñas—. Nunca nos amamos. Quizás al principio de la relación, pero se esfumó bastante rápido. Y luego descubrí que estaba embarazada, así que decidimos seguir juntos. Hemos estado así desde entonces, por el bien de las chicas. Ya sé, ya sé, Whitney tiene edad suficiente para vivir sola y a Eleanor no le falta mucho. Pero para ser honesta, siempre me ha asustado la idea de que se vayan. No quería quedarme sola con él. —Se ahogó con un nudo en la garganta y se pasó los dedos por el

cuello—. Tuve muchas oportunidades de dejarlo en el pasado, pero nunca las aproveché. Estaba demasiado cómoda. No tenía que trabajar, tenía todo lo que necesitaba. Y podía tener tantas relaciones externas como quisiera. Lo mismo para él. Él sabía lo que yo hacía y yo sabía lo que él hacía.

—¿Sabía de su hijo bastardo? —preguntó Tomek, intrigado.

—Por supuesto que sí. Tenía una debilidad por las de Europa del Este. Siempre aparecía algún nombre extranjero en su teléfono. Y *esa* zorra, Alina, se apareció por aquí un par de veces tratando de encontrar a Herbert. Obviamente, yo sabía que él no quería tener nada que ver con eso, y yo tampoco. Me distancié de eso tanto como fue posible, pero ella seguía viniendo.

—¿Sabía que él le pagaba todos los meses?

Nora dejó de hurgarse las uñas y bajó la cabeza. —Fue idea mía. Ella había dejado bastante claro que no se iba a ir, y la cantidad de veces que amenazó con ir a la prensa, ¡Dios! Aunque sabíamos que, si acudía a John, estaríamos bien; él no publicaría nada. Pero rápidamente me di cuenta de que pagarle era la mejor manera de mantenerla callada.

Tomek se inclinó hacia adelante en su asiento, con los brazos cruzados, fascinado.

—Entonces, ¿debe saber por qué se detuvieron los pagos? —preguntó—. *Ambos*.

—¿Ambos? —repitió ella—. ¿Qué quiere decir?

—Los pagos a Alina Zandecka y los pagos a Brendan Door. Por lo que hemos descubierto, parece que su esposo le pagaba a mucha gente mucho dinero por muchas cosas diferentes. ¿Por qué se detuvieron?

—Estaba harto. Era tan simple como eso. Estaba harto de que la gente lo chantajeara y también estaba harto de sí mismo por no descubrirles el farol.

Tomek no sabía qué esperaba oír. Hasta ahora, eso era todo lo que había oído. Que Herbert Tucker se había hartado de pagarle a la gente por su silencio o su apoyo, y que les había cortado el grifo. Así que no sabía por qué se sentía decepcionado después de oírlo de la boca de Nora.

—¿Por qué le pagaba dinero a Brendan Door? —preguntó Anna astutamente.

—Por nuestra aventura. Herbert lo sabía, pero eso no significaba que le gustara. Especialmente cuando era con alguien tan cercano a él profesional y personalmente. No le gustaba la idea de que estuviéramos juntos y, en ocasiones, había intentado separarnos; ya sabe, metiendo a otras personas en nuestras vidas, tratando de que nos fijáramos en otros. Pero nunca funcionó, y Brendan se hartó. Así que Brendan amenazó con convencer a John de que le permitiera publicar un artículo sobre las aventuras que Herbert estaba teniendo y también sobre el hijo bastardo que tenía. Algo así era mucho peor si salía a la luz para un diputado que para Brendan. Brendan no estaba tanto en el ojo público, pero un diputado… —Silbó entre dientes—. Eso era completamente diferente.

Hasta ahora, todo esto tenía sentido para Tomek. Excepto la parte sobre el chantaje. Una parte de él pensaba que podría estar mintiendo; que ella sabía exactamente para qué era y que no había hecho nada para detener que las drogas inundaran las calles de Southend y entraran en la vida de su hija. Mientras que la otra parte de él, la que creía, era que ambos hombres le habían hecho creer la mentira; que le habían dicho que era para evitar que Brendan fuera a la prensa por su aventura. Y que no tenía nada que ver con inundar las calles de Southend con drogas.

—Usted dijo que Brendan sabía sobre el hijo bastardo… —comenzó Tomek.

—Sí.

—¿Quién más lo sabía?

—Un puñado de personas. No recuerdo sus nombres. Pero sé que Herbert les hizo jurar a todos que guardarían el secreto.

Tomek tragó saliva y se humedeció los labios para la siguiente parte de la conversación.

—¿Qué puede decirnos sobre el club de caballeros al que su esposo solía ir?

Antes de responder, Nora agitó la mano frente a su cara, como si espantara las palabras de su vista. —No quiero hablar de ese lugar. Lo odio. He prohibido que se mencione en esta casa. Sabía

exactamente qué tipo de cosas hacía Herbert allí. Solía contármelo todo, como si se estuviera *regodeando*, presumiendo. Las cosas que hacían… me daba asco.

—Pero está al tanto de que Brendan también frecuenta el club, ¿verdad?

Nora inhaló profunda y lentamente, ganando tiempo. Por la expresión de su rostro, sabía exactamente de qué estaba hablando Tomek. Ahora solo tenía que admitirlo.

—Me lo explicó, sí. Pero no ha estado allí desde que empezamos a vernos.

Tomek tomó nota mental de corroborar eso. Y luego su mente divagó hacia la imagen de su única visita. Su desafortunada y poco oportuna visita. Se estremeció ante la visión en su cabeza.

—Si tuviera que calificarlo en una escala del uno al diez —comenzó Tomek—, ¿cuánto diría que sabe sobre el funcionamiento interno de ese club?

—Uno —dijo sin dudar—. Se lo dije. No quería saber de eso entonces y sigo sin querer saber. ¿Por qué me pregunta tanto sobre eso de todos modos?

Metió la mano en el bolsillo de su saco y Tomek le ofreció una sonrisa cálida, encantadora y, ciertamente, *no* coqueta. Luego sacó una copia de la foto que había encontrado en lo que había llegado a llamar «La Habitación».

—¿Ha visto esta foto alguna vez? —preguntó Tomek mientras la deslizaba por la mesa, evitando por poco los vasos.

Nora tomó el documento de sus manos y lo inspeccionó cuidadosamente, de la misma manera que tantos otros lo habían hecho antes que ella.

—Sí, he visto esto antes.

Interesante. Se suponía que esta era la única copia, y para alguien tan inflexible en evitar el club de caballeros como ella, sentía curiosidad por cómo la había visto.

—¿Le importaría explicar dónde se ha encontrado con esto antes?

—Nos la enviaron. Llegó por correo hace unas semanas. Pobre Whitney, fue ella quien la abrió.

—¿Estaba dirigida a ella? —preguntó Anna.

—No. No tenía nombre. Alguien la había entregado en mano.

—¿Sabe quién?

Nora comenzó a jugar con sus uñas de nuevo. —Fue esa zorra lituana. La vi en el sistema de vigilancia de la casa dejándola con ese novio suyo.

—¿Terrence?

—Sí. Él.

Ahora todo cuadraba. La dueña original de la fotografía tenía más de una copia, como se creía. Tomek asintió, luego se volvió hacia Anna y le dio un sutil asentimiento. Era el momento de la etapa final de la visita.

—Nora —comenzó Anna—. Como parte de nuestra investigación, hemos hablado con Alina Zandecka y también con su secretaria, Sarah Jewell…

—¡Bah! ¿Ella era la última? Niña tonta. Siempre desesperada por trepar acostándose con él, esa era ella.

Anna ignoró el comentario y continuó. —Ambas mujeres han dicho que, después de tener relaciones sexuales, Herbert las hacía besarle la mano. ¿Fue esto algo que alguna vez esperó de usted?

—Oh, ¿eso? Sí. Es jodidamente raro, ¿no? No soy la única que lo piensa, ¿verdad?

Tomek levantó las manos en señal de rendición. —Cada quien con sus gustos. No soy quién para juzgar.

—Seguro que no —replicó Nora, seduciéndolo con su sonrisa.

—¿Alguna vez le pidió que hiciera eso por él? —repitió Anna.

—Sí —respondió Nora—. Cuando empezamos a salir, en las primeras etapas de la relación. Fue bastante abierto y franco al respecto, en realidad, y estábamos en el período de luna de miel, así que no tuve problema con eso. Lo hice al principio, pero después de que el período de luna de miel se acabó y me di cuenta de qué tipo de hombre era, paré en seco y lo mandé a la mierda. Podía ser adorado por otras mujeres si quería, pero no por mí.

—¿Alguna vez le pidió que lo hiciera con un lápiz labial en particular?

Nora examinó la habitación. —Todavía lo tengo —dijo, y luego se dirigió a una cómoda al lado de la sala. Empezó a buscar entre el contenido de cada cajón, sus manos perdidas entre los trastos que había allí—. Guardo parte de mi maquillaje aquí abajo, pero creo que está arriba en mi tocador. Curiosamente, lo he guardado después de todos estos años.

—¿Podríamos tenerlo, por favor? —preguntó Tomek—. Y vamos a necesitar que nos dé una muestra de ADN, por favor.

Nora cerró el cajón de un portazo.

—¿Por qué? No creerán que tuve algo que ver con su asesinato, ¿o sí?

CAPÍTULO
CUARENTA Y CINCO

Sonó el timbre, pero el ruido apenas fue audible. Parecía venir de las profundidades del departamento. Esperaron, pero no hubo respuesta.

No había nadie en casa.

—Quizás fueron al club —dijo Rachel.

—¿A cuál?

—Al Southend Seven…

—No me imagino que los quieran ver por ahí en un buen rato. Y dudo que tengan a la mano sus tarjetas de membresía. Son bastante estrictos con esas cosas por allá.

—No quiero saber cómo entraste *tú*…

Después de tomar la muestra de ADN de Nora Tucker, Tomek llamó a Rachel y le pidió que se reuniera con él en el departamento de Alina y Terrence, mientras Anna llevaba la muestra al equipo forense. Pasaban un poco de las cinco, las luces estaban apagadas y no había nadie en casa. A menos que hubieran tenido que llevar a su hijo a alguna actividad por la tarde, Tomek no podía evitar preguntarse dónde estarían. Quizás se habían dado cuenta de que el cerco de la investigación se estaba cerrando sobre ellos, entraron en pánico y decidieron irse. Lo último que la investigación necesitaba era que ambos se largaran de la ciudad para no volver jamás.

Después de todo, tenían el dinero, no tenían nada que los atara a la zona. Podían irse cuando quisieran, a donde quisieran.

—Tengo una idea —dijo él.

—¿No será un *plan astuto*, Baldrick?

Tomek se detuvo a medio giro. —Vaya, qué ingeniosa eres —dijo con sarcasmo—. Deberías anotarlo. Asegúrate de usarlo con alguien más.

Tomek se rio entre dientes mientras le daba la espalda y comenzaba a bajar el tramo de escaleras que salía del edificio. Al pie de los escalones, Tomek giró a la izquierda y se dirigió al Co-op adjunto a la gasolinera. El área de surtidores estaba concurrida, con conductores que llenaban los tanques de sus autos mientras sus pasajeros esperaban pacientemente en el asiento delantero, revisando sus celulares. El interior era, para su sorpresa, más grande de lo que esperaba. Era como entrar a un Tesco Express o a un Sainsbury's Local. Hileras sobre hileras de todo lo que pudieras necesitar. Bebidas, botanas, comidas, artículos de tocador, pasta de dientes, comida para mascotas, comida congelada. Con razón Alina y Terrence hacían sus compras semanales allí.

Después de unos minutos de esperar impacientemente en la fila, mientras la gente delante de él pagaba la gasolina y compraba sus cigarrillos, Tomek llegó a la caja. Detrás de ella había un hombre asiático de mediana edad que vestía su propia ropa. Mientras tanto, el resto del personal de la tienda llevaba uniformes.

—Usted debe de ser el gerente —afirmó Tomek.

—Sí, señor —respondió el hombre cortésmente.

—Excelente. Necesito hacerle unas cuantas preguntas.

La placa de Tomek bastó para acallar las protestas inmediatas del hombre. Tomek entonces le preguntó si había algún lugar más privado donde pudieran conversar, así que el dueño los llevó a ambos a la oficina de atrás. El espacio era pequeño y estrecho, ocupado en su mayoría por un escritorio y una silla de oficina. A un lado había una computadora pequeña, mientras que al otro se veía una gran serie de monitores de circuito cerrado.

—No he hecho nada malo, ¿o sí? —preguntó el caballero, temblando—. ¿Mi familia no ha hecho nada malo?

—No, señor —dijo Tomek, haciendo lo posible por tranquilizar al hombre, pero su voz profunda y su presencia dominante tuvieron poco efecto.

En cambio, fue Rachel quien calmó al hombre después de explicarle la situación.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Tomek.

—Rohit.

—Hola, Rohit. Soy Tomek y ella es Rachel. ¿Qué puede decirnos sobre la pareja que vive arriba?

—¿Alina y Terrence?

—Sí.

—Oh. Los vemos todo el tiempo. Con el pequeño Francis. Siempre hacen sus compras con nosotros. A veces les doy descuento en ciertos productos.

—¿Por qué?

Rohit se encogió de hombros. —Porque son buenas personas. Siempre sonríen y nos hablan cuando vienen.

—¿Alguna vez le hablan de sus vidas personales?

Rohit se encogió de hombros con desgana. —No muy a menudo. Solo del pequeño Francis, sobre todo.

—¿Cuándo fue la última vez que los vio?

—No hace mucho. —El dueño de la tienda se giró hacia la serie de pantallas de seguridad en vivo detrás de él—. Hace un par de horas, de hecho. Terrence vino con su sudadera blanca con capucha.

—¿Qué quería?

—Un cepillo de dientes nuevo.

—¿Vio a dónde fue después?

—No, lo siento. Pero debe estar aquí. —Rohit señaló la serie de monitores de seguridad y, antes de que Tomek o Rachel pudieran decir algo, comenzó a rebobinar la cinta. Encontró lo que buscaba unos momentos después—. Ahí está. Solo por un cepillo de dientes.

Tomek observó la imagen pixelada del hombre, con la capucha puesta, tapándole los ojos, y una gorra de béisbol encajada ahí, obstruyendo su rostro.

—¿Siempre parece que está a punto de asaltar el lugar?

—Oh, sí. Bromeamos sobre eso una vez. La primera vez que la usó, de hecho.

Tomek sonrió de lado y luego se giró hacia Rachel. No sabía por qué, pero algo había comenzado a suceder en su cabeza. Un

proceso mental, una reflexión.

—El acosador de Alina… —dijo, más para sí mismo que para nadie más.

—¿Qué pasa con él?

Tomek señaló la pantalla. —¿No coincide *eso* con la descripción que nos dio?

Rachel hizo una pausa mientras se inclinaba más cerca de la pantalla, sujetándose de una silla para apoyarse.

—¿Crees que fingió que la estaban acosando?

—Bueno, he aprendido a no confiar en una sola cosa que salga de su boca. ¿Y a quién mejor para describir que al hombre que se suponía nadie debía saber que estaba con ella? No se le ocurrió una descripción original, así que nos dio esa.

—¿Y si lo hubiéramos encontrado sin saber que estaban juntos? ¿Crees que lo habría sacrificado así?

Tomek se encogió de hombros. —Mientras ella logre salirse con la suya, no creo que le importe lo que le pase a nadie más.

Algo en qué pensar. Si Alina Zandecka realmente fingió tener un acosador, ¿entonces qué ganaba con Herbert? Había afirmado que el acosador había sido enviado por él para disuadirla de ir a la prensa. A menos que hubiera sido ella quien lo amenazó con esa idea: que Herbert Tucker, el prominente y eminente político local, había tenido un hijo fuera del matrimonio con una prostituta, posteriormente le había pagado para que guardara silencio y la había amenazado con un acosador, obligándola a hacer lo que él deseara.

Hubiera vendido titulares y le habría hecho ganar una pequeña fortuna, sin duda.

No era inconcebible, pero tampoco del todo plausible.

Pero había una cosa que no tenía sentido para Tomek. El atuendo del hombre. Cuando Terrence había ido a la estación esa mañana, había entrado con aspecto de venir de la granja y, sin embargo, ahí estaba, vistiendo ropa casual. Entonces se le ocurrió que su atuendo durante la declaración de testigo había sido fabricado, que lo habían vestido para que pareciera alguien que no era. Que, quizás, Alina se había dado cuenta de que les había dado su descripción a Tomek y

Rachel, así que se vieron obligados a hacerle usar algo completamente diferente, para despistarlos.

Tomek guardó la idea en el fondo de su mente. Luego se encaró con Rohit.

—¿Ha visto alguna vez algo extraño o sospechoso sucediendo en el departamento de arriba?

—Yo… No tenemos mucho que ver con ellos —explicó Rohit—. El propietario es diferente al nuestro, ¿sabe?, y…

—¿Alguna ida y venida extraña? ¿Gente merodeando por fuera?

—¿Drogas? —preguntó Rohit—. ¿Cree que están vendiendo drogas ahí dentro?

—Díganos usted —insistió Rachel—. Usted es quien vigila el lugar las veinticuatro horas del día. Realmente nos vendría bien un poco de ayuda.

Rohit desvió la mirada y de repente se mostró muy avergonzado.

—Había una mujer —comenzó, incapaz de sostenerles la dura mirada—. Atractiva. Era muy atractiva. Bonito pelo. Bonitas piernas. Bonita ropa. Bonitos…

A Rohit le costó decir lo siguiente. En su lugar, ahuecó las manos y las levantó hasta su pecho, sin apartar la vista de Rachel.

—Está bien —dijo ella—. Puede decirlo. Le ruego que lo diga en lugar de actuarlo.

—¡Pechos! —dijo Rohit con la emoción de un adolescente que acabara de tocar un par por primera vez—. Tenía bonitos pechos. Muy atractiva.

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas. Estuvo esperando fuera de su departamento un buen rato. Luego entró a preguntar si estaba en el lugar correcto.

—¿Recuerda qué aspecto tenía?

Rohit dejó de hablar y luego se giró lentamente hacia las pantallas de seguridad. —Tengo la grabación guardada aquí.

—¿Guardada? —preguntó Rachel—. Creía que sus grabaciones se borraban después de cuarenta y ocho horas.

Rohit rio torpemente. Acababan de descubrir al viejo verde. —La guardé —explicó—. Por si acaso.

—¿Por si acaso la necesitaba cuando tenía frío por la noche?

Más risas torpes. —¿Le gustaría verla?

Claramente no tanto como a usted.

En cuestión de segundos, el dueño de la tienda había cargado un video en la pantalla que mostraba irrefutablemente a Nora Tucker. Tomek la reconoció al instante. Las piernas, el pelo y, Rohit tenía razón, los pechos. Llevaba casi el mismo atuendo con el que Tomek la había visto apenas unas horas antes, y estaba de pie en el estacionamiento, con una bolsa grande bajo el brazo.

—¿Qué es eso? —preguntó Tomek.

No hubo respuesta. Rohit avanzó rápidamente el video, que más tarde mostraba a Nora entrando al departamento y saliendo solo unos minutos después.

—No se quedó mucho tiempo —señaló Rachel.

Pero Tomek no estaba escuchando. Otra de esas pequeñas ideas había comenzado a formarse en su cabeza.

—¿Cuándo fue esto? —preguntó, y luego encontró la respuesta por sí mismo—. El 10 de noviembre…

—¿No es esa la misma fecha en que se retiró el dinero de la cuenta de Herbert Tucker?

Lo era.

—Era para Alina —dijo Tomek, pensando en voz alta—. Nora fue la mula que se lo entregó el mismo día. Pero, ¿para qué era?

—¿Dinero para comprar su silencio?

—O para matarlo.

Un silencio repentino cayó sobre la habitación. Afuera, se oía la música de la tienda. Tomek y Rachel se quedaron quietos, con la mirada perdida en la distancia. Mientras tanto, Rohit, que no tenía ni idea de lo que estaba pasando, parecía aterrorizado de estar en compañía de dos individuos que hablaban de matar y de dinero en la misma frase.

Al darse cuenta de que no había dicho nada durante un rato, Tomek le agradeció al hombre por mostrarles todo y le dijo que necesitarían una copia de la grabación como evidencia. Una vez que el hombre la descargó en una memoria USB para ellos, presionó un

botón y devolvió la imagen a la transmisión de video en vivo. Mientras Tomek tomaba el USB del hombre, algo llamó su atención.

Un hombre con una sudadera blanca con capucha.

Una mujer con un abrigo negro.

Un niño pequeño tomado de la mano de ambos.

Habían vuelto a casa.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SEIS

—Buenas noches.

Los tres dieron un respingo.

—Detectives… —empezó Terrence, con cautela en el tono—. Buenas noches.

—¿Les importa si pasamos?

La puerta estaba entreabierta, así que no podían negarse.

—Por supuesto. Pondré a calentar agua.

—No será necesario —explicó Tomek.

El miedo cruzó por el rostro de ambos adultos mientras hacían pasar a su hijo al departamento. Tomek estaba más que feliz de dejarlos cocinarse en su propio jugo un rato.

Una vez dentro del departamento, Alina mandó al niño a su habitación, donde la posibilidad de que le permitieran jugar con su iPad y ver la tele era más interesante que lo que los adultos iban a discutir. Tan pronto como la puerta se cerró tras él, Tomek hizo pasar a Alina y a Terrence a la cocina.

—Me gusta su sudadera —dijo Tomek secamente.

—¿Qué…? Ah… ¿esta? —Terrence se miró el suéter con desconcierto, como si se hubiera olvidado de que lo llevaba puesto —. ¿Esta cosa vieja? La tengo desde hace años.

—Se parece mucho a la que nos describió el otro día, Alina, ¿no le parece?

—¿La que yo…? —repitió ella, haciéndose la tonta.

—Sí. Ya sabe. El acosador del que nos habló. Enviado por Herbert antes de morir. ¿No dijo que llevaba una sudadera y una gorra exactamente como esa?

—Yo… eh… —musitó ella.

—Yo diría que usted se lo inventó. No había ningún acosador. Nos mintió. ¿Por qué?

—Porque yo… porque ustedes no sabían cómo era él. Era el tipo de cosas que él habría hecho.

—Pero no lo hizo —espetó Tomek, cruzándose de brazos—. ¿Por qué fingió tener un acosador?

Alina se volteó hacia su pareja y suspiró tan profundo que Nick se habría impresionado. —Herbert no dejaba de amenazar con dejarnos sin nada. Decía que no habría más pagos. Así que decidí contraatacar, le dije que iría a la prensa y diría que había contratado a un sicario para que me acosara y me matara. Incluso tomé fotos de Terrence en la calle como «prueba» —hizo comillas en el aire con los dedos—. Nunca iba a llevarlo a cabo.

—¿Y Herbert le vio el farol? —preguntó Rachel.

—Supongo.

—Así que mintió sobre eso —empezó Tomek—. ¿Sobre qué más ha mentido?

—No entiendo. No he….

—¿Reconoce esto? —Tomek sacó la foto de Herbert Tucker en el club y se la restregó en la cara—. Se me ha informado de fuente fidedigna que solo existe una copia de esto y que estaba orgullosamente expuesta en el club de caballeros de Southend. Pero ese no es el caso, ¿verdad, Alina?

—No sé a qué se refiere… —su voz se quebró de miedo y angustia.

—Deje de mentir, por favor. Es agotador. Explíquelo todo y explíquelo ahora. —Tomek estaba decepcionado de que no hubiera una mesa sobre la que pudiera dar un manotazo para enfatizar su disgusto hacia ella.

—Yo… sí, yo tomé esa foto. Y no, no es la única copia. —Miró a los ojos a Tomek como si esperara su aprobación para continuar—. Guardé un par de copias por seguridad, como garantía. Por si acaso.

—¿Por qué se la envió a la esposa de Herbert?

Suspiró profundamente. —Porque ella nos había estado amenazando. Cuando Herbert nos cortó el dinero, se rio de nosotros, nos dijo qué seres humanos tan despreciables éramos. Así que le envié la foto como prueba de lo despreciable que era su *esposo*, no nosotros. La envié a su domicilio y les dije que la enviaría a la prensa si no recibía nuestro dinero. Pero no me refería al *Southend Echo*. Hablaba de algo más grande: *The Sun, The Daily Mail*. Ellos habrían pagado mucho más por una exclusiva de ese tipo.

—¿Así que entonces ella trajo el pago final en persona?

—¿Cómo saben…? —empezó, luego se dio cuenta de que la pregunta era inútil; que lo sabían todo—. Nora retiró una gran suma de dinero de la cuenta de Herbert sin que él lo supiera y nos la trajo. Ese fue el último pago que hemos recibido.

—¿No fue un pago inicial para matar a su esposo, entonces? —preguntó Rachel, encajando la pregunta en la conversación como un niño que fuerza un ladrillo a pasar por un agujero circular.

—¿Matarlo? ¿De qué está hablando?

—¿La esposa de Herbert no le pagó para matarlo? —repitió Rachel.

—¡Por supuesto que no! —intervino Terrence, su voz grave haciendo vibrar la vajilla—. No tuvimos nada que ver con el asesinato de Herb, se lo juro.

—Ya veremos —respondió Tomek en voz baja, luego se volteó hacia Rachel y extendió la mano.

—¿Qué se supone que significa eso? —ladró Terrence—. ¿De qué está hablando? ¡No tuvimos nada que ver con el asesinato de Herbert!

Tomek los ignoró mientras tomaba un tubo de ensayo de Rachel y comenzaba a ponerse un par de guantes forenses azules.

—¿Qué está haciendo? —continuó Terrence—. ¿Para qué es eso?

—Alina, voy a necesitar que abra la boca, por favor.

Alina apretó los labios instintivamente.

—Solo necesito tomarle una muestra rápida de ADN.

Terrence se paró frente a ella, su estómago de roca haciendo un buen trabajo protegiéndola de Tomek.

—¡No puede hacer esto! ¡No tiene derecho! Déjeme llamar a Brendan, él….

Tomek se quedó helado, fulminando con la mirada al patán que se interrumpió a media frase.

—¿Qué hará Brendan? —preguntó Tomek.

De repente, Terrence selló los labios y se hizo a un lado.

—Continúe, por favor. Quiero oír lo que iba a decir.

—Nada. Nada. No iba a decir nada. Olvide que mencioné su nombre.

—¿Usó su influencia y poder para librarse de algún cargo en particular anteriormente? —preguntó Rachel.

Ninguna respuesta.

—Sabemos que puede ser muy persuasivo.

Seguía sin decir nada.

—Díganos —ordenó Tomek—. De lo contrario, tenemos un bonito colchón esperándole en la comisaría.

Terrence negó con la cabeza y empezó a disculparse profusamente. —Él me ayudó con mi adicción. Me ayudó a mantener a la policía alejada de mi casa en ese entonces. Eso fue todo. Le debo mucho.

Ya me imagino que sí.

—Abra la boca, por favor, Alina —dijo Tomek mientras blandía el hisopo de algodón frente a su cara—. Terminará antes de que se dé cuenta.

A regañadientes, Alina abrió la boca y Tomek frotó el hisopo por el interior de sus mejillas, tomándose su tiempo. Por puro rencor. Cuando terminó, lo volvió a colocar en el tubo, le entregó la evidencia a Rachel y luego se quitó los guantes, dejándolos sobre la encimera de la cocina para que los dueños de casa se encargaran de ellos.

—¿Para qué la necesita? —preguntó Alina, con voz débil, como si acabara de recuperarse de una paliza.

—Rutina —mintió Tomek. Luego añadió—: Por curiosidad, ¿le suena de algo Claire's Sumptuous Strawberry?

—Es el nombre de una marca de labial.

—Correcto. ¿Y tiene algún otro significado importante para usted?

—Es… —se volteó hacia Terrence, y luego de nuevo hacia Tomek —. Es el labial que Herbert me hacía usar cada vez que teníamos sexo.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SIETE

Treinta minutos se convirtieron en treinta y uno.

Treinta y uno en treinta y dos.

—Qué bien —dijo Tomek—. No creo que vaya a aparecer, amiga.

Levantó la mano y le hizo una seña a la dueña. El café de Morgana estaba a reventar esa noche. Como todas las noches. Y días. Y a cada hora que estaba abierto. No importaba cuántas veces visitara el café, a Tomek le seguía desconcertando lo lleno que estaba.

Un momento después, Morgana se acercó deprisa con bolígrafo y libreta en mano, y su sonrisa de manual dibujada en el rostro.

—¿Qué les sirvo?

—Un sándwich de salchicha y huevo, por favor —le dijo Tomek.

—Lo mismo para mí, por favor —respondió Abigail, suspirando.

—Míranos, qué compenetrados.

—Es casi como si ambos fuéramos humanos y nos gustara el mismo tipo de comida.

—Alguien está un poco resentida —respondió Tomek.

—Y con toda la razón. Es la tercera vez que nos deja plantados. No sé cuántas oportunidades más puedo darle.

Tomek se encogió de hombros, tomó la servilleta de la mesa y empezó a jugar con ella entre los dedos. —Bueno, siempre podrías darme su nombre y su información, y entonces puedo mandar a Anna para que hable con ella.

—¡No! ¿Eres estúpido? Es lo último que queremos hacer. Entonces sí que no vendrá.

Tomek no creía que tratar a la mujer X como si fuera un ciervo asustado la haría salir de su escondite antes, pero prefirió no recordárselo.

Mientras los treinta y dos minutos se convertían en treinta y cinco, seguía sin haber ni rastro de ella. Sin embargo, sí había comida en la mesa. Pura delicia, como le gustaba llamarla a Tomek. Un antojo de medianoche. Una entrada antes de su plato principal en casa con Kasia. El plato frente a él era de proporciones magníficas. Dos huevos, dos tostadas y al menos seis tiras de tocino, con una guarnición de frijoles en un tazón pequeño que no había pedido. Se le hacía agua la boca solo de verlo.

Se giró hacia Abigail, que babeaba por su comida tanto como él.

—¿Esto es una cita? —preguntó.

—No.

—Parece una.

—No lo es.

—Pero tiene todas las características. Un restaurante. Una comida. Nosotros dos… solos.

—No cuenta.

—La última vez sí contó.

—Sí, pero esta noche no.

—Pero ¿*puedo* contarla yo?

—No. No funciona si solo uno de nosotros la considera una cita de verdad. Es como si dijeras que piloteaste un avión, pero lo único que hiciste fue pararte en la cabina. Tienes que poner las manos en la palanca de mando y pilotear esa maravilla para poder llamarlo una cita.

Tomek la miró asombrado. Eufemismos aparte, él todavía lo consideraba una cita, aunque ella no quisiera.

—Lamento que sigamos viéndonos así —dijo ella, justo cuando él se metía un bocado de huevo y tocino en la boca.

—¿Viéndonos cómo?

—En el trabajo… haciendo cosas relacionadas con el trabajo. Ya sabes, cuando viniste a mi oficina el otro día; la última vez que

hicimos esto, y ahora lo estamos haciendo de nuevo.

—Está bien —dijo él—. No me molesta. De verdad. Al menos todavía me da una excusa para verte. Y al menos no me siento tan mal sabiendo que hay un pretexto de trabajo detrás.

Abigail jugueteó con su comida, pensativa. —Solo estás diciendo lo que crees que quiero oír.

Tomek agitó el cuchillo frente a ella. —Nones. Lo que tú quieres oír es que esto *es* una cita.

—Creo que eso es lo que *tú* quieres oír —respondió ella.

—¿El qué?

—¡Que esto es una cita!

—¡Eso! —vitoreó Tomek, y trocitos de comida salieron volando de su boca—. Te atrapé. Lo admitiste. Esto. Es. Una. Cita. Y una muy buena, además. Así que no la arruines.

Suspirando profundamente, Abigail puso los ojos en blanco y centró su atención en la comida. Habían pasado casi cuarenta minutos y todavía no había rastro de ella. Al minuto cuarenta y uno, Abigail se dio por vencida.

—Ya que esto es una cita bajo el pretexto del trabajo —empezó —, no me sentiré tan mal por preguntarte cómo va la investigación.

Tomek sonrió con suficiencia. —Sabes que no puedo contártelo todo.

—Quizás algún día lo hagas.

—Lamentablemente, no esta vez —explicó, y luego procedió a contarle la historia bastante inocua y poco interesante de Albert Patterson, el detectorista de metales que había descubierto la argolla de matrimonio de Herbert Tucker en la playa.

—Pobrecito —dijo ella—. Parece que le había tomado bastante cariño.

—Lo sé. Me sentí mal por quitársela. Tuve la impresión de que no tenía mucho, y que era la última posesión que le quedaba. También era muy olvidadizo… un poco despistado.

—Qué ternura.

Un momento de silencio cayó sobre la mesa mientras ambos se metían otro bocado.

—¿Y tú qué? ¿Qué noticias hay en Southend y sus alrededores?

—¿No te has enterado?

Tomek le frunció el ceño. —Si me hubiera enterado, no estaría preguntando…

—Como sea. Es una locura en este momento. John me dio luz verde para seguir con la historia en la que he estado trabajando. También le dio luz verde a algunas de las otras chicas para publicar historias sobre Brendan Door, el alcalde, el presidente del Southend FC, Anthony Arnold… sobre todos ellos. Todos y cada uno. Incluso nos dieron acceso a los Siete de Southend.

Tomek se tomó un momento para procesar la información. El castillo de naipes se estaba derrumbando y John Mullen se estaba asegurando de ser el único que quedara fuera. Pero ¿por qué? ¿Qué ganaba ahora que Herbert Tucker estaba muerto? ¿Solo intentaba manchar el nombre de todos los demás para quedarse él con toda la gloria? ¿O esperaba que la opinión pública quedara tan bombardeada con las terribles noticias de algunas de las figuras más prominentes de su ciudad que, para cuando saliera un artículo sobre él, ya estuvieran insensibilizados y su impacto fuera menor? Tomek no lo sabía. Pero una parte de él lo consideraba preocupante. Mientras que la otra parte no podía esperar a descubrir qué tipo de historias iban a salir.

—Sabes que no puedo contártelo todo —dijo ella, guiñándole un ojo.

—Quizás algún día lo hagas —dijo él.

—Quizás —respondió ella—. Depende de lo bien que me trates.

Justo cuando Tomek estaba a punto de meterse el último bocado de comida en la boca, su teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa. Número desconocido.

Deslizó el dedo por la parte inferior de la pantalla y se lo llevó a la oreja mientras se embutía la comida en la boca.

—DS Bowen —dijo de forma casi inaudible.

—¿DS Bowen? —repitió una voz masculina—. Mi nombre es PS Knight. Me han dicho que le informe que Richard Stafford acaba de ser visto en el centro comercial Victoria. Uno de nuestros agentes lo está esperando ahora fuera de Peacocks.

CAPÍTULO
CUARENTA Y OCHO

Tomek no sabía qué era más desconcertante: por qué un narcotraficante rico y acaudalado estaba de compras en un lugar como Peacocks o por qué había salido de la nada de repente. Desde que el equipo había interrogado a los otros seis miembros de los Siete de Southend, se habían hecho varios intentos por encontrar al traficante de drogas buscado, pero informes de la brigada antidrogas de Colchester, el cuartel general de la policía de Essex, habían indicado que había volado a España y, como no había orden de arresto en su contra, no había habido oportunidad de traerlo en cuanto aterrizara.

Tomek llegó al Centro Comercial Victoria veinte minutos después de recibir la llamada. El complejo estaba situado en la parte alta de la calle principal, a menos de cien metros de la estación de tren Southend Victoria. Su construcción se inició y terminó a finales de los sesenta y había sido un pilar de la zona de Southend desde entonces. Cientos de miles de visitantes pasaban por sus puertas cada año y Tomek estaba asombrado de pensar que Richard Stafford fuera uno de ellos.

Esperándolo en la entrada del centro comercial estaba un joven agente de policía, vestido con un uniforme impecable, de pie con los brazos a los lados como si hubiera sido miembro de la guardia real o hubiera pasado un breve tiempo en el ejército.

Tomek se acercó al hombre y se presentó.

—Agente Ryan Blackpool —respondió el agente con un firme apretón de manos.

—¿Todavía lo tienes a la vista?

Blackpool señaló con la cabeza hacia la farmacia Boots a su izquierda.

Oportuno.

—Lleva ahí unos diez minutos. Primero, estuvo en Peacocks como veinte minutos, luego entró en Deichmann y ahora está aquí.

—¿Está solo?

Blackpool asintió. —Hasta donde puedo ver, sí.

—Excelente. Déjamelo a mí. Si te ve con el uniforme, podría asustarse.

Otro asentimiento. Esta vez el agente se quitó la gorra de policía y la sostuvo bajo el brazo.

Tomek dejó al hombre y se dirigió a la tienda. Muchas tardes las había pasado allí con Kasia, examinando los estantes, buscando los últimos productos de maquillaje y para el cabello. Tanto que ahora conocía los pasillos como la palma de su mano. Sabía dónde estaban los pasillos de maquillaje de marca, dónde se encontraban las toallas sanitarias, dónde se guardaba el tinte para el cabello y, lo más importante, sabía dónde se escondían los remedios para el dolor de articulaciones.

Mientras entraba tranquilamente por la entrada de la tienda, pasando por los mostradores de maquillaje, se preguntó cuántas veces Herbert Tucker se habría aventurado por esas puertas. Si habría entrado y comprado el lápiz labial *Strawberry Surprise* que les había pedido a sus conquistas sexuales que usaran. Y si habría comprado algo más para ese propósito mientras estuvo allí.

Antes de que pudiera seguir pensándolo, Tomek vio a Richard Stafford en el pasillo de la pasta de dientes. Era obvio que estaba fuera de lugar, desentonaba como un grano en la cara de un adolescente, con su aspecto campestre, botas de goma y gorra plana.

El hombre estaba agachado, buscando un paquete de pasta de dientes Sensodyne, cuando Tomek lo abordó.

—¿Señor Stafford?

Richard levantó la vista hacia Tomek, con desdén en su expresión.

—Tal vez. Depende de quién pregunte.

—Sargento detective Tomek Bowen. —Tomek sonrió con aire de suficiencia mientras extendía una mano para ayudar a Richard a levantarse.

El hombre la ignoró y se puso de pie, con el paquete de pasta de dientes en la mano.

—Oí que nueve de cada diez dentistas recomiendan esta —dijo él —. Debe de ser buena si es así.

Richard no se inmutó. —¿Qué quiere?

—Quisiera hacerle unas preguntas, si me permite.

Para entonces, un pequeño grupo de gente se había formado en el otro extremo del pasillo; Tomek no hizo ningún intento de bajar la voz, así que estaba más que feliz de tener público.

—¿Es por lo del otro día?

—Sí. Es usted un hombre difícil de encontrar.

—Así me gusta.

—Bueno, ya sabe lo que dicen: un jet privado al día mantiene al sargento detective en la lejanía. Ahora, ¿vamos?

Salieron amistosamente, por la parte delantera de la tienda, uno cerca del otro como si fueran buenos amigos en un día de compras rutinario, gastando dinero que no tenían en cosas que no necesitaban. Esperándolos, apoyado en una pared con una mano en el bolsillo, estaba el agente Blackpool.

—Deja de parecer que estás en una película de Tarantino y ven con nosotros —le dijo Tomek al pasar junto a él.

El agente los siguió rápidamente, persiguiéndolos. Afuera, en la parte alta de la calle principal, giraron a la izquierda y se dirigieron hacia el Pizza Hut de la esquina. Allí, Tomek se había estacionado detrás del vehículo policial rotulado de Blackpool. Cuando llegaron al

coche de policía, Tomek abrió la puerta trasera e hizo un gesto para que Richard entrara.

—¿En serio? —preguntó el hombre.

—Es solo una charla. En un lugar un poco menos vergonzoso que una farmacia.

A regañadientes, y con la actitud de un adolescente petulante, Richard Stafford agachó la cabeza y subió al asiento trasero. Mientras Tomek cerraba la puerta detrás de él y comenzaba a rodear la parte trasera del vehículo, una voz gritó detrás de ellos.

—Blackpool, ¿dónde te has metido, amigo?

Ryan, perplejo y en alerta máxima, se dio la vuelta para ver a un hombre que se acercaba. El estado del hombre confundió a Tomek. Tenía el pelo revuelto, la barba descuidada y la cara sucia. En sus brazos llevaba una bolsa de dormir verde y gris, y sobre su hombro había una gran mochila de colores a juego. Todo en su exterior sugería que no tenía hogar, incluyendo sus dientes faltantes; sin embargo, fue su ropa lo que confundió a Tomek. Vestía un traje gris casi impecablemente planchado. Caro, hecho a medida.

—¿Todo bien, Rick? —dijo Ryan—. No te había visto en un tiempo. ¿Dónde has estado?

—Oh, ya sabes. Por aquí y por allá. De un lado para otro.

—Te ves elegante, debo decir. ¿De dónde sacaste eso? —Ryan examinó al hombre de arriba abajo, señalando sus zapatos—. Nunca te había visto con algo tan limpio.

—Un tipo me lo dejó la otra noche, ¿sabes?

—¿Qué dices?

Tomek se dio la vuelta y comenzó a rodear la parte trasera del coche de nuevo.

—Sí, fue una locura, pero no iba a decir que no. Este tipo se me acercó en medio de la noche. Me despertó y todo eso, y me preguntó si quería cambiar mi ropa por el traje de su amigo.

La mano de Tomek estaba en la manija de la puerta del coche cuando se detuvo. —¿Qué acabas de decir?

Rick se quedó helado, su cuerpo se tensó. —Nada. No dije nada.

—Tranquilo, Rick —intervino Ryan—. Está conmigo. No te van a arrestar.

—Ah. Claro. En ese caso, ¿qué quiere saber?

Tomek resopló. —¿Qué acabas de decir sobre que alguien te dio ese traje?

—Un tipo me despertó en medio de la noche, agitando este traje en mi cara, preguntándome si quería cambiarlo por mi ropa.

—¿Le preguntaste por qué?

—Dijo que era para una broma. Le estaba haciendo una broma a uno de sus amigos.

—¿Le viste la cara? —preguntó Tomek.

—La verdad es que no, amigo. Estaba oscuro. Yo estaba cansado. Y me estaba congelando hasta los huevos, así que estaba más interesado en entrar en calor.

Mierda.

—¿Te dio algo más? ¿Algo de dinero?

—¿Para qué quiere saber eso? —preguntó Rick, su cuerpo se puso rígido.

—Por curiosidad. —Tomek hizo una pausa mientras su mente procesaba la información. Luego miró por la ventanilla trasera del pasajero y señaló a través de ella—. ¿El tipo que está en este coche se parece a él?

La cara de Rick se contrajo mientras se inclinaba hacia un lado para ver mejor a Richard Stafford sentado en el coche.

Un momento después, se enderezó de un salto como la cola de un perro y dijo: —No, lo siento, amigo. No es él. Definitivamente no llevaba ropa como esa.

Doble mierda.

—¿Puedes recordar qué ropa llevaba?

Rick se metió un dedo en la nariz mientras pensaba intensamente. —Creo que llevaba un traje o algo así. O podría haber sido un chándal. Una sudadera, tal vez. No me acuerdo, si te soy cien por cien honesto. Estaba oscuro, como dije. Y yo estaba metido en mi rinconcito mientras me cambiaba y eso.

Tomek asintió comprendiendo. —¿Hay algo más que puedas recordar? ¿Algo que pudiera haber dicho? ¿Algo que pudiera haber hecho? ¿En qué dirección se fue?

—Estaba con una mujer, pero no la vi. Estaba a la vuelta de la esquina. Lo único que hizo fue gritar «vamos» y luego él se fue corriendo tras ella.

Triple mierda.

Los asesinos habían estado allí. Y habían tenido un testigo. Quizás no habían pensado que Rick iría alguna vez a la policía, o que se toparía con ellos en la calle.

—¿Tienes un celular o algo? —preguntó Tomek—. Para que podamos contactarte si necesitamos algo.

—¿Acaso le parece que ando con un celular?

—No. Tienes razón. Lo siento.

Estúpido idiota.

—¿Y la ropa? ¿Podríamos pedírtela? Necesitamos examinarla en busca de pruebas.

—Ni hablar. De ninguna manera se van a llevar esto. ¿Qué carajo me voy a poner? Es todo lo que tengo.

—Podemos encontrarte algo en el depósito.

—No, ni madres. Mejor me compran algo ustedes.

Tomek lo consideró por un momento. Entonces tuvo una idea. Abrió la puerta del coche y señaló el objeto en la mano de Richard.

—¿Me puede dar eso?

—¿Mi pasta de dientes? Absolutamente ni de coña.

—Vamos. Este tipo la necesita más que usted. Y estoy seguro de que puede comprar otra.

A regañadientes, como si Tomek acabara de pedirle que le cediera los ahorros de su vida, Richard Stafford le entregó el tubo de pasta de dientes. Cretino, pensó Tomek mientras le lanzaba el empaque a Rick.

—Considera esto un anticipo —dijo, luego se volvió hacia Ryan—. ¿Puedo dejarte esto para que te encargues?

Ryan asintió, confirmando que sí podía.

Tomek se enfrentó a Rick. —En nombre de la familia de Herbert Tucker, gracias por su ayuda.

Un momento después, subió a la parte trasera del coche. La puerta se cerró de golpe, encerrándolos en una burbuja de silencio.

—¿Obtuvo las respuestas que necesitaba de él? —preguntó Richard Stafford.

—Lamentablemente no, así que eso significa que todavía tengo algunas que hacerle a usted.

—Puede ahorrarse el aliento, amigo —respondió Richard, jugueteando con su gorra—. No he tenido nada que ver con el asesinato de Herbert. Ya se los dije a ustedes el otro día.

—Entonces, ¿por qué huyó?

—No lo hice.

—Volar a otro país sugiere lo contrario.

—Tengo intereses comerciales allí que requerían mi atención inmediata.

Tomek gruñó y se volvió hacia el parabrisas delantero.

—Nunca lo imaginé como un comprador de Peacocks —dijo.

—Me gusta su ropa interior.

—¿Pero no compró ninguna?

Tomek podía oler la mentira.

—No tenían mi talla.

—¿Qué tallas manejan ahí? ¿Onzas o gramos? —preguntó Tomek, arriesgándose.

—¿Es eso lo que ha venido a preguntarme, detective? ¿O es sobre la muerte de mi querido viejo amigo?

—Ninguna de las dos cosas. Es sobre el secreto que se está llevando a la tumba.

Richard giró lentamente la cabeza hacia la ventanilla lateral y observó a los transeúntes pasar junto al vehículo, el sonido de sus conversaciones y pasos amortiguado.

—Me temo que no sé de qué está hablando, detective. No tengo ningún secreto.

—Esa es una mentira tan grande como lo de los nueve de cada diez dentistas, y usted lo sabe.

—Mi dentista no estaría de acuerdo con usted. —Una sonrisa irónica se extendió por el rostro de Richard.

—¿Así que no sabe nada sobre la muerte de Herbert?

—Lamentablemente no, detective. Había mucha gente a la que no le agradaba mi amigo, incluyendo algunos de mis otros amigos,

como estoy seguro de que ya sabe. Todos tenían razones para hacerle daño, pero nunca para matarlo. Todos son tan culpables como los demás por muchas cosas.

CAPÍTULO
CUARENTA Y NUEVE

Tomek pasó las siguientes horas intentando procesar las palabras de Richard Stafford.

Todos tenían razones para hacerle daño, pero nunca para matarlo.

Todos son tan culpables como los demás de muchas cosas.

El secreto que Richard Stafford se llevaba a la tumba, expresado en forma de acertijo. Era una lástima que ni él ni el resto del equipo pudieran descifrar su significado. Algo en su elección de palabras y en la forma en que lo había dicho sugería que había algo más sobre Herbert Tucker que él y el equipo deberían haber sabido, pero que no sabían. Que había algo más que sucedía tras bastidores.

—¿Qué otras piedras quedan por remover? —preguntó Nick.

En la habitación con ellos estaban Sean y Victoria, los cuatro miembros de mayor rango del equipo. Nick había convocado la reunión de crisis poco después de que un artículo publicado por el *Southend Echo* señalara a Nick por su relación profesional con Brendan Door. El artículo había puesto en duda la integridad y la capacidad del inspector jefe para el trabajo. Algo que estaba decidido a contrarrestar con un arresto rápido y eficiente por el asesinato de Herbert.

—No se me ocurre nada, señor —respondió Sean.

—Bueno, me alegro de que esté aquí, sargento, con su fantástica perspicacia —siseó Nick—. Maldita sea.

Sean bajó la cabeza y permaneció en silencio durante los siguientes minutos.

Entonces Nick empezó a pasearse por la habitación, murmurando para sí las palabras de Richard Stafford.

—Todos son tan culpables como los demás… ¿Qué quiere decir con eso? ¿Podrían haber estado todos involucrados? ¿Podrían haber planeado esto juntos? ¿Los nueve?

—¿Nueve, señor? —preguntó Tomek.

Nick se detuvo de repente y empezó a contar con los dedos. —Alina, Terrence, John, Brendan, Nora, Gregory, Anthony, James y Richard Stafford.

—¿Estamos tratando a Nora como sospechosa? —preguntó Tomek.

—Hasta que no recibamos los resultados de sus muestras de ADN y las de Alina, por supuesto. Hay una mujer involucrada en alguna parte, y es una de ellas.

—Entonces, o es Brendan como cómplice o es Terrence.

—¿Qué mujer deseaba más su muerte? —preguntó Victoria—. ¿La que dependía tanto de él económicamente y estaba a punto de que le cortaran esa fuente de ingresos, o la mujer a la que había engañado tantas veces y a la que amenazó con divorciarse?

—Ambas son la misma mujer —respondió Tomek, cruzándose de brazos—. Ambas tienen los mismos motivos. Ambas dependían de él por dinero y, en los últimos meses, él las había amenazado con cortarles ese ingreso. Todo se reduce a los hombres.

Victoria puso los ojos en blanco y se recostó en su silla.

—¿Qué está pensando, Tomek? Continúe —insistió Nick.

—Terrence era la promesa, el segundo al mando, destinado a la grandeza política hasta que Herbert lo introdujo en su adicción a las drogas y lo echó del equipo. Mientras que Brendan dependía de él económicamente: los sobornos para mantener la entrada de drogas a la ciudad. Pero creo que Herbert dependía más de Brendan en ese ejemplo en particular. Así que si tuviera que decidir, Terrence se lleva la ventaja para mí.

—¿Y está seguro de que Richard Stafford no encaja en este cuadro en absoluto?

Tomek negó con la cabeza. —Al principio, pensé que podría haber tenido algo que ver. Dado lo que se le busca, tendría sentido que tuviera los contactos criminales para organizar algo así, pero después de lo que dijo Rick, no creo que sea él.

—¿De verdad cree que podemos creer la declaración de un indigente? —empezó Victoria—. ¿Cómo sabemos que no es uno de los consumidores de Richard? ¿Cómo sabemos que no lo está encubriendo?

—Porque uno de los nuestros ha respondido por Rick. No es un consumidor. No consume drogas. Solo ha tenido mucha mala suerte, por lo que he oído.

—Eso no lo exime de…

—Intente vivir en la calle —la interrumpió Tomek—. Luego, a ver con qué rapidez aprovecha la oportunidad de conseguir ropa nueva.

—¡Basta! —ladró Nick, su voz resonando hasta el pasillo—. Basta, ustedes dos. Todavía tenemos un asesinato que resolver. —Suspiró profundamente—. ¿Y el anillo? ¿Ha salido algo de eso?

Sean negó con la cabeza. —Nada, jefe. Ni ADN, nada. Lo limpiaron tanto que los muchachos casi lo confunden con uno nuevo.

—Mierda. ¿Y qué hay de…?

Antes de que Nick pudiera terminar, la puerta se abrió de golpe y entró Oscar, respirando agitadamente mientras se aferraba a la manija de la puerta para evitar que su impulso lo llevara dentro de la habitación.

—Lamento interrumpir, jefe —dijo, jadeando—, pero esto es importante.

Otro suspiro. Más ligero esta vez, lleno de una sensación de optimismo. —¿Qué es?

—Informática forense. Acaban de enviar el informe del teléfono y la computadora de Herbert Tucker. —Oscar blandió un juego de documentos en el aire.

—¿Y? ¿Qué encontraron?

Oscar cerró la puerta tras de sí y se apresuró a entrar en el centro de la habitación. Tenía los ojos desorbitados de emoción y sus movimientos eran frenéticos.

—Encontraron docenas de mensajes de texto y correos electrónicos que prueban que Herbert Tucker y su pequeña banda de políticos y gente influyente en los Siete de Southend operaban una red de tráfico sexual.

Silencio.

Nadie dijo nada mientras procesaban la información.

Sean fue el primero en hablar. —¿Quiénes estaban involucrados?

—Todos ellos. El comisionado, el alcalde, James Colehill, John Mullen, Terrence Toffolo, todos. Traían chicas de Europa del Este, las metían —literalmente— en ese club y luego las obligaban a hacer lo que los Siete de Southend quisieran.

La mente de Tomek sentía que trabajaba a más de mil por hora.

Los nombres de los sospechosos aparecían en su cabeza rápidamente, y luego desaparecían con la misma rapidez.

Luego, las palabras de Nora: *Tenía una debilidad por las de Europa del Este. Siempre aparecía algún nombre extranjero en su teléfono.*

Todo empezaba a tener sentido. Alina Zandecka había mentido. Había sido traída al país por los traficantes y mantenida en el sistema hasta que quedó embarazada. A partir de ahí, las cosas cambiaron y su poder dentro del grupo había aumentado. Tenía a Herbert en un puño, y había podido explotar eso durante los últimos cuatro años, mientras era responsable de traer a otras mujeres del extranjero. Tomek no quería pensar en cuántas vidas había alterado, todo por un sueldo mensual.

—Por eso John Mullen está echando a todos bajo el autobús —dijo Nick en voz baja, como si se lo estuviera explicando a sí mismo —. Por eso está publicando toda esta información sobre los demás. Sabía que era solo cuestión de tiempo hasta que esta noticia saliera a la luz, así que intentó desviar la atención todo lo posible.

—¿Y qué hay de Richard Stafford? —preguntó Tomek, volviendo gradualmente en sí—. No mencionó su nombre.

—Eso es porque no parece estar involucrado en ninguno de los correos electrónicos o correspondencia.

La mirada de Tomek se apartó de la de Oscar y se posó en la mesa del centro de la habitación. —Él solo era responsable de

suministrar las drogas para sus fiestas; los demás se encargaban de traer a las chicas.

—En realidad, esa responsabilidad en particular recaía en gran medida en Keith Ferguson.

—¿El tipo que se suicidó?

—Sí.

—Carajo.

Eso explicaba su suicidio.

A Keith Ferguson no le preocupaba lo que pudiera salir a la luz sobre su adicción a las drogas y a las prostitutas. Le preocupaba más que la policía descubriera su participación en el tráfico de mujeres por todo el continente para la explotación sexual.

Y entonces los pensamientos se detuvieron, interrumpidos bruscamente por una tos suave.

Los cuatro hombres se volvieron hacia Victoria.

—No es por hacer de abogado del diablo —dijo en voz baja—, pero nada de esto explica quién mató a Herbert Tucker.

CAPÍTULO
CINCUENTA

Victoria había tenido razón. Ninguna de las acusaciones de trata sexual tenía que ver con el asesinato de Herbert Tucker. Pero eso no les impidió perseguir a los individuos responsables.

Durante los días siguientes, Tomek y el equipo arrestaron a todos los implicados en los correos electrónicos y mensajes de texto, revisando meticulosamente las pruebas que habían recopilado los equipos de análisis forense digital: correos electrónicos de Herbert y John Mullen con instrucciones para Keith Ferguson y Terrence Toffolo sobre a qué hora volar a Rumanía y Lituania, adónde debían ir, con quién hablar y cuándo debían traerlas de vuelta. El equipo incluso había comprobado el historial de vuelos de los hombres con varias de las aerolíneas y corroborado sus movimientos. Además, Rachel y Anna habían sido enviadas a buscar a varias de las mujeres de las que sospechaban que eran víctimas de la trata. Afortunadamente, las habían encontrado. Y, aún más afortunado, las mujeres habían estado más que dispuestas a hablar. Declaraciones completas de testigos, que prácticamente ponían el último clavo en el ataúd de varios miembros de los Siete de Southend.

Excepto dos: Richard Stafford y Anthony Arnold, el fiscal del Servicio de la Fiscalía de la Corona.

Ambos hombres habían sido excluidos de los correos electrónicos, y no había indicios de que ninguno de los dos hubiera participado en los delitos. Tomek no creía que fuera una coincidencia, teniendo en cuenta que el individuo con más

conocimientos legales de todos ellos había conseguido evitar ser procesado tanto él como aquel con quien mantenía las relaciones comerciales más pertinentes. Para sorpresa de Tomek, tampoco ninguno de los otros miembros de los Siete de Southend había delatado a ninguno de los dos hombres. Pero, como no había pruebas contra ninguno de ellos, Tomek no podía arrestarlos ni acusarlos de nada. El único as que Tomek tenía bajo la manga, sin embargo, era el aviso que había enviado a la Jefatura de Essex en Colchester, detallando su sospecha de que Richard Stafford operaba la mayor parte de su negocio de drogas desde la tienda de ropa Peacocks en el centro comercial Victoria. Tomek sospechaba que Richard Stafford entraba allí, trataba con el personal que estaba en su nómina y desde allí despachaba toneladas de las drogas que llegaban a las calles. Era solo una corazonada, pero una corazonada al fin y al cabo. Y a lo largo de los años, su intuición le había fallado solo un puñado de veces. Ahora dependía del equipo antidrogas encontrar el vínculo y atar cabos.

Al final de la semana, el equipo había acusado formalmente a Terrence Toffolo, John Mullen, Brendan Door, James Colehill y Gregory Chaplin de una letanía de delitos.

La última en su lista era Alina Zandecka.

Basándose en la información que el equipo de análisis forense digital había reunido y en las declaraciones de los testigos que Martin y Oscar habían logrado cotejar, Alina Zandecka había desempeñado un papel fundamental en la trata de las mujeres desprevenidas. Había actuado como su amiga, fingiendo alojarlas y establecerlas bajo el pretexto de que se les ofrecía una buena vida. Las había preparado y alistado para el trabajo que se esperaba que hicieran, todo por su paga mensual de cinco mil libras.

Tenían multitud de pruebas contra ella por ese delito. Lo único que no tenían en su contra era alguna prueba que sugiriera que ella había matado a Herbert Tucker.

Tomek había estado sentado frente a ella y a su abogado durante la última hora, tratando de hacerla hablar. Pero ella no decía nada. Las palabras «sin comentarios» eran todo lo que había salido de su

boca. Era un libro cerrado y, sin importar qué tácticas probara, no lograba quebrarla.

El problema était que había muy pocas pruebas que sugirieran que ella lo había hecho.

Lo único que tenían en su contra era el motivo.

Y, por supuesto, los resultados de ADN del lápiz labial, que todavía estaban esperando.

Unas horas más tarde, Tomek regresó a la oficina, sintiéndose derrotado. Encontró a Nick y al resto del equipo en la sala de incidentes graves.

—¿Y? —preguntó Nick, con la voz llena de esperanza.

Tomek le ofreció al inspector jefe una negativa con la cabeza.

—Nada —dijo—. Lo intenté, pero lo único que ofreció fue «sin comentarios».

—¡Mierda!

Con un furioso movimiento, Nick lanzó un bolígrafo al otro lado de la sala. Los que estaban en su trayectoria se vieron obligados a agacharse y esquivarlo si no querían que los golpeara.

—Estamos tan malditamente cerca, puedo sentirlo.

—No es el fin del mundo —terció Sean—. Todavía tenemos los resultados de ADN para…

Y entonces llamaron a la puerta. Un golpe débil, casi inaudible.

Liam Porter, el jefe del equipo de la escena del crimen, asomó la cabeza por el hueco de la puerta. —¿No interrumpo nada, verdad?

—Sí —siseó Nick—. ¿Qué quiere usted?

Porter blandió una carpeta morada en sus manos, luego dio un paso vacilante a través de la puerta, cruzando el umbral hacia la atmósfera gélida. Caminó con destreza hacia Nick, a la cabecera de la sala, y luego le entregó la carpeta al inspector jefe.

—No tengo tiempo para leer esto —dijo Nick.

—¿Prefiere el resumen?

—Sí. Suéltelo. *Por favor.* —El énfasis que Nick puso en la última palabra era tan obvio como la impaciencia en su rostro.

Antes de dirigirse a la sala, Liam se aclaró la garganta. —Son sus resultados de ADN. La muestra bucal que envió.

—¿*Muestra*? —repitió Tomek, dando un paso adelante sin querer.

—Sí —respondió Liam, tímido—. Solo enviamos una muestra para su examen.

—No, no, no. Deberían haber sido two.

Tomek miró a Rachel y a Anna, esperando que oyeran sus pensamientos internos.

—Envié la muestra, lo juro —respondió Rachel primero.

—Yo también —añadió Anna—. En cuanto volví.

—Entonces, ¿cómo carajos se envió solo una muestra? —gritó Tomek. Then la respuesta lo golpeó como una bofetada, y levantó la vista hasta encontrar la de Nick.

—Brendan… —dijeron दोनों al unísono.

—Chey, quiero que revises el servidor —empezó Nick—. Quiero que averigües quién accedió a los archivos y quién retiró las pruebas desde que fueron registradas hasta que se enviaron.

Chey asintió, se levantó de su silla y salió apresuradamente de la sala.

Todas las miradas se posaron en la carpeta en la mano de Nick.

Tímidamente, el inspector jefe la sostuvo frente a él, la abrió…

Tomek contuvo la respiración mientras esperaba oír la respuesta que todos habían estado esperando.

—La muestra de ADN presentada pertenecía a una tal señorita Alina Zandecka —dijo—, y ha dado negativo. Su ADN no coincide con ninguno de los dos perfiles encontrados en la mano de Herbert Tucker.

Lo que dejaba a una persona.

Nora Tucker. La esposa engañosa y adúltera de Herbert, la que había pasado desapercibida durante gran parte de la investigación.

Una rápida comprobación en el sistema confirmó las sospechas de Tomek y Nick de que Brendan Door había accedido a la muestra de ADN de Nora y la había retirado de las pruebas. Los dos habían estado trabajando juntos, pero aunque tenían a Brendan detenido, les faltaba la última pieza del rompecabezas.

El único problema que quedaba ahora era encontrarla.

Justo cuando Tomek salía de la comisaría hacia la casa de los Tucker, fue abordado en el estacionamiento por Abigail. Llevaba un grueso abrigo de invierno y tenía las mejillas sonrojadas.

—Ahora no es un buen momento, Abi —le dijo él.

—Hay alguien a quien tienes que ver.

—¿Está aquí la Mujer X?

—No. Pero sus padres sí. Y tienen algo que necesitan decirte.

Tomek miró su reloj antes de aceptar la reunión. La familia de tres —madre, padre y una hermana— lo esperaba en Morgana's. El trayecto fue breve, afortunadamente, ya que las carreteras se habían despejado por el receso escolar de febrero y para evitar la lluvia que había empezado a caer con fuerza.

Al entrar, Tomek divisó a la familia al instante. Eran los que más desentonaban, como si estuvieran incómodos allí, a disgusto en medio de la suciedad y la grasa, desconcertados por la gente que los rodeaba. La gente que, en su mente, pertenecía a clases sociales muy inferiores a la suya.

—Tomek, ellos son Stephanie, Alan y su hija, Felicity. Tienen algo que creen que usted debería saber sobre Herbert Tucker.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y UNO

Tomek frenó en seco y las llantas patinaron sobre el pavimento de adoquines resbaladizo. Apagó el motor, salió del auto y corrió hacia la puerta de Nora Tucker. La lluvia golpeaba con fuerza el concreto y lo azotaba desde todos los ángulos. Arriba, el viento sometía a los árboles, obligándolos a temblar y a mecerse bajo la presión. Al llegar a la puerta, la aporreó con el puño.

Se detuvo después del tercer golpe.

La puerta se había quedado sin seguro y ahora se abría lentamente hacia el interior de la casa. Tomek avanzó, vacilante, cauteloso, y cerró la puerta tras de sí.

Silencio. La puerta, costosa y de buena fabricación, aislaba a la perfección el sonido de la lluvia y el viento.

Esperó, contuvo la respiración, escuchó.

Nada. Ni una señal de movimiento. Ni una señal de vida.

—¿Hola? —llamó, pero no obtuvo respuesta.

Ahora con más cautela aún, el cuerpo en alerta máxima ante el más mínimo sonido, Tomek se adentró en la casa, empezando por la sala. El espacio estaba vacío, casi perfectamente limpio, y parecía como si no lo hubieran tocado en semanas. Lo mismo aplicaba al resto de la planta baja. Sin embargo, las partes interesantes estaban arriba. Tomek nunca se había aventurado tan lejos. La planta alta constaba de cinco dormitorios, un despacho, dos baños y uno privado en el dormitorio principal.

En lo alto de la escalera se detuvo y escuchó, apretando el barandal con ambas manos. La casa estaba quieta, silenciosa.

Su primera parada fue el dormitorio de Nora y Herbert. Una gran cama *king size* ocupaba la mayor parte del espacio y estaba rodeada por una gruesa alfombra gris plomo. Unos cojines mullidos de color rosa descansaban pulcramente frente a las almohadas y una fina manta color granate estaba doblada a los pies de la cama. Las ventanas daban al jardín. Tomek se arrastró hacia ellas y contempló la vista. Abajo, la piscina burbujeaba mientras miles de gotas de lluvia se estrellaban contra ella, y los muebles —sillas, una mesa y una parrilla— habían sido víctimas del viento.

Tomek se dio la vuelta para dirigirse a las otras habitaciones, pero, al hacerlo, alcanzó a ver una figura por el rabillo del ojo.

—¡Carajo! —gritó, sobresaltado.

Entonces se dio cuenta de que era su reflejo en un enorme espejo de cuerpo entero que no había visto al entrar.

—Maldita cosa estúpida —dijo, maldiciendo al objeto inanimado que no podía defenderse.

Frente al pie de la cama había un tocador, repleto de hileras e hileras de un surtido de pequeños tubos negros de distintos grosores que sobresalían de una serie de recipientes de plexiglás. Tomek nunca había visto tanto maquillaje en su vida, ni siquiera en los supermercados. Había cuatro recipientes de plexiglás en total. Uno para el delineador de ojos. Uno para el rímel. Uno para las brochas. Y otro que contenía lo que había llegado a saber que se llamaba base. O algo así. No sabía lo que era; lo único que sabía es que era una parte importante del proceso de revoque.

Tomek se acercó a la mesa y comenzó a registrar el contenido. No encontró nada en ninguna de las cajas, pero cuando dio con un cajón oculto en la parte inferior, encontró de inmediato lo que buscaba.

El lápiz labial.

Sorpresa de Fresa, en todo su esplendor.

Tomek lo tomó y lo sostuvo con casi la misma delicadeza con que Albert Patterson había sostenido el anillo de bodas que había encontrado en el malecón. Era más pequeño, más infantil de lo que

había esperado. Antes de sentir la tentación de ponérselo en los labios para probarlo él mismo, apretó el lápiz labial en sus manos y cerró el cajón. Mientras salía de la habitación, se detuvo junto a una mesita de noche. Las pequeñas bombillas de la intuición chispeaban y algo en su cerebro le dijo que la inspeccionara.

Lentamente, como si hacerlo pudiera provocar algún tipo de explosión, abrió el único cajón de la mesita de noche. Allí, encima de todo, doblada en cuatro, había una fotocopia de la imagen indecente de Herbert Tucker tomada en el club de caballeros. Tomek la sacó y empezó a desdoblarla hasta que el hombre le devolvió la mirada, con la boca cubierta de lápiz labial rojo, el rostro y la carne sucios de mugre y lodo.

Tomek sintió náuseas al mirarla. Al mirar al hombre que tanto había prometido a aquellos de quienes se burlaba. Al hombre que personificaba todo lo que estaba mal en la política.

Se dio la vuelta mientras se la guardaba en el bolsillo y salió de la habitación para entrar en la siguiente. El resto de la casa estaba como el dormitorio principal: completamente limpia y completamente vacía. O la señora de la limpieza había hecho un trabajo excepcional o algo más había sucedido.

Tomek buscó en su bolsillo y llamó a Anna.

La agente de policía contestó al segundo timbrazo.

—¿Todo bien, sargento?

—No está aquí —dijo él, mirando una escultura de metal de un ciervo en el descansillo que parecía tan fuera de lugar como se sentía Tomek—. ¿Sabes dónde podría estar? ¿Te dijo algo sobre llevarse a las niñas a alguna parte?

—Creo que mencionó algo acerca de que ella y las niñas se irían de viaje cuando Eleanor saliera de la escuela.

—¿Sabes a dónde?

Tomek casi pudo oírla negar con la cabeza. —No se me ocurrió preguntar…

Pero no importaba.

Porque Tomek tenía una idea.

Otra bombilla destellaba furiosamente en su cabeza.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y DOS

De todos los lugares en Essex donde Herbert Tucker podía comprarle una casa a una de sus hijas, el muy cabrón tuvo que comprar una en Danbury, a cuarenta minutos en auto. Cinco minutos más por el clima y el tráfico.

La casa que Herbert había comprado a nombre de Whitney no era una casa en absoluto. Más bien, esta, junto con el terreno de seis hectáreas que la acompañaba, era una mansión. Ligeramente más pequeña que la casa familiar, pero aun así más de lo que necesitaba una joven de veinticinco años que todavía vivía con sus padres. Tomek habría matado por poder permitirse un lugar así para él, y mucho más para Kasia.

Fue deteniendo el auto gradualmente al salir de la transitada carretera principal y entrar en el camino de acceso. El césped delantero estaba casi tan perfectamente cuidado como el de la casa familiar, y Tomek se preguntó si tendrían una empresa o un jardinero aparte para podarlo cada semana.

Cuando el auto se detuvo, puso el freno de mano y miró a través del parabrisas. Allí, en el camino de acceso, estaba la Range Rover de Nora Tucker, bloqueando el otro punto de entrada.

Tomek lo notó, luego sacó su teléfono y se lo llevó a la oreja. El teléfono sonó y sonó hasta que Anna contestó.

—Creo que los encontré.

—¿Dónde?

—En la casa de Whitney. En Danbury.

—Carajo. De acuerdo. Voy para allá ahora mismo.

Tomek colgó y se guardó el teléfono. No tenía intención de esperar. Había un asesino que atrapar y el tiempo apremiaba.

Quitándose el cinturón de seguridad, Tomek abrió la puerta del auto y salió del vehículo bajo la lluvia. Mientras se dirigía a la puerta principal, su cuerpo empezó a tensarse. Hombros, brazos, espalda. Hasta el culo se le tensó un poco.

Tocó la puerta. Nada. Silencio, salvo por el sonido de la lluvia rebotando en el auto detrás de él.

Otro golpe. Seguía sin haber respuesta.

Junto a la puerta había un pequeño panel de vidrio. Tomek ahuecó la cara con las manos y se asomó. El interior de la casa era casi tan opulento como su residencia habitual, con un gran vestíbulo de entrada, casi victoriano.

Pero no era eso lo que le interesaba. Fue la cabeza que notó asomarse detrás de una pared al otro lado del cristal lo que le llamó la atención.

Agachándose, abrió la ranura del buzón de la puerta y se puso a gritar. —Sé que están ahí. ¿Puedo entrar? Tengo algunas preguntas más que necesito hacerles sobre su relación con Brendan.

Justo cuando iba a continuar, una figura corrió hacia la puerta y la abrió de golpe. La tapa metálica del buzón le fue arrancada de la mano, casi cortándosela.

Allí de pie estaba Whitney Tucker, la hija mayor de Herbert, y ahora la orgullosa propietaria de una propiedad que estaba al menos cinco veces por encima del presupuesto de Tomek.

—¿Qué hace usted aquí?

—Quería hablar con su mamá.

—¿Por qué estaría aquí?

Tomek señaló el auto. —Esa fue una gran pista.

—No está aquí —dijo ella, con pánico en la voz—. Somos mi novio y yo. Nos… nos vinimos de escapada por las vacaciones de mitad de período.

—Ya lo sé, Whitney. Ahora, si no le importa, me gustaría entrar, por favor.

No tuvo opción. Tomek se abrió paso a la fuerza, entrando en la casa. Una vez que cruzó el umbral, supo que estaba a salvo.

O al menos tan a salvo como se puede estar en compañía de un asesino.

—¿Dónde está? —preguntó Tomek, cerrando la puerta detrás de él—. Me preocupa su seguridad.

Cerró la puerta con el cerrojo de seguridad. El sonido resonó por toda la casa.

—¿Por qué estaría en problemas? —preguntó Whitney, retrocediendo lentamente cada vez más hacia el interior de su casa.

—Usted sabe por qué, Whitney.

—No tengo idea de lo que habla.

Pero Tomek no la escuchaba. Ignorándola, pasó furioso junto a ella y comenzó a irrumpir en las habitaciones, buscando a Nora. Pero no la encontró por ningún lado en la planta baja. Y mientras subía por la escalera de caracol, Whitney lo persiguió, tirando de su brazo.

—¡No puede subir ahí!

Al igual que en la vivienda familiar, el piso de arriba albergaba cinco dormitorios y tres baños, con la única excepción de un espacio de oficina. Pero, afortunadamente, no tuvo que buscar mucho para encontrar lo que quería.

La escena del crimen estaba en el dormitorio principal.

Eleanor, la hermana de Whitney, la joven a la que solo había visto dos veces. Y Charlie, el novio de Whitney, el hombre con el que solo había tenido el placer de encontrarse una vez. Ambos, de pie sobre el cuerpo sin vida de Nora Tucker, atado de pies y manos a las esquinas de la cama. Tomek entró lentamente en la habitación, revelando más de la escena del crimen con cada paso vacilante.

Lo primero que notó fue el olor y las marcas rojas alrededor de la boca. Compatibles con envenenamiento por amoníaco.

—Creo que todos ustedes están bajo arresto —dijo Tomek.

—No lo creo —replicó Whitney, detrás de él, bloqueando las escaleras.

—¿Qué? ¿Me van a matar a mí también, además de a sus padres?

—¿Cómo supo que éramos nosotros?

Tomek giró el cuello de izquierda a derecha mientras intentaba mirarlos a todos, pero le dolía. —¿Saben qué? Se me va a joder el cuello en un minuto, ¿podemos movernos para que pueda verlos a los tres a la vez?

Tomek se había enfrentado a muchos asesinos en su vida. Asesinos en serie, mentes maestras malvadas, cabrones de mierda. Pero estos tres no se parecían en nada a eso. Eran unos críos. Unos idiotas inofensivos que habían matado a sus padres y que no tenían intención de hacerle daño. Quizás estúpidamente, se sintió sorprendentemente a salvo.

Dicho esto, también sabía lo que era acorralar a un perro salvaje.

—Nos quedaremos aquí mismo, muchas gracias —respondió Whitney.

Tomek suspiró y bajó la mirada al suelo. —Bien, pero si me da un latigazo cervical, los culparé a ustedes.

En el fondo de su mente, el reloj mental contaba los segundos para que llegaran Anna y el resto del equipo. Calculó que para entonces le quedaban treinta y cinco minutos. Treinta y cinco minutos para hacerlos hablar, para distraerlos hasta que llegara la caballería.

—¿De quién fue la idea? —preguntó Tomek mientras metía la mano en el bolsillo y sacaba su teléfono.

—¡Oiga, oiga, oiga! —le gritó Charlie—. ¿Qué carajo está haciendo con eso? ¡No va a llamar a la policía!

—Sé que no —dijo Tomek, mientras desbloqueaba su dispositivo y encontraba la aplicación de grabación con un ojo—. Eso es porque yo soy la policía.

¡Cierre la puta boca y deme el teléfono! —gritó Charlie, con la voz temblorosa.

Tomek presionó grabar y ocultó la pantalla con la palma de la mano. —¿Así es como le habló a Rick la noche que asesinó a Herbert?

—¿Rick? ¿Rick? ¿Quién carajo es Rick?

Tomek dejó caer el teléfono en su bolsillo subrepticiamente, esperando que todos estuvieran demasiado distraídos para prestar atención a lo que estaba haciendo.

—Rick es el indigente con el que intercambió la ropa.

—¿Cómo se supone que iba a saber su puto nombre?

—No tenía por qué. Solo me preguntaba si así fue como le habló. ¿También lo trató como una mierda?

El rostro de Charlie se contrajo en un ceño fruncido. —¿De qué carajo está hablando, colega? Necesita callarse y…

—Tengo algunas preguntas que necesito hacer primero.

—Ah, sí, ¿como cuáles? —dijo Whitney, tomando el control de la conversación.

—Como si su mamá está realmente muerta o no.

Whitney se mofó. —Sí, está muerta. Simplemente no se nota debajo de toda esa mierda de plástico que tiene en el pecho.

Los ojos de Tomek se dirigieron involuntariamente hacia los pechos de Nora, luego dijo: —Voy a tener que comprobarlo yo mismo. No puedo irme de aquí sabiendo que podría estar viva.

Tan pronto como Tomek comenzó a arremangarse, Charlie protestó e hizo un ademán de abalanzarse sobre él, pero lo contuvo con una mano levantada y una mirada severa. Sin hacer caso a las protestas silenciosas, Tomek se acercó al borde de la cama y buscó el cuello de Nora, colocando dos dedos sobre su piel. Esperó, contando. Nada. No había pulso y su cuerpo había comenzado a enfriarse.

Nora Tucker estaba muerta.

Mientras se apartaba, bajándose la manga, su mirada se posó en Eleanor.

—Lo siento… —le dijo suavemente. Tenía la edad de Kasia, y verla le hizo un nudo en el estómago.

La joven estaba de pie con los brazos cruzados, abrazando su cuerpo con fuerza. —¿Qué… qué siente? —preguntó.

—Siento lo que le pasó. Siento lo que su padre les hizo a usted y a su amiga. Nunca debió habérsela salido con la suya por tanto tiempo.

—Yo… —la voz de Eleanor se quebró mientras sus ojos se desviaban repetidamente hacia Whitney—. No sé de qué… no sé de qué está hablando.

—Está bien —dijo Tomek—. Ya no hay necesidad de esconderse. Sé la verdad. Sé que abusó de las dos.

—¿Cómo? —siseó Whitney—. ¿Cómo es posible que sepa eso? Las únicas personas que lo sabían eran Charlie, y…

—Y su madre… —Tomek hizo una pausa, dando un paso atrás para que el ángulo entre los tres fuera menos agotador para su cuello—. Ella lo sabía cuando le pasó a usted, Whitney, ¿no es así?

La mirada de Whitney vaciló.

—Sabía lo de la noche en que ella salió con sus amigas. Durante la tormenta. La pijamada con Stacey. La noche que pasaron en su cama. La mano que las hizo besar a las dos. Ella lo sabía todo y no hizo nada.

Una delgada línea de lágrimas comenzó a formarse en el párpado inferior de los ojos de Whitney, y sorbió las lágrimas que esperaban brotar.

—Nunca le importé. Nunca le importó Eleanor. Nunca le importamos. Ninguno de los dos. Siempre éramos nosotras contra ellos dos. Nora nunca estaba en casa, nunca estaba allí para cuidarnos, así que yo tenía que hacerlo. Siempre estaba preocupada por sus noches de chicas, su agenda social y su apariencia. No podría haberle importado menos una mierda de nosotras ni aunque lo hubiera intentado. Y cuando se enteró de lo que nos había hecho a Stacey y a mí, nos sentó y nos dijo que no debíamos decir nada. Que no podíamos contarle a nadie cómo nos había hecho chuparle la polla para calmarnos. Las dos estábamos aterrorizadas por la tormenta y los truenos. Fuimos a su habitación buscando consuelo. Y salimos de ahí aún más asustadas de como habíamos entrado. Durante mucho tiempo, le tuve miedo a los truenos, pero ya no.

Tomek frunció los labios y bajó el tono. —Lo entiendo —dijo amablemente—. Y cuando le hizo lo mismo a Eleanor y a su amiga, usted decidió que ya era suficiente.

Y entonces llegaron las lágrimas. Intensas, brutales. Corriendo por su cara. Entre sollozos y mientras se limpiaba las lágrimas, dijo: —Intenté protegerla durante tanto tiempo, pero él encontró la manera. Encontró la manera entonces y encontró la manera ahora.

—¿Cómo sabe lo que nos pasó a Felicity y a mí? —preguntó Eleanor, tomando a Tomek por sorpresa.

—Sus padres —explicó Tomek—. Me senté con ellos no hace mucho. Se presentaron para explicarme lo que le había pasado a Felicity. Fue valiente lo que hizo su amiga.

—¿Estaba Stacey allí? Stacey debería haber estado allí —preguntó Whitney, esperanzada.

Tomek dudó mientras se preparaba. —No, no estaba allí —le dijo —. Quería estar, créame. La otra semana habló con alguien que conozco, una periodista. Se presentó para decir que su padre la había violado, pero cada vez que intentábamos concertar una reunión, no aparecía. Me enteré esta mañana que sus padres la encontraron muerta en su habitación la noche anterior. Tuvo una sobredosis de paracetamol. Supongo que ya no pudo soportarlo más.

Al enterarse de que su amiga, con quien había compartido ese trauma, se había suicidado, la reacción inmediata de Whitney fue caer al suelo, con la espalda apoyada en la barandilla y las rodillas pegadas al pecho. Y luego se volvió inconsolable, sollozando en sus manos. Charlie y Eleanor no tardaron en correr hacia ella.

Tomek sintió un nudo en la garganta al verlos a los tres abrazarse, acurrucados como un equipo deportivo listo para el saque inicial.

Lo que les había sucedido a esas chicas era más que inaceptable, era incomprensible. Que su confianza y fe en el mundo hubieran sido arruinadas y destruidas por su padre. La sola idea le revolvía el estómago. Abrió la boca para hablar tan pronto como las imágenes de Kasia aparecieron en su mente.

—Siento su pérdida —dijo—. Y siento lo que les pasó. De verdad, lo siento. Pero tendré que arrestarlos. Han matado a dos personas.

—¡Pero se lo merecían! —gritó Whitney.

—Lo sé. Lo sé. Pero violaron la ley. Tomaron dos vidas.

—Por favor…

Tomek quería hacerlo. En el fondo. Si hubiera podido abrir la puerta para dejarlos salir, lo habría hecho. Pero no podía. Era su

deber arrestarlos, sacarlos de las calles. Entre los tres, habían matado a dos personas.

—La noche de la muerte de su padre —empezó de nuevo Tomek —. ¿Qué pasó? ¿Cómo escaparon?

—Nosotros… —comenzó Whitney, luego se detuvo, su boca cerrándose suavemente.

—Le dije a Whit que viniera a mi casa temprano ese día —dijo Charlie, con una voz más grave de la que Tomek recordaba—. Decidimos que esa noche iba a ser la noche. No sabemos por qué. Simplemente la elegimos. Así que esperamos fuera de su trabajo durante horas, sentados, hablando, mentalizándonos.

—¡Pero, obviamente, estaba demasiado ocupado cogiéndose a esa puta en su oficina! —gritó Whitney, histérica.

—Para cuando terminó, habíamos empezado a quedarnos dormidos. Tan pronto como lo vi, salí del coche y le di un cabezazo. Juro que el chichón en mi cabeza no ha bajado desde entonces.

Tomek no lo había notado la primera vez que conoció al hombre, pero luego se dio cuenta de que no lo había estado buscando.

—Lo agarramos mientras estaba al teléfono —continuó Charlie—. Estaba a punto de decir el nombre de Whit cuando lo metimos en el auto.

Tomek reprodujo el audio de la conversación telefónica en su mente.

Hey, What – ¿Qué estás haciendo aquí?

Todo este tiempo, Tomek había confundido *Whit* con *what*.

Hey, Whit – ¿qué estás haciendo aquí?

Y entonces lo habían atacado.

—Lo metí en el auto con el amoníaco, luego lo llevamos a la playa. El amoníaco hizo todo el trabajo después de eso.

—¿De quién fue la idea? —preguntó—. ¿De dónde lo sacaron?

—Soy jardinero autónomo —explicó Charlie—, pero trabajo con un colega mío en algunos de los trabajos más grandes.

Tomek inhaló bruscamente. —No me lo puedo creer. ¿Aaron Howell-Jones?

—¿Cómo… cómo lo conoce?

—Eso no es importante. ¿Cuál fue su participación en todo esto?

—Ninguna en absoluto. Se lo juro. No tuvo nada que ver. Se lo prometo.

Tomek no estaba seguro de hasta qué punto quería creerle.

—Y luego… —Levantó la vista hacia el dormitorio—. ¿Qué pasó aquí?

Tomek aspiró con fuerza, luchando por ocultar la expresión de asco en su rostro.

—Recibió lo que se merecía —murmuró Eleanor.

Su tono era monótono, seco, frío. Sonaba como si hubiera perdido una parte de su alma.

—¿La mató usted, Eleanor?

—Sí…

—¡No! —interrumpió Whitney—. Fui yo. Yo lo hice. Le dije, Eleanor no tuvo nada que ver con nada de esto.

Tomek dudaba. —¿Qué pasó?

—Nada. Solo la trajimos aquí, y…

—Recrearon la foto otra vez.

Los ojos de Whitney se abrieron de par en par. —¿Cómo sabe lo de la fotografía?

—Encontré la original —respondió Tomek—. Supongo que fue idea suya hacerlo parecer como si alguien con quien su padre se había acostado en el pasado lo hubiera hecho.

—Después de que me hizo lo que me hizo, me di cuenta de que también había hecho que mi mamá le besara la mano. Y luego descubrí que también había hecho que esa perra con la que tuvo el hijo lo hiciera, así que supe que funcionaría. Además, fue un último «jódete» para ese cabrón que nunca amó nada más que a sí mismo.

—El hijo no es de él, por cierto —le informó Tomek.

—¿Qué?

—Era de otra persona.

—Aun así. Seguía siendo una puta de mierda, como todas las que iban a ese…

Antes de que Whitney pudiera terminar, el sonido de neumáticos chirriando sobre el asfalto cortó la conversación. De inmediato, los tres asesinos saltaron a la acción. Eran demasiados. Charlie fue el más rápido en reaccionar y ya estaba corriendo escaleras abajo

antes de que Tomek tuviera la oportunidad de darse cuenta de lo que sucedía. Mientras tanto, Whitney y Eleanor se acurrucaban juntas en lo alto de las escaleras, abrazándose como si fuera por última vez.

Tomek persiguió a Charlie. El joven era mucho más atlético y fuerte que él, y para cuando Tomek llegó al pie de las escaleras, Charlie había abierto la puerta principal y corría a toda velocidad por el asfalto.

Cuando Tomek llegó a la puerta, vio las dos patrullas y un vehículo sin insignias estacionados en la entrada del lado derecho. Gracias a que su auto estaba estacionado en medio del camino de acceso, había poco espacio para ellos detrás de él, y uno de los vehículos había quedado sobresaliendo hacia la transitada carretera principal.

Mientras tanto, Charlie se había dirigido a la izquierda y corría hacia la libertad, directo a la Range Rover y al vasto campo al otro lado de la carretera.

—¡Deténganlo! —gritó uno de los oficiales uniformados mientras saltaban del vehículo más cercano.

Pero fue inútil.

La persecución terminó tan pronto como había comenzado.

Justo cuando Tomek estaba a punto de seguir la orden del oficial, Charlie corrió hacia la carretera y no vio, u oyó, el Tesla que se abalanzaba sobre él a ochenta kilómetros por hora. Como resultado, su cuerpo rebotó en el capó, rodó sobre el parabrisas y se desplomó en el suelo. Quedó inerte, perfectamente quieto, casi sin vida sobre el asfalto.

Pero Tomek no podía prestarle atención. Todavía había dos asesinas en la casa.

Inmediatamente, le dio la espalda a la escena del accidente y subió las escaleras como un cohete.

Afortunadamente, encontró a las hermanas donde las había dejado, hechas un ovillo, abrazadas la una a la otra. La hermana mayor protegiendo a la hermana menor por última vez.

—Por favor… —dijo Whitney entre respiraciones hiperventiladas mientras lo miraba—. Por favor, no haga esto.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y TRES

Albert Patterson vivía en el Sandy Bay Caravan Park, en Canvey Island. La zona albergaba más de cuatrocientas casas rodantes estáticas y se vendía exclusivamente a personas mayores de cincuenta años y jubilados. Estaba situada justo contra la costa, protegida del aumento del nivel del agua solo por un malecón de concreto, y si ninguno de los residentes era lo suficientemente valiente como para aventurarse en el estuario del Támesis, siempre existía la opción de un chapuzón rápido en la piscina cerca de la entrada del complejo.

Tomek nunca había estado allí antes; solo había leído sobre el lugar en internet o había escuchado conversaciones, y su primera impresión fue que era tan confuso como un sudoku. Había hileras e hileras de casas, cada una extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. Más allá de la infinidad de casas rodantes blancas se alzaban los imponentes tanques de la planta de almacenamiento de líquidos de Oikos, que sobresalían en el horizonte como los botones de un bloque de Lego. La planta existía desde la década de 1930 y se había convertido en una de las instalaciones de almacenamiento tecnológicamente más avanzadas de Europa lo que, para desgracia de los residentes de Canvey, significaba que aquel adefesio visual no desaparecería pronto. Mientras Tomek se estacionaba con dificultad frente a la casa de Albert Patterson, le sorprendió descubrir que reinaba un silencio sepulcral. Había esperado que la planta gimiera y murmurara, como un monstruo aterrador y ominoso en las sombras,

pero no había nada. Solo el sonido del viento azotando entre las casas rodantes.

La de Albert Patterson era de lo peorcito, en todos los sentidos de la palabra. Era la más pequeña, aunque solo fuera por unos centímetros. Era la más decrépita y sucia, y necesitaba urgentemente una mano de gato. Y también era la más baja, con varios de los soportes desmoronándose bajo el peso de la casa. Una silla de playa de metal, oxidada y con las bisagras rotas, se había fundido con la plataforma elevada y parecía haber estado allí desde la creación del parque. La pequeña mesa de metal que la acompañaba, sin embargo, estaba en peores condiciones: le faltaba una pata y el panel de vidrio estaba hecho añicos y roto en varios lugares.

«Pobre diablo», pensó Tomek mientras subía el escalón y golpeaba el revestimiento de tablones.

Unos momentos después, apareció una figura que se acercó a él arrastrando los pies. Esa mañana, Albert vestía unos jeans sucios, un suéter negro grueso y un par de guantes de lana. Estaban llegando al final del invierno, pero todavía se sentía un frío en el aire, y Tomek apenas podía imaginar el frío que debía hacer dentro de la casa rodante.

Lo descubrió un momento después, cuando Albert le hizo un gesto para que entrara. De alguna manera, si era posible, adentro se sentía más frío que afuera, y el aliento de Tomek se empañó frente a su cara y las yemas de sus dedos se entumecieron al instante.

—Lindo… lindo lugar el que tienes aquí —dijo Tomek amablemente.

—No, no lo es —masculló Albert mientras arrastraba los pies hacia el sofá—. Es una pocilga, pero estoy atrapado aquí por el resto de mi vida. —Se dejó caer en el sofá, su cuerpo hundiéndose en el cojín con facilidad, en el mismo lugar donde se había sentado durante años—. ¿Quieres sentarte?

Tomek buscó un lugar seguro para sentarse que no estuviera cubierto de revistas y periódicos viejos y gruesas capas de polvo. —Estoy bien, gracias. No tardaré.

—No te culpo.

El hombre frente a él era completamente diferente al que había visto en la sala de interrogatorios. Estaba quebrado, más frágil, su rostro abatido, casi deprimido.

—Al final, ¿descubrieron quién lo hizo? —preguntó Albert, tomando a Tomek por sorpresa.

—Sí, lo hicimos.

—¿El anillo de bodas ayudó en algo?

Tomek metió la mano en el bolsillo de su abrigo y pasó la argolla de metal entre sus dedos.

—De hecho, sí —mintió Tomek—. Pudimos encontrar algo de ADN que ayudó a probar que el asesino estuvo allí en el momento del crimen.

La euforia brilló en el rostro de Albert por un breve instante, antes de desvanecerse rápidamente. —Me alegra mucho oír eso. Aunque no debo de haberlo limpiado muy bien.

—Así es el ADN, siempre encuentra la manera de quedarse. Lo que nuestros equipos forenses pueden hacer con él hoy en día da miedo.

—Recuérdame que nunca asesine a nadie, entonces.

Tomek sonrió. —Haré lo que pueda.

Un momento de silencio incómodo cayó entre ellos. Tomek cambió su peso de un pie al otro mientras observaba la falta de comodidades y efectos personales en la casa rodante. El hombre tenía muy poco a su nombre, y lo que sí tenía eran los elementos básicos para la existencia, lo suficiente para pasar cada día.

—Supongo que querrás quedarte con mi tesoro, como piratas inmundos.

Tomek se rio entre dientes, apretando el anillo de bodas en su puño. —De hecho… —empezó, sacando la mano—. Por eso estoy aquí. —Abrió el puño, revelando el anillo de bodas en la palma de su mano—. Me dieron permiso para devolvérselo a…

Pero Tomek no pudo terminar su frase. Al verlo, Albert había saltado de su silla como si tuviera un cohete en el trasero y se apresuró hacia Tomek. El anciano lo arrebató y lo acunó en sus manos como si fuera su tesoro.

—¡Me lo devolviste! —chilló.

—¿Supongo que eso me convierte en lo opuesto a un pirata?

—Eres el mejor pirata.

Antes de que Tomek pudiera responder, el hombre se abalanzó sobre él, rodeándolo con sus brazos. El olor a sudor, a orina y a humedad flotó hasta sus fosas nasales, pero le prestó poca atención. Mientras Tomek rodeaba al hombre con sus brazos, sintió su complexión delgada y desnutrida. Debajo del grueso suéter, Albert temblaba. Si era por la emoción o por el frío, Tomek no podía decirlo. Pero esperaba que fuera lo primero. Que le había dado al hombre algo por lo que emocionarse, algo por lo que vivir.

—Muchas gracias —dijo Albert mientras se apartaba—. No tienes idea de lo que esto significa para mí.

Tomek inclinó la cabeza hacia un lado. —No es ningún problema.

Albert dejó caer el anillo en una pequeña caja de madera en un estante sobre su televisor. Cuando se volvió para mirar a Tomek, sus ojos estaban desorbitados por la emoción. —¿Te gustaría ver mi detector de metales?

—Este…

—Por favor. No dejaré que te vayas hasta que veas mi orgullo.

Tomek consultó su reloj. Ya deberían estar aquí.

—Está bien, entonces —dijo—. No veo por qué no.

Entonces, justo cuando Albert corría hacia el otro extremo de la casa rodante, un auto se detuvo afuera. El sonido de las puertas al cerrarse y los pasos que siguieron fueron tan claros como si Tomek hubiera estado afuera para recibirlos. Un momento después, los visitantes tocaron la ventana.

—¿Quién es? —preguntó Albert, de repente a la defensiva y protector. Antes de abrir la puerta, tomó la caja de madera del estante y la escondió en uno de los gabinetes de la cocina sobre el fregadero.

Luego se dirigió a la puerta.

Al otro lado había un hombre y una mujer, elegantemente vestidos bajo sus impermeables, sonriéndole amablemente.

—Buenos días, señor Patterson —dijo la mujer.

—¿Qué es esto? ¿Quiénes son ustedes?

—Yo los llamé —dijo Tomek—. Ella es doctora. Ha venido a hablar con usted sobre la posibilidad de recibir ayuda, y quizá la de ir a un hogar.

—¿Un *hogar*? —La furia se reflejó en la expresión de Albert.

—Sí. Un lugar un poco más cálido, con mejores condiciones.

—Pero… pero, ¿cómo voy a pagarlo?

—He hablado con el hombre que está allí —Tomek señaló a la figura detrás de la doctora—. Y debido a la ayuda que usted proporcionó en la investigación del asesinato, ha aceptado que se quede sin costo alguno.

La cabeza de Albert se movía de un lado a otro. Era demasiado para asimilar de golpe, así que le dieron un tiempo para procesarlo.

—¿Y mi detector de metales? ¿Cómo podré usarlo si estoy en un hogar?

—Eso no será un problema, señor Patterson —dijo la figura desde atrás—. Podrá quedarse con nosotros y seguir usando su detector de metales tanto como quiera.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CUATRO

Tomek había dormido muy poco en el hotel la noche anterior. Se la pasó dando vueltas en la cama, sudando, imaginando el rostro de aquel joven, ahora treinta años mayor, en el techo.

Repasando los sucesos una y otra vez en su mente hasta que casi se convirtieron en una pesadilla.

De hecho, era una pesadilla.

Porque hoy era el día.

Hoy era el día en que vería la cara del asesino de su hermano por primera vez en treinta años.

Tomek había pasado los últimos días intentando prepararse mentalmente para este momento, pero nada había funcionado. Nada podía acallar los gritos en su cabeza ni el dolor que se retorcía en su estómago.

Cerró la puerta del baño a sus espaldas y se dirigió sin prisa hacia el lavabo. Era la tercera vez que iba al baño por los nervios en casi tres horas. Se lavó las manos con jabón y luego regresó a la sala de espera. Ya había estado en prisiones antes, de hecho, varias veces, pero esto era diferente; completamente diferente.

Antes, habían sido visitas profesionales, para hablar sobre corrupción, suicidios y otros reclusos relacionados con investigaciones de asesinato. Ahora, sin embargo, era algo personal.

En la sala de espera de la HMP Wakefield, encontró un asiento y recorrió con la mirada la plétora de rostros que había allí. Padres ancianos, esposas, novias, hermanos, hermanas; todos venían a

visitar a los monstruos que habitaban tras esos muros. Aquellos a quienes seguían amando a pesar de todo lo que habían hecho.

Tomek se preguntó si Nathan recibiría visitas, si su familia todavía lo quería, si se preocupaba por él. Esperaba que no. Esperaba que el hombre se estuviera pudriendo solo tras las rejas.

Pero antes de que pudiera seguir pensando en ello, apareció un funcionario de prisiones y empezó a darles instrucciones, hablándoles como si fueran niños. Una vez que les recordaron las reglas, los hicieron pasar a la sala.

Tomek se quedó atrás, permitiendo que todos los demás pasaran delante de él. No por caballerosidad ni por bondad, sino porque estaba entrando en pánico; le temblaban los muslos y le fallaba la respiración.

Y entonces se dio cuenta de que no tenía sentido entrar el último. Que de todos modos tendrían que sentarse a esperar a que llegaran los reclusos. Que tendría que quedarse sentado allí unos minutos, moviendo la pierna de arriba abajo sin parar, hurgándose las uñas con nerviosismo.

Encontró una mesa al fondo de la sala y retiró la silla. Al sentarse, sintió el cuerpo débil, necesitado desesperadamente de algo de comida o azúcar, de algunos electrolitos para reponer los líquidos que ya había perdido tres veces.

Pasó un minuto sin que ocurriera nada, intercambiando miradas incómodas con los otros visitantes, incapaz de ocultar la vergüenza en sus ojos.

Un minuto se convirtió en dos.

Dos en tres.

Tomek no se atrevía a mirar la puerta por la que entraría Nathan. No se atrevía a ver al hombre entrar en la sala.

Luego oyó el sonido de gritos y una pelea que estallaba al otro lado de la puerta. El disturbio prolongó la espera.

Tres minutos en cuatro.

Cuatro en cinco.

Entonces, mientras el segundero pasaba por el doce, la puerta se abrió y el grupo de hombres entró. La mayoría sabía adónde ir, dirigiéndose directamente a ver a sus visitas, mientras que otros se

quedaron rezagados, ya sea por miedo a hablar con sus seres queridos o con ganas de retrasar el proceso tanto como fuera posible.

Y entonces Tomek lo vio.

Nathan Burrows.

El último hombre en entrar.

Caminando como si el lugar fuera suyo.

Tomek lo reconoció al instante.

Los rasgos del muchacho de quince años que había visto aquella noche permanecían, apenas envejecidos en los treinta años transcurridos. La única evidencia que sugería que había crecido era la espesa barba en su mentón.

Aparte de eso, todavía tenía el rostro que Tomek veía en sus pesadillas.

Todavía tinha la misma complexión que la figura que veía en sus pesadillas.

Seguía siendo el mismo adolescente que había matado a su hermano.

Treinta años mayor.

Una vez que todos los demás reclusos encontraron a sus visitas y se sentaron enfrente de ellas, Nathan clavó la mirada en Tomek. Esos ojos oscuros y penetrantes, llenos de malevolencia y maldad, fueron implacables mientras caminaba despreocupadamente hacia él.

Todavía caminando como si el lugar fuera suyo.

Todavía caminando como si fuera el hombre más poderoso de la sala.

Luego retiró la silla de debajo de la mesa y se sentó. Después, con arrogancia, se acercó a la mesa y colocó ambas manos sobre la superficie. Tomek no había visto al hombre parpadear ni una sola vez.

Mientras una sonrisa irónica se dibujaba en el rostro del hombre, dijo:

—Hola, Tomek. Me preguntaba si nos volveríamos a ver.

OTROS LIBROS DE JACK PROBYN

Serie de misterio y asesinato del DS Tomek Bowen:

Libro 1: Se Sirve Frío

Southend-on-Sea, Essex: el sargento detective Tomek Bowen —resuelto, tenaz y atormentado por la muerte de su hermano— es convocado a una de las escenas del crimen más impactantes que jamás haya visto. Un hombre ha sido asesinado de forma ritual y abandonado en una parcela cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones indican que era un hombre con un pasado. Un pasado que le granjeó muchos enemigos.

Descarga Se Sirve Frío

Libro 2: Dejado por Muerto

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba afuera de su escuela y al conductor que iba dentro. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto un tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil de la isla de Canvey.

Descarga Dejado por Muerto

Libro 3: El Contacto del Mal

Cuando la niebla se disipa una mañana de diciembre en Essex, el cuerpo de una adolescente es descubierto boca abajo en un campo. Como resultado, el caso llega rápidamente al escritorio del sargento

detective Tomek Bowen quien, mientras intenta hacer malabares con su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desenterrar la mortífera secuencia de acontecimientos y sacar la verdad a la luz.

Descarga El Contacto del Mal

Libro 4: Las Manos del Muerto

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex no se inmuta. Pero cuando la autopsia revela que la identidad corresponde a la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo empieza a prestar atención.

Descarga Las Manos del Muerto

ALÉGRALE EL DÍA A UN AUTOR

Hemos llegado. El final.

Bueno, digo "nosotros"… me refiero a *ti*. Gracias.

Gracias por llegar hasta aquí y seguir conmigo mientras conjuro estas historias tan descabelladas y bizarras en mi cabeza, para luego pasarlas al papel (o más bien, a archivos digitales).

Amazon está plagado de millones de libros (literalmente, y no uso ese término a la ligera), por lo que a menudo es difícil encontrar tu próxima lectura. Solo quieres saber en qué libro sumergirte a continuación. Pero a veces no tienes tiempo para revisarlos todos, así que, ¿qué haces?

Miras las reseñas, por supuesto.

Las usamos en todos los aspectos de nuestra vida. Restaurantes. Películas. Nuestro próximo televisor. Un par de audífonos. Casi todo se rige por las opiniones de otras personas.

¿Una locura, no?

Pero ¿qué pasa cuando te encuentras con un libro sin reseñas? Es posible que lo evites. Es difícil confiar en el libro.

Tu tiempo es precioso. Tu tiempo es valioso. No quieres desperdiciarlo en historias decepcionantes. Nadie quiere. Y yo tampoco quiero eso para ti. A veces me preocupa que a esta historia le pase lo mismo. Pero hay una solución.

Una reseña ayuda muchísimo. Y me da la confianza para seguir creando los pensamientos alocados de mi cabeza; un día, para convertir este sueño en una carrera de tiempo completo.

Así que, para ayudar a nuevos lectores a descubrir los libros, y para que tú leas más de lo mismo, puedes dejar una reseña en los siguientes enlaces:

Amazon US

Amazon UK
Amazon CA
Amazon AU

Gracias.
Tu Amigo Autor,
Jack Probyn

SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y el autor de la serie de *thrillers* policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está escribiendo una nueva serie de novelas de misterio ambientada en Essex, su ciudad natal.

¿No quieres suscribirte a otra lista de correo más? Entonces, puedes mantenerte al día sobre los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo una de las siguientes cuentas. Recibirás una notificación cuando saque un libro nuevo, sin la molestia de tener que unirte a mi lista de correo.

Página de autor de Amazon: "Seguir"

1. Haz clic en el enlace aquí: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir".
3. Haz clic ahí y Amazon te enviará un correo electrónico con los nuevos lanzamientos y promociones.

Página de autor de BookBub: "Seguir"

1. Similar a la de Amazon, haz clic en el enlace aquí: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Al lado de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir".
3. Haz clic ahí y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento.

Si quieres información más actualizada sobre los nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

Facebook: https://www.facebook.co.uk/jackprobynbooks

Facebook
X (Twitter)
Instagram